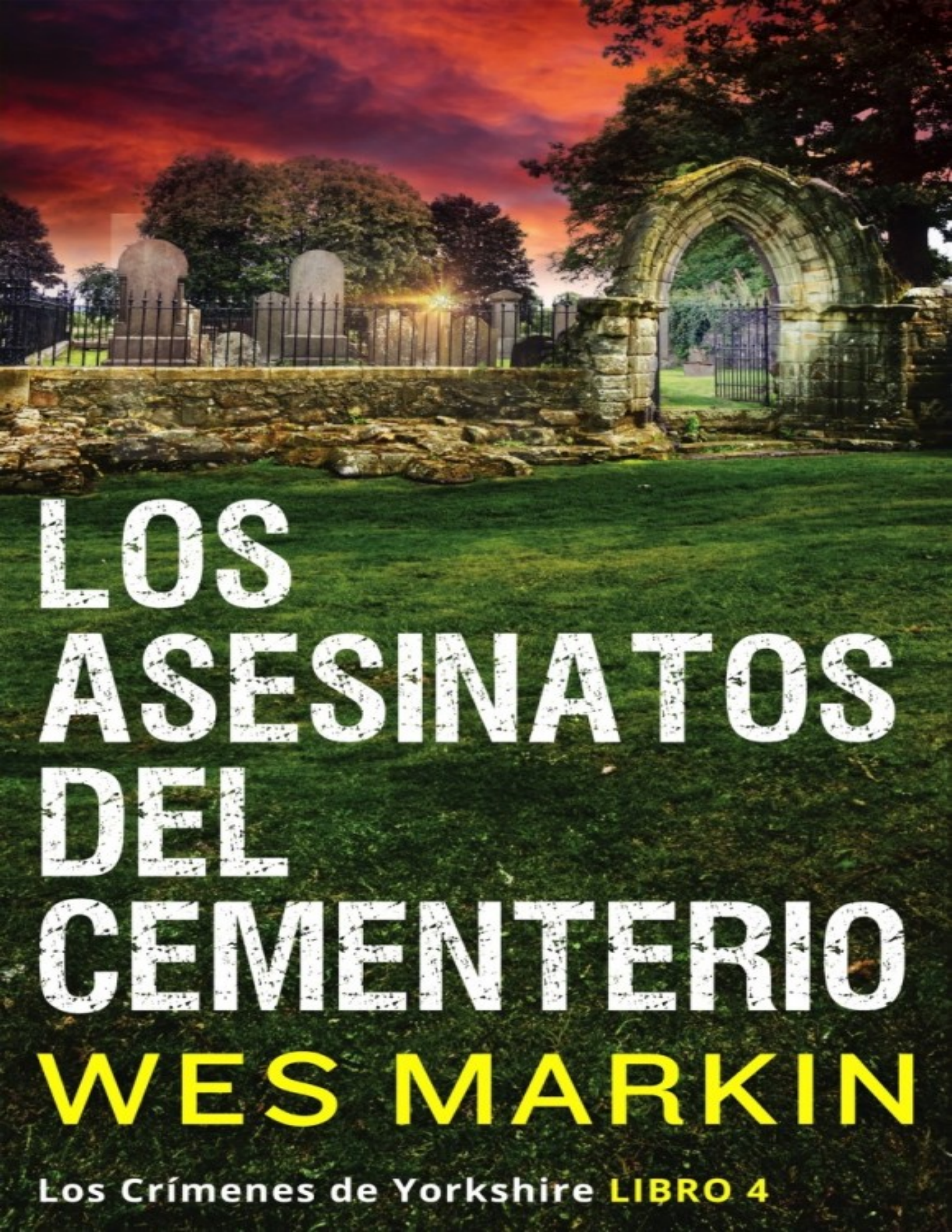

LOS
ASESINATOS
DEL
CEMENTERIO
WES MARKIN
Los Crímenes de Yorkshire LIBRO 4

Los Asesinatos del Cementerio

Asesinatos de Yorkshire

Libro 4

Wes Markin

Esta historia es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos o lugares, es puramente coincidencial

Derechos de autor © 2025 Wes Markin

Primera publicación 2025

ISBN :

Editado por: Candida Bradford

Publicado por: WFM Publishing Ltd

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de este libro debe ser reproducida de ninguna manera sin el permiso expreso del autor

Índice

Acerca del Autor
Otras Obras de Wes Markin

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71

Acerca del Autor

Wes Markin es el autor superventas de "Whitby's Forgotten Victims" (Las Víctimas Olvidadas de Whitby), protagonizada por el implacable Inspector Jefe Frank Black y su ingenioso compañero, la Inspectora Gerry Carver. También es autor de los thrillers del Inspector Jefe Michael Yorke ambientados en Salisbury, y los thrillers de Jake Pettman ambientados en Nueva Inglaterra. Wes vive en North Yorkshire con su esposa, sus dos hijos y su travieso cockapoo, Rosie, cerca de las escenas del crimen de las Víctimas Olvidadas de Whitby.

Puedes encontrar más información en:
www.wesmarkinauthor.com
Facebook.com/wesmarkinauthor

Otras Obras de Wes Markin

Las Víctimas Olvidadas de Whitby

Huesos Olvidados

Vidas Olvidadas

Almas Olvidadas

Tumbas Olvidadas

Sombras Olvidadas

Profundidades Olvidadas

Asesinatos de Yorkshire

Los Asesinatos del Viaducto

Los Asesinatos del Lago Solitario

Los Asesinatos de la Cueva que Llora

Los Asesinatos del Cementerio

Los Asesinatos de Invierno

Los Asesinatos de la Roca Negra

Las Investigaciones del Inspector Jefe Yorke

Una Última Oración

La Serpiente Arrepentida

El Silencio de Severance

El Resurgimiento de los Ray

Danza con la Muerte

Navidad con el Conduit

Más Vale el Diablo

El Diario Secreto de Lacey Ray

Thrillers de Jake Pettman

El Pozo Asesino

Fuego en los Huesos

Cataratas Azules

El Núcleo Podrido

Entre la Espada y la Pared

A John y Elaine.

lectuepublibre2.com

1

1980

Dean Maiden no atinaba a mear recto.

No era de extrañar.

Otro trabajo perdido, otra copa...

Otro día en la Gran Bretaña de Thatcher.

Apoyó la cabeza en la pared sobre el urinario y trató de mejorar la puntería. Al fin y al cabo, ya se había salpicado los zapatos brogue dos veces esa noche y no quería destrozarlos del todo. Los necesitaría para las semanas —no, qué digo, los meses— que le esperaban buscando trabajo como un loco.

Cuando alguien le dio una palmada en la espalda, volvió a empaparse los zapatos. —¡Joder!

—Aparta la cabeza de la pared, Deano —era Ken Turner, el dueño de The Dropping Well—. Ya tengo bastante que hacer como para tener que fregar tus salpicaduras de los puñeteros azulejos.

—De todas formas vas a tener que fregar el jodido suelo —dijo Dean, mirando los charcos de meados.

—Tú haz lo que te digo y deja de babear por mis malditos azulejos.

—Anda que tienes un corazón de oro, Ken. ¡Con el día que he tenido!

Ken enarcó las cejas, claramente interesado. —Venga, suéltalo.

—Que he vuelto a perder el trabajo, ¿no ves?

_¿El de la imprenta de Bradford? —preguntó Ken, con un tono de voz de repente más serio.

Dean retrocedió un paso, sacudiendo el pie y subiéndose la cremallera. —Sí.

—Siento oír eso, colega. Parece que esto se está volviendo demasiado común por aquí.

—No pareces tener el corazón roto —dijo Dean—. Ahí fuera tienes un bar a reventar de hombres heridos. Sacándoles hasta el último céntimo.

—Vete a la mierda. Yo ofrezco un servicio —dijo Ken, bajándose la cremallera—. Intento que os olvidéis de todo.

Dean miró el lavabo mugriento y decidió no lavarse las manos. No merecía la pena acercar las manos a aquello. Bajó la vista hacia sus zapatos empapados, luego la levantó hacia Ken, con una sonrisa que le chorreaba de la cara ancha y flácida. —Lárgate.

—Oye, chaval, si no te sirviera yo esta medicina, lo haría otro. Al menos tú tienes un par de chicas encantadoras esperándote en casa. ¡Más de lo que puede decir la mitad de esa panda de ahí fuera!

Dean suspiró. —Sí. Hasta que perdamos la casa y Estelle se largue a Grecia con algún maromo bronceado.

—Aún te quedará Penny.

—Claro. Ya tiene diecisiete. No tardará en irse.

—Sí, así es.

Dean sacudió la cabeza y gruñó. —Ken, ¿te ha dicho alguien alguna vez que eres un gilipollas de campeonato?

—Solo mi mujer, Deano. Solo mi mujer.

Dean se tambaleó entre nubes de humo, asintiendo y sonriendo a los hombres que conocía desde que tenía uso de razón, manteniendo las apariencias.

A nadie le gustaba un quejica. Y él no era el único pobre diablo en el bar con los zapatos brogue manchados de meados. La paranoia por el empleo y la pérdida de la casa parecía estar en su punto más álgido. Desde que esa bruja había empezado a gobernar el país.

—¡Eh, Deano! ¡Apenas te tienes en pie! ¡Creo que ya has pasado demasiado tiempo con Timothy! —le gritó Brian.

Timothy Taylor's Landlord. La cerveza de los campeones.

—Vete a la mierda —le devolvió el grito Dean—. Apenas estoy empezando a conocerlo.

Había una chica nueva en la barra. Era joven y guapa, y le recordaba a su hija Penny. No se la imaginaba trabajando en un antro como ese, pero sabía que probablemente era solo cuestión de tiempo. El dinero no crecía en los árboles últimamente, y ella tenía casi dieciocho años.

Pidió otra pinta.

¡Jesús, 52 peniques! La Gran Bretaña de Thatcher.

—Y póngase una usted también, guapa.

—Gracias —dijo ella, rebuscando en la caja para darle el cambio.

—Y si alguno de estos chalados le da problemas, me llama.

Ella sonrió. —Lo haré.

Él se giró, se apoyó en la barra, se bebió un tercio de la cerveza de un trago ávido y examinó a la multitud.

La mayoría de las noches, cuando tenía trabajo, disfrutaba inmensamente del tiempo que pasaba allí, revoloteando entre grupos de amigos de la infancia. Pero esa noche, a pesar del alcohol, no le apetecía revolotear. Más bien le apetecía meterse solo en una habitación oscura con una botella de whisky.

Tomó otro gran sorbo de Timothy, eructó y se limpió la boca con el dorso de la mano. Notó que el reloj le rozaba la mejilla y miró la pantalla digital de su Casio agrietada. La hora aún se podía leer. A duras penas.

Mierda. ¡Penny!

Su hija formaba parte del equipo que dirigía un club de lectura en la iglesia de San Juan Bautista, que estaba programado para terminar hacía diez minutos.

¡Hace diez minutos!

Joder. Se suponía que tenía que ir a recogerla.

Conociendo a Penny, se habría encogido de hombros y habría empezado a caminar ya. *¡Mierda!* Fuera estaba oscuro y hacía frío. Pobrecilla.

Penny le perdonaría, pero su mujer, Estelle, no. Imposible.

Papá Malo volvería al sofá.

En el paro.

Con meados en los zapatos.

Durmiendo en el sofá.

Era un día que, de verdad, no podía ir a peor.

Se terminó la pinta de un trago y se tambaleó hacia la puerta.

—¡Eh, Deano! —gritó Brian—. ¿Adónde coño te crees que vas?

Dean le hizo un corte de mangas y salió de The Dropping Well.

La lluvia helada le azotaba las mejillas. Suspiró y agachó la cara.

Se alegraría cuando este puñetero día terminara.

La intensa lluvia pareció despejarlo, o al menos darle claridad a sus pensamientos.

Aunque una cabeza más despejada solo intensificaba su preocupación por Penny. Decidido a llegar hasta ella, echó a correr hacia su Ford Cortina.

Empapado, se metió en el vehículo y se pasó una mano por el pelo chorreante mientras sentía la lluvia gotearle por la nuca.

La imagen de su hija encogiéndose de hombros y emprendiendo una caminata de treinta minutos con este frío volvió a cruzársele por la mente.

Esperaba estar equivocado y que ella le hubiera pedido a alguien más de la iglesia que la llevara, pero en el fondo sabía que no lo

habría hecho. Penny era el tipo de chica a la que no le gustaba molestar a nadie.

No como yo, pensó Dean, girando la llave y arrancando el motor. *Su puñetero viejo.*

Él causaba problemas allá donde pisaba.

Metió la primera y avanzó con el vehículo con suavidad, poniendo el intermitente para incorporarse a Harrogate Road.

Una ambulancia pasó a toda velocidad, con las sirenas atronando. Dean pisó el freno a fondo.

—Joder —dijo, sintiendo un repentino subidón de adrenalina. La ambulancia iba a una velocidad considerable bajo una lluvia bastante intensa.

Respiró hondo y siguió avanzando poco a poco.

Dos coches de policía pasaron zumbando, con las sirenas a todo volumen y las luces parpadeando, pero Dean ya estaba más preparado después de lo de la ambulancia y no sintió una oleada de pánico.

—Deberíais ir más despacio, chicos —dijo—. A esa velocidad no paráis por nada ni por nadie.

Esperándose que pasaran más vehículos de emergencia, Dean decidió esperar a que el sonido de las sirenas disminuyera. No solo quería evitar una colisión, sino también las miradas inquisitivas de la policía. Ya se había tomado unas cuantas cervezas.

Mientras esperaba, a Dean se le nubló la mente de nuevo.

Además de la lluvia y la oscuridad, por allí había varios borrachos de la zona que no siempre se comportaban como es debido. Es cierto que conocía a la mayoría, y sabrían que Penny era intocable, pero, aun así, nunca se debe subestimar a un borracho.

Pensó en dónde estaría ella en ese momento. Más adelante, en Harrogate Road, más o menos en el punto donde se convertía en Bond End.

Un poco de paciencia, Dean. Estarás con ella en un minuto o dos.

Al otro lado de Harrogate Road estaba la entrada de Mother Shipton's, que destellaba bajo las luces azules de la policía. Justo el año anterior, los Maiden la habían visitado en familia. Las figuras de piedra petrificadas que colgaban del borde de la cueva habían

fascinado a Penny. A Dean no le habían fascinado tanto las figuras como su hija, que se ponía más guapa cada día.

Su fascinación había sido agridulce.

El orgullo que había sentido chocaba dolorosamente con la certeza de que pronto los dejaría para abrirse camino en el mundo.

Suspiró y siguió esperando, pero las sirenas no cesaban y el destello azul de las luces lejanas continuaba.

Con la paciencia agotándosele, giró a la izquierda en Harrogate Road.

Más adelante, vio que los coches de policía y la ambulancia se habían detenido en lo alto de la colina, cerca de Bond End.

Y entonces, la sangre se le heló en las venas a Dean Maiden.

2

2023

Zac Livingstone se sentía preparado para tener sexo.

O al menos, eso era lo que se había dicho a sí mismo, una y otra vez, desde la oferta de esa mañana.

En clase de Historia, a las nueve y media, la nota de Chrissie Greenwood se había abierto camino hasta él desde una esquina del aula a la otra. Había cruzado varias mesas y pasado por muchas manos, pero aun así llegó, todavía doblada en un pequeño cuadrado. No era de extrañar. Chrissie era una de las chicas más populares del instituto, si no *la* más popular, así que nadie se arriesgaría a desatar su ira desdoblando y leyendo una de sus notas. En cambio, Zac era uno de los chicos menos populares del instituto, si no el menos popular, por lo que todos los ojos, *y las sonrisas de desdén*, estaban puestos en él mientras desdoblaba la nota con dedos temblorosos.

La señora Brown era sensible a las interrupciones, así que, cuando el tono de su voz cambió por primera vez en treinta minutos, todos los ojos volvieron a clavarse en ella. Podía ser terriblemente aburrida, pero tenía tendencia a arrebatos maníacos repentinos que asustaban a los alumnos. Por eso, todos los de 5.º se irguieron en sus asientos y la miraron con atención. Esto fue una suerte para Zac

porque, después de leer la nota de Chrissie, se había puesto rojo como un tomate al instante. No era una buena imagen. Y se alegró de que hubiese pasado desapercibido.

Los rumores de que a Chrissie Greenwood, de quien se decía que había tenido más novios que seguidores las Kardashian en Instagram, le *gustaba* Zac, habían empezado el día anterior.

Su mejor amigo, Theo, le había ofrecido su habitual y cortante dosis de realismo. —Poco probable; hay más posibilidades de que te caiga un rayo esta tarde.

—A veces pasa.

—Vale, que te caigan dos... en un día.

Zac se había planteado investigarlo, pero decidió no hacerlo. ¿Qué cambiaría? Theo pensaba que el rumor eran gilipolleces, y estaba más que encantado de seguir dándole baños de realidad.

Y Theo seguía en sus trece. Incluso después de haber visto la nota.

Estoy lista. Cementerio de Knaresborough esta noche. 22:15. Trae un condón.

—Gilipolleces.

—¿Qué gilipolleces?

—Gilipolleces, que vayas a echar un polvo.

—Has leído la nota.

—No lo ha escrito ella.

—Sí que lo ha hecho.

Theo negaba con la cabeza con tanta fuerza que Zac se preguntó si no se le acabaría cayendo.

—Que no. Seguro que ha sido una de sus amigas. Es una tomadura de pelo.

—La he *visto*. Nos estábamos comiendo con los ojos mientras la escribía.

—Qué pena que vayas a picar.

Zac le arrebató la nota. —Ya te contaré qué tal va.

—¿Qué tal va el qué? Sé realista, gilipollas. Si quieres tener sexo, tienes que conocer a una friki. Una friki que no te conozca de antes, porque ellas también estarán desesperadas por elevar su estatus y no por bajarlo. Por eso hay que esperar a la universidad. Los frikis

como tú y como yo nos vamos a poner las botas en la universidad *porque* las frikis no te conocerán. Te lo advierto, esto es una gilipollez. Y lo que es más... aquí hay dos problemas... bueno, tres, en realidad.

—¿Cuáles?

—Las diez y cuarto es más tarde de tu hora de dormir. A tu madre y a tu padre no les hará ni pizca de gracia que salgas a dar una vuelta por ahí una noche de diario. Segundo, ¿de dónde vas a sacar un condón? Y por último, ¿un cementerio? ¿Cómo coño se te va a poner dura en un cementerio?

—Todo controlado. —Zac le guiñó un ojo, se dio la vuelta y se alejó pavoneándose. Con aire confiado, pero derritiéndose por dentro.

Sí, Zac Livingstone se sentía preparado para tener sexo... llevaba ya un tiempo sintiéndose así. Pero había una gran diferencia entre estar cachondo, *muy a menudo*, y tener sexo, ¿no?

Aun así, nadie llegaba a ninguna parte quedándose quieto. Aquel era su momento. A Theo simplemente le corroía la envidia porque el enorme salto de Zac había llegado primero.

Tomó nota mental de no apoyarle en absoluto cuando a Theo también le llegara su momento.

Zac inspeccionó las farmacias de la zona, pero no encontró ninguna con un hombre detrás del mostrador. Al final, eligió una pequeña farmacia en Chain Lane y esperó a que no hubiera clientes. Se coló en la tienda, con la cabeza gacha y la cara encendida, cogió un paquete de condones y fue a pagar.

El. Momento. Más. Vergonzoso. De. Su. Vida.

Aun así, ya estaba equipado. Salir de casa fue menos difícil. Su madre siempre se acostaba temprano porque le gustaba salir a correr a las cinco de la mañana, y su padre estaba de viaje de negocios.

El tercer problema era una rareza: *¿cómo coño se te va a poner dura en un cementerio?*

Para alguien sin ningún conocimiento carnal, ¿por dónde empezabas siquiera a responder a eso?

Simplemente asumió que podría, dado que estaba *preparado* para tener sexo. Y todo el proceso era natural, ¿no? No creía en fantasmas ni nada de eso, así que no temía que le interrumpiera alguna abuela muerta hacía mucho tiempo y enterrada a dos metros bajo tierra.

Zac esperó junto a las puertas cerradas con candado. Aquella noche había luna llena, pero la luz, aunque bienvenida, no hacía que todo fuera menos espeluznante. Además, aumentaban las posibilidades de que le pillaran allanando. Se apoyó en el muro de piedra, junto al letrero de la calle «Wetherby Road» que le llegaba a la altura de la rodilla, toqueteando nervioso el móvil. No se concentraba en nada en particular —su mente acelerada no se lo permitía—; era simplemente un intento de parecer menos raro.

Las diez y media... y ni rastro de Chrissie.

Bien hecho, Theo, parece que tenías razón como siempre...

—¿Vienes o qué?

Con el corazón martilleándole contra el pecho, se dio la vuelta.

¡Estaba aquí de verdad!

Llevaba leggings y un top rojo. También iba muy maquillada y exhibía un amplio escote. Zac sintió una oleada de excitación, pero también un enjambre de mariposas en el estómago. Esperaba que, bajo la blancura de la luna, el rubor de sus mejillas no fuera evidente.

Instintivamente, intentó abrir la puerta.

Ella se rio cuando no se movió ni un centímetro. —¡Por encima del muro, gilipollas!

—Sí —dijo él, intentando sonar seguro y masculino, pero sabiendo que probablemente sonaba como un ratoncillo chillón.

—Date prisa, entonces, me estoy helando... necesito entrar en calor... ¿sabes a lo que me refiero?

¡Entrar en calor!

Impulsado por un pico de adrenalina, trepó por la señal de la calle y se aupó por encima del muro.

Cuando se dejó caer al otro lado, la vio allí de pie, observándolo con las manos en las caderas, y sintió que se le helaba el cuerpo entero.

—Hola —dijo, de nuevo esperando que no pudiera ver lo colorado que estaba.

Ella se dio la vuelta. —¿Vienes? Se alejó corriendo entre las lápidas, sin molestarse en usar el sendero.

A pesar de su ansiedad, no quería dejar escapar esta oportunidad. Corrió tras ella, esforzándose por seguir el sendero, reprimiendo la conmoción que sentía cada vez que veía a Chrissie pisotear una tumba.

Ya en lo más profundo del cementerio, ella se giró y se apoyó en una lápida desmoronada. Se sacó un vapeador del bolsillo.

Él se detuvo ante la tumba, luchando por aceptar aquella falta de respeto hacia un lugar de sepultura.

Intentó deshacerse de su prudencia: ¡estaba a punto de tener sexo en un cementerio!

Tus modales van a ser tu perdición, Zac.

Exhaló una nube de vapor y luego le ofreció el vapeador. —¿Quieres?

—Yo no... —se interrumpió, dándose cuenta de que sonaba patético.

—A la mierda con eso. Te calmará. Te pondrá a tono, ¿no? Venga, ven.

¡Joder! Esto estaba pasando de verdad, ¿no?

Intentó caminar con pavoneo, encontrar esa arrogancia que había empleado antes al alejarse de su resentido mejor amigo. *Todos los cabos atados.*

Sin embargo, en ese momento, sentía como si se tambaleara..., como si caminara torpemente igual que un zoquete gigante.

Patético...

Tras dar varios pasos sobre la superficie de la tumba, bajó la vista, conteniendo una sensación de repulsión y autodesprecio.

—Están muertos, ¿sabes? —dijo Chrissie, riendo.

Él asintió, con las mejillas de repente ardiéndole de nuevo.

Chrissie se apartó de la lápida y se acercó a menos de un metro de Zac. Un viento frío silbó a través del cementerio, echándole el pelo sobre la cara. Ella se lo apartó de los ojos.

Preciosa...

Tras otra calada a su vapeador, se volvió para mirar la lápida. Zac también miró y vio que, salvo una palabra, todo se había borrado con el tiempo. *Elias.* Quizá el nombre de pila.

Ella se giró de nuevo y exhaló. Zac pudo oler el aroma a cereza de su vapeador. —Seguro que quienquiera que esté ahí abajo no es más que polvo y huesos.

Zac asintió. Era algo bastante obvio que decir. Aun así, no estaba allí por su agudo ingenio e inteligencia. Chrissie era extremadamente popular y extrovertida. Bebía, fumaba y tenía novios. Un montón de novios. Parecía fácil ser popular si hacías esas cosas.

¿Tener sexo en un cementerio haría que Zac fuera más popular?

Como partía de tan abajo, supuso que podría tener algún tipo de impacto.

Ella se le acercó más. Oyó el canto nocturno de los pájaros en los árboles. Sintió una agitación en la entrepierna y desvió la mirada hacia las miles de tumbas en la distancia.

¿Cómo coño se te va a poner dura en un cementerio?

Había sospechado que el tercer problema identificado por Theo en realidad nunca iba a ser un problema.

Le apretó el vapeador contra los labios. —Pruébalo.

Inhaló y se sintió mareado por un momento. De repente, preocupado por si se caía, cerró los ojos. Ella se rio. —¿Estás nervioso?

Sí. —No. —Negó con la cabeza, decidido a parecer más seguro.

—No te creo. —Le puso la mano en la cara—. Pero no me importa... Me gusta. Eres delicado. Diferente de la mayoría de los otros gilipollas.

Oh, eso sonaba bien...

Se inclinó y lo besó. Tenía los labios suaves. Le sorprendió, pero ella no presionó demasiado, así que pudo mantenerse firme.

Era la primera vez que besaba a una chica.

Intentó que su cabeza se moviera con naturalidad, en sincronía con la de ella, pero era muy consciente de que no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Paranoico por si lo estaba haciendo todo mal, se planteó apartarse, disculparse, cuando ella soltó un gemido de placer...

Y sintió que el estómago se le encendía por dentro.

De hecho, sintió que todo se le encendía.

Cuando la lengua de ella se movió en su boca, la sensación se volvió indescriptible. Dejó que su lengua se uniera a la de ella en una danza resbaladiza.

La luz en su interior era ahora un fuego voraz.

Ella retrocedió, le clavó una mirada exagerada, pero aun así muy bienvenida, antes de tirar el vapeador al suelo y quitarse el top corto.

Se le cortó la respiración al contemplar el sujetador negro y ajustado, y sus pechos realzados...

—¿Lo has traído? —preguntó Chrissie.

—¿Traer el qué? ¿Perdona?

—¿El condón?

Él asintió, esperando no estar babeando.

Esta vez, no se inclinó, sino que se abalanzó sobre él. El beso se volvió más enérgico, con su lengua entrando y saliendo con fuerza. Cuando la mano de ella empezó a frotarle la parte delantera de los pantalones, donde ya no era solo una simple agitación, de repente sintió que iba a explotar.

Ella le rodeó la cintura con uno de sus brazos, hasta ponerle la mano en el culo, y él la dejó reposar allí ligeramente por un momento, antes de que ella se apartara y dijera: —No te cortes.

No supo cómo responder a tal petición. Aquello ya había ido mucho más allá de todo lo que había imaginado. Apretarle una nalga pareció una opción. El gemido de ella demostró que había tomado la decisión correcta.

Le desabrochó el cinturón.

¿De verdad estaba pasando...? Aquí... ahora... en un cementerio... sobre una...

La duda tiró de él.

No, ahora no, Zac, no cuando estás tan cerca.

Ella ya le había desabrochado el primer botón del pantalón, y le había deslizado la mano por dentro...

Estaba mal.

Esto estaba mal.

Estaban de pie sobre la tumba de alguien.

Se apartó.

—¿Qué? —siseó ella.

Sin aliento, miró a su alrededor, desesperado por encontrar una solución. Señaló un banco pegado a una pared. —Ahí. Un gran árbol se extendía sobre el banco; su follaje colgaba como la mano descomunal y cubierta de musgo de un gigante.

Chrissie echó un vistazo al banco y luego señaló con la cabeza la bragueta abierta de sus pantalones y el bulto de sus calzoncillos. —No creo que aguantes hasta que lleguemos.

Cuando volvió a mirarlo, Zac vio una mueca de desprecio en su cara. Se le revolvió el estómago. Maldad. ¿Era eso lo que veía? —Sí que aguantaré —dijo él.

—*No*. Ahora o nunca. Aquí o en ningún sitio.

Miró la lápida desmoronada. *Elias*. Descansa en paz. *Polvo y huesos*. —Yo... no...

—¿Has cambiado de opinión? ¿Ya no me deseas? —La mueca de desprecio y la maldad parecieron desvanecerse, y entonces sus ojos refulgieron de rabia.

—No —dijo, intentando comprender lo que sentía de repente.

¿Culpabilidad, quizá? ¿Por cómo la había hecho sentir?

O quizá es que ya estaba tan fuera de su zona de confort que lo mejor era simplemente decidir retirarse en lugar de seguir adelante.

Al recordar el beso y su deseo ardiente, luchó contra su súbita reticencia. No recordaba haberse sentido nunca tan vivo y quería llegar hasta el amargo..., o más bien..., *glorioso* final.

—No... te deseo —dijo, sintiéndose orgulloso de sí mismo por haber pronunciado las palabras con un tono de voz firme. Un tono que le había fallado a menudo en su vida hasta ahora.

—Póntelo, entonces —dijo ella.

—¿Perdona?

—Ponte el condón. —Se mordió el labio inferior.

Metió la mano en el bolsillo y sacó de un tirón el envoltorio de aluminio. Con manos temblorosas, lo rasgó para abrirlo, muy consciente de las instrucciones de no hacerlo así por el riesgo de romper el anticonceptivo. Instrucciones que había leído más de cincuenta veces desde que compró el paquete.

Sosteniendo el profiláctico en una mano, se miró la bragueta abierta y el bulto en los calzoncillos.

—Date prisa..., ahora... —dijo ella, con la mueca de desprecio de vuelta en su rostro.

Se bajó de un tirón los calzoncillos y los vaqueros. Intentó quitárselos de una patada, pero los zapatos se lo impidieron y casi tropezó. Riéndose, ella le rodeó el cuello con los brazos para estabilizarlo y lo miró a los ojos. —Póntelo.

Él se sonrojó, le miró el escote que asomaba por encima del sujetador negro y luego se miró la erección.

De perdidos, al río.

Se agachó para colocarse el condón, apretando la punta para sacar el aire, como aconsejaban las instrucciones.

Después, levantó la vista.

—Buen chico —dijo Chrissie, retirando las manos del cuello de Zac y dando unos pasos hacia atrás.

Él frunció el ceño.

Ella siguió retrocediendo.

—¿Adónde vas? —preguntó él.

Ella se inclinó, recogió su crop top de al lado de la lápida y se lo volvió a poner.

Estuvo a punto de dar un paso en su dirección, pero recordó, justo a tiempo, que tenía los pantalones alrededor de los tobillos.

Confundido, se inclinó para subirse los pantalones, pero lo interrumpieron unas voces a su espalda.

Se le heló la sangre.

No...

Miró por encima del hombro.

Noah Thompson y Sam Green.

Dos gilipollas de quinto.

Se reían por lo bajo y, lo que era peor, lo estaban grabando con los móviles.

Presa del pánico, hizo lo que pudo por taparse la entrepierna, pero aún estaba bastante erecto, por lo que pareció aún más ridículo al hacer una mueca de dolor.

Ya era demasiado tarde: el móvil de Sam ya apuntaba hacia su desnudez.

—¿Y qué nos encontramos en la naturaleza esta noche, Sam? —preguntó Noah.

—Algo pequeño y tímido —dijo Sam—. Una presa vulnerable para los más hambrientos...

Zac, sintiendo que se moría por dentro, se agachó y se subió los calzoncillos y los vaqueros.

Ahora los cabrones se reían a carcajadas.

Incluida Chrissie.

Mientras se abrochaba el cinturón, Zac vio cómo Sam giraba el móvil hacia la lápida. —Pobre Elias.

—Un jovencito guarro poniéndose a tono sobre sus restos —dijo Noah.

—Apaga eso —siseó Zac, señalando con rabia.

—La presa pequeña y tímida habla —dijo Sam.

Zac no estaba seguro de haber oído a nadie reírse tan fuerte como lo hacía Chrissie en ese momento.

La miró con asco.

Ella se encogió de hombros. —Es solo una broma, ¿no?

Zac retrocedió trastabillando.

Cerró los ojos y vio a su mejor amigo, Theo, sonriendo. —¡Ya intenté decirte que era una gilipollez!

Tras abrir los ojos, miró a Chrissie, intentando ocultar la tristeza de su mirada, pero sabiendo que era más que evidente. —Creía que... creía que...

—¿Que creías qué? —dijo Chrissie con otra mueca de desprecio —. ¿En serio? ¿De verdad? ¿Crees que yo tocaría esa pollita diminuta?

Con los ojos anegados en lágrimas, Zac paseó la mirada nerviosa por los tres matones.

¿Qué iban a hacer?

Sam se guardó el móvil en el bolsillo.

—Ese vídeo —dijo Zac, tratando de evitar que se le quebrara la voz—, no podéis hacer nada con eso. No he dado mi permiso. Yo...

—Mira, pringado —dijo Noah y se rio—. Nos diste permiso cuando te enrollaste con mi novia y le tocaste el culo.

—¡Yo... yo... no fue así! —dijo Zac, señalando a Noah con rabia.

Noah miró a Sam y luego a Chrissie. —¿Os lo podéis creer? —Volvió a señalar a Zac—. Claro que sí. Lo planeamos nosotros.

Zac se secó las lágrimas. Quería decir algo más, pero ahora le temblaban los labios.

—No llores, hombrecito, vamos a convertirte en una sensación de internet —dijo Noah.

Zac negó con la cabeza. —No... no... *por favor*.

—Es una tumba, tío. —Sam se rio—. ¿En qué coño estabas pensando? ¿Sacándote la polla en la tumba de alguien? ¿Qué pensabas hacer? ¿Hacerte una paja? ¡Desde luego, eso parecía!

Zac miró a Chrissie. *No... yo...* Pero ¿acaso no era obvio? Chrissie se había apartado. Solo estaría él, de pie, solo, en una tumba, con una erección.

Chrissie negaría haber estado allí.

—Os lo ruego —dijo Zac, acercándose a Noah.

—No te preocupes. A lo mejor atraes a algún pervertido al que le van estas mierdas —dijo Noah—. Ya sabes, hasta podría ser una bendición disfrazada para un virgencito como tú.

Zac se volvió para mirar a Chrissie, que seguía riéndose a carcajadas.

Imaginó el horror en la cara de su madre; la de Theo; la de *todo el mundo*.

Su vida se había acabado.

Por completo.

A menos que…

Dio un paso al frente con una mano extendida y la otra cerrada en un puño.

—Dadme los móviles.

Noah se rio.

—¿Y quién nos va a obligar? ¿Tú? ¿El pervertido del cementerio con la polla pequeña? Esto empieza a ser bochornoso.

Zac oteó el suelo, vio una piedra y se abalanzó a por ella.

A los matones les dio un ataque de risa.

—Pues claro que lo haré, joder —dijo Zac, agitando la piedra en dirección a Noah.

Chrissie rodeó la tumba y tuvo que apoyarse en su novio. Se estaba riendo con tantas ganas.

Con la desesperación y la rabia recorriéndole por igual, Zac dio un paso hacia ellos.

—Tienes que darme ese móvil. —Señaló a Chrissie con la piedra en la mano—. Tú… Tú… ¡*zorra*!

Ella negó con la cabeza, con lágrimas de risa corriéndole por la cara.

—Sí…, lo admito…, pero joder, si esto merece la pena… qué gracia.

Zac lanzó la piedra. Le dio a Chrissie de lleno en la cara. La cabeza se le fue hacia atrás y hacia arriba, y se desplomó.

Mierda.

Los dos chicos dejaron de reír y la miraron.

Chrissie no se movía.

3

1980

Puede que la policía y las ambulancias hubieran dejado de hacer sonar sus ensordecedoras sirenas, pero no iban a apagar las luces giratorias ni por todo el oro del mundo.

Como sabía que conducir hasta aquel caótico hervidero de servicios de emergencia era buscarse problemas, Dean Maiden abandonó su Ford Cortina junto al pub y echó a correr por Harrogate Road.

La lluvia torrencial caía de forma oblicua hacia él, de modo que, a medio camino del Knaresborough High Bridge, tropezó, medio ciego, y se salió de la acera para caer en la calzada. Por suerte, no pasaba volando ningún coche, como era habitual.

La carretera estaba ahora paralizada por el tumulto que había más adelante.

Limpiándose los ojos, volvió a subir a la acera de un salto y, por un instante, vislumbró por encima del lateral del puente el lento discurrir del río Nidd, allá abajo, donde todo permanecía en calma...

No como aquí arriba.

Justo delante, cerca del desvío hacia Bond End, que llevaba por The Parsonage y bajaba hasta la iglesia de San Juan Bautista —

donde su hija había estado hacía unos quince minutos —, había ocurrido algo malo.

Algo muy malo.

Del tipo de malo que requiere dos ambulancias y cuatro coches de policía.

La adrenalina le recorrió el cuerpo.

¿Estás metida en esto, Penny? Por favor, hija... por favor, que ya estés a medio camino de casa.

Negó con la cabeza mientras corría.

Es la bebida la que habla... No le hagas caso. Tiene la cabeza bien amueblada. Sabe cuidarse.

No como él. Un viejo y maldito borracho sin trabajo.

Con el corazón aún más desbocado, siguió adelante, con la cabeza gacha para protegerse de la cortante lluvia. Pasó por delante de otro de sus pubs habituales. *The World's End.*

Aquello le hizo recordar el sábado anterior. Un día glorioso. Soleado y fresco. Estelle y Penny. La comida estuvo genial y el anuncio de su hija de que iba a perseguir su ambición de ser periodista fue un momento de orgullo.

Dean se secó la lluvia de los ojos. Un gentío, algunos con paraguas y otros sin ellos, merodeaba frente al The World's End, con la curiosidad despertada por lo que ocurría más adelante. Algunos incluso habían empezado a subir la cuesta, al otro lado de la carretera, en dirección a los servicios de emergencia.

Sin embargo, Dean era el único que corría.

¿Por qué era el único que corría?

—Deano... *Deano...* —gritó alguien desde la entrada del pub.

La voz le resultaba familiar, pero no le importó ponerle cara. Su única preocupación era reducir la distancia, cada vez menor, que le separaba del lugar del accidente para quedarse tranquilo.

Porque ese era el único resultado concebible, en realidad.

Quedarse tranquilo.

Cuando llegó al primero de los coches de policía, le faltó el aliento. Se inclinó, agarrándose las rodillas, boqueando en busca de aire, mientras la lluvia le chorreaba por la cara.

La cerveza que le burbujeaba en el estómago exigía una vía de escape, abriéndose paso por su garganta. Se la tragó de nuevo.

—¿Dean?

Dean levantó la vista hacia su viejo amigo del equipo de fútbol del colegio, Harry Rhodes. Había sido excelente bajo los palos. Para ser justos, en un buen día todavía podía hacer paradas como Peter Shilton. También podía beber como el que más, cuando no estaba de servicio con la policía local.

La expresión grave en el rostro de Harry casi le detuvo el corazón en el pecho.

—Tío, Harry, qué... —De nuevo, Dean sintió que la cerveza le subía por la garganta. Se la tragó de vuelta con toda la fuerza que pudo reunir.

Cuando volvió a levantar la vista, Harry estaba mirando a sus espaldas.

—¿Harry?

Harry se volvió, con el rostro aún más pálido.

—¿Qué pasa, Harry?

Harry se apartó el pelo mojado de la cara. Estaba claro que evitaba mirarlo a los ojos. —No lo sé.

Mentira.

Enderezándose, Dean extendió la mano y agarró con firmeza el brazo izquierdo de Harry. —¿Qué ha pasado?

—No lo sé.

Seguía sin mirarlo a los ojos.

Más mentiras.

Un entumecimiento se le extendió por los brazos.

¿Estaba sufriendo un infarto?

Intentó mirar por encima del hombro de Harry, pero la borrosa combinación de luces intermitentes y lluvia le impedía ver nada.

—¿Un accidente? —dijo Dean.

Harry negó con la cabeza. —No ha sido un accidente, pero...

—¿Hay alguien herido?

Los ojos de Harry se encontraron con los de Dean por primera vez, y cómo deseó Dean que no lo hubieran hecho. El agente de policía parecía a punto de echarse a llorar, y Dean supo que, si no

obtenía una respuesta pronto, se metería en aquel caótico guiso de servicios de emergencia contra viento y marea.

—¡Penny venía por aquí! —dijo Dean—. ¡Escúchame, *Penny venía por aquí*!

Harry volvió a mirar a sus espaldas.

¿Qué estaba buscando?

—Penny venía por *aquí*. ¿Es que no me escuchas?

Harry volvió a mirar a Dean a los ojos. Su expresión de tristeza era más patente que nunca.

—Yo...

—¿Harry? ¿Estás ahí?

Dean reconoció la voz del poli que surgía de la maraña de luces azules intermitentes. Mike Crawley. Otro amigo de la infancia. Otro gran bebedor.

Mike se quedó helado al ver a Dean. Abrió los ojos como platos. Era una expresión grave similar a la que llevaba Harry.

Dios, no, por favor, no...

Las náuseas se intensificaron de repente y tuvo una arcada. Giró la cabeza hacia un lado y vomitó. Luego se tambaleó hacia la parte delantera de un vehículo. Con ambas palmas apoyadas en el capó, vació el estómago.

¿Penny?

Sintió una mano en el hombro.

—Dean... por favor, ¿podrías venir por aquí? —Era la voz de Mike.

—¿Penny? —murmuró, escupiendo más vómito.

—Dean, ¿*por favor*?

El brusco giro de Dean apartó la mano de Mike de su hombro. —Tenéis que dejarme pasar.

Mike miró fijamente a Dean a los ojos. —¿Podrías venir aquí conmigo? —Señaló con la cabeza en dirección contraria a la escena del crimen, hacia el lugar del que Dean había venido—. Tenemos que hablar.

—¡Tengo que ir a por mi hija! ¡Vuelve a casa sola y me estáis bloqueando el maldito paso!

—Dean, necesito que te calmes...

—Estoy calmado. Solo que estoy calado hasta los huesos y desesperado por llegar junto a mi niña...

—Dean, lo siento. —La mano de Mike volvió a posarse en su hombro—. De *verdad* que lo siento. Pero tienes que...

—¿Que lo sientes? ¿De qué estás hablando?

Harry se acercó y se puso al lado de Mike.

Otra vez esa maldita cara de funeral.

La misma dificultad para mirarlo a los ojos.

Dean abrió la boca para hablar, pero no le salió nada. Necesitaba que esos cabrones se apartaran. Penny lo necesitaba. Se zafó de la mano de Mike con un paso lateral, rodeó a toda prisa la parte delantera de los coches de policía y salió disparado.

—No lo hagas, Dean, por favor. Vuelve. No puedes entrar ahí. No *deberías* entrar... —le gritó Mike.

Dean ya estaba junto a la ambulancia más cercana, con la lluvia azotándole de nuevo la cara.

La voz de Mike no bajó de volumen; seguía pegado a él. —¡Es demasiado tarde! Lo siento, Dean, *por favor*, escucha.

En la parte trasera de la ambulancia, un técnico sanitario subía una camilla por una rampa.

La lluvia repiqueteaba sobre una sábana que cubría un cuerpo.

Un técnico sanitario se quedó mirando a Dean. —Señor, por favor, retírese...

Dean ya tenía la mano en la sábana. —¿Penny?

De nuevo, la mano de Mike se posó en su hombro. —Lo siento, Dean. Lo siento *muchísimo*.

Dean se quedó mirando al técnico sanitario, deseando que dijera que Mike se equivocaba, pero entonces el hombre bajó la mirada, apenado.

—Déjame verla —dijo Dean.

—No es buena idea —replicó Mike—. Confía...

—No. *Quiero* verla. —Se quedó mirando al técnico sanitario.

El técnico sanitario negó con la cabeza, esforzándose por levantar la vista hacia Dean. —De verdad que no debería.

—¿Por qué? ¿Por qué no puedo verla? —Sus ojos se movían ansiosamente de un lado a otro—. ¿Por qué?

Dean volvió la vista hacia la carretera. Bajo las luces parpadeantes, pudo distinguir las marcas de neumático quemadas en el asfalto por el frenazo. También vio cómo la lluvia torrencial diluía la sangre y la arrastraba colina abajo.

Arrastrada.

Penny.

Su hija.

Arrastrada.

Cerró los ojos y se vio a sí mismo con Estelle y Penny, sentados en la terraza de un pub, disfrutando del sol en una tarde de sábado.

El nombre del pub.

El Fin del Mundo.

Dean Maiden se dio la vuelta y se derrumbó en los brazos de Mike, deseando de repente nada más que morir.

4

2023

¡Vaya puto desastre! ¿No se suponía que perder la virginidad era una especie de hito en el juego de la vida?

—Y además —había dicho una vez Rick, el primo mayor de Zac—, el sexo es como un grifo. Una vez que lo abres..., bueno..., ya te haces una idea.

Tenía muchas esperanzas. Pero ni *la mejor noche de su vida* ni *el grifo* se habían materializado; solo este pifostio monumental.

¿Pero debería sorprenderme? ¿En serio? ¡Los pifostios son el pan de cada día en mi juego de la vida!

Diez segundos después de que la piedra la hubiera tumbado de espaldas, Chrissie gimió.

Zac, temiendo haberla matado, suspiró aliviado mientras Noah, su novio, corría hacia ella.

Gimió de nuevo.

Arrodillándose, Noah intentó apartarle las manos de la nariz. —Lárgate... Ay... Mierda.

—Creo que está rota —dijo Noah, dando la noticia con bastante poca compasión.

A Zac se le encogió el corazón al ver la cantidad de sangre que tenía en la cara. La posibilidad de quitarles a los matones aquella

grabación de vídeo había disminuido aún más; sus ganas de dejarlo en evidencia, de convertirlo en esa sensación de internet, se habrían intensificado. Se le revolvió el estómago.

¡Menudo pifostio!

—Vosotros habéis hecho que lo hiciera —siseó Zac.

—¿No sabes encajar una broma, capullo? —dijo Sam, arrodillándose y cogiendo la piedra que había golpeado a Chrissie.

—No era una broma.

Chrissie volvió a gemir. —Necesito ir al hospital.

Noah levantó la vista hacia Sam. —Ojo por ojo.

—O nariz por nariz —dijo Sam, dedicándole a Zac una sonrisa socarrona y lanzándose la piedra de una mano a otra.

A Zac se le heló la sangre.

Sam dio un paso al frente. —No te muevas, colega, podría ser más peligroso si fallo.

Zac se dio la vuelta y echó a correr, esprintando sobre las tumbas. El miedo a que le hicieran papilla la cara se había impuesto a su anterior prudencia de no faltar al respeto a aquellos lugares de descanso.

Sí, puede que Zac fuera un friki, pero no estaba en mala forma, y estaba logrando mantener cierta distancia entre él y Sam, la leyenda del fútbol del instituto.

Aun así, no se durmió en los laureles, sobre todo cuando la amenaza de «dejarle la cara hecha un cromo» llegó a sus oídos, y forzó los pulmones hasta reventar.

Vio otro banco junto a un muro. Pensaba usarlo. Escapar del cementerio.

¿Y luego qué, listillo? ¿Cuando esa imagen del móvil se haga viral? ¿Crees que tu vida merecerá la pena? La voz en su cabeza sonaba como la de Theo.

Menudo mejor amigo, ¿eh? ¡Pírate, Theo! ¿No puedo al menos salvar mi puta cara primero?

Harías bien en dejar que te reviente la cara, Zac, así nadie te reconocerá cuando el vídeo salga en internet. Serás conocido para siempre como ese pervertido de la tumba del viejo Elias.

Sintió un fuerte golpe en el hombro izquierdo que le hizo hacer una mueca de dolor.

El cabrón había lanzado la piedra.

Sam se estaba frustrando.

Lo que significa que si te pilla, te va a moler a palos…

Zac viró a la izquierda para llegar antes al banco. Zigzaguear entre unas cuantas lápidas por el camino le hizo pisotear algunas tumbas.

Espero que no exista el infierno.

Había sorteado dos lápidas más y pasado a toda prisa por encima de otras dos tumbas cuando algo se le enganchó en el pie.

Miró hacia abajo mientras caía, con un solo pensamiento en la mente…

La noche de los muertos vivientes.

Zombis en un cementerio.

Con el corazón desbocado en el pecho, no solo por la carrera, sino por el puro terror de lo que acababa de ver —o, al menos, *creía* haber visto—, aterrizó de rodillas, boqueó en busca de aire y se giró sobre el culo para desmentir lo que fuera que su imaginación hubiera conjurado en la oscuridad.

Pero no era su imaginación.

Se llevó la mano a la boca.

—Te pillé, capullo —siseó Sam.

Zac levantó la vista para mirar a Sam, con la cara roja y sonriendo por encima de la lápida. Entonces, Zac señaló la atrocidad que acababa de derribarlo.

Los ojos de Sam se desviaron hacia abajo y se quedó boquiabierto. —¿Pero qué coño es *eso*?

Zac negó con la cabeza. —No lo sé.

No, esto no era una película de terror. No era *La noche de los muertos vivientes*. Y, desde luego, no era un zombi. Pero era terrorífico igualmente.

Plegado en posición fetal había un esqueleto. Un camisón manchado y descolorido le colgaba. Parecía que quedaba poco tejido blando. Aparte de la cara, que tenía una capa seca y cerosa pegada

a los huesos. Brillaba a la luz de la luna, como una pastilla de jabón húmeda bajo una luz directa.

El pelo largo era áspero y descolorido.

Su mano, que aunque no era azul ni se movía como las de los zombis de aquella película, parecía extenderse hacia él como las patas de una araña muerta.

Zac se dio cuenta de que era esa mano la que lo había hecho caer y observó con cierto asco que un dedo se había partido y yacía en la tierra. Apartó la mano de la boca para decirle a Sam que llamara a la policía.

Pero el cobarde ya había huido.

Su mirada se posó en la calavera y luego en la lápida.

Estelle Maiden.

5

2023

Tras haber visto ya los restos mortales, la inspectora jefa Emma Gardner se quedó rezagada para no estorbar.

Atrapada entre la comisaria jefe Rebecca Marsh y el inspector Phil Rice, le gustaría poder decir que estaba en buena compañía.

Pero sería mentira.

Rebecca Marsh le había alardeado una vez a Gardner de que el día de su ascenso sus superiores la habían elogiado por ser la policía más asertiva y directa que jamás habían ascendido.

¿Asertiva y directa?

Era una forma de presentar de manera positiva el ser agresiva y brusca.

No la apodaban Harsh Marsh por nada.

Sin embargo, había que reconocerle que Marsh podía montar un buen espectáculo como el mejor de los altos mandos y a menudo era cuidadosa con la elección de sus palabras; a menos que estuvieran a puerta cerrada, pues entonces se parecía más a la escena final de una película de *Rocky*. La mejor solución para esto, o al menos la única solución, había aprendido Gardner, era dejar la puñetera puerta abierta.

Aun así, por lo menos Marsh mantenía sus arrebatos menos dignos fuera de la vista. Phil Rice, por su parte, parecía deleitarse ofendiendo en público. Su mentalidad estrecha habría hecho arquear las cejas en los años cincuenta, no digamos ya hoy en día.

Incluso había tenido la audacia de definirse a sí mismo como progre porque comía platos de diferentes gastronomías, reconocía que las mujeres, en general, ahora conducían de forma más segura que los hombres y porque apreciaba que la homosexualidad ya no era una moda, sino una respuesta a impulsos biológicos.

—Pareces muy leído en el tema —le había espetado Gardner.

—Mira, el mundo está cambiando. Hay que adaptarse a los tiempos y a las nuevas mentalidades.

—Tu tolerancia es digna de admiración.

—Deberías probarlo más a menudo. Respira hondo y acepta. Me lo enseñó mi psiquiatra.

Gardner había abierto los ojos como platos, incrédula. —¿Tu psiquiatra?

—Sí. Y me aseguré de que fuera mujer, por la brecha salarial de género.

—El más progre de todos, vaya —había dicho ella con sequedad —. Cielos, ¿tan equivocada estaba contigo?

Rice había asentido como si estuviera de acuerdo. —Sí.

Gardner había negado con la cabeza, sorprendida por la más mínima posibilidad de que se lo hubiera tomado al pie de la letra. Había continuado con: —¿Y sigues viendo a esa psiquiatra?

—No, la cambié por una mujer de menos de cuarenta. Es que me he dado cuenta de que, a partir de esa edad, se vuelven bastante criticonas… Siempre me pasa con las mujeres… ¿sabes? Sin ofender.

Increíble. Decidió zanjar la conversación antes de que su sarcasmo se convirtiera en irritación y la cosa fuera a más.

Después de todo, valoraba la ayuda de Rice.

A pesar de que Rice era mucho más anticuado de lo que él creía, había demostrado en más de una ocasión ser un investigador eficaz y daba apoyo a esa vieja máxima de que «no tiene por qué gustarte la gente con la que trabajas, ¿verdad?».

Se había instalado una carpa sobre la tumba de Estelle Maiden, ocultando el cadáver de décadas de antigüedad con el que Zac Livingstone se había topado. Los oficiales de la escena del crimen se movían a su alrededor, examinando la escena sin miramientos.

—Follar en un cementerio —dijo Marsh—. Qué absoluta…

—No lo critiques sin haberlo probado —dijo Rice.

Gardner miró al inspector, que sonreía con suficiencia, y arqueó una ceja.

—Yo *no* voy a probarlo, inspector —dijo Marsh—. Y tampoco quiero oír hablar de ninguna de tus *costumbres*. Ni nadie en la Sala de Incidentes.

Gardner no pudo evitar sonreír cuando la cara de Rice se encendió.

—Entonces, ¿no estamos convencidos de que sea Estelle Maiden? —dijo Marsh.

—Estelle murió en 1981, y la tierra bajo este cuerpo no ha sido removida. Así que, si es ella y la desenterraron, fue hace tiempo.

Marsh observó las numerosas tumbas a su alrededor. —Bueno, si no es Estelle y ese cuerpo ha venido de otro lugar de por aquí… nos espera una noche muy larga.

—Espero que no —dijo Gardner—. Le he pedido a Ray que investigue a Estelle Maiden. Alguien ha exhibido ese cuerpo ahí por una razón.

—Que Dios bendiga el alma de Estelle —dijo Rice—. Ojalá yo sea tan importante cuarenta años después de mi muerte.

Marsh resopló. —Ni lo sueñes. Ni siquiera eres tan importante ahora.

Para Gardner, el mordaz intercambio entre Rice y Marsh se desvaneció en un segundo plano mientras sus pensamientos volvían al esqueleto plegado. Sí, la tierra no había sido removida, así que, a menos que fuera Estelle, desenterrada hacía muchos años, ¿quién demonios podía ser?

¿Alguien relacionado con Estelle? ¿Alguien importante para ella?

Y si ese era el caso, ¿quién sería tan peculiar como para iniciar semejante reencuentro?

Para recuperar información, Gardner no conocía a nadie más rápido que Ray Barnett. Tampoco había nadie mejor a quien tener de tu lado si la cosa se ponía fea y te encontrabas en una situación precaria. El sargento detective, alto y de raza negra, era un cuarto dan en jiu-jitsu y levantaba pesas en el gimnasio local por pura diversión. También era un ávido lector de cómics de Batman e incluso había hecho sus pinitos dibujando cómics. Aunque esta habilidad no era útil como tal, sí demostraba que el mundo estaba compuesto de individuos bastante complejos y únicos.

Mientras Gardner esperaba a que Barnett cumpliera su misión de investigar a Estelle Maiden, encargó a algunos de los otros agentes que escoltaran a los tres colegiales. Ya se había contactado con los padres y, tras sentirse debidamente asqueados con los detalles, habían accedido a ir a la comisaría y acompañar a los menores mientras hacían sus declaraciones.

Chrissie Greenwood, mientras tanto, estaba en el hospital, donde le estaban tratando la nariz rota. Aún no había dicho nada, mientras que Zac, el chico que había encontrado el cuerpo, se lo había soltado todo a Gardner.

Pobre chaval.

Gardner no podía aprobar la violencia contra Chrissie y consideraba apropiado que Zac pagara las consecuencias de su agresión impulsiva, pero ¡Dios, qué cosa más horrible se le puede hacer a alguien! Los críos podían ser muy crueles.

Ella misma había reprendido a los dos matones, Sam y Noah. — Saben que, según la Ley de Delitos Sexuales de 2003, grabar a una persona en un acto privado con el fin de causarle humillación es ilegal.

Noah y Sam habían puesto cara de estar a punto de vomitar.

Ya no sois tan gallitos, ¿verdad?

No se había molestado en decirle a Zac que participar en actividades sexuales en lugares públicos también era un delito. Ya parecía que lo había pasado bastante mal demasiadas veces, y sabía

de sobra que estaba metido en un lío muy gordo por haber tirado aquella piedra.

Aunque Noah y Sam habían jurado que borrarían la grabación, Gardner les había confiscado los móviles como prueba de todos modos. —Ahora forman parte de una escena del crimen, chicos. Y —dijo, moviendo los dedos para señalar a ambos—, si alguno de sus amigos se entera de lo que han grabado aquí y de lo que le han hecho a Zac, me aseguraré de que las consecuencias del jaleo de hoy sean mucho peores de lo que podrían ser. ¿Entendido?

Ellos asintieron, aterrorizados. No le gustaba blandir el hacha con los jóvenes, pero la necesidad obliga. Lo que le habían hecho a Zac no podía convertirse en cotilleo de tres al cuarto. Se imaginaba que no había nada que destrozara más rápido la salud mental de un niño.

—Hoy en día, para los críos, perder el móvil es como perder un órgano —había comentado Rice.

—Pues entonces tienen que empezar a usarlos de forma responsable —había replicado Gardner.

—No te lo discuto, jefa. Totalmente de acuerdo. Me sorprende que no hayas hecho añicos el puñetero móvil.

Justo en ese momento, sonó el teléfono de la propia Gardner. Era Barnett.

Escuchó con tristeza la trágica historia de la familia Maiden.

Tras escuchar la información de Barnett, Gardner se acercó a la carpa que cubría los restos. Se asomó para ver a la médico legista.

—¿Algo más? —preguntó Gardner—. ¿Quiere arriesgarse con la edad y el sexo?

—¿Le vale con una suposición? —preguntó ella.

—Me vale de sobra.

Eso era música para los oídos de Gardner. El predecesor de esta médico legista, el doctor Hugo Sands, había detestado dar cualquier dato que no fueran hechos irrefutables e innegables. Pero Sands era

agua pasada, pues lo habían inhabilitado hacía un tiempo por un comportamiento bastante despreciable.

—A juzgar por la pelvis, el cráneo y los huesos largos, sospecho que es una mujer. Aun así, el antropólogo forense será mucho más preciso…

—¿Y la edad? Joven, ¿quizás?

—Sí.

—¿Alrededor de diecisiete años?

—No me voy a acercar a tanta precisión. Pero, desde luego, más joven de lo que tendría esta Estelle Maiden. Mi rango sería de finales de la adolescencia a finales de la veintena, por los dientes, la fusión de algunos huesos y las características del esqueleto. Hice algunos cursos sobre estas cosas. Aunque, como he dicho, no soy una experta. ¿Cree que sabe quién es, entonces?

—Solo es una corazonada por ahora. Gracias.

Gardner abordó a la jefa del personal de la Científica, Fiona Lane. Gardner y Fiona se conocían desde hacía un tiempo, pero solo recientemente habían entablado amistad. En los últimos meses, su amistad había evolucionado. Compartían su afición por la música en directo y habían visitado el Montey's en Harrogate con frecuencia. Noches que a menudo conllevaban el consumo de cantidades ingentes de gin-tonic y que, aun así, costaban menos que la puñetera niñera.

—Se requiere su pericia, señorita Lane.

—Por supuesto, señorita Gardner. Aunque no le puedo prometer que haya venido al lugar adecuado.

—Rara vez hay un lugar mejor.

—Es usted muy amable.

Usando un mapa del cementerio que Barnett acababa de enviarle al móvil, en el que se identificaba la ubicación de una tumba que había solicitado, Gardner guio a Fiona a través del laberinto de lápidas.

—Esto es intrigante —dijo Fiona.

—Solo lo evidente. Busco la conexión más cercana posible con Estelle Maiden. Aun así, podría no ser nada.

—Bueno, si no lo es, al menos cumplimos con los pasos del día.

Gardner se detuvo, intentando orientarse hacia la tumba que Barnett había marcado con un círculo. —Joder… —Se giró ligeramente para que una hilera de árboles quedara justo a su izquierda, y luego atajó por otro sendero de lápidas.

—¡Esperadme! Estas piernas ya no son lo que eran —dijo Rice, acercándose a ellas con pasos sigilosos.

Gardner encontró la tumba que buscaba y vio, de inmediato, que no necesitaba la pericia de Fiona para decirle lo que era obvio. Sintió una descarga de adrenalina.

—La tierra ha sido removida —dijo Gardner.

—Hace muy poco —confirmó Fiona al llegar a su lado.

—Pero qué coño… —dijo Rice, leyendo en voz alta el nombre de la lápida—. Penny Maiden. Diecisiete años. Murió en 1980.

Gardner se arrodilló y observó el suelo de cerca. Habían sacado la tierra y la habían vuelto a echar rápidamente, de forma que ahora formaba más un montículo que una superficie plana.

—Va a tener que llover mucho para que esa tierra vuelva a estar plana —dijo Fiona.

—Tenemos que hacer que excaven esta tumba de inmediato —dijo Gardner, poniéndose en pie y cogiendo el móvil mientras se giraba y le lanzaba una mirada fulminante a Rice—. Penny Maiden no está ahí abajo.

—Vale, ¿y dónde iba a estar si no? —resopló Rice.

Gardner señaló en la dirección por la que habían venido. Sabía que sonaría ridículo, pero el instinto era el instinto, y en ese momento, el suyo le estaba gritando.

—Sobre la tumba de su madre, Estelle, allí. —Señaló de vuelta a su lugar de descanso—. Lo que significa que esa parcela está vacía o, Dios no lo quiera, que han enterrado a otra persona ahí abajo.

—¿Viva? —preguntó Fiona.

Gardner la miró. —No lo sé.

Gardner puso los engranajes en marcha rápidamente. La tierra había sido removida, muy probablemente para exhumar el cuerpo de Penny y exhibirlo sobre la tumba de Estelle, pero se presentaba otra posibilidad siniestra. Si se había sacado un cuerpo de esta tumba, ¿era descabellado pensar que se podría haber colocado otro dentro para llenar el vacío? ¿Y quién podía asegurar que esa persona estaría muerta? La perspectiva, aunque una conjetura en ese momento, le revolvió el estómago a Gardner, y esperaba estar siendo simplemente demasiado precavida. Aun así, su razonamiento convertía la situación en una de urgencia crítica.

Sin embargo, como señaló el médico legista, era altamente improbable que alguien pudiera sobrevivir ahí debajo.

El tiempo de supervivencia al ser enterrado vivo oscilaba entre unos minutos y unas pocas horas. A menos que el enterramiento fuera muy superficial y se hubieran insertado tubos para suministrar aire, la esperanza era mínima.

Además, había que descartar la maquinaria como opción para desenterrar. Si, por algún milagro, alguien seguía respirando, pronto dejaría de estarlo bajo la fuerza de una garra mecánica.

Llamaron a los sepultureros que trabajaban en este lugar.

Mientras cavaban, Gardner expuso sus ideas a los otros agentes presentes.

—A finales de 1980, una niña, Penny Maiden, murió en un atropello y fuga en Harrogate Road. Un poco más arriba en la colina, cerca de Bond End.

—Mierda… Ahora me acuerdo. Yo era un crío —dijo Rice—. Mi padre trabajó en ese caso. Nunca encontraron al responsable, y la muerte de la niña afectó mucho a la zona.

—Horrible. La pesadilla de cualquier padre —suspiró Fiona.

Gardner asintió. —Eso es quedarse corto. Estelle Maiden se suicidó a finales de 1981.

—Sí… eso también me suena —dijo Rice—. ¿Y su padre?

—Dean Maiden sigue vivo.

—Perdió a su mujer y a su hija en un año —dijo Fiona—. Pobre hombre.

Rice asintió en dirección a donde trabajaban los sepultureros. —A saber si al final descubrió quién le arruinó la vida.

Le arruinó la vida.

Sus pensamientos se desviaron bruscamente hacia el inspector Paul Riddick. Su antiguo colega. Amigo. Otro hombre con la vida arruinada, que no se había detenido ante nada, hasta acabar con las manos manchadas de sangre.

¿Sería Dean Maiden igual?

—No nos precipitemos —dijo Marsh—. Es decir, todavía no tenemos confirmación de que este cuerpo que hemos encontrado sea siquiera el de Penny. Además, de todas formas, ¿cuántos años tiene ahora Dean Maiden? ¿Setenta y tantos? —Señaló con la cabeza a los sepultureros que se afanaban—. Parece un trabajo que te rompe la espalda para alguien de setenta y tantos años.

—Yo apostaría a que solo es una falsa alarma —dijo Rice—. Será Penny la que está ahí debajo, y el terreno simplemente ha sido removido por algún animal.

Gardner sintió una oleada de irritación y abrió la boca para criticar su juicio. El terreno había sido más que removido, estaba claro que lo habían excavado.

La potente voz de un sepulturero captó su atención. Se giraron y vieron que uno de ellos tenía la mano en el aire. Habían encontrado algo.

—Menos mal que no me ha dado tiempo a aceptar esa apuesta —dijo Gardner.

GARDNER, de pie sobre unas planchas protectoras, contempló el cadáver del anciano y suspiró. La tierra aún cubría la mayor parte de su cuerpo, pero el médico legista confirmó que estaba muerto al retirarle el barro de la cara.

La tumba poco profunda tenía solo un metro de hondo, así que quienquiera que hubiera cavado los dos metros reglamentarios para

Penny Maiden, había rellenado la mayor parte del agujero antes de depositar a esta víctima.

—Sospecho que ya estaba muerto antes de que lo metieran en la tierra, o al menos inconsciente —dijo la médico legista—. Este hombre no ha luchado por llegar a la superficie para respirar. Tendré que examinarle el cuerpo entero, pero parece que ha recibido algún tipo de paliza. Tiene moratones y cortes en la cara.

—El hombre tiene setenta y tantos años —dijo Gardner, y suspiró de nuevo.

—Joder —dijo Rice, acercándose a Gardner—. Es Howard Walters.

Marsh se acercó al otro lado de Gardner. «Eso parece».

Gardner levantó la vista hacia Marsh, que, por primera vez desde que la conocía, parecía pálida y perturbada.

—Soy la forastera aquí —dijo Gardner, levantando una mano y mirando las caras de sus compañeros.

—Un mecánico jubilado, la sal de la tierra, el favorito de todos en el pueblo, un auténtico buen samaritano… Mierda… Howard Walters era un tipo cojonudo —dijo Rice. —Lo que lo convierte en una víctima de asesinato cojonuda —dijo Marsh, con tono irritado—. Y lo que hace de esto un soberano coñazo.

—¿Qué hacía a este Howard tan buena persona? —preguntó Gardner.

—Lo último que supe es que llevaba a pescar a niños desfavorecidos —dijo Rice.

—No mencionemos todas las revisiones de coche que ofreció gratis en su negocio durante la crisis económica —gruñó Marsh—. El hombre es un santo local.

—También es Papá Noel —dijo Rice.

Gardner lo miró fijamente con una ceja arqueada.

—En Navidad —dijo Rice—. En la iglesia.

—Va a haber una vigilia por este —dijo Marsh.

—Y luego los lugareños sacarán las horcas —dijo Rice.

Genial.

Gardner miró alternativamente el cuerpo y la carpa en la distancia.

Penny Maiden. Víctima de un atropello y fuga sin resolver. Desenterrada y devuelta a su madre.

Volvió a mirar al hombre muerto.

Howard Walters. Héroe local. ¿Ibas tú conduciendo ese coche? ¿Vivías con un secreto culpable? ¿Un secreto que te empujó a un estilo de vida altruista?

En ese caso, ¿quién lo descubrió?

¿Se lo contaste a alguien?

—Será mejor que nos pongamos en marcha, entonces —dijo Gardner—. ¿Sabe alguien dónde vive Dean Maiden?

6

2023

En ese momento, el inspector Paul Riddick y la sargento detective Devon Dunn no conseguían ponerse de acuerdo.

No era la situación más ideal en un trabajo de vigilancia de dos personas.

Tras haber discutido largo y tendido sobre la ensalada de atún de Riddick, que había apestado el vehículo de Devon, habían pasado a debatir sobre gustos musicales. Aficionada como era al pop, Devon estaba desesperada por ir calentando motores para el Festival de la Canción de Eurovisión de ese fin de semana escuchando a todos los participantes mientras vigilaban.

Riddick se negaba en redondo. —Ya he visto suficientes pantomimas y capullos bailando con atuendos coloridos para toda la vida, gracias.

—No te pido que lo veas. Te pido que lo escuches.

—¿Y se supone que eso me va a proporcionar una experiencia placentera? ¿Cómo?

Devon señaló con la cabeza hacia la decrépita calle por la ventanilla. —Por probar… Es imposible bajarle la moral a nadie aquí, ¿verdad?

—De verdad que le tienes manía a Manningham, señorita Dunn.

—Estamos aparcados delante de un narcopiso.

Riddick suspiró. —¿Qué tal un poco de Dylan? Mira, voy a culturizarte.

Ella bufó. —Gilipollas condescendiente. Si quisiera que me culturizara un viejo, iría a ver a mi abuelo.

Riddick no pudo evitar reírse. —¿Supongo, o más bien espero, que tendrá menos de cincuenta? ¿A ser posible, cuarenta y tantos?

—Claro que no, pero él sí escucharía el Festival de Eurovisión.

Riddick se resistió a soltar una broma sobre que estaría senil, pero se contuvo. No solo era de mal gusto, sino que no podía estar seguro de si el abuelo de ella lo estaba. Un desliz así podría convertir una situación ligeramente tensa en una gélida.

—Supongo que entonces el vejestorio soy yo.

Devon se encogió de hombros. —Bueno, te lo buscas tú solito… Oye, ¿por qué no nos turnamos?

Riddick suspiró. —Como quieras. Solo intentaba ayudar. Pensé que Dylan te abriría un poco la mente… ¿que te relajaría?

—Estoy atrapada en un coche con un viejo cascarrabias y resentido. ¿Cómo va a ayudarme con eso «All Along the Watchtower» ?

Riddick suspiró de nuevo. —Todavía estás cabreada por la ensalada de atún, ¿a que sí?

—¿En el coche de una vegetariana? ¿Por qué narices iba a cabrearme el pestazo a pescado muerto? —Lo miró con severidad, lo que hizo que su flequillo rubio le cayera sobre los ojos. Se lo apartó detrás de la oreja con un dedo.

—Claire quiere que adelgace. Me esperan ensaladas por una buena temporada. Y desde luego que no me voy a comer una ensalada sin nada más. ¿Qué quieres que haga, morirme de hambre?

—Prueba con queso. A mí me gusta el queso.

—Vale, escucha tú a Dylan y mañana nos traigo a *ambos* una tabla de quesos con todo su acompañamiento. Espera, mira esto. —Señaló por la ventanilla del coche hacia la casa adosada del otro lado de la calle.

Devon miró. —¿La luz de seguridad?

—Sí —dijo Riddick—. Se acaba de encender mientras me echabas esas miradas asesinas.

Ambos se quedaron mirando, esperando algún movimiento, pero no vieron nada. Falsa alarma.

—¿Un gato, quizá? —dijo Devon.

—No, creo que es más probable que fuera un perro —dijo Riddick con seriedad, reprimiendo una sonrisa.

Devon lo miró. —Si sugiero una ardilla y te ríes, ¿significa que volvemos a ser amigos?

—Desde luego que no. No podría ser amigo de nadie que vea el Festival de Eurovisión.

—Ah, vete a la mierda —dijo Devon, sonriendo.

La luz de seguridad se apagó. Riddick volvió a centrar su atención en el salón iluminado.

—No hay mucha actividad esta noche —dijo Devon—. Qué raro en Manningham. La última vez que vigilamos esta casa, parecía una puerta giratoria. Los Ravens vendían más droga que la Boots. Quizá se han mudado. ¿Podría ser que nuestra información no sea buena?

—Qué va —dijo Riddick—. Esto demuestra que nuestra información es buena. Si se está cociendo algo gordo y se ha corrido la voz, la gente se mantendrá alejada.

—No me gusta. ¿No estás nervioso? —dijo Devon.

—Sí —mintió Riddick—. Conviene estarlo.

—No te creo. Un par de ellos en la comisaría piensan que tienes instintos suicidas.

Si quisiera estar muerto, ya lo estaría. Mejor me quedo por aquí y hago algo de bien. Volvió a mirar hacia la casa. *Obviamente, eso conlleva sus riesgos.*

—Tus amigos hablan demasiado. Han visto demasiadas películas. No voy a ponerme a perseguir a yonquis armados. No soy Charles Bronson.

—¿Quién?

Riddick suspiró. —¿Harry el Sucio, entonces?

—¿Harry el qué? ¡Suena a pervertido!

—Ah, da igual. —*¡A lo mejor sí que soy un vejestorio!*—. La cuestión es que somos precavidos. Así son las cosas ahora.

—Entonces, todas esas historias sobre que te falta un tornillo son gilipolleces, ¿no? —preguntó Devon.

—Que me falta un tornillo. ¡Joder! La gente me tiene en muy alta estima. Espero que pusieras en su sitio a esos cabrones. Ya has pasado mucho tiempo conmigo.

—Por supuesto. —Se rio—. Les dije que te había metido en vereda. Que te enseñé que en la Brigada de Investigación Criminal hacemos las cosas con más decoro.

—Sí, señorita Dunn, ya me he fijado en ese decoro. Evidentemente, no era usted la que vi la otra noche dando tumbos por la calle medio borracha en ese vídeo publicado en Facebook, ¿no?

—Mierda, ¿en serio? ¡Le dije a Louise que lo borrara! Joder, la mato. —Se metió la mano en el bolsillo para coger el móvil—. Es un peligro público...

—*Mira.* —Riddick estaba señalando—. *Arthur.*

Arthur Fields estaba en la puerta, mirando hacia fuera.

Riddick sintió una punzada en el pecho y en el estómago. Una reacción que siempre sentía cuando veía a Arthur. Las llamaba punzadas de compasión.

—A ver, chaval, ¿qué haces? —preguntó Riddick y suspiró—. Vuelve adentro, amigo. Sube a tu habitación.

Fuera de peligro.

Arthur se quedó allí un par de segundos más, frotándose la cabeza con aire confuso, como siempre.

Desapareció de nuevo en su casa y Riddick suspiró aliviado.

—¿Por qué ha abierto la puerta? —preguntó Riddick.

—Ni idea. A lo mejor ha oído al gato, al perro, a la ardilla o lo que fuera —dijo Devon sonriendo mientras asentía, volviendo a las bromas que habían roto el hielo.

Riddick no sonrió. No estaba nada satisfecho. —¿Pero no es él quien debería investigar el ruido? ¿Dónde están las sanguijuelas que se han adueñado de su vida? Más les vale estar ahí. Los quiero esta noche.

—Pobre chaval —dijo Devon.

Y que lo digas, pensó Riddick. *Pero ya falta poco, Arthur. Casi tenemos suficiente contra ellos... Recuperarás tu vida normal antes de que te des cuenta.*

Arthur Fields, de diecinueve años, tenía un diagnóstico de autismo, un cociente intelectual muy por debajo de la media y una ansiedad social que lo había hundido con frecuencia. Un chico de pocas palabras, pero a menudo amables y afectuosas.

La primera vez que Riddick conoció a Arthur, lo comparó con un animal asustado que necesitaba ayuda desesperadamente. Había preocupado a Claire con sus palabras: «Solo quieres rodearlo con los brazos. Protegerlo de todos esos lobos».

Llevaba con Claire menos de un año, pero ella había sido su terapeuta para el duelo anteriormente, por lo que el profundo conocimiento que tenía de él había intensificado su relación. Hasta el punto de que ahora vivían juntos. Sabiendo lo que sabía sobre los vínculos que Riddick creaba con la gente, ¿cómo podría Claire no preocuparse por su amistad con Arthur Fields? Después de todo, ¿cómo protegía Riddick a un hombre con la edad mental de un niño de unos depredadores que habían llenado su casa de drogas y armas?

Riddick había decidido no contarle a Claire que el peor depredador de todos era, de hecho, el propio padre de Arthur, Keith Fields. La situación ya parecía desesperada; no quería hacerla parecer inútil también.

Sintiéndose irritado de repente, Riddick puso a Dylan.

Esperó a que Devon protestara. Debió de sentir que a él le costaba aceptar la idea de que Arthur estuviera de nuevo en esa casa y le perdonó la vida... por ahora.

Aun así, ella miró el reloj, sin disimular su frustración.

—Ten fe —dijo Riddick—. Los Ravens siguen ahí dentro.

La mirada que le dirigió sugería que no compartía esa confianza.

Esta operación llevaba ya un tiempo cociéndose y el final no parecía lo suficientemente cercano para el gusto de nadie. Especialmente para el de Riddick, que quería a Arthur lo más lejos posible de esos desgraciados y mezquinos cabrones.

Los Ravens eran una banda de narcotraficantes de East Bowling y estaban en proceso de ocupar la casa de Arthur para sus fines.

El término, «cuckooing», provenía de los cucos, aves famosas por poner sus huevos en los nidos de otros pájaros.

Los Ravens eran los cucos explotadores, que vendían sus drogas desde el nido del pobre Arthur.

Las cosas habían avanzado a paso de tortuga hasta la intrigante información de hoy. Los Mansters, la propia banda de narcotraficantes de Manningham, ya no tolerarían a estos jóvenes advenedizos en su territorio. A Riddick le sorprendía que hubieran tardado tanto. Un tipo despreciable llamado Nathan Cummings lideraba a los Mansters y no era famoso por su paciencia.

La información de hoy sugería que esta noche era la noche.

Ambas bandas. De un solo golpe para la Policía Judicial. ¡Era una oportunidad demasiado buena para dejarla pasar!

Sin embargo, una fuerte presencia aquí podría echarlo todo a perder, de ahí la discreta vigilancia de dos agentes. Aunque la unidad de respuesta armada estaba preparada y a mano. Una vez alertados, podrían llegar en cuestión de minutos.

Si es que los Mansters aparecían para la batalla. Lo cual parecía cada vez más improbable.

Dylan seguía dándolo todo de fondo.

—¿Acaba de decir este cantante que se está haciendo tarde? —dijo Devon—. ¡No le falta razón!

Riddick gruñó: —Es Bob Dylan.

—Bob el puñetero Dylan. Como sea. La actividad aquí está bajo mínimos. Hemos visto a Arthur —dijo Devon. Miró a Riddick—. Solo a Arthur. ¿Y si todo esto se queda en agua de borrajas?

Riddick negó con la cabeza. —No, mi informador es inflexible. *Y le voy a hacer picadillo si se equivoca.*

—¿Y si los Ravens se han enterado de la emboscada y han optado por un ataque preventivo contra los Mansters?

Riddick siguió negando con la cabeza, pero sabía que ella tenía razón. Aun así... —Hemos llegado hasta aquí. Démosle un poco más de tiempo.

—Pero ahora que el olor de tu atún está abandonando el habitáculo, me está entrando hambre. —Señaló una tienda de ultramarinos al final de la calle—. Y la tienda de Khan parece muy apetecible.

—No —dijo Riddick—. Además, he oído que el sitio está lleno de productos cárnicos, no te gustaría.

—También estará lleno de patatas fritas de bolsa, y a mí me gustan las patatas fritas de bolsa.

—Son malas para la salud. De verdad que creo que no. Paciencia..., por favor. Te compraré una pizza vegetariana cuando esto haya terminado.

Devon suspiró y volvió a mirar la casa. —¿Te puedes creer que Keith haya permitido que le pase esto a Arthur, su hijo?

—¿Qué va a hacer Keith? —preguntó Riddick—. Ya no es el hombre que era... ni de lejos.

Devon asintió. —Ya... ¿No se creía que era uno de los puñeteros gemelos Kray o algo así?

—¡Y se quedaba corto! Ahora tiene más de setenta años, vive en la miseria después de pulirse su fortuna y se está matando a fumar en un La-Z-Boy.

—No podría haberle pasado a un hombre más bueno.

—Opino exactamente lo mismo.

—Pero quiere a su hijo.

Riddick se rio. —¡Si lo dice él mismo! Es parte del numerito. Gánsteres, honor y familia, y toda esa mierda. No me lo creo. Conozco bien al hombre. Es un monstruo. Esperemos que se pudra en ese sillón.

Devon señaló con la cabeza hacia la ventana. —Le compró esa casa...

—¿En Manningham? Qué santo.

Ella se rio. Luego lo miró, disculpándose. —Lo siento, colega, pero tu música deprimente me ha dado hambre. —Abrió un poco la puerta—. Tardaré menos de un minuto.

—Preferiría que no lo hicieras —dijo Riddick.

—Sí, y yo preferiría que no comieras atún en el coche.

—Recuerda que tengo más rango que tú.

Ella cerró la puerta de un portazo antes de que él terminara la frase.

¡Joder, era peor que él!

La observó caminar por la oscura calle hacia el resplandor del Khan.

La voz de Dylan se hizo más fuerte.

—Ahora no, Bob —dijo Riddick, y quitó la música mientras observaba a Devon entrar en el Khan.

Más te vale coger de sal y vinagre... Las de solo sal no son lo mío...

Volvió a centrar su atención en la casa de Arthur. Ni un movimiento. Ninguna luz de seguridad.

Le vibró el móvil en el bolsillo. Podía ser un mensaje de Claire para ver cómo estaba. Ya lo miraría cuando Devon estuviera de vuelta en el coche, a salvo.

Ella salió de la tienda, agarrando una bolsa de plástico.

Él inspeccionó la calle vacía.

Venga, espabila... no quiero que nos pillen.

Alguien salió de entre las sombras detrás de Devon.

Con la boca de repente seca, Riddick abrió la puerta con un chasquido. —¡Mierda!

Saltó del vehículo, con los gritos de Devon reventándole los tímpanos.

Al mirar hacia delante, vio que una figura encapuchada le había echado la cabeza hacia atrás a su compañera tirándole del pelo. Se le revolvió el estómago.

Era culpa suya. —¡Policía! ¡Quítele las manos de encima!

La figura retrocedió. Gracias a Dios...

Riddick avanzó con cautela.

La figura levantó la mano por encima de la cabeza. Sostenía algo grande...

Mierda... no...

Con el sabor de la bilis en la boca, Riddick se echó a correr.

Demasiado tarde.

Se oyó un golpe sordo cuando la figura encapuchada descargó su arma.

La sargento detective cayó al suelo, de bruces. La figura se giró para huir, pero un hombre asiático corpulento había salido de la tienda.

Riddick, que todavía corría a toda velocidad, captó el destello en la mano del tendero.

Un cuchillo.

¡Dios, esto se pone peor por momentos!

La figura blandió de nuevo su pesado objeto, golpeando al tendero en la frente. El hombre dio una vuelta sobre sí mismo y se desplomó en el suelo junto a Devon.

Riddick se acercó a la figura, que era larguirucha y se movía como un adolescente desgarbado. El arma que llevaba en la mano era un ladrillo.

—¡Lárgate o te hago lo mismo a ti! —Lanzó el ladrillo y Riddick se desvió hacia un lado, evitando por los pelos correr la misma suerte que Devon y el tendero.

—Buena puntería, gilipollas.

El chaval levantó el dedo corazón y se dio la vuelta para echar a correr.

Riddick fue tras él, pero se detuvo cuando llegó a la altura de Devon. Se sujetaba la nuca. —Devon...

—Ve a por él —gimió—. Yo pido... refuerzos.

Miró al tendero. Se había puesto boca arriba, pero ahora tenía los ojos cerrados y le manaba sangre de la frente, corriéndole por la cara.

Sabiendo que Devon se ocupaba del tendero, Riddick empezó a perseguir al chaval que huía, que era claramente joven, ágil y estaba lleno de energía.

Y luego estaba Riddick, que desde luego no se encontraba en la mejor forma de su vida.

El alcohólico de mediana edad y en baja forma no tardó en quedarse sin fuelle y, cuando el chaval lo metió por un callejón oscuro como la boca de un lobo, empezó a tropezar y a jadear.

Claire había acertado con lo de la dieta. *Ensaladas de atún en un futuro previsible*, pensó, lanzándose hacia adelante, hacia la oscuridad.

Salir de la oscuridad y entrar en otra calle le ofreció a Riddick cierto alivio. Vio a su presa mirar ansiosamente por encima del hombro y volvió a la acción con un repentino arranque de confianza.

Tras coger velocidad, se puso a menos de diez metros del chaval antes de que este desapareciera en otro callejón.

¡Mierda! El chaval se conocía el terreno, desde luego. Mientras que Riddick era un puto afortunado por seguir en la persecución.

Riddick se metió en el callejón, maldiciendo al sentir que su débil tobillo izquierdo se doblaba, pero rectificándolo en el último momento.

¡Das pena, macho!

Aun así, le *estaba* ganando terreno a su presa y probablemente debería ser menos duro consigo mismo.

A pesar de estar oscuro, aún podía ver la silueta del chaval, lo cual era un alivio. De lo contrario, el idiota bien podría haberse detenido, haberse escondido y haberle tendido una emboscada a Riddick de la misma manera que le había hecho a Devon.

Riddick calculó que estaba a menos de cinco metros del chaval...

El cabrón giró a la derecha en una calle.

Te voy a pillar, pequeño cabronazo, pensó Riddick, saliendo del callejón mientras el adolescente se lanzaba a la calzada.

A diferencia del atracador, Riddick comprobó que no vinieran coches, lo que le costó uno o dos metros, antes de cruzar la calle y doblar la esquina tras él.

El chaval se dirigía directo a una valla grande que rodeaba un aparcamiento.

Mierda...

A Riddick no le apetecía someter su maltrecho tobillo a eso.

El joven trepó por ella como una puta ardilla.

Impresionante.

Y una hazaña imposible de repetir para Riddick. Aun así, intentó apartarlo de su mente, no fuera a afectar a su confianza, y se lanzó contra la valla a toda velocidad.

Se sorprendió a sí mismo al llegar a la mitad a una velocidad admirable, antes de que su tobillo izquierdo se agarrotara. Su pie rozó la valla, pero no encontró apoyo, y entonces cayó en picado.

No oyó un crujido cuando se le torció el pie, pero el dolor punzante le dijo que la carrera probablemente había terminado. Al igual que los siguientes meses de caminar sin dolor.

Maldiciendo a grito pelado, se puso en pie, con los ojos llorosos. Intentó, con cautela, cargar algo de peso sobre su tobillo dañado, pero hizo una mueca y se agarró a la valla para apoyarse.

Lanzando improperios a nadie en particular, observó al chaval desaparecer.

Jodido, sacó el móvil del bolsillo y comunicó su ubicación, y una descripción de un adolescente encapuchado, para lo que pudiera servir.

Entonces se acordó de Devon, se apartó de la valla y se alejó cojeando, maldiciendo repetidamente.

Riddick tardó un buen rato en desandar cojeando el camino que acababa de recorrer a toda prisa.

Por el camino, habló con Devon por el móvil. Ella le aseguró que estaba bien. El tendero, en cambio, estaba mal. Rafiq Khan había recuperado la consciencia brevemente, pero Devon no había conseguido mantenerlo despierto y había vuelto a perderla. Una ambulancia estaba en camino.

Cuando Riddick llegó a la tienda, la ambulancia había llegado y el paramédico estaba subiendo al tendero por una rampa.

Riddick cojeó hasta donde estaba Devon, sentada en el bordillo junto a otro sanitario, sujetándose un trapo ensangrentado en la frente.

Miró primero al sanitario. —¿Está bien?

—Necesitará una radiografía y puntos.

Señaló con el pulgar por encima del hombro al tendero. —¿Y él?

—Es demasiado pronto para saberlo.

Maldita sea.

Riddick señaló a Devon. —Que te den el visto bueno antes de que vuelva a hablar contigo... —Suspiró—. A mí también me dieron

un ladrillazo una vez. No es nada agradable.

Ella le entregó las llaves de su vehículo. —¿Cómo tienes el tobillo?

—Bien —dijo él, dándose la vuelta y cojeando lentamente hacia el coche aparcado.

—Eso parece —le gritó ella a su espalda—. No creo que Dylan pueda ayudarte con eso.

A pesar de sentirse irritado con absolutamente todo en ese momento, esbozó una sonrisa ante la ocurrencia de ella. En el fondo, se sintió aliviado. Podría haber sido mucho peor para ella.

Habiendo estado tan preocupado por Devon, fue solo en ese instante, al acercarse al coche de ella, cuando la decepción y las ramificaciones de la chapuza de la vigilancia golpearon a Riddick con toda su fuerza.

Los Mansters no se acercarían ni de lejos a la casa de Arthur ni a los Ravens que la ocupaban esa noche. No con todo ese alboroto en la misma puerta.

No te preocupes, Arthur. Te sacaré de aquí. Como prometí. Solo aguanta un poco más.

Se detuvo junto a una farola y se apoyó para mantenerse erguido mientras sentía varias punzadas de dolor extremo. Necesitaba analgésicos.

Tras respirar hondo varias veces para armarse de valor, completó el trayecto hasta el coche. Solo cuando llegó al capó levantó la vista y vio que la puerta principal estaba abierta.

La adrenalina lo recorrió como un latigazo.

La luz de seguridad permanecía apagada... Alguien había estado en casa de Arthur mientras Riddick hacía el gamba calle abajo.

Qué rematadamente estúpido soy.

Cruzó la calle cojeando, respirando profundamente. Cargó la mayor parte de su peso en el tobillo derecho, pero tuvo que usar el izquierdo más de lo que le gustaría para poder acelerar el paso.

La luz de seguridad se encendió de golpe mientras recorría el corto sendero hasta la puerta principal. El descuidado jardín le arañaba las piernas. Pasó cojeando junto a unos arbustos

enmarañados que formaban una telaraña con bolsas de plástico rotas.

El sudor le corría por los ojos, y se detuvo en la puerta abierta para apoyarse en la pared y dar un momento de respiro a su tobillo hinchado. Tomó aire con fuerza.

El dolor se intensificaba por momentos.

Tuvo que dejar que su respiración se calmara y, mientras lo hacía, se secó el sudor de la frente.

Solo cuando dejó de hacer su propio ruido oyó un gemido. Riddick no pudo evitar pensar en los perros que su padre solía tener, que lloriqueaban tras puertas cerradas para llamar la atención, rascando la madera de vez en cuando.

Sin estar dispuesto a esperar mientras su amigo Arthur podía estar en apuros, Riddick entró, apoyándose en la pared del pasillo para mantener la mayor parte de su peso en el lado derecho.

Avanzó entre montones de correo sin abrir y menús de comida para llevar. Los gemidos se hacían más fuertes a medida que se adentraba en la casa.

—¿Arthur? —lo llamó.

Se detuvo.

El gemido pareció cesar, pero luego volvió a empezar. Provenía de la habitación de su izquierda.

Riddick oyó en su cabeza la voz del joven de hacía semanas: «Ant-Man. Ojalá pudiera hacerme así de pequeño... imagina los sitios a los que podrías ir... ver... meterte a gatas».

Arthur estaba obsesionado con los superhéroes de Marvel.

Para su vergüenza, Riddick se había aprovechado de eso. «Solo necesito que seas un héroe un poco más. Solo una semana o así, Arthur. ¿Puedes hacerlo? ¿Puedes ser Ant-Man?».

Apoyado en el marco de la puerta, cargando el menor peso posible en el tobillo, Riddick abrió la puerta y la empujó.

Los gemidos se intensificaron.

Riddick se quedó sin aliento al ver al chico en el sofá. No tendría más de dieciocho años, con una expresión de confusión y un agujero ensangrentado en el pecho.

Uno de los Ravens.

Y era prácticamente un niño.

¡Mierda!

Riddick se sintió momentáneamente culpable por el alivio de que no fuera Arthur.

Con el corazón desbocado en el pecho, se giró hacia la habitación, buscando el origen del gemido.

En un rincón de la estancia, había otro joven. Otro Raven. Le habían pegado un tiro en la nuca.

Arthur estaba en la esquina de la habitación, acurrucado de lado en posición fetal, sin camisa. El joven temblaba, lo que provocaba ondulaciones en su espalda rolliza.

Vivo.

Pero Riddick sabía que era demasiado pronto para sentirse aliviado.

Toda aquella situación llevaba la firma de Nathan Cummings. Y dudaba que el líder de los Mansters hubiera terminado con sus sorpresas por esa noche.

Riddick cojeó, sin preocuparse por su propio dolor, hasta que se detuvo de pie junto a su vulnerable amigo.

—¿Arthur?

Los gemidos cesaron, pero los temblores no.

—Soy yo..., Paul...

Comenzó un sollozo silencioso y dolido.

Haciendo una mueca de dolor, Riddick se arrodilló y puso una mano en el hombro de Arthur. —Ya estás bien, amigo. —Le frotó el hombro—. Estoy aquí contigo.

—Paul… —dijo Arthur, entre sollozos—. Paul… me alegro… me alegro tanto…

—¿Qué ha pasado, Arthur? —Riddick se estremeció al notar la sangre que empapaba la alfombra a su lado. Se metió la mano en el bolsillo para coger el móvil. —Voy a pedir ayuda…

—Vinieron… —Arthur se detuvo y gimió de nuevo—. Duele… duele mucho… No pude detenerlos.

—No era tu trabajo detenerlos. —*Era el mío.*

—Ant-Man ha fallado —susurró Arthur con tristeza.

Riddick se crispó. —*No*…, no has hecho nada malo, Arthur.

Nathan Cummings es el que ha hecho mal aquí.

Y yo, por perseguir a un chaval al que no tenía ninguna esperanza de alcanzar. Soy un maldito imbécil…

Sosteniendo el móvil en una mano y el hombro de Arthur en la otra, dijo: —Date la vuelta, Arthur.

—¿Qué me han hecho? ¿Qué me han hecho?

Riddick ayudó a Arthur a girarse sobre la espalda y respiró tan hondo que pensó que le reventarían los pulmones.

Mansters.

La palabra estaba tallada en el pecho de Arthur. Cada letra carmesí supuraba. Nathan Cummings había marcado su territorio.

Riddick miró a Arthur a los ojos. Era poco más que un crío y ahora estaba más perdido y necesitado de cariño que nunca.

Por culpa de Nathan.

Y por culpa de *él*. *De Paul Riddick.*

Te he fallado, Arthur.

Las punzadas de compasión que siempre había sentido por Arthur en el pecho y el estómago ahora le quemaban y eran dolorosas.

Te he fallado.

Prometí ser mejor..., dejar de cometer todos estos puñeteros errores..., y aquí estoy otra vez.

—Lo siento muchísimo.

El dolor que lo consumía superaba con creces cualquier cosa que su tobillo maltrecho pudiera ofrecer.

—Te he fallado.

7

2024

Glenda Richards, de ochenta y cinco años, miró su reloj.

2:38 h.

Faltaban cuatro minutos.

Levantó la vista hacia la entrada cerrada con llave del cementerio de Knaresborough.

¡Cuatro minutos para hablar contigo, mi amor!

El momento tenía que ser perfecto.

Que lo llamaran superstición. Pura locura. Lo que quisieran. No importaba.

Estaba decidida.

Y lo haría a la perfección todos los años. Incluso después de que sus prótesis de cadera le fallaran por completo, encontraría la manera. ¡Se arrastraría si fuera necesario! Aunque, probablemente, una silla de ruedas motorizada sería mejor opción.

Lo único que podría suponer un problema insuperable era perder la cabeza. Porque eso, y *solo* eso, podría poner fin a esta excursión anual. (Aunque algunos dirían que ya la había perdido).

Aun así, *¿qué sabrían ellos?*

Era lo que había. Esto era lo que le quedaba a Glenda. Sus amigos y su familia ya no estaban. No había podido concebir durante

su matrimonio con Patrick, y eso había ocurrido años antes de todas esas sofisticadas intervenciones médicas. A menudo se preguntaba si deberían haber adoptado. Si pudieran volver atrás en el tiempo, probablemente habría intentado convencerlo. Pero no era de las que se lamentan. No. Esto es lo que le había tocado. Y estaba conforme.

Una brisa helada la traspasó a través de la verja y Glenda agradeció su decisión de ponerse un par de medias extra.

2:40 h.

¡Dos minutos para agarrarse a esa verja, pegar los labios a la rendija y llamarlo en la penumbra!

Se acarició el reloj. ¡Cómo le gustaba aquel regalo de Patrick! ¡De hacía más de cincuenta años! Y con una inscripción.

Para mi Glen. Siempre x.

Y «siempre» significaba para siempre. Así que, hasta que ella estirara la pata y se reunieran en la otra vida, así era como mantenía viva la llama en su mente. Esta visita. Esta visita anual al lugar donde ahora yacía Patrick.

Hace veinte años, a las 2:42 h. El momento exacto en que Patrick le había declarado su amor una vez más antes de exhalar su último aliento. El cáncer había sido cruel, pero no le había arrebatado su última declaración de amor.

Y la determinación que él mostró en esos últimos segundos alimentaba para siempre la resolución de ella.

No, no escalaría el muro de este cementerio a esas horas intempestivas. ¡Tenía ochenta y cinco años y era frágil como el cristal! Pero susurraría su nombre a través de la verja, en la oscuridad. Podría decirle cuánto lo echaba de menos y cuánto anhelaba estar con él.

Y lo haría hasta que ella también se fuera.

2:41 h.

El reloj era preciso al segundo. Pagaba una revisión anual. Una muy cara. No quería perder ni un segundo.

Se acercó a la verja, secándose una lágrima con la mano enguantada.

—Pat —susurró—. Estoy aquí.

Miró el reloj.

2:42 h.

—Estoy aquí y te echo tanto de menos. —Apoyó las manos enguantadas en la verja—. Tanto, tantísimo…

La verja se abrió. Soltó un pequeño jadeo y se llevó una mano enguantada al pecho. *Qué raro.* ¡Veinte años, y eso no había pasado nunca!

—¿Se le habrá olvidado a alguien cerrarla con llave? —le preguntó a Pat—. ¿O significa otra cosa? —La empujó para abrirla del todo—. ¿Debería entrar?

Sabía que a Pat no le gustaría que anduviera por un cementerio en plena noche, ¡y menos en este! No había pasado ni un año desde que a ese pobre hombre, Howard Walters, lo mataran y lo enterraran aquí.

—No es buena idea —dijo, de pie sujetando la verja abierta—. Una mujer de mi edad…

Pero siguió empujando la verja. La tumba de Pat estaba apenas a un minuto de donde se encontraba.

Aquella verja sin cerrar era sin duda una señal…, ¿no?

¿Podría ser esta su última visita? ¿Estaba escrito en las estrellas que se reuniría con él en algún momento de los próximos doce meses?

Y si era así, ¿no sería una necedad por su parte dejar pasar esta oportunidad en un día tan emotivo?

Entró en el cementerio y sonrió.

Consciente de las muchas personas que descansaban a su alrededor, se movió despacio, con cuidado y respeto por el cementerio.

Las farolas de fuera le daban luz suficiente, pero el lugar estaba en penumbra y, sin duda, resultaría poco acogedor para cualquier otra persona que se topara con la verja abierta. Esperaba estar sola… y seguir estándolo…, a menos, por supuesto, que contara a los muchos miles que yacían en el terreno circundante.

A su alrededor, flores frescas adornaban las tumbas.

Muertos, pero no olvidados.

Finalmente, divisó la lápida de su marido, no muy lejos.

Le dedicó un pequeño saludo con la mano. A algunos les parecería una estupidez, pero para ella era todo lo contrario.

Solo para estar cerca de él.

Al bajar la mano, se fijó en dos personas sentadas en el banco junto al muro.

Se detuvo y volvió a llevarse la mano enguantada al pecho.

Con los ojos fijos en la pareja, respiró hondo varias veces. No se movían.

Vamos, Glenda. Cálmate. Solo es una pareja joven que busca algo de intimidad.

La explicación racional la ayudó a calmar la respiración.

Entrecerró los ojos en la oscuridad, intentando distinguir más detalles, preguntándose si se habrían fijado en ella. Levantó la mano a modo de saludo, pero no detectó ninguna respuesta.

Intrusos.

Como tú.

Habló en voz alta. —Disculpen —dijo—. Solo he venido a ver a mi marido y enseguida os dejaré en paz.

No contestaron.

Volvió a entrecerrar los ojos, esperando ver algún movimiento, pero no hubo ninguno.

¿Recuerdas a Howard Walters?

¿Te estarás metiendo en algún lío, Glenda?

Miró hacia atrás. No estaba muy lejos de la verja abierta. No podría echar a correr, pero unos cuantos pasos rápidos podrían sacarla del cementerio sana y salva.

Glenda dudaba de que corriera algún peligro por culpa de aquella misteriosa pareja, pero no podía obviar lo peculiar de la situación. ¿Por qué colarse aquí? Pat no había sido el más romántico de los hombres, ¡pero no recordaba que la hubiese llevado a un cementerio en una cita! ¿A no ser que fueran unos críos menores de edad, desesperados por estar a solas? O, quizá, la razón era la misma que la suya: familiares afligidos que honraban la hora en que habían perdido a un ser querido.

Aun así, la situación era extraña, así que Glenda decidió marcharse de allí y conformarse con dar su bendición desde la verja,

como había hecho todos los años anteriores.

—Disculpen que les moleste —dijo.

Como no respondieron ni se *movieron*, suspiró, se dio la vuelta y empezó a caminar de regreso a la verja...

¿Y si no están bien?

Ese inquietante pensamiento la detuvo.

No..., Glenda..., esto no es asunto tuyo. Siempre estás metiendo tus malditas narices donde no te llaman.

Dio varios pasos hacia la salida antes de detenerse de nuevo y volverse para mirarlos, sintiéndose ahora más irritada que preocupada. —¿Están bien?

Pero, a menos que le estuvieran tomando el pelo, era evidente que no estaban bien... ¿y cómo podía arriesgarse a dejar a dos personas en apuros? Simplemente no iba con ella.

Se acercó, imaginándose a Pat negando con el dedo.

Ah, vete a la mierda, vejestorio. Nunca pude hacer la vista gorda. Sonrió, nerviosa. *Una de las muchas razones por las que me querías.*

Avanzó hacia el banco, advirtiendo continuamente a la peculiar pareja que se estaba acercando.

Aunque llevaba las gafas puestas, varios árboles protegían el banco del resplandor de las farolas de la carretera principal. Incluso ahora, a escasos metros, la pareja seguía siendo dos siluetas.

—Lo siento, el año pasado hubo un incidente aquí..., puede que se hayan enterado. Alguien murió... y..., mire, solo he entrado porque la verja estaba abierta, y..., en fin..., ¿están bien?

Seguían sin dar una maldita respuesta.

Sus pensamientos llegaron con la voz de Pat. *Te están tomando el pelo, Glen, cariño... un par de críos que te van a dar un susto de muerte...*

¡Ay, Pat, basta ya! ¿Qué puedo hacer? Podría ser un par de críos de cachondeo, pero con la misma facilidad podría ser un par de críos heridos.

A un metro de ellos, vio que las dos personas eran demasiado altas para ser niños. Entrecerró los ojos en la oscuridad, deseando que se movieran, pero permanecieron inmóviles. ¿Quizá solo eran estatuas?

Esperó. Nada. No respondían en absoluto. Y ahora, por primera vez, se arrepintió de su obstinado rechazo a la tecnología y deseó haberse comprado un teléfono móvil.

Se miró las manos. Su ayuda tendría que ser a la antigua usanza. Tragó saliva y avanzó sigilosamente, lo bastante cerca para ver.

No eran estatuas.

Dios, cómo deseó que lo fueran.

Las dos personas no estaban realmente sentadas una al lado de la otra, como había pensado; más bien, estaban apoyadas la una en la otra, con las cabezas echadas hacia atrás contra el muro de piedra que había detrás de ellas.

Con lágrimas en los ojos y una sensación fría y dolorosa por todo su envejecido cuerpo, Glenda se inclinó, intentando verlos con claridad, posiblemente reconocerlos.

Era imposible.

Tenían las caras completamente cubiertas de sangre.

8

Gardner podía oír su corazón golpeando contra sus costillas. El ardor de su cicatriz era implacable.

—¡Collette! Por favor, ¿dónde está?

Miró a la derecha, hacia la puerta cerrada.

Los gritos y alaridos de fuera parecían estar amainando.

—¿Collette?

Abrió la puerta que daba a una cocina. El ruido volvió a ser más fuerte. Provenía del otro lado del rascacielos. Gardner ojeó la inmaculada cocina y luego posó la vista en la puerta corredera abierta. Una cortina se agitaba con la brisa.

Se agarró la cicatriz del pecho y se obligó a no detenerse. Se acercó a la cortina y la descorrió.

Un pequeño balcón. Unas cuantas macetas. Una silla de mimbre.

Una barandilla a la altura de la cintura.

Justo debajo, una multitud de gente ansiosa se había congregado en el parque de la urbanización.

En el centro de la multitud, sobre el tiovivo, yacía el cadáver de su sargento detective.

GARDNER SE DESPERTÓ SOBRESALTADA, agarrándose la cicatriz del pecho.

Se incorporó de golpe en la cama, tomó una profunda bocanada de aire como si se hubiese estado ahogando y saliera a la superficie, y se enfrentó a la realidad.

Collette Willows había muerto hacía casi dos años.

Y aunque la investigación interna había concluido lo contrario, Gardner sabía en el fondo de su corazón que había sido por las decisiones que ella tomó aquel día.

Se secó la cara, húmeda tanto de sudor como de lágrimas.

La puerta de su dormitorio se abrió.

Rose, su sobrina, apareció en el umbral, bañada por la luz del rellano. —Tengo miedo.

—Vale, cariño —dijo Gardner, levantando el edredón.

Gardner había adoptado a Rose después de que el padre de la niña, el hermano de Gardner, entrase en la cárcel. La pequeña cerró la puerta tras de sí, se metió corriendo por el lado izquierdo de la cama y se acurrucó en los brazos de Gardner. Esta volvió a tumbarse, dejando que la niña de ocho años apoyara la cabeza en su pecho, y la tapó con el edredón.

Acarició el pelo de Rose, tranquilizándola —y tranquilizándose a sí misma— tras la pesadilla.

—Te quiero, cariño.

—Yo también te quiero, tita Em.

Muy pronto, la respiración de Rose se hizo más profunda y volvió a descansar.

Pero Gardner no se durmió de inmediato. No por la pesadilla. Al fin y al cabo, no era nada nuevo. La pesadilla siempre la acompañaba, despierta o dormida. Más bien, no se durmió porque sabía lo que iba a pasar de un segundo a otro... y la anticipación de un suceso era la peor causa de insomnio.

Y, efectivamente, como un reloj, la puerta volvió a abrirse.

Esta vez era su hija de siete años, Anabelle.

—He oído algo —dijo Anabelle.

Habrá sido tu prima, que no para quieta y a la que oyes a estas horas todas las noches.

—No es nada de lo que preocuparse, cielo. Te lo prometo.

—¿Puedo meterme contigo?

Gardner levantó ahora el edredón por el lado derecho de la cama.

Bueno, pensó Gardner mientras su hija se metía en el otro lado de la cama, *¿quién quiere estar a solas con sus demonios, de todos modos?*

Besó a sus dos niñas en la frente y se durmió a pesar de no poder moverse.

GARDNER SE ESTIRÓ por encima de la cabeza de Anabelle para coger el móvil, que sonaba en la mesilla de noche.

¿Cómo puede dormir con eso y no oír a su prima levantarse de la cama?

Al ver el nombre de Marsh en la pantalla, cortó la llamada y suspiró. Una llamada a estas horas solo podía significar una cosa. Se deslizó con cuidado por encima de Rose, a su izquierda, salió al rellano y cerró la puerta.

Volvió a llamar. —Señora, disculpe, se ha cortado.

—Emma… —La pausa lo dijo todo—. Sé que está usted hasta arriba, pero no la llamaríamos si no la necesitáramos.

Gardner suspiró. Algo terrible había ocurrido.

Cuando Marsh terminó de explicarle y finalizó la llamada, Gardner intentó ignorar su corazón desbocado y la necesidad desesperada de llegar a la escena del crimen. Necesitaba concentrarse aquí un par de minutos más para organizar su caótica vida doméstica.

Subió corriendo al tercer piso y llamó suavemente a la primera puerta.

Monika Kowalska, su *au pair* polaca, abrió la puerta en camisón.

—Disculpe —dijo Gardner—. De verdad que lo siento. Sé que las noches son sagradas si no aviso, pero ha surgido algo. ¿Puede cuidar de Rose y Anabelle?

—Sí. —Monika se apartó el pelo negro azabache de los ojos empañados—. ¿Ha ocurrido algo?

—Sí, ha surgido trabajo. —*A las tres de la madrugada.*

La *au pair*, de veintipocos años, enarcó una ceja, intentando sonsacarle algo más.

Gardner no estaba de humor para contarle que alguien había matado a golpes a un hombre y una mujer jóvenes y meterle el miedo en el cuerpo.

Gardner se dio la vuelta. —Voy a coger la ropa de mi cuarto y me marcharé en cuestión de minutos.

—Sin problemas.

Desde las escaleras, Gardner miró a su salvadora. —Y... disculpe... Rose y Anabelle están en la cama conmigo. Totalmente inapropiado, lo sé, pero ¿podría... tal vez... meterse con ellas? No quiero que se preocupen si se despiertan.

Era en momentos como este cuando Gardner se daba cuenta de que Monika no era una extravagancia cara, sino una necesidad cara. Puede que su sueldo mensual sufriera un buen varapalo, pero al menos podía seguir trabajando en lo que amaba.

¿Amaba?

Puso los ojos en blanco. Necesitaba elegir otras palabras, ¿no?

Después de todo, estaba a punto de ver a dos personas a las que les habían arrebatado la vida violentamente.

¡Y de *vuelta* a ese maldito cementerio, además!

¿Coincidencia?

¿Quién lo sabía a estas alturas? Al fin y al cabo, el asesinato de Howard Walters del año pasado seguía sin resolverse, así que no se podía descartar nada.

9

Eran más de las tres de la madrugada y Riddick no podía dormir.

Procuraba no moverse mucho, sin embargo, para no despertar a Claire, que dormía a su lado.

Claire Hornsby era su antigua terapeuta de duelo y una de las personas más atentas que había conocido. No fue su belleza lo que lo había atraído a esa relación duradera, pero aun así la poseía a raudales. La miró de reojo, pensó en la discusión que habían tenido y en la noticia que le había dado esa noche, y suspiró antes de volver a clavar la vista en el techo.

Sintiendo el peso de la ansiedad en el pecho y las pesadillas que seguramente le asaltarían si se dormía, cerró los ojos y rememoró su encuentro anterior con Daz Horne, durante el cual había sentido que el estrés se aliviaba por un momento. Si lo repasaba mentalmente otra vez, quizá ese fugaz instante de positividad regresara y engañara a su cerebro para conseguir dormir un poco, algo que tanto necesitaba…

NO HABÍA nadie más curtido en mil batallas que Daz Horne. La excesiva cantidad de arrugas en su cara —notable, teniendo en cuenta que no llegaba a los cincuenta— no era la única señal de ello.

Aquel hombre tenía muchas historias que contar. De hecho, Riddick estaba seguro de que podría atribuir cada arruga de su cara a una de sus dramáticas anécdotas.

Daz era el padrino de Riddick en Alcohólicos Anónimos. Y siempre estaba al otro lado del teléfono cada vez que Riddick se tambaleaba al borde del abismo. Riddick era afortunado de tener semejante salvavidas. Y Daz debería haber podido contar con su respeto.

Pero Riddick nunca había sido el más fiable.

La falta de respeto había comenzado tras el chapucero trabajo de vigilancia en Manningham ocho meses antes. Ver a Arthur Fields mutilado, un adolescente vulnerable del que Riddick se consideraba responsable, le había hecho tambalearse. Debería haber llamado a Daz de inmediato; se lo debía. Pero había evitado contactar con él y se había dado de cabeza a la botella.

Daz le había sacado una foto a Riddick en su peor momento. Inconsciente en el umbral de su puerta. Luego, cuando Riddick estuvo sobrio, había usado la fotografía para dejarle las cosas claras. «La próxima vez que pase esto, no estaré aquí para recoger los pedazos. Si no puedes respetarme lo suficiente como para decirme que estás cayendo en picado, no puedo ayudarte».

Riddick había prometido que no volvería a ocurrir. Aquel exalcohólico le venía bien; era mejor de lo que el inspector jefe Anders Smith, su mentor corrupto, había sido jamás.

Cuando habías viajado tan adentro del abismo como Riddick, la esperanza, en cualquiera de sus formas, no era un recurso al que darle la espalda.

Riddick estaba sentado a la mesa de Daz, cuidando un San Pellegrino de limón. Levantó la vista hacia los rasgos tallados de Daz y la mezcla ecléctica de tatuajes que coloreaban los lados de su cuello.

—¿Un día duro? —preguntó Daz.

Riddick le había dicho una vez a Claire que Daz parecía una piedra erosionada, y a ella le había gustado la comparación. «Las piedras son contundentes, impenetrables y, por ello, fiables».

—Únete al club. Todos los días son duros —dijo Daz y dio una calada a su vapeador—. El día que pienses que no lo es, es el día que le quitas el ojo de encima.

Una piedra, pensó Riddick. *Más bien un muro de ladrillos.*

Daz se apartó el largo pelo negro de detrás de las orejas y se rascó la barba incipiente. —Te vigila… todo el tiempo… desde las sombras.

Riddick asintió. Daz no le estaba diciendo nada nuevo. Había oído ese sermón infinidad de veces. Aun así, nunca se oía lo suficiente. Al fin y al cabo, la mente era extraordinariamente resistente al cambio, sobre todo la de un adicto. Era esencial ser consciente de tu depredador. Y si alguna vez creías que te lo habían recordado demasiadas veces, simplemente le estabas siguiendo el juego.

—Cuando le quitas el ojo de encima… aparece —dijo Daz.

—Y tienes la foto para demostrarlo, además.

Daz desestimó el comentario con un gesto. —La foto es irrelevante. Una foto se puede destruir. Piensa en tus cicatrices. Ese es tu recordatorio.

—Todo el mundo tiene cicatrices.

—No has dicho una verdad más grande —afirmó Daz—. Todo el mundo las tiene. Es cómo *manejas* esas cicatrices lo que distingue a una persona.

Riddick asintió, suspiró y se terminó el San Pellegrino. —Aunque las pesadillas son implacables.

—Bueno, las pesadillas *son* implacables. Se supone que deben serlo.

—Hacía mucho tiempo que no eran tan malas. No desde… ya sabes… no desde… —Aplastó la lata vacía con la mano.

—Dilo.

—Desde que perdí a mi familia.

Riddick hizo una mueca ante la súbita formación de un nudo ardiente en el estómago y dejó caer la lata sobre la mesa. Apretando los párpados con fuerza, respiró hondo.

Daz le concedió un momento para recuperar el control antes de preguntar: —¿Son diferentes estas pesadillas?

Riddick asintió y abrió los ojos. —Son sobre Arthur. Su pecho… abierto en canal… —Sacudió la cabeza—. *Los Mansters. Nathan Cummings.* —Podía sentir el odio ardiendo en su interior—. Arthur es inocente. Tiene la mente de un niño. Un niño *amable*, y Cummings lo mete en medio de una guerra de gallitos con los Ravens. Debería haberlo parado antes de que se fuera de las manos. Debería. Haberlo. Parado.

—«Debería» esto, «debería» lo otro. A la mierda con eso, chaval. Debería estar acostándome con Angelina Jolie y viviendo en una mansión. Déjalo ya. Los «debería» son la peor forma de tratarte a ti mismo. Y si hay alguien que ya ha cubierto su cupo, eres tú.

—Pero debería… —Esbozó una sonrisita—. ¡*Debo*! *Debo* ser responsable. *Rendir cuentas*…

—Por el amor de Dios, colega. ¡Estabas siguiendo las malditas normas! *Eras* responsable. De hecho, para alguien que tiene un problema con las normas, ¡por una vez, estabas haciendo lo correcto!

—Debería haber impedido que Devon entrara en la tienda.

—Ja. Si alguna vez hubiera intentado interponerme entre Hanna y un maldito aperitivo… bueno, que Dios me ayude. Me habría arrancado los últimos piños que me quedan. —Daz sonrió. O al menos lo intentó. Años de abuso de alcohol y heroína le habían costado la mayoría de los dientes.

Daz bajó la vista hacia la lata aplastada sobre la mesa. —¿Quieres otra?

Riddick se lo pensó.

—Esperaba que dijeras que no —dijo Daz—. Solo los compro por ti. Y esta noche te has bebido unos cuantos. No voy al Sainsbury's hasta el fin de semana.

Riddick sonrió. —Mi maravilloso anfitrión.

—¡Tu maravilloso anfitrión que vive de las ayudas y está a tu entera disposición!

Riddick asintió. —Y te lo agradezco. Aunque debería llamar más. Siento que siempre estoy invadiendo tu espacio… —Golpeó la lata aplastada—. Y saqueando tus provisiones.

—Sí, estás empezando a costarme dinero… —dijo Daz.

Riddick sonrió. —En serio, gracias. Es que no sé…

—Para ahí —dijo Daz, levantando la palma de la mano—. Es lo que *yo* hago. —Movió el dedo de sí mismo a Riddick—. Es lo que *nosotros* hacemos.

—Entonces, déjame compensarte.

—¿Cómo?

—No sé… ¿déjame ser *tu* padrino?

—¿Y qué le digo a Carrie? ¿Que la han dejado de lado por un poli con más mochila que un circo ambulante? Me ha sacado de varios apuros. Es una roca.

Como tú lo eres para mí.

—Así que las pesadillas son solo pesadillas, y los «debería» son el alimento del Diablo. Y ojo con el depredador —dijo Riddick, asintiendo—. ¿Alguna otra conclusión?

—¿Cómo te encuentras?

—Antes de venir aquí esta noche, sentía como si me estuvieran pasando por una picadora de carne.

—¿Y ahora?

—Como si estuviera saliendo por el otro lado.

—Interesante. ¿Así que te sientes hecho picadillo?

—Sí, pero un poco mejor. Como si hubiera una posibilidad de que me recompusieran. Tú siempre me haces sentir que hay una posibilidad, Daz.

—Bien…

—Pero hay algo más.

—Adelante.

—Pensarás que estoy loco.

—Después de la analogía de la picadora de carne, ¿cómo podría pensar eso? Venga, suéltalo.

—Es que *no dejo* de verlas. O al menos creo que no dejo de verlas. A Molly y a Lucy. Estoy caminando por el pasillo de un supermercado… y, bueno, ya te haces una idea. Una sensación helada en el pecho, y son ellas. Excepto que… no lo son, ¿verdad?

Daz negó con la cabeza.

—Las veo en parques…, a la salida de los colegios. Donde sea. Las *veo*.

—No me puedo creer que hayas tardado tanto en admitírmelo. —Daz bajó la mirada a la mesa y se frotó las sienes—. Yo veo a Hanna todos los días. —Levantó los ojos de nuevo hacia Riddick—. Todos. Y cada. Uno. De los días.

Diez años atrás, Daz llevaba en coche a su mujer, Hanna, a casa desde la oficina de ella. Era trabajadora social y se habían conocido después de que ella acudiera en su ayuda quince años antes. El lado del copiloto del vehículo de Daz, y su vida, habían quedado hechos pedazos después de que un camión cambiara de carril demasiado rápido en la autopista.

—Lo siento —dijo Riddick.

—No lo sientas. Desperté de un coma en un mundo diferente. Un mundo hueco. Me permito esos momentos. De verla. De echarla de menos. De anhelarla. Llenan el vacío, me recuerdan lo lejos que he llegado y lo orgullosa que estaría. Lo uso para devolverle la mirada al depredador y sonreír. Sé que un día tú también encontrarás esa fuerza.

Riddick asintió. No se lo podía creer. El anhelo y la tristeza le parecían demasiado dolorosos para no ser peligrosos, y si le devolvía la mirada al depredador, no creía que fuera a tener la fuerza para sonreírle.

Pero no sucumbiría. Ya no. No ahora que los tenía a Daz y a Claire. —¿Bueno, vamos a la verdadera razón por la que estamos aquí? —dijo Riddick.

—Otra vez no.

—¡Te encanta!

—Sí, pero no es Navidad.

—Dices eso cada vez y luego la pones igualmente.

—Yipi ka yei, hijo de…

—Ni se te ocurra —dijo Riddick—. Pon la película y deja que el maestro diga la frase.

—Vale, pero no puedes verla sin otro San Pellegrino en la mano.

Sus casas estaban cerca, así que, después de la película, Riddick volvió andando, dándose cuenta de que su ánimo había mejorado ligeramente.

Hacía calor y, a pesar de lo tardío de la hora, la gente paseaba a sus perros.

A Riddick siempre le habían gustado los perros y hacía poco que había hablado de ello con Claire, a quien no le desagradaba la sugerencia.

Eso sí, un perro no muy grande. Algo enérgico y mono. Le gustaban los schnauzers. Parecían sabios, y el color sal y pimienta le atraía.

Años atrás, Molly y Lucy habían suplicado por un perro, mientras que Rachel y Riddick se mantuvieron firmes. El tiempo escaseaba cuando se tienen hijos pequeños, y el pobre animal necesitaría que lo pasearan… con regularidad. Era difícil comprometerse a nada siendo un detective de policía con dos hijas pequeñas. Sacar a pasear al perro estaba descartado.

Ahora que esas responsabilidades familiares ya no existían, estaba encantado de considerar la idea.

A menudo, intentaba evitar pensar en sus hijas, temeroso de la melancolía, pero las palabras de Daz seguían muy presentes.

Me permito esos momentos… Llenan el vacío… Lo uso. Lo uso para devolverle la mirada al depredador y sonreír…

¿Sería Riddick capaz algún día de sonreírle al depredador?

Maldita sea. Sí. Lo seré.

Gracias a Dios por Daz.

Realmente te hacía sentir que cualquier cosa era posible.

Mientras se acercaba a su casa, consultó el móvil y releyó algunos mensajes intercambiados con Arthur ese mismo día.

Beicon y huevo para cenar… otra vez…

¿Es que no comes otra cosa, tío? ¡Piensa en tus arterias!

¿Acaso Ironman se preocupa de eso?

¡Él tiene preocupaciones mayores! ¿La metralla en su corazón?

Riddick sonrió. Las heridas de Arthur habían tardado mucho en curar. Que disfrutara de sus fritangas. *Por ahora. Ya les pondré freno algún día…*

Desde el incidente, Riddick había estado en contacto continuo con Arthur. Su amistad había florecido. En los momentos más

exaltados de Arthur, le hacía una ráfaga de preguntas sobre superhéroes.

Cuando esto ocurría, Riddick hacía lo que podía para responderlas, a pesar de que a menudo no lo conseguía. Veía que el aluvión de preguntas irritaba a la mayoría de la gente, incluida la propia madre de Arthur, Roni, pero Riddick las aceptaba de buen grado. Le hacían gracia y le recordaban que Arthur estaba allí y se estaba recuperando.

Riddick llegó a casa y se sorprendió al ver a Claire sentada a la mesa del comedor.

Se acercaban las diez. Había esperado verla en el salón, viendo una serie policiaca. Recordó el comienzo de su relación, cuando vieron juntos todos y cada uno de los episodios de *Inspector Morse*.

—¿De qué te ríes? —preguntó ella.

—De recuerdos felices.

—¿Te apetece compartirlos?

Se lo contó mientras se acercaba. Estaba tan deliciosa como siempre con un camisón de seda azul. Puso las manos en sus hombros, y ella levantó las suyas para colocarlas sobre el dorso de las de él y lo miró.

Ella le dedicó una sonrisa, pero a él le preocupó que fuera forzada. —¿Por qué tienes esa cara tan seria? —le preguntó Riddick.

Ella apartó la mirada, pero siguió frotándole las manos. —Estoy preocupada.

—¿Necesitas una taza de té mientras me cuentas por qué?

—Paul, siéntate, por favor.

Mierda… ¡esto sí que sonaba serio!

Sonrió con nerviosismo mientras se sentaba frente a ella y le cogía las manos por encima de la mesa.

—Pareces de mejor humor. Daz te sienta bien.

No era lo que esperaba..., pero tenía razón. —Seguramente se deba más bien a que acabo de ver *La Jungla de Cristal*.

Ella volvió a sonreír; esta vez parecía una sonrisa sincera.

—Es una leyenda —dijo él.

—Espero que se lo digas.

—Claro que se lo digo. Me guarda un suministro regular de San Pellegrino. No voy a jugármela.

Ella siguió sonriendo un momento, asintiendo ante su ocurrencia, pero entonces bajó la mirada y suspiró.

Ya estamos...

—Hace ocho meses, pensé que te ibas a morir...

—Pero no me morí, ¿verdad? Gracias a Daz... y a *ti*. Sobre todo, a ti. Así que, ¿a qué viene esta conversación tan seria?

—Porque no eres feliz.

—Sí que lo soy.

—Mientes. —Le clavó la mirada.

Él bajó la cabeza. —Vale, la mayor parte del tiempo.

—La mayor parte... ¿de verdad?

Riddick suspiró y se encogió de hombros. —A veces. Lo intento, pero... —se señaló la cabeza—, aquí dentro pasan muchas cosas, ¿sabes?

—Joder, ya lo sé, Paul. —Alargó el brazo y le cogió la mano—. Y ya lo sabía cuando me metí en esto, pero el problema es que ese *a veces* ya no es suficiente. Sobre todo, cuando ese *a veces* no parece ser conmigo...

Él la miró. —Claro que es conti...

—Paul, no lo es.

A Riddick se le encendió el rostro. —¡Si me dejaras terminar!

—No te enfades.

Respiró hondo. —No estoy enfadado. Frustrado. —No era la primera vez que tenían esta conversación, pero Riddick estaba seguro de que últimamente habían mejorado—. ¿Por qué esta noche? ¿A qué viene esto ahora?

—A veces..., no sé..., a veces, simplemente no estás aquí conmigo. Y, lo sé, lo entiendo. Dios, claro que lo entiendo, Paul. A veces debe de ser un infierno. Las cosas por las que has pasado. Las cosas con las que *vives*. Pero si no estás aquí conmigo, ¿qué sentido tiene?

Riddick cerró los ojos. Había estado de buen humor. De mejor humor. Y ahora, esto. *¿Qué digo? ¿Qué hago?* —Te quiero, Claire —

dijo Riddick. Intentó sentir las palabras, y lo consiguió. Estaba *seguro* de que lo hacía.

—Creo que sí..., a tu manera. Pero sigues siendo un prisionero. Llevamos un año juntos, Paul, y *no puedo* liberarte. Y aunque Daz está haciendo un trabajo cojonudo..., no puedo evitar sentir que estoy fracasando estrepitosamente.

—¡Eso es una tontería! —dijo Riddick, apretándole las manos—. ¿Tú, fracasar? No he conocido el cariño en mi vida desde..., desde...

—Sí, pero esa es la cuestión, ¿no? ¡Ese maldito *desde*! No puedo ser el segundo plato. La secuela. La que no es tan buena como la primera, pero se deja ver.

Riddick le soltó las manos. —Por favor... —Juntó las manos como si fuera a rezar—. Por favor, dime qué hago. No quiero que te sientas así y te quiero..., de verdad que te quiero.

—No creo que haya nada que puedas hacer —dijo Claire—. Todo el mundo tiene que pasar su duelo, y estás en tu derecho.

—Entonces lo mantendré lejos de ti, te lo prometo.

—¡Ya lo haces! En parte, de eso se trata. Lo interiorizas. Supongo que si simplemente hablaras de ello, si te desahogaras más, las cosas podrían ser más naturales. Podríamos avanzar.

—Buscaré a otra persona con quien hablar. Arreglaré esto. Sí, he pasado unas semanas difíciles. Pesadillas y cosas así. Pero hoy sentía que estaba saliendo del bache.

—Bien, me alegro.

Riddick le cogió las manos de nuevo. —Entonces, esta vez, me esforzaré por no recaer. Me esforzaré por mantenerme fuera.

—Debes hacerlo. De verdad que debes hacerlo porque... —Se interrumpió.

—¿Porque qué?

—Porque esto ya no va solo de ti y de mí.

—No te sigo. —Pero sí la seguía, y se le heló la sangre en las venas cuando Claire pronunció sus siguientes palabras.

—Porque dentro de siete meses, vas a ser padre.

Repasar los acontecimientos de la noche no había ayudado. Eran las tres y media de la madrugada y Riddick se sentía más despierto que nunca.

Aun así, enterarse de que ibas a ser padre no era ninguna tontería. Suspiró y se deslizó fuera de la cama, con cuidado de no despertar a Claire.

Cogió el móvil y salió del dormitorio al rellano.

Mientras bajaba las escaleras, recordó su reacción ante la revelación de Claire.

Tras un silencio sepulcral, había intentado disimular su conmoción con positivismo, pero ella no se chupaba el dedo.

—Dime qué estás pensando de verdad, Paul.

Él había intentado esquivar la pregunta, pero ella había insistido una y otra vez. Al final, había dicho: —No puedo volver a pasar por ese dolor.

—¿El dolor de criar hijos?

—No... el dolor de perderlos.

Su rostro lo había dicho todo. Pálido, demacrado, completamente lleno de desesperación.

Pero ¿cómo iba a sentirse si no?

Después de que Molly y Lucy fueran asesinadas, ¿cómo iba a afrontar la paternidad de nuevo con alguna confianza?

Al pie de la escalera, el móvil de Riddick vibró.

¿Devon?

Respondió: —¿Qué pasa?

—¿Me prometes que no te vas a poner hecho una fiera por esto?

—Son las tres y media. ¿Qué ocurre?

—¿Y que no me vas a dejar vendido?

—Dime, Devon.

—Van a detener a Nathan Cummings.

10

Mientras aparcaba en el aparcamiento del Lidl, a tiro de piedra del cementerio de Knaresborough, Gardner recordó con nitidez la experiencia que había vivido allí ocho meses antes.

Haber visto los restos esqueléticos de Penny Maiden, acurrucados sobre la tumba de su madre.

Haber desenterrado el cuerpo del héroe local Howard Walters.

Un caso peculiar.

Su peculiar caso, y uno en el que había fracasado.

Salió del aparcamiento, con una sensación gélida que se le revolvía en el estómago, y se dirigió a York Road. Las palabras que Marsh le había dicho antes le daban vueltas en la cabeza. «Apenas salidos de la adolescencia..., traumatismo por fuerza contundente en la cabeza y la cara..., estarían irreconocibles para sus familias..., pulverizados..., si fuera apropiado, le sugeriría una copa bien cargada».

Pobre Glenda Richards.

Una mujer de ochenta y cinco años teniendo que descubrir algo así. Para ella, serían unos críos. Joder, ¡si hasta para alguien de la edad de Gardner eran unos críos!

Traumatismo por fuerza contundente.

A Howard Walters le habían arrancado la vida de un solo golpe en la nuca. Cabía la posibilidad de que Howard hubiese muerto de una caída y un golpe en la cabeza. Sin embargo, estas dos víctimas

actuales... *¿pulverizadas*? Sonaba como si alguien se hubiera ensañado con esos jóvenes con saña.

Cruzó York Road, normalmente transitada y peligrosa, pero no ahora. Resultaba inquietante en su silencio nocturno. En realidad, era bueno; Gardner estaba en su propio mundo, perdida entre el *entonces* y el *ahora*.

Dos jóvenes *pulverizados*.

Una víctima en descomposición de un atropello con fuga.

Y Howard Walters. Propietario de Howie's Garage, cerca de Aspin, durante cuarenta años. Un pilar de la comunidad, que apoyaba a la juventud desfavorecida. Tras su jubilación, el viudo sin hijos había mantenido abierto Howie's Garage para poder compartir sus conocimientos de mecánica con jóvenes que todavía no habían tenido suerte en la vida. Bajo su tutela, los jóvenes reparaban coches para los vecinos por un módico precio, pero Howard no se quedaba ni un céntimo.

Su otra gran pasión en la vida había sido la pesca y, de nuevo, estaba encantado de compartir su pericia con aquellos que necesitaban una guía e intereses. Howard había sido un hombre generoso.

Era raro encontrar a alguien sin enemigos, pero sucedía, y eso dificultaba las investigaciones.

Y, en este caso, fue una auténtica pesadilla desde el primer día.

La comunidad había acudido en masa a la vigilia por Howard. Quienes hablaron habían exigido justicia por su asesinato. En las semanas siguientes, se sintieron frustrados. Gardner había intentado explicar en ruedas de prensa que la justicia no siempre funcionaba así y que sus engranajes podían girar lentamente. Aquello había desatado la indignación. Sobre todo porque ella no era una de ellos. Era una sureña. De un lugar donde la vida era barata.

La prensa, avivada por una desagradable periodista autónoma, Marianne Perse, se había deleitado con la frustración e irritación de la comunidad hacia la forastera.

En esa ocasión, Rice había dado la cara por Gardner. Se había encargado de las relaciones con la comunidad lo mejor que pudo

cuando a ella se le cerró ese camino. Por desgracia, su carácter áspero le pudo y también provocó a la prensa.

O más bien, «carnaza» para la prensa, porque a veces no puedes evitar sentir que la prensa quiere que la provoquen.

De nuevo, como en algunos casos anteriores, la información pareció filtrarse desde el equipo de Gardner, y cuando la hipótesis de trabajo de la Sala de Incidentes se hizo de dominio público, la tensión en el caso se disparó.

La hipótesis de trabajo era que Howard Walters iba al volante del coche que mató a Penny Maiden en 1980.

Para ser justos, era una conclusión obvia, y una por la que casi cualquiera con dos dedos de frente se inclinaría.

Al fin y al cabo, ¿qué otra razón podría haber para meter a Howard en la tumba de Penny, a menos que estuviera relacionado con la víctima?

Pero era una teoría *no pronunciada* en una comunidad que lo quería. ¡Hasta que la puñetera filtración la reveló!

En el aquí y ahora, Gardner negó con la cabeza al pasar junto a la furgoneta de incidentes graves y varios vehículos del personal de la Científica y otros agentes de policía que habían optado por aparcar en York Road. Había sitio para ella, por supuesto. Pero prefería mantener su coche separado del caos creciente, para poder desaparecer cuando quisiera y sin complicaciones.

Su mente divagó hacia aquella reacción violenta de hacía ocho meses.

Había sido abrumadora.

La insinuación de que Howard tenía trapos sucios fue demasiado para una parte de la población de Knaresborough, e incluso los que tenían sentido común pronto se dejaron influir por las palabras de Marianne Perse.

Gardner no había conocido a nadie que disfrutara tanto avivando el fuego como Marianne, que nunca paraba hasta haber creado un infierno en toda regla.

Finalmente, la presión de sus superiores forzó a Marsh a actuar, y Gardner, la extraterrestre sureña, fue apartada del caso. Rice, que era de la zona pero mostraba poca paciencia con los individuos

sensibles, también fue apartado. Marsh les ordenó que no se acercaran ni por asomo. Gardner había cuestionado la ética de esa orden. Y Marsh, indignado, había cuestionado el deseo de Gardner de permanecer en Knaresborough, amenazándola con un traslado de vuelta al sur.

Un año atrás, Gardner le habría arrancado un brazo con tal de que cumpliera semejante amenaza.

Pero ahora que se había asentado, y sus hijos también, quería quedarse.

Marsh le había encargado la investigación al sargento detective Ray Barnett y le había proporcionado un pequeño equipo.

Pobre Ray.

Gardner llegó a la verja, que estaba abierta de par en par y estaba siendo espolvoreada por los Oficiales de la escena del crimen en busca de huellas. Se registró con un agente joven y lozano, y luego se puso el mono de protección.

Al entrar, echó un vistazo al muro que se desmoronaba. Dudaba que hubieran hecho falta muchas patadas para que la cerradura se desprendiera de él.

Todavía estaba a cierta distancia del epicentro de la actividad, así que, mientras comenzaba su recorrido por el sendero que serpenteaba entre las tumbas, volvió a pensar en la hipótesis de trabajo que había tenido sobre la muerte de Howard.

En realidad, solo había habido una persona con un motivo claro para el asesinato de Howard.

El padre de Penny Maiden, Dean.

11

2023

Después de que Gardner le diera la noticia de la exhumación de su hija, Dean Maiden cogió la mascarilla de oxígeno que colgaba junto a su cama y se la colocó en la cara con una mano marchita y temblorosa.

—¿Quiere que llame a alguien? —preguntó Gardner.

Dean negó con la cabeza mientras aspiraba más aire. El gesto hizo que se le saltaran las lágrimas, que le corrieron por la cara, haciendo brillar las numerosas arrugas de su rostro de setenta y cinco años. Gardner siempre se había preguntado si se podía llorar teniendo un ojo de cristal. Ahora veía que sí.

Se propuso averiguar cómo había perdido Dean el ojo.

Dean se quitó la mascarilla. —En un momento estaré bien. —Luego se la volvió a colocar para recibir más oxígeno.

Hacía más de cuarenta años que Dean había perdido a su hija en circunstancias muy trágicas. Gardner se preguntó brevemente qué le ocurría a esa devastadora sensación de pérdida cuando uno se adentraba en los últimos años de vida y el cuerpo empezaba a fallar. ¿Se intensificaba la pérdida y regresaba para llenar de desesperación los días y horas restantes, o se adormecía y se desdibujaba como el resto de las facultades?

Pensó en Anabelle y Rose, y le rogó a Dios no tener que averiguarlo nunca. Una lágrima asomó a sus propios ojos.

Miró a Rice, que estaba a su lado, y que observaba la aséptica habitación.

Siendo justos, en la residencia de ancianos habían intentado darle algo de personalidad. Habían colgado cuadros coloridos del Viaducto, de la cueva de la Madre Shipton y de las flores de los jardines del castillo en plena floración, pero nada podía ocultar la realidad del lugar en el que se encontraban. Era un sitio al que llevaban a la gente a morir.

Dean se apartó la mascarilla y la colgó de nuevo junto a la cama. Sacudió la cabeza, desprendiendo más lágrimas. —¿Qué cosa tan infame... Cómo han podido... *cómo alguien...* ha podido hacer algo así?

—No lo sé, señor Maiden.

—Qué *infame*.

—Estoy de acuerdo. *También es infame enterrar a un anciano, posiblemente vivo.*

—Es que... —Miró a Gardner. Ya tenía los ojos inyectados en sangre cuando ella entró, pero ahora estaban peor tras el llanto—. ¿Es que ya no hay nada sagrado?

Gardner lo observó con compasión mientras intentaba calibrarlo. *Era evidente que alguien sentía una gran pasión por lo que le ocurrió a Penny y que, posiblemente, quería vengarla. Quizá reunirla con su madre celebra el carácter sagrado de la vida de tu hija. ¿Quizá fuiste tú?*

Pero cuanto más miraba a Dean, más inevitable le resultaba sentir que desenterrar un cadáver para luego enterrar otro estaba fuera del alcance de este hombre en su estado de salud actual.

A Gardner le sorprendió que Dean apartara el edredón, pasara las piernas por el borde de la cama y se pusiera en pie. Frotándose la zona lumbar, el anciano se acercó a la ventana. Luego abrió las cortinas para mirar fuera.

Era evidente que Dean aún conservaba el control físico de sí mismo, pero ¿tenía el *control* suficiente para desenterrar un cuerpo y luego enterrar otro?

—¿Se le ocurre *alguien* que pudiera tener un motivo para recuperar el cuerpo de su hija?

Dean se lo pensó un momento y luego negó con la cabeza, suspirando. —No me da la imaginación para pensar en ningún motivo... —Se volvió. Su mirada era desigual, debido al ojo de cristal inmóvil, pero aun así Gardner pudo sentir el peso de su escrutinio—. ¿Puedo verla?

Atónita por la pregunta, Gardner intercambió una mirada con Rice.

—No creo que sea buena idea —dijo Rice—. Ha pasado mucho tiempo.

—*Por favor.* Solo su cara... solo una vez. Quise tanto tocarle la cara... *después*..., pero nunca me dejaron. Si pudiera verla ahora... entonces... solo una vez, quizá, podría tocarla...

—Lo siento mucho, señor Maiden —dijo Gardner—. Eso no puede ser.

Volvió a suspirar, miró de nuevo por la ventana y se secó las lágrimas con la manga del pijama. —Quería ser periodista. Y habría sido buena, además.

Gardner intercambió de nuevo una mirada con Rice, que movió los dedos en un pequeño círculo para sugerir que continuaran con el interrogatorio sobre Howard.

Todavía no... aún no.

Dean continuó: —No hay día que no piense en ella. Pero ya no me importa tanto. Quiero mantenerla viva aquí... —Se señaló la cabeza—. Fresca. Han pasado cuarenta y tantos años y todavía puedo recordarla como si fuera ayer.

—Siento que nunca se atrapara a quien mató a Penny —dijo Gardner.

—Yo también —dijo Dean.

Volvió a mirar a Rice, vio la impaciencia en sus ojos, suspiró para sus adentros y le informó a Dean sobre el cuerpo de Howard encontrado en la tumba de Penny.

—¿Howard Walters? —dijo Dean, enarcando la ceja sobre su ojo sano.

—Sí —dijo Gardner—. ¿Lo conocía?

—Claro que sí. —Dean negó con la cabeza, todavía con cara de asombro. ¿Fingía? —. Viví toda mi vida aquí, en Knaresborough, igual que Howard. Pero nunca fuimos *muy* amigos. Simples conocidos, en realidad. Espere un momento. —Volvió a mirar a Gardner—. No estará pensando que yo... bueno... ¿que *yo* he tenido algo que ver?

—Yo no he dicho eso.

Si su estado de salud actual es genuino, me costaría pensar eso... A menos que contratara a alguien para que le ayudara.

—No. Pero se nota. Está usted pensando que quizá Howard fue quien atropelló a Penny y que este es mi elaborado intento de venganza.

—No tanto un intento elaborado como un éxito rotundo —intervino Rice.

Gardner fulminó con la mirada a Rice, que apartó la vista.

—Es demasiado pronto para sacar esas conclusiones —dijo Gardner, volviendo a centrar su atención en Dean—. Pero ¿qué opina usted sobre la posibilidad de que Howard estuviera implicado en lo que le ocurrió a su hija?

—¿Mi opinión? —Su voz se alzó ligeramente, lo que le provocó un acceso de tos.

Gardner se levantó. —¿Necesita el oxígeno?

Dean levantó la mano mientras tosía una vez más.

—No... Estaré bien. —Respiró hondo varias veces—. Si mató él a Penny, es la primera puñetera noticia que tengo... y..., bueno, que le den, si es verdad. ¡Aunque el cabrón ha vivido su puñetera vida entera primero!

Gardner volvió a sentarse mientras Dean regresaba a la cama. Se sentó en el borde y alargó la mano hacia su mascarilla de oxígeno, pero todavía no la usó.

—¿Cómo era su relación con Howard? —preguntó Rice.

—¡Relación! ¡Ja! ¿Qué acabo de decir? Lo conocía de nombre. *Conocidos.* Sabía quién era. Me arregló el coche un par de veces. No recuerdo haber sido nunca amigo suyo. No era santo de mi devoción, la verdad...

—Explíquese...

—Ah..., en realidad, nada...

—No, por favor —dijo Gardner—. Continúe.

—Era un poco mujeriego, eso es todo. Unos cuantos nos habíamos fijado en que se le iban los ojos detrás de las faldas. Entonces, un día, lo vi de cháchara con mi Estelle en el pub The Dropping Well, mientras yo iba a por una ronda. Ella estaba toda risitas, para que me entienda. No me gustó ni un pelo. Se lo dije. Supongo que después de aquello le cogí aún más manía. —Se puso la mascarilla de oxígeno, inspiró dos veces y se la quitó—. Pero yo no lo maté.

Ella miró a Rice, sintiéndose algo frustrada. *Mujeriego, se le iban los ojos. ¿No se suponía que el hombre era un pilar de la comunidad?*

Rice se encogió de hombros.

Cuando Gardner volvió a mirar, Dean estaba de nuevo en pie, rotando los hombros.

—Tengo que seguir estirando o me voy a quedar agarrotado. Como el puñetero hombre de hojalata.

—Howard era un hombre *muy* popular en esta comunidad —dijo Rice.

Dean asintió.

—No lo niego.

—Y, aun así, ¿es un mujeriego? —dijo Gardner.

—A lo mejor a las mujeres en cuestión les gustaba la atención. —Dean se encogió de hombros—. Miren... solo les cuento lo que mis colegas y yo veíamos en aquel entonces. Siempre flirteando con las mujeres. ¡Como un perro con dos colas! ¡Seguro que arruinó unos cuantos matrimonios! A lo mejor, si ayudas a unos cuantos críos más adelante en tu vida, ¿se te perdonan todos los pecados de juventud? ¿Quién sabe?

Estaba claro que Dean Maiden no tenía en gran estima a Howard, pero si era su asesino, ¿por qué molestarse en ponerlos al corriente de esto? No se comportaba como un hombre con algo que ocultar.

—¿Los matrimonios de quién arruinó?

—He dicho «seguro». Podría estar completamente equivocado. Solo les digo lo que todos pensábamos. A veces te das cuenta de

esas cosas, ya sabe, con otro tipo. Además, incluso si arruinó un matrimonio o dos, bueno, ¡mucha gente de entonces ya ha estirado la pata! Así que, si alguien le guardaba rencor, ¿por qué esperar tanto?

—¿Quizás ha salido algo a la luz? —preguntó Rice.

—Quizás —dijo Dean.

—¿Ha salido algo a la luz, Dean?

Dean resopló.

—¿Qué está diciendo? —Tosió y volvió a apretarse la mascarilla de oxígeno contra la cara.

—Ha dicho que creía que él se insinuó a Estelle. ¿Cree usted que ella le correspondió de alguna…?

Dean se arrancó la mascarilla.

—Mida su tono, amigo. No se habla así de los muertos… y desde luego no se habla así de Estelle. —Lo fulminó con la mirada un instante y luego inhaló con fuerza de su mascarilla de oxígeno.

Gardner le indicó a Rice con un gesto que parara y luego volvió a mirar a Dean.

—Está bien, Dean.

Él la miró desesperado.

—Ella no lo haría. Estelle *nunca* lo haría —dijo Dean—. Y, por si sirve de algo, no creo que Howard sea el responsable de lo de Penny.

—¿Qué le hace decir eso?

—Estoy seguro de que lo vi en The Dropping Well aquella noche antes de marcharme y de que se armara la de San Quintín.

Gardner frunció el ceño.

—¿Está usted seguro de eso?

—Fue hace más de cuarenta años...

—¿Eso significa que no lo está? —preguntó Rice.

Dean se lo pensó.

—No. Supongo que sí lo estoy. *Sí.* No hay un segundo de aquella noche que no recuerde. Y, si alguna vez amenaza con desvanecerse, los sueños se encargan de darme unos recordatorios bastante vívidos.

En eso te entiendo, pensó Gardner.

—Así que, si fue él, tendría que haber atropellado a Penny con el coche antes de entrar a tomarse una pinta..., ¿y quién en su sano juicio haría eso? Quienquiera que lo hiciera pisaría el acelerador a fondo y se largaría.

Gardner tomó notas. No era suficiente para descartar a Howard como el posible conductor. Era un recuerdo de una noche de mucha borrachera y emociones de hacía casi medio siglo, aunque ensombrecía su teoría de trabajo. Frustrante, como poco. Si Howard no era el conductor, entonces toda la investigación acababa de volverse mucho más complicada.

—Tengo que preguntarle, Dean, por su paradero durante las últimas veinticuatro horas —dijo Gardner.

Dean se rio.

—¡Le puedo dar los últimos veinticuatro meses si quiere! *Aquí*. En este maldito lugar.

—Tendremos que confirmarlo.

—Estoy seguro de que en recepción le darán todas las confirmaciones que usted quiera.

Y Gardner no lo dudaba.

12

2024

Si uno no supiera que se estaba acercando a la escena de un brutal asesinato, se le podría perdonar por pensar que se trataba de una joven pareja, profundamente enamorada, contemplando las estrellas desde el banco, disfrutando de un momento prohibido...

Pero Gardner lo sabía.

Así que, mientras se acercaba a las víctimas apaleadas, la sensación gélida que había comenzado en su estómago le subió hasta el pecho.

El equipo había instalado focos halógenos, por lo que el daño infligido a aquellos pobres desdichados estaba a la vista de todos. Gardner se detuvo a metros de la masacre. Un hormigueo le recorrió la cicatriz que le había dejado años atrás un cuchillo, el cual le había reventado uno de los pulmones como un globo.

Quienquiera que hubiera hecho aquello lo había hecho en un frenesí, destrozándoles la cara hasta dejarlos irreconocibles.

La médico legista, Robin Morton, que también había estado presente en el cementerio ocho meses atrás, estaba inspeccionando a las víctimas. Al ver a Gardner, se le acercó y se quitó la mascarilla.

—Colocaron los cuerpos así *después* de que murieran —dijo Robin, haciéndose crujir los nudillos.

—¿Cuándo?

—No hace mucho. Un par de horas como máximo.

—Por Dios, los padres. Pobres padres —dijo Gardner, negando con la cabeza.

—Los han atacado con bastante saña.

No me digas.

Fiona Lane, la jefa de la Científica, se acercó a Gardner y la saludó con un gesto de cabeza.

Gardner le sonrió a su amiga, pero ninguna de las dos encontró ganas de bromear ante semejante brutalidad.

Fiona señaló a un oficial de la escena del crimen ataviado con un mono blanco que se acercaba con una bolsa en la mano. —El arma homicida... una piedra. También sabemos dónde ha sido. —Fiona la guio por encima de unas planchas hasta una zona de lápidas antiguas. Señaló al suelo—. Las marcas de arrastre empiezan aquí y llegan hasta el banco. También hemos recuperado dos botellines vacíos de Budweiser.

—Qué cosa más asquerosa. No sería mi elección para un último trago —dijo Rice, uniéndose a ellas.

Gardner no le prestó atención a su humorada.

—Tenemos mucho más que la última vez que estuvimos aquí —dijo Fiona.

—Buenas noticias —dijo Gardner—. Buen trabajo. —Intentó sonar positiva, pero le costaba librarse de la fría sensación que tenía dentro y del hormigueo en la cicatriz.

—Se llaman Vivianne Gill y Ralphie Parks —dijo Rice—. Tenemos sus permisos de conducir. Diecinueve años los dos.

Diecinueve. Tan jóvenes.

—¿Así que tenemos sus direcciones?

—Sí —dijo Rice—. La dirección de Vivianne está en Oxford y la de Ralphie en Hull. Ambos estudian fuera, en la universidad. Pero los dos son de Knaresborough y están en casa por las vacaciones. Ya he conseguido las direcciones de los padres de ambos.

Marsh se acercó. —¿Qué opina?

Gardner solo tenía un pensamiento en ese momento. —Trágico.

—Sí. Trágico. Tres asesinatos en este cementerio en un año. El primero sin resolver. Nos vamos a meter en un buen lío. Resolvamos este cuanto antes, antes de que la tragedia se convierta en un desastre en toda regla.

—Ahora mismo, me inclino a pensar que el cementerio está maldito más que a que los crímenes estén relacionados —dijo Rice.

—De acuerdo —dijo Marsh—. Hasta nuevo aviso, Emma, trabajará usted en este caso con Phil y deje a Ray en el otro caso.

Gardner reprimió la irritación que le produjo verse excluida de esa breve discusión y conclusión. —Creo que es mejor que no cerremos ninguna vía. Es una investigación por asesinato.

—¿Y no lo voy a saber yo? Por desgracia, la prensa también lo sabe, y *ya* se está congregando. ¿Recuerda cómo fue esto hace ocho meses? Por el amor de Dios, ustedes dos, no se les ocurra acercarse a ellos. Déjenlo en manos de Joe.

Joe Bridge era el jefe de prensa.

Gardner, todavía aturdida por la violencia con la que habían arrancado a esos dos jóvenes del mundo, luchaba por contener su frustración. —Parece que no confía usted en mí, joder. —Perder los estribos con un superior solía ser una mala idea. Perderlos con Marsh era *siempre* una mala idea.

Marsh entrecerró los ojos.

Mierda… —Gardner se preparó para lo peor.

Marsh resopló y se dio la vuelta, gritando por encima del hombro. —Manténgase alejada de la prensa.

—Joder —dijo Rice—. No me lo puedo creer. —Miró a Gardner con incredulidad—. ¿Acaba de perdonarte la vida?

—Yo tampoco me lo creo —dijo Gardner—. ¿Quizá se va a meditar sobre los mejores métodos de tortura? —Miró los cuerpos y luego a Rice de nuevo—. Bueno..., entonces, ¿cómo nos libramos de los lobos?

13

Esquivar a los lobos resultó más fácil de lo que había esperado.

El jefe de prensa, Joe Bridge, tenía toda la atención de los periodistas allí congregados. Se le daba bien eso.

—Buena jugada, compañera —dijo Rice después de que se hubieran escabullido.

—¿Compañera? —dijo Gardner enarcando una ceja mientras se preparaban para cruzar York Road—. Más bien ayudante.

—Bueno, jefa, me conformo. Que por fin me aceptes… Mejor que nada.

Gardner resopló. —Aceptado…, *tolerado*…, y que quede claro, solo porque he vislumbrado un corazón latiendo bajo esa capa odiosa…

—¿Inspectora jefa Gardner?

Gardner puso los ojos en blanco.

La periodista freelance Marianne Perse salió de detrás de un árbol junto al muro exterior del cementerio. Llevaba una gabardina Burberry Kensington Heritage y el pelo recién cortado.

Siempre lo llevaba recién cortado.

Parece que los parásitos podían ganar mucho dinero.

—El agente Bridge está allí respondiendo preguntas, señora Perse.

—Pero *usted* está aquí —dijo Marianne, sonriendo.

Rice aplaudió. —Si hubiera sabido que una capacidad de observación tan astuta se pagaba tan bien, habría cambiado de carrera hace mucho tiempo.

Gardner lo miró y negó con la cabeza. Mejor no provocarla. Provocada, Marianne era como una avispa.

—¿Dos muertos, inspectora jefa Gardner? Nos dicen que son jóvenes. ¿Podría confirmar sus edades?

Gardner agarró el brazo de Rice. —Cruza sin más.

Empezaron a cruzar la calle.

—Nos llegan rumores de que las muertes son sospechosas —les gritó Marianne.

—*Rumores* —le dijo Gardner a Rice—. ¿De dónde demonios sacan estas cosas?

—Tienen muchos *pajaritos*.

—A mí me lo vas a decir… Para empezar, hay uno en nuestra comisaría al que hay que darle caza.

Llegaron al otro lado de la calle.

—¿Dónde has aparcado? —le preguntó Gardner a Rice.

—He venido andando. Me había tomado una copa de vino. Noche de cita. —Sonrió con suficiencia.

—¿Noche de cita con *quién*? —Gardner puso cara de asco.

Rice sonrió. —Sí, increíble, ¿eh? De vez en cuando alguien dice que *sí*; a veces, si tengo suerte, más de una vez.

—Para ahí, te lo ruego. Me preocupa que el famoso kimono del que tanto hemos oído hablar entre en escena…

Tras ellos, la voz de Marianne Perse subió de volumen. —¿Están los asesinatos relacionados con el descubrimiento del cuerpo de Penny Maiden y el asesinato de Howard Walters?

—¿Acaba de cruzar la calle y seguirnos? —le preguntó Gardner a Rice.

Rice miró por encima del hombro. —Eso parece.

—Me cago en…

—¿Puedo ser sincero, jefa?

—No. No estoy de humor para sinceridades. Limitémonos a alejarnos de ella.

Gardner aceleró el paso, con la esperanza de poner más distancia entre ellos y esa odiosa periodista.

—Es atractiva…

—*¡Por favor!* He dicho que nada de sinceridades. Además, ¿cuándo te ha dedicado una palabra amable? ¿Dónde está tu amor propio, hombre?

—Ya, pero…

—Lo pillo —dijo Gardner—. Si te limitaras a las mujeres que son amables contigo, supongo que te limitarías a nada…

Rice soltó una risita burlona. —Qué graciosa.

Giraron hacia Chain Lane.

—Inspectora jefa Gardner, ¿están conectados los asesinatos?

Marianne era insistente, de eso no cabía duda.

Gardner sintió la irritación recorrerla. *No piques, Emma.*

—Si están conectados, ¿se le permitirá volver a dirigir la investigación del asesinato de Howard Walters?

¡Permitirá! ¿En serio? Maldita advenediza.

Gardner se giró. —¿Perseguirme por la puñetera calle? ¿Es usted la maldita paparazzi? Lárguese antes de que presente una queja.

Vio a Rice mirándola, con los ojos como platos.

No era picar… solo mordisquear un poco…

—Es solo que, con lo tensas que se volvieron las relaciones con la comunidad la última vez, pensé que era prudente preguntar. Después de todo, ¿no sería sensato permitir que interviniera alguien con un mejor conocimiento de la ciudad?

¿Mejor conocimiento?

—Lárguese. ¿No tiene vidas que ir a arruinar?

Sí… había picado. Mierda.

Marianne sonrió con suficiencia. —No sé a qué se refiere.

Sabes perfectamente a qué me refiero…

—¿Inspector Riddick? —dijo Marianne.

Por ahí no, Emma. —Vaya a ver al agente Bridge, Marianne. —Entrecerró los ojos—. Último aviso.

—Vaya. Cada día se parece usted más a él, inspectora jefa Gardner.

Gardner se estremeció. *Dios, de verdad le estaba lanzando el guante.*

—Borde, cerrada, inapropiada… —continuó Marianne.

Recuperando la voz, Gardner dijo: —*Usted* es la que nos está persiguiendo por la calle.

—Por la verdad.

—¿La verdad? ¡A usted solo le interesan las verdades que destruyen!

—Si se refiere al inspector Riddick, ese hombre era un alcohólico y estaba trabajando.

—¿Dónde están sus pruebas? —preguntó Gardner, señalándola con el dedo. Olvídate de mordisquear, olvídate incluso de morder. Ahora sentía el impulso de arrancar grandes trozos de aquella mujer.

Marianne se encogió de hombros. —Estuve a punto de quitar a un agente peligroso de las calles, lo sabe, ¿verdad, inspectora jefa? Lo cerca que estuve. Él también lo sabe, ¿a que sí? La próxima vez, lo desenmascararé.

—Qué señorita tan agradable —dijo Gardner con desdén.

—La gente tiene derecho a buenos policías.

—Y los tienen y, para que conste, para que conste en *su* historial, el inspector Paul Riddick era uno de los mejores.

¿Era?

—Todavía lo es —dijo Gardner, consciente de lo que se le había escapado, pero sin querer darle carnaza a esa buitre. Entrecerró los ojos.

—Entonces, ¿lo ha visto usted hace poco?

Hacía casi un año que no lo veía.

Se dio la vuelta, recordando el momento en que se separaron. Su enfado y la desesperación de él. Descubrir que era un asesino había hecho trizas su amistad.

Mejor que se hubiera ido. Sí, la vida era mucho menos interesante y bastante más predecible, pero era más segura. Y la seguridad no tenía precio.

Volvió a mirarla. —¿Hemos terminado, Marianne?

—Tres muertos en este cementerio. ¿Anda suelto un asesino en serie? —preguntó Marianne.

—Hable con el agente Bridge.

—Entonces, ¿le parece bien que les diga a los lectores que no corren ningún peligro?

—El agente Bridge.

Gardner se dio la vuelta y cruzó Chain Lane para caminar junto a Rice.

Cuando entraban en el aparcamiento, se atrevió a mirar hacia atrás y se alegró de ver que Marianne se había rendido.

—Gracias por tu apoyo —le espetó a Rice—. ¡Como se te ocurra decir que te ha gustado ver eso, te abro un expediente!

Rice asintió.

—He odiado cada segundo, jefa.

—Bien.

14

Si la definición que la sargento detective Devon Dunn tenía de «perder los estribos» incluía conducir a una velocidad de vértigo hasta una discoteca de Manningham apretando los dientes y con una cuenta pendiente, entonces Riddick estaba haciendo todo lo posible por encajar en ella.

Pero se trataba de Nathan Cummings.

El cabrón rencoroso que le había rajado el pecho a Arthur.

Y si Nathan estaba metido en un lío tan gordo como afirmaba Devon, Riddick quería formar parte del enfrentamiento final.

Y tanto que quería.

Eran casi las cuatro de la madrugada y las calles estaban tranquilas. La mayoría de los juerguistas borrachos ya habían vuelto a casa, o simplemente se habían quedado fritos en los portales.

Riddick aparcó frente a la discoteca.

Había dos coches patrulla Volvo V70 cerca de la entrada; justo detrás, una ambulancia. Un paramédico estaba atendiendo a alguien que Riddick no reconoció, sentado en el bordillo. Un agente uniformado merodeaba por allí y otro hablaba con un hombre corpulento y trajeado en la puerta. ¿Un portero?

Riddick se acercó al primero de los dos coches patrulla. Dentro, vio a un agente uniformado. En el asiento trasero estaba Nathan con un vendaje alrededor de la cabeza.

—¿Señor?

Se giró y vio a Devon. —Usted no forma parte de la unidad de respuesta.

—Usted tampoco.

Él sonrió con suficiencia. —Supongo que he perdido los estribos.

—Me lo imaginaba. Por eso estoy aquí yo también.

—¿Para vigilarme? Bueno, no hace falta, si todos los presentes han hecho bien su trabajo… y Nathan por fin recibe lo que se merece. Yo simplemente he venido a sonreír.

Ella bajó la cabeza.

—¿Qué?

—Esto no va a prosperar, señor. Lo siento.

Riddick entornó los ojos, recordando a un cabrón sonriente, a Nathan, fumando y celebrando a la puerta del juzgado con su abogado. Un hombre libre, mientras el pobre Arthur se recuperaba de un injerto de piel.

Riddick señaló con la cabeza a Nathan en el coche patrulla. —Parece que lo están intentando.

—Y están fracasando. Los porteros testifican a su favor.

Riddick negó con la cabeza. —También apuesto a que tendrán los bolsillos llenos de dinero antes de que acabe la noche. ¿A que las cámaras de videovigilancia de la discoteca también se han estropeado?

—Sí. Saltó un fusible… *al parecer*.

Riddick arrugó la cara y observó a Nathan sentado en el coche. —¿Las coincidencias siempre le sonríen, verdad? Cuénteme qué ha pasado *de verdad*.

—Nathan no quería hacer cola para pedir su copa… y parece que a alguien no le sentó muy bien que lo apartaran de un empujón.

—Supongo que ese estúpido no sabía quién era Nathan, ¿no?

—Parece que no.

Riddick asintió en dirección a la ambulancia y al herido. —¿Y nuestro ingenuo portavoz de la justicia social ha sido quien ha lanzado el primer puñetazo?

—Según los porteros, Nathan, el personal del bar *y* algunos testigos…

—Casi todo el mundo. Otro callejón sin salida, entonces.

—Nadie va a cabrear a los Manster por aquí, ¿o sí?

—Parece que no —dijo Riddick. Señaló con la cabeza a la víctima de Nathan, a la que estaban curando—. ¿Y él qué ha dicho? ¿Cree que su declaración nos llevará a alguna parte?

—No. Ha cambiado su versión. Ahora asume toda la responsabilidad. Provocó él mismo a Nathan y mostró una actitud amenazante. *Al parecer.* Alguien debe de haberlo presionado.

—O eso, o simplemente ha abierto los putos ojos y ha visto con quién se estaba metiendo.

—No se le puede culpar. Probablemente no habría vivido para pisar un tribunal.

—Ese es el problema, ¿no? Ese *siempre* va a ser el problema. Espere aquí.

Se separó de Devon, se dirigió al vehículo y golpeó el cristal. El agente bajó la ventanilla y Riddick le enseñó su placa.

—¿Señor? —dijo el agente.

—Baje del coche, muchacho. Solo necesito dos minutos.

—Estamos a punto de dejarlo ir.

—No antes de que yo haya tenido mis dos minutos.

El agente se bajó y dejó que Riddick ocupara su asiento en la parte delantera del vehículo. Cerró la puerta y volvió a subir la ventanilla.

Riddick miró por el retrovisor al cabrón que estaba sentado detrás de él. No tenía ni un rasguño.

—¿Te llegó a poner la mano encima?

Nathan sonrió con suficiencia. —¿Sabe? No todas las heridas son visibles.

Riddick lo miró fijamente, entornando los ojos.

—¿Debería preocuparme, *Paul*?

—Sí…, sobre todo si vuelves a usar mi nombre de pila. De hecho —hizo sonar las llaves en el contacto—, ¿por qué no me pones a prueba con eso? ¿Te apetece un paseo en coche?

Nathan resopló. —Tranquilo, inspector Riddick…

—Entonces, ¿qué has estado haciendo, Nathan?

—¿No lo sabe? Pues me he visto obligado a defenderme…

—*No.* Déjate de esa gilipollez. ¿Peleas de nenazas en una discoteca de mala muerte? ¿A quién coño le importa? No…, ¿qué has estado haciendo en general, Nathan?

Nathan negó con la cabeza. —No tengo ni puta idea de a qué te refieres.

—¿Los Manster?

—¿Los quién?

Riddick se rio. —¡Llevas tanto tiempo mintiendo que seguro que hasta empiezas a creértelo tú mismo!

Nathan levantó las manos para enseñar que estaba esposado. —Esto es acoso.

—Es una imagen gratificante.

—Una temporal.

—Quizás, pero esto no acaba esta noche, ¿verdad?

—Contigo de por medio, probablemente no.

—Parece que ambos estamos empezando a conocernos bastante bien.

Nathan se mordisqueó el labio inferior y luego suspiró. —Pero, como no dejo de decirle, yo no tuve nada que ver con lo que le pasó al pobre Arthur.

—Cállate, gilipollas. —Riddick lo fulminó con la mirada—. Arthur no habló durante meses. Solo gemía de dolor. Y lloraba. Es como un niño, ¿sabes? Lo que le hiciste… es como si se lo hubieras hecho a un crío.

—De verdad que no me estás escuchando, ¿eh? No fui yo. ¿Acaso tienes alguna prueba?

Riddick respiró hondo, intentando calmar la ira que lo invadía.

Nathan se rio. —Déjalo ya. Eres como un perro con un hueso.

Riddick apretó el volante y miró las llaves. Qué bien sentaría largarse con este cabrón, a algún sitio donde pudieran estar a solas, donde pudiera sacarle la verdad. ¿Inadmisible en un juicio? Sí. ¿El fin de su carrera? Sí.

¿Catártico? Desde luego que sí.

—¿Ya estás listo para dejarme ir? Tengo cosas que hacer…

El cabrón era *todo* sonrisas.

Riddick volvió a hacer sonar las llaves. —¿Qué me dices de nuestro paseo?

—Qué va, mucho ladrar y poco morder. Ya habrías movido ficha. ¿Cuánto tiempo ha pasado ya desde lo que le sucedió a Arthur? ¿Casi un año? Es hora de que lo dejes, viejo.

Las yemas de los dedos de Riddick se crisparon sobre las llaves puestas en el contacto.

Cinco minutos.

Cinco *solitarios* minutos.

Era todo lo que necesitaba.

Y era lo que ansiaba.

Sé sensato, Paul, sé sensato. Piensa en que vas a ser padre otra vez…

Riddick vio a Nathan mirar por la ventanilla hacia Devon y humedecerse los labios con la lengua. —¿Todavía andas con esa tía? ¿Ha habido suerte ya, colega? Si no, yo…

Riddick giró las llaves. El motor rugió al arrancar. Puso el intermitente y miró por el retrovisor el rostro de Nathan, que palidecía. —¿Estás listo para mis ladridos?

Avanzó lentamente con el vehículo.

—Vale…, vale…, ¡ya me ha quedado claro!

El agente golpeó la ventanilla y le lanzó una mirada de confusión a Riddick.

—Quiero que lo digas —dijo Riddick.

—¿Decir el qué?

—Lo que hiciste. Quiero oírte admitir lo que le hiciste a Arthur.

—¡Nada! ¿Por qué iba a hacerlo?

Devon estaba ahora golpeando la otra ventanilla. Parecía incluso más aterrada que Nathan.

—Última oportunidad —dijo Riddick, aumentando la velocidad, alejándose de sus compañeros—. Última *jodida* oportunidad.

—Vale, vale, fui yo.

Riddick pisó el freno y observó a Devon y al otro agente correr detrás de ellos. —De verdad que se preocupan demasiado por mí.

—No me extraña —dijo Nathan—. ¿Y ahora qué vas a hacer?

Riddick se encogió de hombros. —Nada que pueda hacer. Aún. Es tu palabra contra la mía. Aun así…, al menos sé que voy por el buen camino. Ya contactaré contigo… —Abrió la puerta.

Salió del coche y le entregó las llaves al agente mientras le daba una palmada en el hombro. —No debería dejar esto en su vehículo… —Señaló a Nathan por encima del hombro—. Puede irse. Es como un corderito. No puede ser más inocente.

Se giró y le sonrió a Cummings.

Gilipollas.

15

Gardner condujo hasta Castle Ings, la empinada carretera que conectaba el Waterside con la ciudad, mientras, a su lado, Phil Rice hacía las llamadas necesarias para preparar a los agentes de enlace familiar para las dos familias en duelo.

Aparcó junto a la casa de los Parks y esperó a que Rice terminara. —Vivir en esta calle te mantiene en forma, con tanta cuesta.

—Prueba a subirla corriendo, empujando una cama de hospital —gruñó Rice—. Nunca más.

—Sí, vi la carrera de camas este año. La verdad, no le veo la gracia.

Rice se encogió de hombros. —¿Qué hay que entender? Corres por la ciudad empujando camas con ruedas, luego cruzas a nado el Nidd y terminas con una cogorza de campeonato. ¡Vosotros, los del sur, siempre buscándole el sentido a todo!

Qué gente más rara, pensó Gardner mientras abría la puerta del coche. Al salir, tuvo cuidado de no tropezar y rodar por la pronunciada pendiente.

Eran más de las cuatro y las casas estaban en silencio. Se llevó un dedo a los labios para indicarle a Rice que guardara silencio, a sabiendas del vozarrón que podía llegar a tener. Luego se acercó a la casa que buscaban, llamó al timbre y le lanzó a Rice otra mirada de advertencia.

Compórtate.

Él soltó un eructo tapándose la boca con la mano.

¿Hablas en serio?

—Disculpa…, vino tinto y úlcera de estómago.

Le sorprendió que se encendiera la luz del salón.

—Hay alguien en el sofá. No envidio a los casados.

—No todo el mundo vive en una miseria perpetua, ¿sabes?

Se encendió la luz del vestíbulo, iluminando los cristales que rodeaban la puerta principal. Gardner preparó su identificación.

Un hombre de mediana edad en bata abrió la puerta, apartándose el pelo enredado de la cara. Tenía los ojos muy rojos.

El hedor a marihuana era intenso.

Deseó con todas sus fuerzas que Rice se guardara el comentario; no era el momento.

Gardner se presentó. —¿Max Parks?

—No, perdone… —puso los ojos ligeramente en blanco. Estaba completamente ido—. Quiero decir, esta *es* su casa, sí, pero yo no soy Max… Vaya, la policía… Perdone… ¿de qué se trata? ¿Es grave? —Se frotó la cara—. ¿Quizá debería irme?

Mejor que no conduzca a ninguna parte en ese estado… —¿Perdone, quién es usted? ¿Y dónde están Max y Evie Parks?

—Soy Kieran… —se interrumpió antes de dar su apellido. De repente, pareció que estaba espabilando—. Perdone, ¿a qué se debe esto?

Gardner sintió que su irritación se disparaba, pero Rice se le adelantó. —Somos la policía. Responda a las preguntas, por favor.

—Perdón, soy Evie Parks… —Había una mujer de mediana edad en la puerta del salón, asomando al vestíbulo. También llevaba bata y el pelo alborotado. Se frotaba la cara como si también acabara de despertarse.

Gardner intercambió una mirada con Rice. *¿El marido fuera, quizá? ¿Una aventura?*

Evie se acercó a la puerta. También tenía los ojos rojos. —¿De qué se trata?

Gardner intentó mostrarle de nuevo su identificación.

—Ya he oído —dijo Evie—. Lo siento… por favor, dígame por qué están aquí.

—Me temo que es un asunto grave, señora Parks. ¿No está su marido en casa? ¿Está cerca?

Parecía confundida. —Está arriba, por supuesto. Durmiendo. —Miró su reloj—. Son las cuatro de la maldita madrugada.

—Estoy aquí —dijo Max, bajando las escaleras, mientras se ataba su propia bata—. Espero que esto sea importante. Es bastante tarde.

Se metió entre Kieran y su mujer.

En la escalera había otra mujer. —¿Está todo bien? —preguntó.

¿Qué estaba pasando allí?

Gardner miró a Rice. Detectó el fantasma de una sonrisa en su rostro.

¿Los padres de Ralphie eran *swingers*?

Si la noticia que estaba a punto de dar no fuera tan jodidamente terrible, podría haberse reído de lo surrealista que se había vuelto la situación.

—Lo siento, señor y señora Parks, pero de verdad que necesitamos hablar con ustedes a solas.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? ¡Sea lo que sea que crean que hemos hecho, díganlo! —exclamó Max—. No tenemos nada que ocultar.

Otra pareja bajó por las escaleras.

Desde luego que no, pensó Gardner.

Después, ya en el coche, Rice le preguntó a Gardner: —¿Has estado alguna vez en una fiesta de *swingers*, jefa?

—Ahora sí —dijo Gardner.

Rice se rio para sus adentros. —Al menos no les costará encontrar una coartada.

Gardner se encogió de hombros; no estaba de humor para bromas.

—Vamos, jefa, seguro que le ves el lado cómico. Sinceramente, creía que me había metido de lleno en un sketch de humor.

Gardner lo interrumpió con un fuerte suspiro. —Acabamos de decirle a dos personas que su único hijo ha muerto... No estoy de humor para reírme del viaje de descubrimiento sexual de una pareja de mediana edad.

Rice suspiró. —Como quieras, jefa. Aun así… Suzie se alegrará de que hayan rechazado un agente de enlace familiar. ¡Habríamos tenido que hacer una evaluación de riesgos muy seria antes de meterla ahí! Aunque bueno, ¡no creo que estén de humor para dejar las llaves en el frutero durante una buena temporada!

—Corta el rollo, Phil. Si quisiera un monólogo, iría a ver a un profesional. Haz tu trabajo y dime qué piensas.

—Una reacción bastante común, a pesar del contexto poco común. Están aturdidos y en estado de negación. Querrán identificarlo formalmente; a primera hora, me imagino.

—De eso nada —dijo Gardner—. Sus caras. Ningún padre debería ver eso. Lo haremos con los registros dentales.

—¿Te has fijado en que creían que su Ralphie era perfecto? Una referencia personal brillante de un par de *swingers* colgados. Yo me lo tomaría con pinzas. Es que, ¡imagínate ser su hijo! Si supiera a qué se dedican… O sea… vaya tela. A mí me entrarían ganas de rebelarme.

—Esperemos que lo llevaran con discreción —dijo Gardner—. *Aunque a Ralphie ya no le importe mucho.* —Dijeron que pensaban que Ralphie estaba en casa de Vivianne.

—Sí, y están convencidos de que sigue allí. Eso es negación en estado puro. Estar colocado hasta las cejas no ayuda.

Gardner miró por la ventanilla del coche hacia la ventana iluminada del salón. —Ahora mismo estarán llamando a Mary y Ryan Gill.

—Menos mal que enviamos a Ray y a Lucy allí. No creo que los *swingers* les hubieran dado la noticia con mucha sutileza.

—Llama a Ray o a Lucy, por favor. Si han terminado, quiero saber si han conseguido algo diferente.

—Bueno, esperemos que sí —dijo Rice, buscando en sus contactos—. Si no es más que la misma gilipollez del cuento de hadas —una pareja destinada a pasar la vida junta, no podían ser más felices y preferían quedarse en casa a enredar con la bebida y las drogas, bla, bla, bla—, entonces vamos a tener muy poco de lo que tirar.

Mientras Rice hacía la llamada, Gardner consultó sus notas.

V y R desde 4.º de la ESO... adoración... universidad difícil... V encantadora... centró a R... ambos educados... caseros/no salían mucho... algunos amigos, nada importante... sin conocimiento de fiestas sexuales... sin constancia de conexión con Howard y Penny.

A su lado, Rice terminó la llamada.

—Interesante...

—¿Interesante en plan fiesta sexual? —dijo Gardner.

Rice sonrió, satisfecho de que Gardner por fin estuviera mostrando algo de su sentido del humor.

—Nunca nada es *tan* interesante, pero vas a querer ir para allá ahora mismo.

16

Nathan Cummings tenía tres planes para esa noche.

Normalmente, elegía a la chica según su humor, pero el bajón de la cocaína (había tenido que deshacerse de ella antes de que lo esposaran) lo había dejado aletargado, así que optó por la opción más cercana.

Angel.

El hecho de que a ella le gustara el polvo tanto como a él significaba que también podría recargar las pilas en su casa.

El trayecto a pie era de solo diez minutos, un atajo por unos callejones y el viejo parque, más rápido que esperar un taxi. Conducir ciego no era una opción; la pasma disfrutaría dándole el alto. Después de su encuentro con Angel, Nathan llamaría a su hombre, Harris. El gilipollas que lo había desafiado en la discoteca ya estaría en el hospital, esperando a que le recompusieran la nariz. Nathan siempre iba a por la nariz porque no había forma más rápida de dejarle la cara hecha un cromo a alguien. El problema era que la larga noche de agonía que conllevaba que le recolocaran la nariz podía hacer que el idiota se lo pensara dos veces antes de mantener la boca cerrada. Lo último que Nathan quería era que la policía hiciera más preguntas sobre el incidente. Sería mejor que Harris hablara un momento con él para recalcarle la necesidad de no remover la mierda. Siempre era mejor asegurarse. Harris tenía labia.

Y también se le daba bien el mechero, si a alguien le costaba seguir el camino correcto.

Nathan trepó la valla para poder cruzar el parque. Un par de adolescentes lo reconocieron a lo lejos y se dieron la vuelta para huir.

Entonces pensó en otra nariz que le gustaría romper.

El inspector Paul Riddick no era la primera experiencia de Nathan con la pasma. Llevaba ya bastantes años como líder de los Mansters, y atraer la atención de esos cerdos santurrones era lo habitual.

Pero Riddick era diferente.

No era tanto la mirada retorcida en sus ojos, que sugería que su amenaza de agresión no era en absoluto un farol, porque eso tampoco era nada nuevo para Nathan. Ya se había topado con polis duros y había recibido una buena ración de guantazos. No…, era algo más que una mirada retorcida en sus ojos…, algo más parecido a una sensación que tenías en su presencia.

Era un hombre que vivía al límite, pero que se precipitaba deliberadamente hacia su fin.

Como un terrorista suicida.

Una comparación extraña, lo sabía, pero era la única que se le ocurría.

Riddick era una amenaza real para Nathan, y tendría que encontrar una solución.

Oyó un rasguido detrás de él. Se giró.

Los columpios, inmóviles. Un tiovivo, parado. *Nada.*

Dispersos alrededor de la valla que había trepado había un par de árboles y Nathan se preguntó si una ardilla habría trepado por uno de ellos.

Casi seguro de que estaba solo, se volvió. No estaba demasiado preocupado; muy poca gente se atrevería con el rey. El tipo de la discoteca esa noche había sido una anomalía. No había reconocido a Nathan a tiempo y el precio de su estupidez fue un cambio drástico de apariencia.

Esta vez, oyó un chirrido.

Se giró bruscamente y vio el tiovivo girando.

¿Riddick?

—¿De verdad? ¿Está seguro de que quiere hacer esto?

Hizo una pausa, fingiendo esperar una respuesta, pero intentando averiguar dónde se escondía el frustrante madero.

Solo había una opción, en realidad. Un árbol a tiro de piedra del tiovivo. No le habría dado tiempo a llegar a ningún otro sitio.

Quiere jugar, pasma… pues juguemos…

Se arrodilló y sacó una navaja automática del calcetín. Uno de los porteros le había guardado la navaja antes de que llegara la poli. Nathan habría preferido una pistola, pero ir a una discoteca armado con una pipa era buscarse la cárcel. Las navajas eran más discretas, y la gente siempre estaba más dispuesta a ayudarte con ellas que con una pistola cargada. Pulsó el botón de su navaja automática y escuchó el chasquido. Admirando el brillo plateado a la luz de la luna, se acercó al chirriante tiovivo y lo detuvo con el pie.

—¿Cómo cree que va a acabar esto? Ahora está en mi territorio.

Rodeó el tiovivo.

—Ni videovigilancia…, ni testigos… —Se interrumpió antes de decir: *Igual que la noche que le abrí en canal el pecho a aquel imbécil.* Nunca se sabe. El madero podría estar grabándolo.

Se acercó al árbol más cercano. —¿Supongo que podría simplemente presentar una denuncia por seguirme, por acosarme? —Sí. Eso sería más apropiado para una grabación. ¿Quizá una pequeña indirecta?—. Quizá podría presentar una denuncia a esa agente tan guapa que le gusta. Devon, ¿no se llama?

Se lanzó por detrás del árbol, blandiendo la navaja.

La punta de la hoja solo encontró aire.

Cuando se giró, se dio cuenta de que su asaltante había rodeado el árbol por completo para atacarlo por la espalda.

Era demasiado tarde.

Vio una larga barra de metal dibujando un arco en el aire, y entonces todo se volvió negro.

17

El contraste entre el hogar de los Gill y la residencia sexualmente liberada de los Parks no podía ser más marcado.

El ambiente estaba cargado de melancolía y, mientras Gardner se abría paso a través de él, le pareció apropiado. A los Gill les acababan de arrancar toda la alegría de sus vidas.

Gardner miró directamente a Rice, que estaba sentado a su lado en el sofá, y se fijó en la triste expresión de su rostro. Se concentró en ella, desesperada por grabársela en la memoria; verlo expresar una emoción era como ver un animal exótico de camino al zoológico del Reino Unido para una exhibición.

Mary Gill estaba junto a la repisa de la chimenea, colocando tres fotografías enmarcadas. Las tres eran de Vivianne en diferentes etapas de su vida.

Ryan Gill seguía sentado en el sofá, con aire decidido, absorto en el móvil.

¿Estaba enviando mensajes, anunciando al mundo la pérdida de su única hija?

¿O estaba recurriendo a las redes sociales en busca de apoyo?

Fuera cual fuera el motivo, el descubrimiento en el dormitorio de su hija los había dejado a todos atónitos. Había sido completamente inesperado, y tan importante que Gardner les había pedido a Lucy y a Ray que se mantuvieran al margen mientras ella se encargaba.

Lucy y Ray esperaban fuera, junto al creciente número de vehículos, uno de los cuales era una furgoneta de la Científica, en la que se encontraba la bolsa de deporte llena de pastillas de éxtasis que habían recuperado del armario de Vivianne.

—Mierda. Viv actúa mañana —dijo Mary—. Karen tiene que saberlo.

—¿Karen? —preguntó Gardner.

—Ha sido su profesora de piano durante cinco años. Alguien tendrá que sustituirla. Karen se va a llevar una decepción. Odio defraudarla, ha sido una bendición.

¿Una decepción? ¡El eufemismo del año! Gardner asintió con comprensión a Mary. *Estás en estado de shock. Quieres seguir haciendo el papel de madre organizada. Tu papel. Tu conexión con el pasado. No vas a renunciar a eso tan fácilmente.*

Ya habían interrogado a los Gill sobre las drogas, quienes afirmaron no tener ni idea de su existencia, lo que parecía razonable. Después de todo, ¿por qué darle a Ray la oportunidad de echar un vistazo rápido si hubieran tenido alguna sospecha?

En cuanto a las drogas, la conversación apenas se había desviado de Ralphie Parks. A ojos de los padres, él era el culpable. Vivianne era perfecta. Ralphie le había arruinado la vida.

—Pero la bolsa estaba en el armario de Vivianne, señor Gill. Seguro que ella debía saberlo, ¿no? —preguntó Gardner, retomando la conversación que acababa de terminar tras un breve silencio.

Ryan levantó la vista de la pantalla del móvil. Entrecerró los ojos. —No debía saber lo que había dentro. A lo mejor solo le pidió que se la guardara ahí.

A lo mejor —dijo Gardner para sus adentros, tomando una nota —, *o a lo mejor no*.

—¡Ni de coña! —dijo Ryan, alzando la voz—. ¿Me oye? ¡No hay forma, de ninguna de las maneras, de que Viv tuviera nada que ver con esas drogas! Es él… sin duda… y cualquiera que los conociera se lo dirá.

—Pues sus padres hablaron muy bien de él —dijo Rice.

Ryan resopló. —Esos malditos padres… no ven lo que tienen delante de sus narices. Viven en su propio mundo.

Es una forma de verlo, pensó Gardner. —¿Si las drogas eran de Ralphie, es evidente que está metido en algo gordo? Llevaban juntos… —miró sus notas—, más de cuatro años. ¿Cómo es posible que Vivianne no supiera en qué andaba metido?

—Mire —dijo Ryan, inclinándose hacia delante—. Viv era un alma bella. Un. Alma. Bella. Haría cualquier cosa por cualquiera, ¡incluso por ese patán!

Guardarle el secreto, entonces, ¿quizá?

Mary había dado la vuelta por la parte de atrás del salón y ahora estaba colocando un conjunto de velas en la mesa del fondo. Gardner reconoció que era un juego que ella misma tenía. Velas falsas. De las que se encienden para dar la falsa apariencia de una llama parpadeante. —Qué desorden. Viv no soporta el desorden… nunca ha podido. Tengo que poner todo esto en orden.

Gardner sintió una oleada de tristeza. Ahí estaba de nuevo. El shock. La negación. Gardner lo había visto muchas veces. Los deudos buscando esa posibilidad, ese resquicio de duda, dondequiera que pudieran. Mary miraba el conjunto de velas falsas parpadeantes como si fuera el corazón palpitante de su hija muerta.

—Es un monstruo —dijo Mary.

—¿Ralphie?

Mary asintió. —Me contaba cosas. El idiota le dijo que había engordado. La avergonzó.

Ryan se giró y miró a Mary. —Nunca me contaste eso.

Mary se encogió de hombros y siguió mirando las velas. —Le decía una y otra vez que estaba mejor sin él. Aceptó dejar de hablarle durante un tiempo en la universidad. Pero no duró.

Ryan se dio la vuelta. Tenía los ojos muy abiertos y se señaló la cabeza. —Estaba metido en su cabeza, ¿sabe? Debería haberme encargado de él cuando tuve la oportunidad… pero no lo hice —bajó la mirada y murmuró—: Era *mala gente*, pero intentamos hacer lo correcto.

—No queríamos alejarla —dijo Mary.

Ryan suspiró. —Oyes todas esas historias de terror sobre ser demasiado insistente… —se le desencajó el rostro—. Pero ahora soy

yo el que vive una película de terror. *Debería* haberlo parado. —Ryan había tirado el móvil y ahora apretaba los puños.

Gardner decidió no hacer más preguntas. Era un público muy atormentado, y Lucy y Ray ya los habían sometido a un interrogatorio antes. Tenían suficiente información sobre los últimos movimientos de Vivianne, que se analizaría con detenimiento en la reunión informativa.

Daisy Langford, la agente de enlace familiar, estaba en la cocina preparando bebidas calientes para todos; llevaba un rato fuera, y Gardner decidió marcharse en cuanto volviera.

De repente, Ryan levantó la vista. Su rostro estaba más pálido que en ningún otro momento desde que ella había llegado.

—¿Señor Gill? —dijo Gardner.

Ryan se puso en pie. Su rostro palideció aún más y se contrajo en una expresión de horror.

Gardner y Rice se levantaron.

—¡Voy para allá! ¡Voy a ir a *esa* casa inmunda! ¡Quiero saber qué está pasando!

Casa inmunda.

Entonces, ¿las actividades nocturnas de los Park eran de dominio público?

—No es buena idea —dijo Gardner.

—¿Que no es buena idea? ¡Está usted en mi casa, diciéndome que mi hija ha muerto, y sé a ciencia cierta, como no tardarán en descubrir, que ha sido por culpa de ese cabronazo!

Gardner no era una novata tratando con padres en duelo y sus erráticos cambios de humor, pero eso no facilitaba las cosas. Vio a Mary hacer un movimiento brusco hacia la puerta del salón.

—Señora Gill —la llamó Gardner.

La puerta se abrió bruscamente hacia dentro y golpeó a Mary.

Era Daisy, que entraba con una bandeja de bebidas calientes; debió de empujar la parte inferior de la puerta con el pie. La puerta rebotó en Mary y golpeó a Daisy. Las bebidas salieron volando por todas partes. Tanto Daisy como Mary soltaron un gritito y Gardner se apresuró a pasar por delante de Rice para ayudar.

Gardner suspiró aliviada al darse cuenta de que nadie había resultado herido. Un milagro inesperado en un día en el que esta familia no había vivido ninguno. Miró el té derramado por el suelo y en el marco de la puerta.

—Más desastre —dijo Mary—. Un puñetero desastre.

Gardner alargó la mano y le tocó el hombro a Mary. —Lo siento.

—El desastre, mire qué desastre —exclamó Mary, con la voz cada vez más cargada de frustración.

Gardner sintió que se desmoronaba por dentro. —¿Por qué no se sienta?

Los ojos de Mary se movieron rápidamente de un lado a otro, sin interesarse ya por el té derramado. Parecía horrorizada, mirando a todas partes. —*Tengo* que limpiar.

—Creo que eso puede esperar por ahora. —Las propias hijas de Gardner le vinieron a la mente, y trató desesperadamente de apartar esas imágenes, sabiendo que la emocionarían.

Mary, mientras tanto, se zafó del contacto de Gardner y siguió mirando en todas direcciones. El desastre era solo una excusa, una vía de escape del infierno en el que se encontraba.

Pero no había vía de escape, ¿verdad?

En realidad, no.

Gardner dio un paso al frente. Mary la miró, con los ojos llenos de lágrimas, y luego se arrojó a sus brazos, temblando de angustia.

18

1980

Con la frente ardiéndole, Dean Maiden trastabilló hacia atrás, intentando parpadear para quitarse la sangre que le entraba en el ojo izquierdo. El talón se le enganchó en el primer escalón y acabó de culo en el segundo. —¡Para!

Ella no paró.

Sus uñas destellaron de nuevo. Le ardió la mejilla.

—¡Stell! —levantó las manos para protegerse la cara.

—*¿Por qué?* ¿Cómo has podido? ¿Cómo? *Sabías* a qué hora se fue. No estuviste ahí para ella.

Lloró con las manos levantadas. Las lágrimas le escocían en la herida abierta de la mejilla. —Ojalá pudiera volver atrás… Dios, ojalá, ojalá… Es todo lo que quiero…, en lo único en lo que puedo pensar.

—La bebida… Todo se ha ido… se ha ido. Por culpa de la bebida.

Recostado en los escalones, dejó caer las manos y decidió que quizá sería mejor que ella lo sacara de este puto mundo a golpes.

Se oyó un fuerte golpe en la puerta principal.

Gimió y se irguió con esfuerzo hasta quedar sentado, limpiándose la sangre y las lágrimas de los ojos.

Estelle estaba ahora de espaldas a él, observando cómo se abría la puerta principal.

Keith Fields entró en su casa, fumando.

—¡Cómo se atreve! —siseó Estelle.

Dean alargó la mano para agarrarle el brazo. —¡Stell!

Falló por completo, pero ella no se acercó al visitante como él temía que hiciera.

Keith exhaló una nube de humo, se giró para cerrar la puerta tras de sí, dio otra larga calada y luego se acercó a ellos con parsimonia.

El hombre era alto y enjuto, con el pelo alborotado y los ojos amarillentos e ictéricos, y parecía un obrero curtido por las malas condiciones. Aun así, a pesar de ello, vestía como el hombre más rico del pueblo. Porque era el hombre más rico del pueblo.

El traje que llevaba en ese momento probablemente costaba más de lo que Dean podría ganar en un año en una imprenta.

—He venido a presentar mis respetos de nuevo —dijo Keith, abriendo los brazos para ofrecer un abrazo.

—Con una vez fue suficiente —siseó Estelle.

El visitante bajó los brazos y se encogió de hombros.

—Stell, vamos, por favor —dijo Dean.

Estelle retrocedió un paso y se agarró a la barandilla de la escalera. El corazón de Dean dio un vuelco al ver que sus nudillos se ponían blancos. *Contrólate, Stell.*

—*Quería* decir que el funeral le ha hecho justicia a la joven Penny —dijo Keith.

—Nos gustaría que se marchara ya.

Aquel capullo arrogante se encogió de hombros y le dio una larga calada a su cigarrillo. Tras soltar el humo, entornó los ojos. —¿Así que puedo pagar su funeral, pero no puedo presentar mis respetos?

—Márchese. Ahora.

Dean podía ver la furia en la cara de su mujer. También podía ver la irritación en la de Keith. La combinación de ambas podía ser explosiva. —Stell, es mejor que…

—No seas un cerdo cobarde —espetó Estelle, clavando sus ojos desorbitados en Dean.

Sintió que el corazón se le encogía. Qué razón tenía. Miró a Keith y a esa sombra de sonrisa en su cara de prepotente. Nada le habría dado más placer en ese momento que derribarlo de un golpe… Por supuesto, probablemente sería lo último que hiciera en su vida.

Y Estelle sería la siguiente.

Inaceptable.

—Stell. Para, por favor.

—¡Cállate! A no ser que quieras que te despelleje vivo. —Estelle volvió a mirar a Keith—. Dijo que no vendría al funeral.

—Me mantuve a distancia. Fue precioso.

—No tenía ningún derecho a…

—Me duele lo que ha pasado. —Keith se tocó el centro del pecho y su rostro se descompuso.

—Tonterías —dijo Estelle, señalándolo de nuevo—. Le importa un bledo. ¿Qué más quiere de nosotros?

—Nada. No quiero nada.

Dean sabía que era verdad. Aquel hombre ya tenía su silencio. No había nada más que pudiera quitarles.

—Solo he venido a decirles que, si alguna vez me necesitan, pueden acudir a mí. Aquí estoy… —Hizo una pausa, dio una gran calada—. Acudan a mí primero. —Soltó el humo.

Los estaba amenazando.

—Ya ha dejado clara su postura —dijo Estelle—. Ahora, lárguese.

Dean se estremeció. *¡Stell, por el amor de Dios!*

—El tiempo lo cura todo —dijo Keith—. Pero también puede ser una mala influencia. Simplemente, acudan a mí primero, ¿de acuerdo?

—¡Parece un disco rayado! ¿Cuántas *malditas* veces? —dijo Estelle—. ¿Quiere que le muestre gratitud o algo?

—¡Stell! —intervino Dean—. ¡Basta ya!

—No pasa nada —dijo el cabrón, con esa sombra de sonrisa asomando de nuevo por su cara—. Ha sido una época difícil, una época horrible. Solo quería arrojar algo de claridad sobre una situación turbia, eso es todo.

—No, Keith —dijo Estelle, apartando la mano de la barandilla para señalarlo—. Usted trae al demonio a cada situación.

Dean supo que tenía que poner fin a aquello. Se levantó y, con mano temblorosa, cogió a Estelle del brazo.

—¡Suéltame! —Se zafó de su marido—. Vuelve a tocarme y te arrancaré un ojo de un arañazo.

El visitante se rio entre dientes. —Perdonen —dijo, levantando las manos—. No debería reírme, pero ella siempre ha sido un *caso*. ¡Mira lo que ya te ha hecho en la cara!

Estelle siguió señalando a Keith. —¿Entonces quizá debería andarse con más cuidado, no? ¡Venir aquí… cómo se atreve!

Dean vio que los ojos de Keith se entornaban de nuevo. Le estaba lanzando el guante.

Una locura. —Lo siento, está cansada…

Su mujer lo fulminó con la mirada. —Échale cojones, hombre.

El gánster se sacó una cajetilla del bolsillo, la abrió y apagó el pitillo en el interior de la tapa. Dejó caer la colilla y cogió otro. Tras encenderlo y llenar sus pulmones varias veces, dijo:

—Una última cosa —se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó un fajo de billetes, ofreciéndoselos a Estelle.

—No más —dijo Estelle, negando con la cabeza—. Quédese con su sucio dinero.

Keith negó con la cabeza, con expresión de incredulidad.

Dean alargó la mano y cogió el dinero.

Sin dejar de mirar a Estelle, Keith le dijo a Dean:

—¿Qué se dice?

—Gracias —dijo Dean, asqueado consigo mismo.

—¿Tiene que estar de broma? —dijo Estelle sin apartar la vista de Keith.

—Él lo entiende —dijo Keith.

Dean rabiaba por dentro. Furioso, asqueado, dividido..., pero ¿qué solucionaba que los mataran?

—Debió de ser duro para usted, Dean, verla de esa manera —continuó Keith.

Estelle siseó:

—¿Es que no tiene vergüenza?

—Solo intento empatizar.

—Yo no la vi —dijo Dean, con los puños cerrados—. Estaba tapada y... —cerró los ojos con fuerza. Vio la sangre de su hija en la carretera... *arrastrada por la lluvia...* Abrió los ojos—. Váyase..., por favor.

El monstruo permaneció entre ellos, fumando, divertido por algo. Finalmente, dijo:

—Bueno, si nadie me va a ofrecer una copa, será mejor que me vaya.

Gracias a Dios.

Dean miró a su mujer, le hizo un rápido gesto con la cabeza para indicarle que ya casi había terminado, que aguantara un momento más, pero entonces vio cómo cambiaba. De repente, su rostro pareció adoptar una expresión decidida y un brillo, casi una excitación, pareció iluminarle los ojos.

—Lleva aquí todo este tiempo —dijo Estelle, volviendo a mirar a Keith— y ni siquiera me ha ofrecido un pitillo.

Stell…

—Es usted única —dijo Keith, sonriendo con suficiencia y sacando otro cigarro de la cajetilla—. ¿Se lo digo lo suficiente? —le guiñó un ojo.

Ella le tocó el brazo.

—Me basta con una calada.

Keith y Estelle tenían un pasado en común. Unos magreos detrás de los aparcamientos para bicis del instituto. Un pitillo o dos compartidos. La idea siempre le había dado asco a Dean. Lo que estaba presenciando en ese momento le daba asco a Dean.

¿A qué coño estás jugando?

—Stell...

—Dean, hombre —dijo Keith—. La señora quiere fumar.

Estelle le cogió el cigarro a Keith y Dean sintió que se le revolvía el estómago.

—Stell, no...

Keith levantó un dedo hacia Dean.

—Chist, hombre. *Chist.* Lo necesita.

Keith observó cómo Estelle se llevaba el pitillo a los labios y daba una larga calada. La punta se puso al rojo vivo, y luego ella se

apartó el cigarro de la boca. Echó la cabeza hacia atrás, tal como había hecho Keith momentos antes, y exhaló el humo hacia arriba.

Keith soltó una risita.

—Vaya mujer que es usted, Stell. Siempre lo he dicho. Somos de la misma pasta. Nos derriban, pero *siempre* nos volvemos a levantar, ¿eh? Siempre me pregunto si las cosas podrían haber acabado de otra manera entre usted y yo.

Dean sintió que se derretía por dentro. Sobre todo cuando la vio mirarlo de arriba abajo antes de dar una segunda calada. Pero esto no era lo que parecía. Era tan evidente que Keith debía de saber que estaba jugando con él.

Aun así, ¿por qué iba a importarle?

Probablemente sentía que no tenía nada que perder en esta situación.

Fueran cuales fuesen las intenciones de Estelle, Dean tenía que ponerle fin.

—¿Quiere que lo acompañe al coche?

Sonaba ridículo, pero de repente era todo lo que tenía.

El idiota lo miró y resopló.

—¿Por qué iba a necesitar que usted...?

Estelle se abalanzó. Hubo un chisporroteo, seguido de cerca por un grito. El olor a piel quemada llenó las fosas nasales de Dean.

—¡Suéltame! ¡Zorra! —mientras Keith retrocedía dando traspiés, Estelle se movía con él, manteniendo el pitillo pegado a su cara.

Dean apartó a su mujer con ambas manos y observó, horrorizado, la retirada de Keith mientras este se tapaba la mejilla izquierda con la mano.

Estelle dio un paso al frente, con los ojos muy abiertos.

—Se lo pedí amablemente... muchas, muchas veces.

¡Dios mío! Estamos muertos. ¡Muertos! ¡Nos va a matar ahora mismo!

Keith bajó la mano, dejando al descubierto la mancha negra y ampollada de su mejilla, que probablemente le dejaría una cicatriz. Apretó los dientes, mostrando signos de malestar.

Dean miró los puños del hombre herido, apretados a los costados.

El monstruo empezó a avanzar.

La sonrisa de Estelle se hizo más amplia.

—Vamos —lo provocó—. Créalo o no, era usted un chico tan tierno entonces... ¿qué le pasó? —le hizo un gesto para que se acercara—. Venga. Muéstreme su verdadero yo. Nunca llegué a conocerlo.

Keith dio otro paso, pero sus palabras le habían llegado hondo de alguna manera. Parecía confuso. Aun así, Dean ya había visto suficiente. Si iba a hacerle daño a Estelle, tendría que ser por encima de su cadáver.

Se interpuso entre ellos.

Aquello sacó a Keith de su confuso estupor; sus ojos se abrieron de par en par.

Dean apretó los puños y observó cómo Keith respiraba hondo. Le temblaban los ojos y le lloraban. Sorprendentemente, el cabrón volvió a sonreír, incluso a pesar de la incomodidad que debía de estar sintiendo.

—Cree que me conoce bien, Stell —dijo Keith—. Pero puede que no me conozca tan bien como usted cree.

—Cada vez que se mire en el espejo y vea esa cicatriz, recuerde este momento y recuerde a Penny, porque yo no lo olvidaré, y usted tampoco debería.

—Yo de usted me detendría ahora que va ganando —retrocedió unos pasos más—. Todavía podría cambiar de opinión sobre cómo acaba todo esto.

Keith se dio la vuelta y salió de la casa, agarrándose la mejilla. Dejó la puerta principal abierta. Entonces, Estelle se volvió hacia Dean.

—Eres patético.

—Lo sé.

Ella lo rodeó con los brazos y apoyó la cabeza en su pecho.

—Creía que te preocupaba que nos matara.

—No, Stell, solo me preocupabas tú. Ya no me importa lo más mínimo lo que me pase a mí.

Lo abrazó con fuerza y lloró.

19

2024

Eran las ocho de la mañana y Gardner agradecía la cafeína y el subidón socialmente aceptable que le proporcionaba.

Miró a su alrededor en la ajetreada Sala de Incidentes y vio que todo el mundo estaba haciendo lo mismo; parecía que no era la única que lo agradecía.

Blandiendo una barrita de cereales sin abrir, Lucy O'Brien se acercó. —Te he traído una de sobra, jefa. —Le guiñó un ojo—. El otro día me di cuenta de la envidia que había en tus ojos cuando me viste comerme una de estas.

Gardner sonrió. —Más te vale que no sea verdad. No hay nada peor que un gorrón. Mi ex solía hacerlo cuando yo pedía el pudin de caramelo y tofe en el restaurante y él estaba a dieta. Siempre acababa metiendo el tenedor.

O'Brien dejó la barrita de cereales en el escritorio, justo delante de Gardner. —Pensaba que era uno de los diez mandamientos. Nadie debería tener que compartir su pudin de caramelo y tofe.

Gardner bajó la vista hacia la barrita de cereales y sintió una sensación cálida en su interior. Se moría de hambre, estaba desbordada por los niños y el crimen, y Lucy había demostrado consideración y amabilidad. —Vale, pero date la vuelta; tenemos un

minuto y no quiero que me veas zampármela. Te quitaré las ganas de almorzar.

Lucy retrocedió un paso, sonriendo. —No serías capaz.

Joder, *¿estaba coqueteando?*

¡Seguro que no!

Gay y soltera, sí, pero ella tenía veintitantos, y Gardner tenía... bueno... ¡una cifra deprimentemente más alta!

A eso había que añadir que casi había provocado la muerte de Lucy hacía un tiempo cuando le pidió que cuidara de Rose, y su hermano sociópata apareció y le provocó una conmoción cerebral.

Los argumentos en contra del coqueteo eran abrumadores...

¿Y a qué venía ese interés, Emma? ¿Desde cuándo eras gay?

Le dedicó una sonrisa más a Lucy *—qué ojos más bonitos, por cierto—*, se dio la vuelta y se zampó la barrita de cereales.

Cuando se giró de nuevo, contó a sus agentes. Diez. *¿Dónde estaba el undécimo?*

Tardó un momento en darse cuenta de que era Ray Barnett, otro de su equipo que se había acostado bastante tarde. ¿Se habría quedado dormido? Mierda, no estaba de humor para echarle una bronca.

Miró a Rice, que seguía jugueteando con el tablón de incidencias, cosa que llevaba haciendo un par de horas, y asintió. Luego dio una palmada.

—Que nadie se queje de que está cansado —dijo Gardner—. Yo he estado despierta *toda* la noche.

—Pues está usted fresca como una rosa —dijo en voz alta el sargento detective Will Holbeck.

—Buenos genes —dijo ella y sonrió—. Pero ahórrese el sarcasmo, Will. Me alegro de que haya ganado confianza desde su ascenso, pero guárdesela para usted ¡o se lo quito!

Se oyó un murmullo de risas. Una forma rápida de romper el hielo y ya se sentían todos cómodos de nuevo.

Ahora tocaba rebajar el ambiente e introducir el caso.

Se acercó al tablón de incidencias y señaló las fotografías de las víctimas bajo el encabezado de la operación generado al azar. *Operación Cascada Roja.* —Vivianne Gill y Ralphie Parks. Ambos

tenían diecinueve años. Salían juntos desde los quince, ambos en universidades distintas. Descubiertos apaleados hasta la muerte a las cuatro menos cuarto de la madrugada en el cementerio de Knaresborough por una tal señora Glenda Richards. De unos ochenta y tantos años. —Señaló una foto de la anciana. Hubo suspiros y murmullos de asombro—. Obviamente no es una sospechosa principal, pero aun así haremos las debidas diligencias al interrogarla. Brad, usted puede... —Miró al agente detective Brad Ross.

Parecía fastidiado, y le oyó claramente murmurar: «¿De verdad?», por lo bajo.

Señaló con el pulgar la funda de plástico sujeta al tablón detrás de ella. —Una vez asignado, asignado está. Lo hacen los ordenadores al azar. Aguántese.

Todos se rieron, excepto Brad.

Era todo una sarta de mentiras, por supuesto. No había asignaciones al azar.

—No le llevará mucho tiempo, Brad. Bueno, el arma homicida es esta piedra... —Señaló una foto—. Todavía es pronto para la patología, como siempre; espero tener algo, *lo que sea*, para esta tarde.

Cuando hizo una pausa para respirar, comenzaron los inevitables e irritantes susurros. —¿Quieren preguntarme algo?

Se levantaron algunas manos.

—Miren, por el momento, no se está tratando como un caso conectado.

Sus compañeros intercambiaron miradas.

—Hasta que sepamos lo contrario, la investigación de Ray sobre Penny Maiden y Howard Walters se mantiene separada; aunque Ray está ayudando con Cascada Roja en las fases iniciales. —*¡Si es que decide aparecer hoy!*

Las manos seguían levantadas.

—Lo dejamos así —dijo Gardner—. En cuanto tengamos el más mínimo indicio de lo contrario... esa es la decisión.

—¿Fue decisión suya? —preguntó Holbeck. Nunca fue de los que se callaban.

Ella sonrió. —No, el ordenador otra vez. —Le dedicó una ceja arqueada.

Otra risa.

—¡Corta el rollo, Will! —dijo Rice.

Mira quién fue a hablar, pensó Gardner. Luego consideró la sugerencia de Will de que ella estaba detrás de esa decisión. *Por supuesto que no. Pero ahora mismo estoy demasiado agotada como para evaluar realmente cómo me siento al respecto.*

Gardner presentó a los otros personajes del collage de fotografías. Mary y Ryan Gill. Evie y Max Parks. Su público disfrutó especialmente escuchando la descripción de Rice de la fiesta de intercambio de parejas. Él la adornó, pero ella no le puso freno. Era bueno para la moral.

Después, recuperó su atención fácilmente con una tos. Les tenía calados a su público predominantemente masculino desde hacía dieciocho meses. Sabían quién estaba al mando.

Gardner explicó las diferentes reacciones de todos los padres ante la trágica noticia y luego pasó a la partida de pastillas de éxtasis recuperada. Asintió hacia Lucy.

—A las pastillas les han estampado la imagen de una cabeza de unicornio. Son muy peligrosas. MDMA superfuerte. Ha habido un pico de hospitalizaciones en Yorkshire. He hablado antes con un conocido de la Brigada de Investigación Criminal y creen que está entrando a través de las bandas de Bradford.

—Eso no es nada nuevo —dijo Rice—. La mierda ha estado llegando a Harrogate y Knaresborough desde estas cloacas desde que yo me acuerdo...

La mirada de Gardner lo cortó en seco.

—Jefa —dijo, y volvió a su pizarra. Se le daba cada vez mejor anticiparse a las broncas antes de que se las echaran. Valoraba su nuevo puesto como ayudante del Director de investigación y, sabe Dios, Gardner se planteaba quitárselo con frecuencia. Pero cada vez que estaba a punto de hacerlo, él se sacaba un as de la manga...

¿Se sacaría un as de la manga en la Operación Cascada Roja?

No le sorprendería.

—Vale, buen trabajo, Lucy. Y, como ya has señalado, estamos en estrecho contacto con la Brigada de Investigación Criminal sobre esto —dijo Gardner—. A mí esto me huele a *county lines*.

Se giró y miró a Matt Blanks, su operativo de HOLMES 2, quien, durante el último año aproximadamente, había experimentado un cambio de personalidad. Atrás había quedado el pelo alborotado. Ahora lucía trajes elegantes, el pelo bien peinado y la piel limpia. Salir de la adolescencia tan tarde, ya bien entrados los veinte, no era nada nuevo, pero convertirse de repente en el tipo más elegante de la ciudad..., bueno, eso ya era otra historia.

—Matt, ¿podría tomar nota para recopilar todos los incidentes locales relacionados con *county lines* de los últimos cinco años más o menos? A ver si alguien de nuestra lista de personajes —dijo, señalando hacia atrás con el pulgar— hace acto de presencia.

Matt asintió.

—Volvamos a las víctimas. Hemos podido hacer algunas llamadas preliminares. Vivianne iba camino de una matrícula de honor en Oxford, según un tutor impresionado. Por su parte, Ralphie Parks estaba a punto de que lo expulsaran de la Universidad de Hull por mala conducta, incluyendo robos. ¿Notan la diferencia?

Will levantó la mano.

—Era sarcasmo, Will —dijo Gardner.

Más risas.

—Quizá haya algo de verdad en lo que está diciendo Ryan Gill —dijo Gardner—. A lo mejor Vivianne no sabía nada de las drogas, o puede que la estuvieran manipulando. En cualquier caso, parece que los Gill tenían una opinión clara sobre Ralphie, y de momento no hemos encontrado mucho que la contradiga.

—Si era tan malo, ¿cómo podían soportarlo? —Jeff Oats, un sargento detective normalmente comedido y callado, alzó la voz ligeramente—. Si mi hija estuviera con alguien así, le pondría fin rápidamente.

Murmullos de asentimiento recorrieron la sala.

Gardner recordó las palabras de Ryan... *Oyes todas esas historias de terror sobre ser demasiado tajante...*

Aun así, Oats tenía razón. Y cuatro años era mucho tiempo para sufrir en silencio.

¿Había perdido Ryan finalmente el control? ¿Los había confrontado en el cementerio?

No podía ser, ¿verdad? ¿Su propia hija? ¿Quizás un accidente? ¿Se interpuso entre su padre y el novio descarriado? ¿Le había desfigurado Ryan la cara a su propia hija para darles el pego?

A estas alturas, no se podía descartar nada. Y como solía ocurrir en casos como este, habría que investigar a los padres.

Señaló el mapa del cementerio en la pizarra y las imágenes de los alrededores. —Bueno, no hay cámaras de videovigilancia en el cementerio, pero tenemos que rastrear la zona en busca de movimientos de Vivianne, Ralphie y nuestro posible asesino. A llamar a unas cuantas puertas, porque necesitamos averiguar dónde estaban nuestros dos jóvenes antes de acabar muertos. Aún es pronto para decirlo con seguridad, pero el médico legista cree que pasaron al menos un par de horas antes de verlos, pero no mucho más. Así que pensamos que murieron entre las doce y las dos. Les dijeron a sus padres que iban a pasar la noche cada uno en casa del otro. ¿Estaban en un bar o dando un paseo romántico junto al río? ¿Y cómo demonios acabaron en un puñetero cementerio entre las doce y las dos?

Rice asentía con la cabeza. —Sí, tienen diecinueve años, no es que tengan que esconderse para echar un polvo.

—Si los padres son religiosos... —dijo Brad.

—¿Es que no está escuchando? Los Parks estaban en medio de una orgía. Probablemente ni se lo pensarían dos veces antes de pedirles...

—Ni se le ocurra seguir por ahí, Phil —dijo Gardner, extendiendo la mano—. No si pretende ser gracioso.

Él se encogió de hombros. —Podría merecer la pena considerarlo.

—Puede que sí, pero eso lo consideraremos *más tarde*.

Rice asintió.

—Todo lo que tenemos hasta ahora está en HOLMES. —Hizo un gesto con la cabeza hacia Matt—. Incluyendo esto... —Se agachó,

cogió una fotografía de la mesa. Ya tenía Blu-Tack en el reverso, así que la pegó junto a los otros miembros del reparto.

Este era el último punto de su orden del día y lo había dejado deliberadamente para el final.

De esta manera, había mantenido la atención en la trágica pérdida de vidas y, con suerte, avivado el fuego del deber en su equipo. Lo que venía a continuación podría convertirse en una distracción.

Sensacionalismo.

Cotilleos.

La mayoría se inclinaban hacia delante, entrecerrando los ojos, intentando ver la foto. Los que pasaban de la mediana edad se esforzaban, pero Brad lo vio. —Joder, ¿ese es...?

—Sebastian Harrington —terminó Lucy por él.

—Así es. ¡El gilipollas *tory* en persona! —dijo Rice.

Sebastian Harrington había sido diputado conservador durante los años setenta, ochenta y noventa. Fue una figura controvertida por la zona. Duro de mollera durante el mandato de Thatcher, había muchos que no le perdonaban algunas épocas particularmente difíciles. Por otro lado, como siempre ocurría en política, había quienes admiraban su forma bastante salvaje de hacer las cosas y ahora atribuían la próspera naturaleza de Harrogate a su estilo de liderazgo autoritario en aquellos años.

—Es el tío de Ralphie Parks. Por ser el hermanastro mayor de Evie Parks.

—Pero tiene setenta y tantos —dijo el agente detective Cameron Suggs—. ¿Cuántos años tiene Evie Parks?

—Cincuenta —dijo Rice—. Al difunto padre de Sebastian y Evie, Bart Harrington, le gustaba tener líos con mujeres mucho más jóvenes. Cuando Sebastian cumplió veinticinco, Lorraine Petch, que en ese momento solo tenía veinticuatro, se quedó embarazada de Evie.

—¡Tuvo un lío con alguien más joven que su propio hijo! —exclamó Holbeck.

—Parece que te sorprende —dijo Rice. Señalaba la foto de Sebastian, un hombre alto, de aspecto distinguido, con una mata de

pelo blanco bien cortado. —¿No conoces a la gente como esta?

Gardner lo miró. Tenía derecho a su postura política. Nada que objetar. *¿Pero estereotipar?*. Sabía cuál era la regla de oro de ella al respecto. Se encogió de hombros.

—La verdad —dijo Lucy—, es que, para ser justos, ha estado trabajando en el centro juvenil de Stockwell.

Gardner miró a O'Brien.

—El hijo de una amiga mía, Jake. Tiene quince años..., solía meterse en algún que otro lío. Dice que Seb —así es como lo llaman todos— es un tío muy majo. Va y echa una mano en el club. Por lo visto, tiene bastante maña con el Mario Kart...

Gardner le sonrió a Rice, que parecía atónito.

¿Ves?

—Debe de ser por la culpa —siseó Rice—. Por todas las vidas que jodió. A mi padre le pasó lo mismo cuando empezó a chochear. De repente, era un gigante bonachón que se despedía de ti con un abrazo. Ese hombre no abrazó a una sola persona en su vida hasta que por fin se dio cuenta del capullo que había sido...

—Bueno —dijo Gardner, cortándolo—. Hoy, la primera parada para Phil y para mí es hablar con Sebastian Harrington. Obviamente, la prensa —y cierta Marianne Perse— se lo va a pasar en grande ahora que tenemos a una celebridad menor involucrada. Creo que es mejor tomarle la medida y descartarlo lo antes posible. Mientras tanto, todos tenemos que ponernos las pilas y centrarnos. Esto no es un asesinato al azar. Hay rabia en este crimen y el móvil será la clave. Vamos a reconstruir la vida de nuestras víctimas tanto en Knaresborough como en sus residencias universitarias. Las bandas y las redes de narcotráfico serán un objetivo claro. Tenemos sus móviles y usaremos las antenas de telefonía y cualquier grabación de videovigilancia que podamos para reconstruir sus últimos movimientos. Hay que investigar a fondo las redes sociales. Y el instituto. Consigamos todos los antecedentes que podamos. Las tareas, como de costumbre, están en la pizarra. Volvemos a reunirnos a las seis.

20

Riddick intentó tender puentes.

Después de llevarle a Claire un té y unas tostadas, le enseñó fotos de posibles guarderías que había buscado por internet.

Sin embargo, por el simple hecho de intentarlo, le entró la paranoia de que su repentino entusiasmo pareciese forzado.

Y, efectivamente, no tardó en pedirle que la dejara sola.

Lo tenía calado, vaya que sí. Paul Riddick, egoísta hasta la médula, no estaba preparado para comprometerse con una nueva vida.

Así que necesitaba cambiar. Cambiar rápido y *radicalmente*. Pero si luchar contra el impulso de beber te restaba tanta fuerza de voluntad, ¿de dónde iba a sacar la energía para eso?

Suspiró.

Claire era lo mejor que le había pasado en mucho, mucho tiempo...

¡Joder! Si la cagaba con esto, de verdad que era para matarlo.

Más tarde, después de haber conducido hasta el Cuartel General y ya en su despacho, volvió a centrar su atención en Nathan Cummings. Por desgracia. Aquel hombre era un malnacido y estaba hecho de puto teflón.

A las diez de la mañana, ya había tomado dos resoluciones vitales muy importantes.

Pase lo que pase, seré el mejor padre para nuestro hijo, Claire. Pero antes... voy a acabar con ese cabrón de Nathan Cummings aunque sea lo último que haga.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por unos golpes en la puerta. Entró la Inspectora Jefa Kerry Bradley. Kerry dirigía esta unidad de la Brigada de Investigación Criminal que se ocupaba únicamente de Bradford y de los crecientes problemas del narcotráfico y las redes de distribución comarcales. Como era de Bradford, había sufrido pérdidas personales a causa de esta epidemia criminal, lo que la hacía muy resuelta, aunque para la mayoría de sus subordinados, *resuelta* era simplemente un sinónimo de *obsesionada*. Apenas dormía y, en cierto modo, esperaba lo mismo de los demás. A muchos les resultaba abrumadora. Pero a Riddick le caía bien, probablemente porque ella lo valoraba inmensamente.

Probablemente porque estaban cortados por el mismo patrón.

Kerry rara vez saludaba a la gente e iba directa al grano, por lo que su repentina entrada no fue una sorpresa. Sin embargo, sí que le desconcertó la mirada sombría que tenía.

—¿Está todo bien?

—¿Qué coño hiciste anoche?

Riddick se enderezó en la silla como reacción al ataque. Era obvio que se había enterado de que había hecho el gilipollas en el coche de otro agente. —Dejarle claro a Cummings que no era invencible.

—¿Y cómo lo hiciste? ¿Matándolo?

Se quedó con la boca ligeramente abierta.

—¿Paul?

—¿Qué? Yo... ¡no! ¿Qué ha pasado?

Después de que ella le explicara que alguien le había quitado la vida a Nathan con un instrumento contundente, cerró los ojos y se reclinó en la silla.

Esto no era bueno.

Sí, Riddick podía tachar su resolución de acabar con Cummings; otro le había ahorrado la molestia. ¿Pero que ocurriera justo después de su numerito en el coche de policía?

No era el mejor momento, la verdad.

Las cosas se iban a poner muy feas.

21

De camino a casa del exdiputado conservador Sebastian Harrington en Harrogate, Gardner recibió una llamada de Barnett.

Había muy pocas excusas para faltar a una reunión informativa, pero le tenía mucho aprecio a Ray. Solía ser alguien de fiar y una pieza clave para manejarse en esos puntos de inflexión cruciales que tan raramente se presentaban en una investigación. Echarle una bronca sería incómodo, aunque necesario.

Más te vale que sea bueno, tío…

—Jefa, he estado en el hospital.

Buen comienzo. —¿Estás bien?

—Yo no, jefa… Dos chicos de diecinueve años. Charlotte Hughes y Adam Briggs. Ingresaron en el hospital justo antes de la medianoche de ayer. Pastillas de éxtasis… los dos se desplomaron. Principalmente por deshidratación. Están fuera de peligro y se espera que se recuperen por completo.

A pesar de que iba con el manos libres, Gardner paró en el arcén. —Me alegro —dijo. Miró por el espejo retrovisor para ver cómo Rice se detenía detrás de ella.

—¿Es la remesa defectuosa?

—Lo siento, jefa, ¿remesa defectuosa? Es la primera noticia que tengo.

Claro. No había estado en la reunión…

—¿Eran las pastillas del unicornio?

—Sí.

Gardner respiró hondo. —¿Por qué estabas allí?

—No conseguía volver a dormirme después de nuestra entrevista con Mary y Ryan Gill, así que estuve investigando las llamadas de emergencia registradas ayer por la noche. Una ambulancia recogió a esos dos chavales sobre las 11:45 p. m. por una presunta sobredosis. Como tenían la misma edad que las víctimas y habíamos descubierto la bolsa de éxtasis, fui a echar un vistazo. Siento no haber estado en la reunión, jefa, pero el chaval, Adam, se ha despertado. Es un buen chaval. Había tomado dos de esas pastillas del unicornio de la bolsa recuperada en la habitación de Vivianne.

—Son una remesa defectuosa. La Brigada de Investigación Criminal lo ha confirmado. Han causado un aluvión de hospitalizaciones.

—Tiene sentido. Pobres críos. Se me rompe el corazón al ver que se hacen esto a sí mismos.

Gardner asintió con tristeza. No podía estar más de acuerdo. —¿De dónde los recogió la ambulancia anoche?

—De una fiesta. Una quedada de viejos amigos. Estudiantes de vacaciones de la universidad. Había quince en total…

—Ralphie y Vivianne estaban allí, ¿no?

—Sí. Y la dirección tampoco está muy lejos del cementerio.

—Buen trabajo, Ray. ¿Le has preguntado a Adam por Vivianne y Ralphie?

—Sí, pero estaba bastante ido y, para ser sinceros, todavía lo está. Se limita a decir que *todo el mundo* estaba completamente colocado. La mayor parte de la noche es una nebulosa para él. Se acuerda de estar bailando, antes de tumbarse en el sofá. No tiene noción del tiempo.

Gardner suspiró. No tenía sentido hacer la siguiente pregunta, pero lo intentó de todos modos. —¿Así que ni idea de cuándo se fueron de la fiesta nuestras víctimas?

—Me temo que no…

Gardner se quedó pensando.

Todo el mundo estaba completamente colocado.

¡La santurrona de Vivianne! Una posible matrícula de honor en Oxford y recitales de piano. No había ninguna posibilidad de que esa bolsa no fuera suya, ¿verdad? Y, sin embargo, nos encontramos con un novio problemático, drogas recreativas…

¿Quién eras, jovencita? ¿Te llevaron por el mal camino o quizá hay un giro en la historia… y eras tú la que llevaba la batuta?

Gardner sonsacó un poco más a Barnett, pero estaba claro que había llegado la hora de ponerse manos a la obra.

—Un trabajo excelente. Acabemos con esto. Ve a esa dirección y llévate a Lucy; se le darán bien los jóvenes. Consigue nombres, direcciones, todo. Empieza a reconstruir la noche entera desde el momento en que Vivianne y Ralphie llegaron. Cuando tengamos los nombres y las direcciones de todos los que estaban en la fiesta, contacta con el Cuartel General y que den prioridad absoluta a hablar con los juerguistas implicados. Una declaración de *cada uno*. No me importa lo borroso que sea; que expriman sus neuronas, las que aún les funcionen, claro. Si lo dejamos todo atado hasta el momento en que se fueron de la fiesta, el resto encajará. Yo me uniré después de hablar con Sebastian Harrington.

—¿Sebastian Harrington? ¿El conservador? ¿Qué demonios tiene que ve…?

—Lucy te pondrá al día.

Después de la llamada, Gardner se enderezó en el asiento del coche, con una oleada de positividad recorriéndola. No solo se había librado de tener que echarle la bronca a Barnett, sino que él acababa de entregarle una pista de oro.

Sonriendo, miró al asiento del copiloto, olvidando por un momento que estaba sola en el coche. Rice la seguía en su propio vehículo.

Volvió la vista a la carretera y suspiró, admitiendo para sus adentros que no era a Rice a quien le dedicaba la sonrisa.

No.

Esa sonrisa había sido para otra persona.

Un amigo ausente.

Alguien que, como ella, disfrutaba enormemente de la búsqueda de la verdad.

Basta, pensó. *Es mejor así, Emma.*
Sabes de sobra que lo es.

22

—¡Hay que joderse! —había dicho Kerry, llevándose una mano a la frente—. ¡Amenazar con llevárselo por ahí en un puto coche patrulla! ¡Y ahora está muerto, joder!

—No sabía que lo fueran a matar.

—Ah..., entonces no pasa nada.

Después de que Kerry escuchara su versión de la historia, le dijo que no se moviera de allí hasta que el equipo de investigación encargado del asesinato de Nathan Cummings apareciera para interrogarlo a fondo sobre su paradero tras el enfrentamiento.

Riddick no se quedó quieto.

¡Menuda estupidez...!

Negó con la cabeza.

Es que no tienes remedio, joder, ¿verdad?

Mientras conducía, alternaba entre golpear el volante y frotarse la frente sudorosa.

Tras invadir ligeramente el carril contrario y verse obligado a dar un volantazo por la repentina aparición de un motero temerario, se golpeó la frente. *Cálmate, capullo, ¡lo que te faltaba era un puto accidente!*

Debería haberse quedado. ¿Acaso tenía algo de lo que preocuparse? Había vuelto a casa inmediatamente después de la discusión presenciada con Cummings. El sistema ANPR lo registraría

y su coartada, Claire, consolidaría su inocencia. Además, no habría ninguna prueba forense que lo vinculara con un asesinato...

Aun así, no podía pasarse todo el día bajo investigación. Atado de pies y manos. Frustrado. Suplicando que le dejaran conservar la placa.

No, todo ese puto culebrón tendría que esperar.

Porque sabía quién había matado a Nathan Cummings.

Y no le gustaba.

Ni un pelo.

23

Gardner había investigado a Sebastian Harrington desde el primer momento. Había visto a aquella figura fría en fotografías granuladas y había escuchado su tono prepotente en comentarios grabados. Ferviente defensor de la privatización y de los principios del libre mercado, Sebastian había sido un abanderado muy notorio, y bastante agresivo, de la desregulación en los años ochenta.

Su investigación había sacado a la luz innumerables imágenes de él aplaudiendo con excesivo entusiasmo la frase más famosa de Thatcher sobre su terquedad: «La dama no da su brazo a torcer». Había tenido que escuchar hasta la saciedad algunas de sus peroratas más conocidas. Muchas parecían condenar la idea de sociedad y sostener que la responsabilidad social podía frenar el progreso y hacer retroceder a Gran Bretaña.

Aun así, la anécdota de O'Brien en la Sala de Incidentes sobre su sobrino de quince años, Jake, se le había quedado grabada a Gardner, por lo que no se sorprendió tanto como se habría sorprendido en otras circunstancias al encontrarse con un hombre que parecía haber cambiado por completo de personalidad.

Sebastian tenía el acceso privado con verja, la decoración de estilo victoriano y la ridícula cantidad de espacio que ninguna familia, por muy grande que fuera, necesitaba. Sobre todo teniendo en cuenta que Sebastian era un viudo sin hijos. Seguía vistiendo con

severidad, con un traje negro entallado, y lucía un pelo blanco perfectamente recortado.

Pero en cuanto les estrechó la mano, la severidad de su apariencia pareció disiparse, y paseó la mirada con calidez y entusiasmo entre Gardner y Rice. Les estrechó la mano, sin demasiada firmeza, y no soltó la de Gardner.

—Gracias. Todo lo que tenemos, se lo debemos a gente como vosotros.

Una extraña declaración inicial, que Gardner no entendió del todo, ni supo muy bien cómo responder.

—Gracias, señor.

—Basta de «señor». Seb, por favor. —Aún sujetaba la mano de Gardner—. Sois el pilar. Lo que hacéis… mantenéis a la gente segura en sus casas, a los niños felices en sus colegios. Los dos. —Le devolvió la mano—. Todos vosotros.

Sería fácil considerar sus cumplidos palabrería bien ensayada, lo habitual en la mayoría de los políticos, pero sonaba demasiado genuino para que ese fuera el caso.

—Es muy amable por su parte, señor… Ojalá todo el mundo compartiera esa opinión…

—La comparten —dijo él—. De verdad que la comparten. A veces, ya sabes, las cosas simplemente se pierden en la traducción.

¿Es eso lo que crees que te pasaba en tu juventud, cuando condenabas las ideas de responsabilidad social? ¿Que tu ideología se perdía en la traducción? ¿O te diste cuenta de que estabas equivocado?

Los condujo a un amplio vestíbulo, adornado con caros cuadros enmarcados.

—¿Té? ¿Pastel?

Teniendo en cuenta los recientes descubrimientos de Barnett sobre la fiesta, Gardner tenía ganas de ir al grano.

—Estamos bien, gracias, Seb. Quizá sea mejor que nos sentemos.

—Suena serio… —dijo Sebastian.

Gardner y Rice intercambiaron una mirada.

¿Sabe ya lo de Ralphie?

—Lo es —dijo Rice.

—No será por mi sobrino, ¿verdad? ¿Por el lío en el que se ha metido?

No, no lo sabe. Pero ¿cómo es posible? ¿Por qué no se lo ha dicho su hermana?

—¿Podemos sentarnos, por favor, Seb? —insistió Gardner.

—Por supuesto —dijo Sebastian, conduciéndolos a un gran salón —. Por desgracia, a pesar de mis esfuerzos, el chico tiene una naturaleza díscola. Una atracción por el mal comportamiento. Culpo a mi padre, Bartholemew. A él también le atraían las fechorías. Ralphie tiene esos genes. ¡He de decir que yo me libré de esa! ¡Siempre he sido un niño bueno!

Sebastian señaló una gran chaise longue cubierta con motivos florales. Gardner y Rice se sentaron. El exdiputado no lo hizo. Se quedó de pie frente a ellos, de repente con un aspecto bastante pálido.

—Por favor, siéntate, Seb —dijo Gardner—. Hay algo que tenemos que…

—Escuchad, y esto os lo digo de primera mano. No voy a volver a ayudarle. No puedo. Se lo he dicho a Evie, *no*. Así que, si es por eso, tenéis mi palabra. Debe aprender por las malas. Se me ha agotado la paciencia. Y ahora, debo insistir con el pastel. De verdad, debo hacerlo. No solo por vosotros, sino también por mí. Todo este estrés por Ralphie me ha dejado agotado y necesito el azúcar. Además, es de zanahoria, ¿sabéis? Y viene con té. Eso tampoco es negociable. ¿Te parece bien, inspectora jefa Gardner?

Gardner asintió.

—Sí, por favor.

Dirigió una mirada inquisitiva a Rice.

—Venga, vale, gracias.

—¡Genial! —Dio una palmada y luego fue a la cocina.

—Cristo bendito —dijo Rice después de que Sebastian saliera—. A este deben de haberle visitado los fantasmas en Nochebuena.

—Son cuatro —dijo Gardner.

—¿Cuatro qué?

—Fantasmas, gilipollas.

—Son tres, claramente. Lo leí en el colegio. El fantasma de las Navidades Presentes…

—Te interrumpo ya. Para ahorrarte tiempo. Son cuatro. Su mejor amigo, Marley.

Rice pareció irritado.

—Ese no cuenta.

—¿Por qué no? No estaba vivo en la versión que yo leí, así que era un fantasma.

—Da igual. Aun así, es pura fachada. Yo creo que Harrington está montando un numerito. Pregúntale a cualquiera en Knaresborough o Harrogate. Es imposible que ese hombre cambie.

—Es muy convincente.

—Es un político. Se le da bien. Y está desesperado. Mira este sitio. —Abrió los brazos y gesticuló hacia el cavernoso salón con su techo curvado y su pequeña, pero aun así de aspecto caro, lámpara de araña—. Nada te haría sentir más solo que esto, y más rápido. Todo el mundo es amable cuando necesita un amigo.

—Joder… qué pena que tú no necesites uno, entonces. A ver si te descongelabas un poco.

—Muy gracioso.

—Bueno, escucha… voy a darle la noticia con delicadeza.

—¿Quizá deberías averiguar primero qué es lo que le ha bajado el azúcar?

Gardner negó con la cabeza.

—De verdad que te crees que todos son tontos menos tú, ¿a que sí?

Rice hizo una pausa y se quedó pensativo. —¿Tengo que responder a eso?

Por suerte, Sebastian regresó. Les puso la vajilla delante, les sirvió un té a ambos y luego señaló con la cabeza el pastel de zanahoria, que estaba servido en dos platitos con cucharillas. —Lo he hecho yo mismo. —Se le veía bastante orgulloso al sentarse en el sofá de enfrente.

—Por lo visto, eres un hacha con el *Mario Kart*.

Sebastian enarcó una ceja. —¿Quién te lo ha dicho?

—Un niño del centro social tiene un pariente en mi equipo. Habla muy bien de ti.

Sebastian sonrió. —¿En serio? Me alegro de saberlo. —Le dio un sorbo al té. De repente, su rostro se iluminó con una expresión que no tenía antes de salir de la habitación.

Aun así, ella estaba a punto de hacer añicos su momento de felicidad. No quedaba más remedio. —¿Entonces, cuál era el problema con Ralphie que te estaba causando ansiedad?

—Ah..., supongo que su última fechoría. ¿No es esa la razón por la que estás aquí?

—¿Dijiste que estaba en un lío? —Gardner abrió su libreta de golpe.

—Lo habían pillado robando en el campus. *Otra vez.*

Gardner estaba confusa. —¿Otra vez? —Ya le habían hecho una comprobación de antecedentes exhaustiva a Ralphie y no había nada en su expediente sobre robos—. ¿Cuántas veces había pasado? ¿Qué robaba?

Sebastian suspiró. —Ha pasado dos veces..., que yo sepa. La primera vez, en el quiosco del campus. La segunda, en la librería. Hablé con los mandamases de la Universidad de Hull después del fiasco del quiosco y pararon la investigación.

—O sea, que los influenciaste. —El tono de Rice fue cortante.

Sebastian pareció no inmutarse. Habría sufrido ataques mucho peores en su carrera. —Fue una petición, no una exigencia.

—Pero lo interpretaron como lo segundo —continuó Rice.

Sebastian se encogió de hombros. —Tendrás que preguntárselo a ellos.

Gardner miró a Rice. *Ya vale, Phil. Este hombre ha intervenido en el Parlamento. Te está mirando como si le estuvieras tirando flores.*

—Dijeron que, mientras no volviera a ocurrir, lo mantendrían en secreto. Fue de verdad una petición educada.

—Suena inapropiado.

—Arruinarle la carrera académica sonaba peor. Además, les dije a Evie, a Max y al propio Ralphie que no volvería a hacerlo. Había tenido su última oportunidad. Pero no escuchó. ¡Y esta vez, libros de texto! Es que es ridículo. No es la primera opción de un rebelde.

—A lo mejor lo hizo para venderlos —dijo Gardner.

—No le hace falta el dinero. No..., es que a ese le van los líos. Y no soy el primero que lo dice. Claro que todo podría ser una llamada de atención.

—¿Qué te hace decir eso? —preguntó Gardner.

—¿Has conocido a sus padres? —preguntó Sebastian.

Swingers. Egocéntricos. Gardner asintió.

—Aun así, nunca funcionaría. Esa llamada de atención. Los padres acuden a mí de todas formas. Bueno, se acabó. Estaban avisados. No. El chaval tiene que aprender, y si le cuesta su plaza en la universidad, que así sea.

—Perdona, pero ¿podría preguntar cuándo te enteraste de este *segundo* incidente?

—Hace unos tres días..., pero me ha contactado *muchas* veces desde entonces. Suplicando y suplicando. Esta vez no voy a ceder. —Se sacó el móvil del bolsillo. Mostró la pantalla en blanco—. Mira, apagado. Lleva así más de veinticuatro horas. ¡Es eso o bloquearla! No puedo más. Un momento. Deja que lo encienda y te digo cuándo empezó. Espera..., ya está.

El teléfono se volvió loco pitando. —De locos. Qué insistente es. ¡Hay un mensaje de voz de las cuatro de la puñetera madrugada!

Gardner y Rice intercambiaron una mirada.

—Seb, por favor, baja el móvil. Tienes que saber una cosa.

—Lo siento…, espera…, todos estos mensajes de texto. Déjame un momento… ¡Mira! ¡A las cinco de la mañana! Deja que te lo lea, para que veas lo que tengo que aguantar.

—Seb..., *por favor*. —Su tono era insistente—. Baja el móvil. Te traigo malas noticias.

Sebastian levantó la cabeza, apartando el móvil a un lado al mismo tiempo. La palidez de antes había vuelto a su rostro. —No tiene mucho sentido lo que dices.

—Lo siento mucho, Seb. Anoche hubo un incidente en el cementerio de Knaresborough que involucra a Ralphie. Imagino que por eso te llamaba tu hermana tan tarde.

—Un cementerio… ¿Qué ha hecho ahora?

—Siento mucho tener que decirte esto, pero Ralphie ha muerto.

Sebastian negó con la cabeza, bajando la mirada. —Tiene que haber un error…

—Me temo que no —dijo Gardner—. Él y también su novia, Vivianne, me temo.

—Vi algo en las noticias. Posibles asesinatos…, pero sin nombres…, sin nombres. —Sebastian se llevó una mano a la boca—. Dios. Apagué el móvil. Soy un maldito idiota. Un maldito, maldito idiota. —Apretó los ojos con fuerza y bajó la cabeza.

24

1980

A Dean le costaba caminar. Aunque la bebida tenía parte de la culpa, esa no era toda la historia. El principal culpable era el insoportable peso de la pena.

Penny solo llevaba muerta dos días —el funeral no sería hasta la semana que viene— y, sin embargo, Dean ya sentía que había sufrido durante toda una vida.

Keith, trajeado y fumando, como de costumbre, lo conducía hacia un polígono industrial.

Dean alzó la vista hacia el nombre desconchado en pintura roja sobre el taller.

Taller de Howie.

Aunque Howard Walters ya no estaba allí. Tenía un local nuevo cerca de Aspin y, además, bastante próspero. Su antiguo taller aún no había cambiado de manos. Eran los tiempos que corrían, con tantos locales vacíos.

Keith levantó la persiana metálica, se giró y le puso una mano en el hombro a Dean. —¿Te lo estás pensando mejor? No puedo permitir que te arrepientas de esto.

—El arrepentimiento es la menor de mis preocupaciones ahora mismo —dijo Dean.

—Sí… me lo imagino. —Keith fumaba; la punta de su cigarrillo se encendió.

—*Creo* que necesito esto.

Keith soltó una nube de humo. —Sí. Ya. Me imagino que sí. Joder…, sería en lo único en lo que podría pensar. Pero, ya sabes, aunque no lo hagas, me aseguraré de que se haga de todos modos. Y el dinero para el funeral de tu hija, los pagos de la hipoteca, *todo*…, está todo cubierto. Y también habrá trabajo para ti, Dean, cuando te sientas preparado. Menuda tragedia. Horrible. Pero ninguno de los dos tenemos la culpa. En cuanto lo arreglemos, todos seguiremos adelante. En silencio. Es lo único que podemos hacer.

¿Seguir adelante? ¿Cómo iba a ser posible?

Dean asintió solo para que el cabrón le quitara la mano del hombro.

Aún moviéndose con la pesadez de un oso, Dean siguió con cuidado a Keith al interior del Taller de Howie. La luz era tenue. Mantuvo la vista en el suelo, pero aun así le costó evitar tropezar con las piezas de motor esparcidas por todas partes.

El olor se le metió por la nariz y le arañó la garganta.

Aceite de motor. Gasolina.

Se detuvo, cerró los ojos y volvió a encontrarse en medio de aquel mar de vehículos de emergencias, mirando la camilla… el rostro pálido de Penny, sus ojos entreabiertos… *No, eso no está bien. La habían tapado, ¿verdad?*

Abrió los ojos y respiró hondo.

—¿Necesitas otro minuto? —dijo Keith.

Dean respiró hondo otra vez. —No. De verdad *que* necesito esto.

—Lo sé. Por eso te llamé…, por eso quería ayudar…

Nada que ver con ayudarte a ti mismo, ¿eh, Keith? —pensó Dean —. *Dame carpetazo al asunto, rápido, para que cuando la policía no encuentre al asesino, no siga dándoles la lata una y otra vez… manteniendo vivo todo este lamentable asunto por los siglos de los siglos… manteniéndote presionado… porque si alguna vez se supiera que era uno de tus hombres el que conducía ese vehículo… bueno… ¿qué te haría eso a ti?*

Mejor dejarlo todo zanjado ahora, ¿eh, Keith?

Pero no te preocupes, acepto tus migajas. Tu dinero. Esta venganza.

Parece que soy tan débil como Stell siempre pensó que era.

—Ya verás cómo tu Estelle también agradecerá poder cerrar este capítulo —dijo Keith—. Recuerdo bien a esa chica… ¡menudo carácter! Así que sé que, con el tiempo, acabará por aceptar lo que vas a hacer. Y el dinero. Todo el mundo acaba aceptando el dinero. Me pasaré después del funeral, por supuesto, a ver si se puede hacer algo más. Una investigación policial que se alarga eternamente no le hace bien a nadie, y menos a vosotros dos. La justicia tiene que ser rápida. Estoy seguro de que en un par de días verá las cosas mucho más claras.

¿De verdad lo haría? ¿Podría haber algo más claro que el odio que sentía por él en ese momento? ¿Despreciándolo por beber mientras su hija perdía la vida a varios cientos de metros?

Continuó siguiendo a Keith hacia el fondo del taller en penumbra, preguntándose qué sentiría con el cierre que se le ofrecía esa noche. ¿Le pesaría su alma para siempre por sus actos?

Probablemente.

Pero ¿sería capaz de mirar a los ojos de Penny en esa fotografía durante el funeral?

Esperaba que sí. Dios, de verdad que lo esperaba.

Ahora Dean oía algo profundamente desagradable. Y, cuando Keith abrió la puerta del fondo del local, se dio cuenta enseguida de que era el sonido del dolor.

Se estremeció.

Keith lo condujo a una pequeña zona amurallada que servía a ese local y a otros cuatro adyacentes. Los muros eran altos y estaban coronados por alambre de espino.

A salvo de miradas indiscretas.

Los gemidos de dolor hicieron que a Dean le retumbara el cráneo, y mantuvo la cabeza gacha por la borrachera mientras avanzaba, pasando por encima de colillas y botellas. Había un fuerte hedor a meados, pero Dean casi lo agradeció. Ayudaba a enmascarar el olor del aceite de motor y la gasolina.

Se detuvieron ante un grupo de tres hombres, todos de espaldas. Uno se giró y saludó a Keith con la cabeza.

Keith le sonrió a Dean. —Todo tuyo, amigo.

Irreal.

Hacía dos días, puede que Dean no tuviera trabajo, pero tenía una familia que lo quería.

Ahora, estaba completamente solo, a punto de cometer un asesinato a sangre fría.

El grupo se abrió ligeramente y Dean vio a Neil Clark arrodillado.

La sangre y las lágrimas hacían que Neil parpadeara sin cesar, pero no podía levantarse para limpiarse los ojos, porque un neumático de coche le aprisionaba los brazos contra el cuerpo.

El hedor a gasolina volvió a ser intenso de repente.

Dean sintió una presión helada en el pecho.

Neil no solo parpadeaba por las lágrimas y la sangre; sus ojos lloraban por la gasolina con la que lo habían rociado.

Dean miró a Keith, que seguía sonriendo.

—Se llama *necklacing*. Lo leí en alguna parte. Es habitual en Sudáfrica. Es efectivo y envía un mensaje. El cabroncete no se merece menos, ¿no te parece?

Dean no pudo responder a ninguna pregunta; la presión helada en su pecho pareció intensificarse.

Imaginó la respuesta de Stella. *Bárbaro, Dean. Esto es una barbaridad.*

Los sollozos y gemidos continuaron. Neil murmuraba algo, de forma bastante incomprensible.

—¿Qué dice? —dijo Dean, forzando las palabras.

—Está suplicando por su vida.

Pero me lo ha quitado todo. Todo. ¿Cómo puede ser una barbaridad? ¿Y cómo se atreve a llorar y suplicar por su vida? Este hombre… conduciendo ido de la cabeza por las drogas… fuera de sí…

—Y atropelló a mi niña… a mi pequeña.

Neil alzó la vista hacia él. Un hilo de sangre le manaba de la boca. Dijo algo, pero de nuevo fue incomprensible.

La voz de Estelle se coló en su cabeza. *¿Y tú, Dean? ¿Acaso eres diferente? Conducir borracho... Podrías haber sido tú perfectamente el que atropellara a una niña.*

—¡No..., no..., *no*! —dijo Dean.

Sintió que los ojos de Keith y sus hombres se clavaban en él, pero aun así no lograba acallar la voz de Estelle. *No eres diferente del hombre al que vas a quemar vivo. En absoluto. Haz lo que haya que hacer, pero después préndete fuego a ti mismo.*

—Da la orden —dijo Keith—. Y puedo acabar con esto por ti...

—No —siseó Dean—. ¡Quiero oírle decirlo! Quiero oír a este cabrón admitir lo que hizo.

Keith bufó. —¡Mírelo, qué estado! No le sacará ni una palabra con sentido. Está tajado. Tajado con la mierda que se suponía que debía vender. —Se inclinó y le escupió encima.

Dean cerró los ojos. Parecía que fue ayer cuando su hija empezó el instituto. ¡Qué tiempos aquellos! Empleo fijo. Su relación con Estelle todavía era apasionada. Penny estaba llena de ambición y energía.

Había triunfado.

O eso creía.

A la vida se le daban bien sus mentiras: hacerte creer lo increíble.

Hasta que la realidad... nada de empleo, hipotecas por las nubes y un gobierno al que le importaba una...

—Tiene que ser *ahora* —dijo Keith, poniéndole algo en la mano.

Dean abrió los ojos y bajó la vista hacia el mechero Ronson Varaflame.

Neil gimió.

El asesino de Penny era muy joven. De hecho, probablemente no era mucho mayor de lo que era Penny. Dean miró fijamente los ojos hinchados del chico apaleado. —Usted la mató..., a mi hija...

Neil no negó ni asintió con la cabeza.

—Está hecho un desastre —siseó Keith—. Acabe con su sufrimiento.

Dean encendió el mechero, pero mantuvo sus ojos en los de Neil. —Admítalo..., admítalo...

Al chaval le goteaba sangre de la boca. La cabeza se le desplomó de nuevo.

—Por favor... —dijo Dean—. Dígame la verdad.

—¡Ahora! —dijo Keith—. O lo hago *yo*.

Dean respiró hondo. Se inclinó y acercó la llama al neumático...

Keith y sus hombres retrocedieron. —Asegúrate de echarte para atrás rápido tú también..., *después*...

A un par de centímetros del neumático, el vapor del combustible le escoció los ojos a Dean. Los cerró y volvió a encontrarse en aquel mar de vehículos de emergencia.

Solo que esta vez, su hija estaba tapada en aquella camilla.

Esa era la verdad.

Marcas de neumáticos quemadas en la carretera.

La sangre diluyéndose con la lluvia torrencial.

Y su hija, Penny, desapareciendo colina abajo arrastrada por el agua.

Arrastrada por el agua... para siempre.

Penny.

Su hija.

Arrastrada por el agua.

No lo hagas, papi. No lo hagas.

Dean se levantó, se dio la vuelta y se guardó el mechero en el bolsillo. —Es que no soy así.

Keith asintió. —No pasa nada. Lo entiendo. Apártate.

Dean se alejó y, cuando llegó a la puerta que daba de nuevo a la nave, hubo un fogonazo y todo se iluminó.

Estaba a medio camino dentro de la nave cuando los gritos se extinguieron.

Como su hija.

Arrastrada por el agua.

25

2024

Riddick salió del ascensor en la quinta planta. Recorrió el pasillo y luego dobló por otro. Más adelante, avistó el piso que buscaba y se acercó.

La puerta estaba entornada.

Se quedó un instante fuera, escuchando la televisión a todo volumen y oliendo a tabaco rancio del interior.

Riddick empujó la puerta con el pie. La puerta se abrió de par en par y entró.

—Toc, toc.

Se oyó una tos cavernosa, seguida del sonido de un escupitajo, y luego:

—¿Quién es?

Riddick entró y cerró la puerta tras de sí. Ya había estado aquí antes, así que pasó de largo la puerta del dormitorio a su izquierda y la diminuta cocina a su derecha, en dirección al salón del fondo. Por el camino, arrugó la cara al ver el moho negro de la pared.

A la entrada del salón, observó a Keith Fields sentado en un raído La-Z-Boy. Justo en ese momento estaba apagando un cigarrillo de liar en un cenicero ya a rebosar. El viejo gánster sonrió, dejando al descubierto sus dientes podridos.

—Todavía sigues vivo, por lo que veo —dijo Riddick.

—Voy tirando, sí.

Riddick enarcó una ceja.

—«Tirando» es una exageración. Un pulso intermitente, diría yo, vista tu pinta.

Cada vez que Riddick lo veía, Keith parecía más y más demacrado. Su cara, surcada de arrugas causadas por el tabaco y el alcohol constantes, parecía plegarse sobre sí misma. Sin embargo, la quemadura que tenía en la mejilla seguía viéndose con total claridad. Corrían rumores de que se había apagado un cigarrillo en su propia cara tras perder una apuesta. La quemadura se le había infectado y, para cuando los médicos la tuvieron bajo control, le había devorado un trozo de mejilla, dejándole un gran hueco en el rostro. Riddick dudaba que se lo hubiera hecho él mismo, pero a Keith le gustaba mantener viva la historia; el machismo siempre había sido importante en su oficio.

—¿A qué debo el placer? —dijo Keith y se rio. Su risa fue cavernosa y le provocó otro ataque de tos.

Riddick puso los ojos en blanco y se acercó al arcaico televisor que había en el suelo. Debía de ser de finales de los setenta. Lo desenchufó.

—¡Eh! ¡Quería saber qué iba a ofrecer el banquero! El cabrón habría aceptado el trato, estoy seguro. Tenía una pinta de cagado que no podía con ella.

—Oye, es mejor que cierres la puerta de casa con llave, sobre todo cuando eres un exgánster quemado con más gente queriendo liquidarte que a Billy el Niño.

Sonrió de nuevo.

—Nadie se atrevería.

Riddick echó un vistazo al desordenado salón. Había un par de cajas de pizza en un rincón y botellas de cerveza vacías esparcidas por todas partes.

—Creo que tienes razón. La verdad es que parece un riesgo sanitario importante para el asesino.

Keith se rio y volvió a toser. Este ataque de tos duró un buen rato y lo obligó a inclinarse hacia delante en su La-Z-Boy mientras

expectoraba flemas en el desbordado cenicero.

—Qué agradable. Gracias por eso… Joder, quién te ha visto y quién te ve, ¿eh?

Keith se echó hacia atrás y guiñó un ojo.

—Las apariencias a veces engañan, ¿eh? —Se golpeó el pecho—. Esto de aquí dentro todavía funciona de maravilla.

—¿Funciona con qué? ¿Con cólera? ¿Con tétanos? Mira, estoy casi seguro de que tienes moho negro en el pasillo. Te sugiero que hagas que te lo miren.

—Fumo cincuenta al día —dijo Keith. Se golpeó el pecho por segunda vez—. He forrado estos pulmones, jovencito. Ninguna mierda puede atravesar esa barrera.

Riddick suspiró.

—Siempre es un placer ponerse al día y escuchar tus consejos sobre vida sana… pero no he venido por eso. La has cagado, tío.

Keith bufó.

—¿Tú crees? Yo antes tenía un imperio. —Alargó la mano hacia la mesa para coger el tabaco y los papelillos.

—Bueno, esa es una forma de llamarlo.

—Lo perdí por culpa de los de fuera. Lo peor que hicieron fue abrir nuestras putas fronteras. Míralo. Ahora los extranjeros se pasean por aquí, robándonos nuestros negocios.

—Traficar con drogas, ¿eh? Qué negocio tan maravilloso y sostenible. ¿Declarabas impuestos por eso?

—No me refiero a eso.

—No, me estás diciendo que la Unión Europea te ha arruinado la vida. Supongo que votaste a favor del Brexit, ¿no?

—¿Y quién no? —dijo Keith, señalándolo.

—Bastante gente, creo. En fin, ¿cómo te va con el Brexit?

Miró alrededor de su habitación.

—Poco a poco. —Se rio de nuevo y terminó con una tos.

—Nathan Cummings murió anoche, Keith.

Keith siguió liando su cigarrillo. Se rio entre dientes y tosió, apartándose del tabaco suelto.

—Con noticias así, por favor, ven tan a menudo como quieras. ¿Cómo la ha palmado?

—Tenía la esperanza de que me lo dijeras tú. Después de todo, lo organizaste tú.

Keith lo miró con sus ojos amarillentos, lo escrutó y luego dijo:

—¡Ja! Creo que necesitas gafas, hijo. ¿No te has dado cuenta de que estoy en la puta mierda?

—Sí… y todo parece un poco demasiado… ¿cuál es la palabra? Sí… *obvio.* Todo parece un poco obvio. Preparado…

—No sé de qué me hablas. Lo que sé es que yo no estoy acechando en las sombras, persiguiendo presas ni pagando a sicarios rusos. Estoy en un La-Z-Boy, escupiendo las entrañas.

—No deberías haberlo hecho, Keith.

Keith se inclinó y volvió a escupir en el cenicero.

—Siempre has sido un guasón, Paul. Pero yo no lo hice. De todos modos, ¿a qué tanta preocupación? ¿Es que te caía bien o algo?

—Entre él y tú, preferiría llevarte a *ti* a comer… así que saca tus propias conclusiones. Pero, Keith, no te corresponde a ti ir por ahí matando gente.

—Jamás haría algo así —dijo Keith, levantando la vista y guiñando un ojo.

—No es algo que te sea ajeno. ¿Hay algo que quieras confesarme?

—A ti no, desde luego. A tu antiguo jefe, sin embargo… al bueno de Anders… A él sí que le contaría de buena gana un par de cosas.

Riddick sintió que se le helaba la sangre. *No piques. Él sabe perfectamente la estrecha relación que tenías con Anders.*

—¿Todavía lo visita?

—¿Visitarlo…? ¿De qué estás hablando? Está muerto y lo sabes de sobra.

—Su tumba, hijo. ¿Todavía visitas su tumba?

—No la he visitado ni una sola vez.

—Mientes.

Sí… mentía.

—Qué buenos ratos pasamos Anders y yo.

Riddick reprimió la irritación. *No piques.*

—Me dijo una vez que te parecías a él. —Señaló a Riddick—. Dijo que tenía grandes planes para ti. Que estuviera atento. Pero la cosa

no llegó a mucho, ¿verdad?

—La corrupción nunca fue lo mío. Murió decepcionado. Y solo, si me permites añadir. —Otra mentira. Riddick había estado allí cuando exhaló su último aliento—. Supongo que tú también lo harás.

—Noticia de última hora: todos morimos solos. En fin, ¿estás seguro de que la corrupción no es lo tuyo? Un pajarito me ha contado algo que has hecho últimamente.

Las náuseas se intensificaron. *No puede ser que sepa lo de Ronnie Haller.*

No tanto que ese hombre le hubiera arrebatado a su familia, eso lo sabía todo el mundo, sino más bien...

¿Sabe que mandé que lo mataran en la cárcel?

—Joder, chaval. Te ha calado, ¿eh? Parece que has visto un fantasma.

—¿De qué demonios estás hablando? —alzó la voz Riddick.

—Tranquilo, chaval..., solo que te pusiste muy machito con Nathan Cummings en un coche de policía, un poco como estás haciendo ahora.

Por dentro, Riddick suspiró aliviado.

Keith continuó:

—¡Más te vale tener cuidado de que no empiecen a fijarse en ti!

—¿Ese pajarito es el mismo que mandaste a matar a Nathan en el parque anoche?

—¡Ja! —dijo Keith—. A ver, entiendo que estés cabreado porque eras *tú* quien quería matarlo.

—No. Sencillamente estoy cabreado porque no me gustas —señaló a Keith— y no me gusta que la gente se tome la justicia por su mano. —En su interior, sintió la hipocresía de su afirmación, pero se mantuvo erguido e intentó que no se le notara en el semblante.

Keith encendió el cigarrillo, le dio una larga calada, echó la cabeza hacia atrás y exhaló. El humo ascendió en una trayectoria vertical. —Dos últimas cosas, chaval.

—Vuelve a llamarme chaval y te parto la cara antes de que llegues a la primera.

Keith sonrió y asintió. —Primero: soy un pobre viejo que no tiene donde caerse muerto. ¿Cómo coño me voy a levantar de mi culo

lleno de hemorroides para cargarme a machetazos al más buscado de Bradford? Y no es que pueda permitirme un sicario, ¿a que no? —Hizo una pausa para darle otra calada más larga a su piti. *¿Cómo era posible que eso no le hiciera toser, cuando un simple resoplido o una risa le irritaba el pecho?*

—Segundo —continuó Keith—, al igual que a ti, me alegro de que esté muerto. Y, para serte sincero, ojalá hubiera sido yo. Lo habría destripado como a un animal. ¿Has olvidado que ese cabrón le rajó el pecho a mi chico? Ah..., pero ¿cómo podrías olvidarlo?

Riddick se estremeció.

—Porque tú estabas allí, ¿a que sí? Y si hubieras hecho bien tu trabajo, nunca habría pasado, ¿verdad, *chaval*?

Riddick se acercó a Keith y le quitó el cigarro de liar de la mano de un manotazo. Salió despedido por la habitación.

—Mis últimas palabras, viejo cabrón asesino. —Hizo un gesto a su alrededor—. Primero..., esto, *todo esto*, es una farsa..., un disfraz. No has parado. Un hombre como tú nunca para. Segundo..., sí, me acuerdo. —Apoyó las manos en los brazos del La-Z-Boy y se inclinó hacia él, para que el cabrón sintiera su aliento en la cara—. No pasa un solo día sin que piense en Arthur..., en lo que Cummings le hizo. Así que no me malinterpretes —se acercó aún más para susurrar—, en lo que respecta a Nathan, buen viaje. Me has quitado un problema de encima. Sin embargo, ahora esto es un problema para ti.

—¿Cómo que? —dijo Keith, intentando mantenerle la mirada a Riddick a pesar de la proximidad de sus caras.

—Porque *tú* eres ahora mi problema, Keith. Tú metiste a Arthur en esa vida..., *tú*...

—Le compré una casa. Más de lo que su zorra de madre hizo jamás...

—Esa será la madre que lo quiere con locura..., que lo adora. Eso vale más que todo el dinero del mundo.

—Lo trataba como a un niño. Yo intenté darle independencia.

—Lo echaste a los lobos.

—Gilipolleces.

—Ahora está con su madre... y ahí es donde se quedará, lejos de ti.

—¿O?

—O le pondré fin a tu mundo —Riddick se irguió de nuevo y miró a su alrededor—, en todo su esplendor. Se acabó. Lo que haces salpica a tu hijo. Todo se acaba ahora.

Keith negaba con la cabeza, con una mueca de desprecio. —No sabes nada.

—Sé *que eso* —Riddick señaló el humo que ascendía desde el rincón de la habitación donde había caído el piti— es un problema muy gordo.

—Mierda —dijo Keith, poniéndose en pie a trompicones.

Riddick salió del piso con un solo pensamiento en la cabeza.

Debería haber dejado que ardiera en llamas.

26

Con la nueva información proporcionada por Sebastian, Gardner decidió volver a visitar a los padres de Ralphie. Por suerte, esta vez no había ninguna orgía. Max y Evie Parks parecían más abatidos, y más en consonancia con el aspecto que uno se imaginaría de unos padres en duelo.

No obstante, Gardner no comenzó la entrevista con las afirmaciones de Sebastian; en lugar de eso, empezó interrogándolos sobre las drogas halladas en la habitación de Vivianne. Se mantuvieron firmes en la inocencia de Ralphie.

—Entonces, ¿creen que las drogas debían de ser de Vivianne y que Ralphie no sabía nada de esto? —preguntó Rice.

—¡Yo no he dicho eso! Solo he dicho que no creo que fueran de Ralphie —dijo Max.

—Pero si no eran suyas, entonces debían de ser de Vivianne.

Max se encogió de hombros. —¿No lo sé. O eso, o quizá de algún otro conocido suyo?

Evie, que hasta entonces apenas había hablado, decidió intervenir. —Siempre supe que había algo raro con Viv. A ver, le tenía cariño y todo eso, pero vamos, nadie es tan bueno, ¿o sí?

¡Nadie es tan bueno! Quizá no a ojos de gente que organizaba orgías en la casa donde se alojaba su hijo, pero Gardner había conocido a muchas personas a las que habría definido como «muy buenas».

—Entonces, ¿qué está sugiriendo? —preguntó Gardner.

Evie se encogió de hombros. —¿Quizá llevó a Ralphie por el mal camino?

—Pero Vivianne no estaba en Hull cuando Ralphie cometió esas faltas.

A Evie se le abrieron los ojos como platos.

—¿Esas? —dijo Max.

—Sí. El robo en el quiosco y luego en la librería.

Max negó con la cabeza. —Solo hay una falta pendiente. La de la librería. La acusación del quiosco se retiró porque era una gilipollez. ¿Con quién han estado hablando?

—Somos la policía, ¿sabe? —dijo Rice—. Podemos acceder a información importante. ¿No sería prudente que compartieran todo con nosotros?

Gardner miró a Evie. —Hemos estado hablando con Sebastian. Su hermano.

Evie negó con la cabeza y bajó la mirada.

Max soltó una carcajada. —¡Bueno, eso lo explica! ¿Han investigado a Seb?

—De nuevo —dijo Rice—, me gustaría señalar que somos la policía.

—No me gusta su tono, agente.

—Y...

—Max —dijo Gardner, interrumpiendo a Rice—, ¿podría hablarnos de las faltas de su hijo, por favor?

Max no había terminado. —¡Seb tiene complejo de dios! Wikipedia. En serio. Échenle un vistazo.

—¿Las faltas? —insistió Gardner.

Max suspiró y luego describió los incidentes, restándole importancia al mal comportamiento de su hijo. —Cosas de chicos, ya sabe. Quiero decir, podría contar unas cuantas historias. Estoy seguro de que todos podríamos...

Cosas de chicos. Lo siento, pensó Gardner, *no veo el mundo con los mismos ojos que usted.*

—¿Hay algo más sobre su hijo que quisiera compartir con nosotros? —preguntó Gardner.

—¿Cómo qué?

—¿Delitos menores? —dijo Rice.

—Mire, *nosotros* no les ocultamos esto. Lo del quiosco fue una chorrada. Se le olvidó pagar la revista. ¡Son cosas que pasan! Lo segundo, que también es una chorrada, está bajo investigación, así que supusimos que ya lo sabían.

—Si solo se le olvidó pagar la revista —dijo Rice—, ¿entonces por qué tuvo que intervenir Seb?

Max agitó la mano. —Todo lo que hizo ese viejo cabrón fue acelerar el proceso la primera vez. ¡El resultado habría sido el mismo de todas formas!

—En ese caso —dijo Gardner, mirando a Evie—, ¿por qué insistir tanto en que ayudara de nuevo? Especialmente si está tan seguro, Max —volvió a mirarlo—, de que la segunda investigación también es errónea.

—¿Qué es tan difícil de entender? Solo por rapidez. Para quitarnos el maldito asunto de en medio —dijo Max—. ¡Pero no! El viejo es un farsante. Ni siquiera puede ayudar a su propio sobrino. Dice que es mejor que aprenda de sus errores. ¿Qué errores? ¿Olvidarse de pagar unos puñeteros libros? ¡Puede coger su actitud de superioridad moral y metérsela por el culo! —dijo Max—. ¡Lo único que hizo fue alargar una situación innecesaria que avergüenza a toda la familia!

Tras la entrevista, Rice y Gardner charlaron en el coche de ella.

—Unos capullos arrogantes —dijo Rice—. Pomposos.

—No puedes evitar sentir que les preocupa más cómo les afecta esta situación a ellos que la pérdida que realmente han sufrido.

—No me extraña que su hijo se descarriara. Me cabrea.

—Lo sé. Se notaba. Intenta mantener tus emociones a raya, Phil.

—Sí. Joder. En fin, ¿me atrevo a decir que preferí nuestro encuentro con el pijo conservador de Seb?

—El pastel de zanahoria tiene ese efecto.

Rice se rio. —Sí... desde luego, consiguió bajarme la guardia con eso. Pero aun así, había algo más... Sabes que cuesta mucho que cambie de opinión sobre alguien.

—¿En serio?

Él puso los ojos en blanco. —Pero lo hice. Al final de nuestra charla con Seb, sentí su sentimiento de culpa en la habitación. Era palpable. ¿Sabes a lo que me refiero?

—Sí. Seb parecía más devastado por la muerte del chico que sus propios padres.

—Lo sé... Extraño, ¿eh? Ese hombre, allí, en esa puñetera propiedad vallada está desesperado por expiar su culpa, mientras que estos dos están desesperados por aferrarse a sus privilegios y a su estilo de vida hedonista por encima de todo.

—Sabes, de verdad parece que te estás volviendo más reflexivo y sensible. ¿Has empezado a leer?

Rice volvió a reírse. —Sí, por fin he aprendido. —Luego se encogió de hombros—. Es que a la gente le cuesta mucho tiempo conocer a mi verdadero yo. Soy bastante reservado.

Gardner se rio. —Vale, terminemos la conversación antes de que me hables de tu inmenso amor por los animales de peluche y las comedias románticas.

—De hecho...

—Por favor, te lo ruego.

Consultó rápidamente con Barnett. El anfitrión de la fiesta de la noche anterior había sido identificado como Ethan Williams, de diecinueve años. Había empezado sobre las 19:15 y Vivianne y Ralphie habían asistido.

—Ralphie llevó pastillas de éxtasis con forma de unicornio.

Mentalmente, pudo ver la cara de Max Parks descomponiéndose al enterarse de aquello. *La vergüenza.*

—¿Lo ha soltado así sin más? —preguntó Gardner.

—No. Mientras estaba en su cocina hablando con él, he visto un par de pastillas sueltas sobre la mesa. Las había pasado por alto. Quería dejar muy claro que eran de Ralphie y que él nunca las había tocado.

—¿Le creíste?

—No. Tendrías que ver la pinta que tiene. Estaba claro que las había probado. Sin embargo, se mostró bastante convincente al echarle la culpa a Ralphie.

¿Cómo conseguiste las drogas, Ralphie? ¿Estás metido en el tráfico de drogas entre condados y en la red de suministro de Bradford? ¿Es eso lo que te costó la vida?

—Fue Ethan quien llamó a la ambulancia por Charlotte Hughes y Adam Briggs después de que se desmayaran en el sofá. La llamada entró a las 23:35 y la ambulancia llegó nueve minutos después. Justo antes de eso, se marcharon todos menos Ethan. Vivianne y Ralphie entre ellos.

—Vale… ¿A qué distancia está el cementerio desde allí?

—A unos quince minutos.

—Así que, más o menos, nos sitúa en nuestro margen de dos horas para la hora de la muerte. De acuerdo, buen trabajo, Ray.

Barnett le explicó cómo había repartido la lista de asistentes que le había dado Ethan entre los miembros del equipo. —Repasaremos los nombres. Seguro que alguien podrá contarnos los movimientos de las dos víctimas después de que se fueran y decirnos si pasó algo raro en esa fiesta.

—¿Qué? ¿Aparte del consumo excesivo de drogas?

Barnett se rio. —Sí, aparte de eso. El propio Ethan afirma no haber visto nada fuera de lo normal y que Viv y Ralphie se comportaban tan acaramelados como de costumbre.

—Bueno, esperemos que todo este MDMA no les haya convertido el cerebro en un queso gruyer. Necesitamos sus recuerdos. Y trátalos con delicadeza, Ray… —Gardner se imaginó que, durante la próxima hora, varios adolescentes ansiosos y con los ojos nublados, asfixiados por el bajón del MDMA, abrirían la puerta a Barnett y compañía. Ninguno de ellos estaría al tanto de la muerte de sus dos amigos, a no ser que tuvieran algo que ocultar.

—Sí, lección aprendida. Ethan ha llorado durante casi diez minutos después de que le diera la noticia. Iré con más tacto.

Gardner apuntó algunos nombres y direcciones en su cuaderno y se ofreció a echar una mano; luego se despidió de Barnett hasta la reunión informativa de la noche.

Tras la llamada, puso a Rice al día. —Venga, súbete al coche y sígueme.

Le sonó el teléfono. Vio que era Monika, su au pair, y miró el reloj. Los niños todavía estarían en el colegio, así que la llamada era extraña. Se le secó la boca. —¿Monika, está todo bien? ¿Están bien los niños?

—Sí…

Gardner respiró hondo, saboreando un momento de alivio.

—Hay alguien aquí que quiere verla —dijo Monika—. ¿Un tal James Wright?

¿James Wright? —No sé quién es. ¿Qué aspecto tiene?

—Mayor…, de pelo blanco…, vestido elegantemente.

El momento de alivio de Gardner se desvaneció. En su lugar, el corazón empezó a latirle deprisa. —No lo habrás dejado entrar, ¿verdad? —Le preguntó a Monika mirando a Rice y vio la preocupación en su rostro.

—*¿Qué pasa?* —articuló él sin voz.

—Lo siento —dijo Monika—. Ha insistido.

Tragó saliva, apretando el teléfono con más fuerza contra la oreja. —Monika, no sé…

—Dice que es un amigo tuyo del colegio. Me ha enseñado una foto suya contigo y otra mujer… más joven. Dice que los tres erais muy amigos…

¿Amigo del colegio? ¿Qué amigo del colegio? ¿Y por qué iba a estar un amigo mío del colegio aquí en el norte?

Algo no cuadraba en absoluto.

—Escucha, Monika. Necesito…

—Parece majo, ¿no?

—Solo escucha. No sé quién es James Wright. Es mejor que salgas de casa hasta que yo llegue.

Silencio. *¡Mierda!* Estaba asustada. —¿Monika?

—Eh… ¿sí?

—Sal de la casa.

—Vale.

—Voy para casa.

27

A cada segundo de cada día, Riddick sentía sus impulsos destructivos.

Pero no todos los días los sentía intensificarse tan deprisa.

Una señal inequívoca de que debía buscar ayuda.

Primero intentaría comer pescado con patatas fritas y tomar un poco de aire fresco en un parque tranquilo para aclarar las ideas. Pero si eso fallaba, entonces tendría que buscar a Daz.

Se sentó en el banco de un parque y observó a un hombre que le lanzaba una pelota a su cocker spaniel; dueño y perro parecían rebosar de felicidad. A su derecha, una joven madre llevaba de la mano a su hijo pequeño mientras subían por el sendero hacia el parque infantil. También parecían contentos.

Felices..., contentos...

¿Por qué esos estados de ánimo le estaban vedados?

Tras dejar a un lado las patatas fritas, se frotó las sienes palpitantes con los dedos grasientos.

¡Deja de ser ridículo! No sabes qué pasa en sus vidas; no puedes estar seguro de que todo sea perfecto.

Reprimió el impulso de patalear y gritar. Tal era la frustración que sentía por ser un cabrón patético y autocompasivo.

¡Tenía una pareja que lo quería, por el amor de Dios! ¡Y que estaba embarazada de un hijo suyo!

Otra oportunidad en la vida, capullo ingrato.

Apretó el puño y se golpeó suavemente el cráneo. *Basta ya de esta mierda. De esta paranoia...*

Respiró hondo, cerró los ojos, se echó hacia atrás y dejó que el sol le calentara la cara. Luego contó sus respiraciones. Un método que le había enseñado un médico.

Cinco minutos.

Cinco minutos más.

Te levantas, vuelves con Kerry y con los que investigan la muerte de Nathan. Les pides perdón, les dices que sufriste una especie de ataque de pánico cuando te enteraste de lo de Nathan. Haces una declaración, les dices que arrancar ese coche para intimidarlo fue un error. Te aguantas con las consecuencias.

Entonces..., entonces, te vas a casa y construyes esa vida..., porque, Paul, que te hayan arrebatado tu vida anterior no significa que no te merezcas otra.

¿O sí?

Una serie de imágenes se abrieron paso a través de sus racionalizaciones. Ronnie Haller, muerto en el suelo de las duchas de la cárcel. Arthur Fields, con el pecho acuchillado, mirándolo a los ojos y preguntándole por qué no lo había protegido. Luego, y esta era la imagen que le provocaba la bocanada de aire más breve y aguda, Gardner dándole la espalda cuando descubrió lo que había hecho.

Abrió los ojos.

Frente a él, el paseador de perros buscaba malhumorado una pelota perdida. La madre consolaba a su hijo, que lloraba tras haberse caído y raspado la rodilla.

Tras ponerse en pie, se metió la mano en el bolsillo, encendió el móvil e hizo clic en la agenda.

Bajó hasta la G.

Su dedo se detuvo sobre Gardner. Su móvil sonó, interrumpiendo su intención.

Roni Fields.

La madre de Arthur.

—¿Roni? —contestó.

Roni estaba llorando. Parecía fuera de sí. Riddick no podía entenderla.

—Roni, ¿qué le pasa?

—Paul... Paul... —tosió su nombre entre sollozos.

—¿Dónde está usted? ¿En casa? —preguntó Riddick mientras echaba a correr hacia el aparcamiento.

—Es Arthur..., mi niño.

—¿Qué pasa con él? ¿Está bien?

—Mi niño..., mi niño.

El trote de Riddick se convirtió en un esprint.

28

Gardner solo tenía una cosa en mente mientras conducía hacia su casa.

James Wright..., viejo amigo del colegio..., ¿quién eres en realidad?

Monika no estaba fuera de la casa.

¿Dónde estás? Joder, te lo dije...

Con el corazón desbocado, Gardner probó la puerta principal. Estaba abierta.

Vio a Monika en el primer escalón, temblando. —Ha desaparecido.

—¿Cuándo?

—Debió de ser cuando te llamé desde la cocina —dijo Monika, poniéndose en pie.

¿Por qué se habría marchado aquel misterioso visitante antes de que ella llegara? ¿A menos que solo hubiera venido para meterle el miedo en el cuerpo?

Misión cumplida.

Sin cerrar la puerta, Gardner avanzó y le puso una mano en el hombro a la joven polaca. —Siento si te he asustado por teléfono. Solo quería que salieras de aquí.

Monika asintió. Gardner notaba cómo todo el cuerpo de la pobre mujer temblaba bajo su mano.

Gardner tenía muchos años de experiencia ocultando sus nervios y su ansiedad a los demás, así que no temblaba físicamente como Monika.

Claro que eso no evitaba que sintiera que se le revolvían las tripas como si fueran gelatina. —¿Qué ha pasado *exactamente*? —Intentó mantener un tono amable después de haberla aterrorizado antes con su reacción de pánico.

Monika le contó la historia de James Wright hasta que decidió dejarlo pasar. —Era agradable. Educado. Iba bien vestido. Pelo blanco. Mayor… que tú, pero no muy viejo. Dijo que era amigo tuyo del colegio. Ya te lo he dicho. Hablaba igual que tú.

—¿Que hablaba como yo?

—Hablaba como tú. ¿Cuál es la palabra? Acento. Tenía el *mismo* acento. Del sur, como tú. Y rural.

—¿De West Country?

Monika negó con la cabeza. —Eso no lo sé. Solo sé que hablaba como tú.

Gardner recordó una tarde de hacía tiempo en que Rose se había escapado de casa porque estaba desesperada por visitar a su padre en la cárcel. Una idea inviable, por supuesto, pero la mente de una niña puede ser de todo menos racional. Un hombre, gracias a Dios, la había interceptado antes de que llegara a la concurrida carretera.

Un hombre de pelo blanco que había sido educado, mayor, iba bien vestido y tenía su mismo acento.

No parecía una coincidencia.

Había considerado el encuentro peculiar, pero estaba en la recta final de una investigación difícil y Riddick había perdido los papeles, así que no había reflexionado mucho sobre el incidente. Hasta ahora.

Intentó desesperadamente recordar la conversación, pero solo le venían fragmentos. Recordaba que el hombre dijo que estaba mirando propiedades por aquí y que simplemente había estado en el lugar adecuado en el momento adecuado en lo que respectaba a Rose.

¿James Wright?

¿Era su nombre real? Estaba segura de que la otra vez no le había dicho su nombre.

En cualquier caso, iba a investigar hasta debajo de las piedras a ese tal «James Wright».

Gardner se obligó a pasar de un estado de ansiedad a uno racional. El miedo no conducía a la verdad. Te metía en un callejón sin salida tras otro. —Vamos a prepararte algo caliente, Monika —dijo Gardner, llevando a su au pair hacia la cocina—. *O algo más fuerte si hace falta.*

Llamaron a la puerta.

Con el corazón en un puño, se apartó de Monika y se giró, dándose cuenta de que había dejado la puerta entreabierta.

Gardner contuvo el aliento mientras la puerta se abría lentamente hacia dentro.

—¿Lucy? —Gardner suspiró aliviada.

—¿Jefa? —O'Brien parecía preocupada—. ¿Está usted bien?

Gardner asintió. —Sí. ¿Cómo ha sabido que tenía que venir aquí?

—Acabo de hablar con el inspector Rice. Me ha dicho que usted había sido muy vaga y que le había dicho que no se moviera. Que parecía estresada.

—Sí… —Gardner sonrió, fijándose, como había hecho antes, en los ojos de O'Brien—. Estoy bien.

O'Brien ahora parecía avergonzada. —Jefa…, lo siento…, si no debería haber venido.

Sintiéndose abrumada por la visita sorpresa, Gardner se acercó a O'Brien, clavando la mirada en aquellos ojos interesantes. —No. Gracias, Lucy. Se lo agradezco. Que se preocupe.

Y de verdad que se lo agradecía. Era la primera vez en mucho tiempo que alguien se preocupaba de verdad por ella. Su exmarido había sido un inútil. Había estado Riddick…, al menos hasta que sus demonios se volvieron demasiado para él, para los dos.

—Es que he pensado que, después de la última vez, ya sabe, con lo que pasó con su hermano… Me he asustado. He pensado que quizá tenía que ver con eso.

—No es eso —dijo Gardner, posando una mano en el brazo de O'Brien—. *Al menos, no creo que lo sea.*

Retiró la mano y apartó la vista de ella por un instante.

Ahora mismo, necesitaba volver a centrarse para averiguar quién se había infiltrado en su mundo privado.

—Ha venido alguien —dijo Gardner—. Decía que me conocía, pero no he oído hablar de él en mi vida.

—¿Es peligroso?

—La verdad es que no lo sé. Debe de tener algo que ver con mi pasado, porque era de mi tierra. Cuando Monika ha ido a llamarme, se ha marchado.

—Parece que quienquiera que sea está jugando con usted. Jefa…, creo que…

Gardner levantó la palma de la mano para interrumpirla. —Contactaré con Marsh, no se preocupe. Pero no voy a dejar a mis hijos aquí sin mí, así que no asistiré a la reunión informativa. No hasta que sepa qué está pasando. —Miró su reloj—. El día de colegio casi ha terminado. —Volvió a mirar el reloj, preguntándose si Monika estaba en condiciones de recogerlos—. Dios mío, si no puedo solucionar esto rápido, voy a tener que encontrar un sitio donde Rose y Ana puedan quedarse…

—Pueden quedarse con mi hermana, jefa. Tiene una casa enorme y dos críos.

—Gracias, Lucy —sonrió Gardner—. Pero quizá debería preguntárselo a ella primero.

—No hace falta. Se da por hecho.

—Gracias, es usted un encanto, pero aun así, no quisiera ser una molestia. Estará todo bien, estoy segura. *Además, la última vez que me ayudaste, te llevaste un golpe en la nuca por culpa de mi cabrón de hermano. No voy a volver a ponerte en peligro.*

Tras despedirse de O'Brien, Gardner entró en la cocina.

El hervidor estaba hirviendo y Monika estaba sentada a la mesa de la cocina, aún pálida y conmocionada.

Faltaban treinta minutos para que los niños salieran del colegio. Le prepararía a Monika una bebida caliente antes de llamar a Marsh, intentaría calmarla antes de ir a recogerlos.

Junto al hervidor había una fotografía y recordó las palabras que Monika le había dicho antes por teléfono:

—Me ha enseñado una foto tuya con otra mujer... más joven.

Con el corazón helado en el pecho, Gardner se apoyó en la encimera para no caerse. Dejó escapar un pequeño jadeo al coger la fotografía. La miró fijamente, pero el mundo a su alrededor se estaba desvaneciendo, así que cerró los ojos.

Respiró hondo varias veces, abrió los ojos y se giró con la foto en la mano. —¿Cómo ha llegado esto aquí? ¿Es esto lo que te ha enseñado en la puerta?

A Monika se le abrieron los ojos como platos. —Sí. Se la he quitado. Iba a prepararle algo de beber, así que la he dejado junto al hervidor. Se me había olvidado por completo.

Gardner volvió a cerrar los ojos y se recostó en la encimera.

—¿Qué pasa, Emma?

Pero no respondió. Estaba demasiado ocupada reviviendo uno de los peores momentos de su vida.

Justo debajo, una multitud de gente nerviosa se había congregado en el parque infantil de la urbanización.

En el centro de la multitud, tendido en el tiovivo, yacía el cuerpo de su sargento detective.

Abrió los ojos y volvió a mirar a las mujeres de la foto.

Tanto ella, como la sargento detective Collette Willows.

Sonriendo con unas copas de Prosecco.

29

Riddick aparcó frente a la casa de Roni Fields en Boroughbridge. La calle estaba tranquila. En calma.

Él se sentía de todo menos tranquilo.

Al salir del coche, levantó la vista hacia la casa. ¿Qué demonios estaba pasando? La llamada de Roni había sido desesperada.

Empezó a aporrear la puerta principal. Ninguna respuesta. Probó el picaporte, pero la puerta estaba cerrada con llave. Volvió a golpear. —Vamos… vamos… —Se arrodilló, abrió el buzón y gritó hacia dentro—: ¡Roni! ¡Arthur! Soy Paul… —Seguía sin haber respuesta.

Retrocedió unos pasos, preparándose para embestir. Contuvo la respiración.

La puerta se abrió.

Roni Fields no había tenido buen aspecto desde la noche en que Nathan le hizo los cortes a Arthur, pero en los últimos meses había recuperado algo de color en las mejillas.

A Riddick se le encogió el corazón al ver que el color había vuelto a desaparecer.

—¿Qué está pasando?

Ella retrocedió, dándose la vuelta, y Riddick la siguió por el pasillo hasta la escalera. Allí, se desplomó contra la barandilla, como si hasta la última gota de fuerza se le hubiera escapado literalmente del cuerpo.

Le tocó el hombro. —Roni, háblame.

Ella negó con la cabeza. —Es culpa mía.

—¿El qué?

—Hay sangre. Y sus ojos… les pasa algo a sus ojos.

Riddick retrocedió tambaleándose como si ella le hubiera dado un puñetazo en el estómago. —¿Dónde?

—En el dormitorio…

Riddick se lanzó a correr con tanta fuerza que tropezó y subió varios escalones a trompicones.

—No estaba vigilando —le gritó Roni—. Es culpa mía. No estaba vigilando, joder.

Tras ponerse en pie, subió corriendo el resto de la escalera. En el pasillo, divisó la puerta de la habitación de Arthur, ligeramente entreabierta…

No podía quitarse de la cabeza las imágenes de aquella noche en Manningham. *Arthur solo en el rincón de la habitación, acurrucado de lado en posición fetal, sin camiseta. Unas letras grabadas en el pecho. Supurando.*

Y, sin embargo, había sobrevivido.

Entonces… *¿pero y ahora?*

Riddick irrumpió en la habitación de Arthur. —¡Arthur!

Lo primero que vio fue la sangre. Se llevó una mano a la boca.

Un instante de alivio brotó del terror, como un único rayo de luz en la penumbra, cuando Arthur tosió, gimió y luego murmuró algo.

Riddick rodeó rápidamente la cama, mirando a su amigo. —Arthur, soy yo, Paul.

Arthur gimió. Tenía los ojos cerrados.

Con la boca abierta, Riddick bajó la vista hacia el pecho ensangrentado del joven. *¿Otra vez no? Por favor, otra vez no.*

Cuando Riddick se acercó a mirar, vio que Arthur sangraba por una multitud de arañazos recientes, no por cortes de cuchillo ni heridas antiguas. —¿Arthur, quién te ha hecho esto?

Arthur volvió a gemir.

Riddick le miró la mano derecha. Tenía las uñas largas y ensangrentadas. Se le había acumulado piel debajo.

¿Te has hecho esto a ti mismo?

¿Por qué? ¿Por qué has hecho eso?

Sacudió la cabeza y vio a Roni mirando desde el umbral de la puerta. —¿Por qué no has llamado a una ambulancia?

—Mírale los ojos.

Riddick se inclinó sobre el joven de diecinueve años, que murmuraba, y le puso una mano en la cara temblorosa. —Arthur… soy yo. Paul. Mírame.

Siguió gimiendo.

Riddick lo intentó de nuevo, esta vez alzando la voz.

Arthur abrió los ojos de golpe. Su mirada iba y venía, inspeccionando lo que le rodeaba, antes de posarse finalmente en la cara de Riddick.

Tenía las pupilas grandes y dilatadas.

—¿Qué pasa, Arthur? —dijo Riddick—. *¿Qué demonios te ha pasado?*

Arthur abrió la boca para hablar, pero solo emitió un pequeño gemido, como un animal herido. La baba le corría por la mejilla.

—Mira en el cajón de la mesita —dijo Roni.

Riddick abrió el cajón. Estaba vacío, a excepción de una pequeña bolsa de sándwich. La cogió, la levantó y se le cortó la respiración.

Pastillas de éxtasis Unicorn.

Superfuertes. Peligrosas. La plaga de Bradford. El lote de Nathan.

El mundo está mejor sin ti, Cummings.

Aun así, con Nathan o sin él, la Brigada de Investigación Criminal había llegado demasiado tarde para impedir que las Unicorn llegaran a la calle. Ahora estaban en Boroughbridge, y su buen amigo estaba en apuros.

Riddick sacudió la bolsita. —¿De dónde has sacado esto, Arthur?

Era evidente que Arthur tenía dificultades para comprender nada, así que Riddick volvió a levantar la vista hacia Roni, dirigiéndole la pregunta a ella.

Se encogió de hombros. —Lo encontré así. La bolsa de pastillas estaba a su lado. Pero ¿no es obvio?

Riddick volvió a bajar la vista. Supuso que sí. ¿Quién si no? —¿Cuándo fue la última vez que vio a su padre?

—No sabía que lo había visto.

—¿Sabes cuántas se ha tomado?

Roni no respondió.

—¿Cuántas? —dijo él, más alto esta vez.

Roni negó con la cabeza, llorando. —No lo sé.

—Haz lo que tenías que haber hecho antes, Roni, y llama a una puta ambulancia.

Mientras Roni lo hacía, Riddick siguió hablando con Arthur, intentando que recuperara el sentido. —Oye, Antman, no te vengas abajo. El mundo se va a ir al garete por aquí si no estás al cien por cien.

Roni volvió a entrar, con las lágrimas corriéndole por la cara. —Keith… ese cabrón… Estuve en ese mundo con él durante mucho tiempo. ¿Me meterán en la cárcel cuando vean eso? ¿Quién cuidará de Arthur? —Señaló a su hijo con la cabeza—. ¿Lo meterán a él en la cárcel?

Riddick miró la bolsa. Había muchas pastillas. Suficientes para acusar a alguien de tráfico.

Riddick dejó dos pastillas en la mesita de noche, para que los sanitarios pudieran llevárselas y saber qué había ingerido el chico.

Luego se guardó la bolsa en el bolsillo. —No menciones esta bolsa. ¿De acuerdo?

Roni asintió. —Gracias, Paul…

Él levantó la mano y negó con la cabeza. Que le dieran las gracias le daba ganas de vomitar.

30

Mientras Monika iba a recoger a Rose y a Ana del colegio, Gardner le contó a Marsh todo lo que sabía sobre James Wright; aunque lo más probable era que ese no fuera su nombre. Cuando terminó la llamada, Gardner se dio cuenta, con gran insatisfacción, de que apenas sabía nada sobre aquel hombre.

Era una pena que a Monika no se le hubiera ocurrido mirar qué vehículo había usado para llegar, pero Gardner no estaba decepcionada con ella. La pobre chica había estado nerviosa, y no todo el mundo nace con dotes de investigación. *Probablemente sea más una maldición que un don,* pensó Gardner.

Marsh, más tranquilizadora de lo habitual por razones obvias, prometió tirar de contactos y llegar al fondo del asunto más pronto que tarde.

Sentada en la cocina, frente al portátil abierto, Gardner alargó el brazo y cogió la fotografía que «James Wright» había dejado. Un selfi de ella y Collette tomando algo en The Cloisters.

Recordaba bien la noche. Resiguió con el dedo el rostro sonriente de su amiga. —Hola, guapa.

Puede que Willows pareciera feliz en la fotografía, pero no lo estaba. La foto se había tomado la noche en que Willows había puesto fin a una de sus relaciones, con una mujer que a Gardner también le caía bien. Willows había estado hasta arriba de ansiedad;

llena de la paranoia de no encontrar el consuelo y la felicidad que anhelaba.

Murió una semana después.

Gardner se secó una lágrima del rabillo del ojo. —Lo siento muchísimo.

Willows había sido una agente con mucho carácter. Aunque nunca desafiaba a la autoridad, siempre se mantenía firme. Suponía un cambio refrescante. Debido a las rancias expectativas del cuerpo, la mayoría de los agentes eran serviles al principio de sus carreras, lo que no favorecía un trabajo de investigación eficaz, donde la inspiración, la personalidad y la obsesión ardiente a menudo avivaban el fuego del éxito.

Willows no solo aportaba una energía impredecible a su trabajo, sino que también la buscaba en su vida personal.

Dos años antes de su propia muerte, Willows tuvo una aventura con una compañera, Lorraine Pemberton, que ya tenía una relación estable. Fue una relación que tuvo un impacto significativo en la vida de Willows. Finalmente había aceptado su sexualidad, algo con lo que siempre había luchado debido a una crianza a cargo de una madre viuda, religiosa y excesivamente puritana. Por desgracia, Willows sufrió un trauma extremo al ver morir a Pemberton en acto de servicio.

La forma en que murió Pemberton había sido horrible, no muy diferente a la de la propia Willows un par de años después, y desde ese día le costó mantener una relación estable.

Gardner cerró los ojos y pensó en el día en que perdió a su amiga y compañera.

Mientras investigaban el asesinato de Nirpal Sharma, un gánster de Tidworth, Gardner y Willows se habían encontrado en un bloque de pisos de doce plantas, interrogando a un hombre que solía pasar droga para Nirpal. Gardner había esperado que el hombre, Nigel Harnett, pudiera tener una idea de quién quería quitar de en medio a Nirpal.

Nigel afirmaba llevar un tiempo limpio. Pero sabía algo. Quedó claro por su posterior asesinato, ocurrido mientras un ataque con cuchillo fingido en el edificio había distraído a Gardner. Un hombre

llamado Lewis Petrich había entrado en el piso de Nigel, le había cortado el cuello y luego había arrojado a Willows por el balcón.

Desde un octavo piso.

Gardner volvió a tocar el rostro sonriente de Willows mientras una lágrima le recorría la cara. —Dios, lo siento muchísimo.

A Petrich lo habían cogido. También a su jefe, Rob Mitchell. A ambos los habían metido en la cárcel.

Gardner esperaba que ambos siguieran allí, y le había pedido a Marsh que se lo confirmara.

A pesar de que Gardner se culpaba por haber caído en la trampa y dejar a Willows sola, una investigación interna determinó lo contrario. Ella no estuvo de acuerdo con la investigación interna, así que su jefa, la Comisario Jefe Joan Madden, la había destinado temporalmente al norte para que aclarara sus ideas.

Siendo justos, el traslado temporal había funcionado. Gardner se había dado cuenta de que su matrimonio era una farsa y había sentido que volvía a nacer. Incluso se había descubierto, después de varias copas de vino, sopesando la idea de quedarse…

Usando el portátil, Gardner entró en la página de Facebook de Willows y repasó las numerosas publicaciones de amigos y familiares.

¡Feliz cumpleaños celestial, Col!

¡Asegúrate de estar de fiesta ahí arriba… a tope!

Te quiero, cariño… aún te echo de menos… Mamá x

Gardner se secó otra lágrima.

Bajó hasta la última publicación de Willows, de dos días antes de morir.

Era un gif de una estrella de cine con cara de suficiencia y el pie de foto: «¡Cuando tu jefa te dice que tienes talento!».

El último mensaje de Willows al mundo, y trataba de lo bien que la había hecho sentir una conversación ese día. Gardner la había elogiado por su habilidad para detectar los detalles más pequeños en la investigación en la que estaban trabajando.

Dos días antes de llevarte a tu maldita muerte…

A Gardner se le llenaron los ojos de lágrimas, aunque no era la primera vez que lo veía, ni sería la última.

Oyó abrirse la puerta de casa y a sus hijos entrar en tropel, llenos de energía. Rápidamente, se secó los ojos, no quería que la vieran apenada.

Por suerte, oyó a sus hijos subir las escaleras como una estampida, deseando abalanzarse sobre sus juguetes, sin duda.

Monika entró en la cocina.

—¿Me das un minuto, por favor, Monika? Voy a mirar unas fotos. Me preguntaba si querrías mirarlas conmigo.

—Claro —dijo Monika, colocándose detrás de ella.

Gardner hizo clic en las fotografías de Willows en su página de Facebook y las fue pasando.

Willows con amigos, parejas, familiares, en lugares preciosos…

—Ahí —dijo Monika—. Es él.

Gardner se inclinó y miró de cerca la foto del hombre mayor que rodeaba los hombros de Willows con el brazo.

Sí, Gardner también lo reconoció… *era* aquel hombre de hacía tantos meses en esta urbanización. El que buscaba casa; el héroe que estaba en el lugar adecuado en el momento justo durante la excursión nocturna de Rose; el mentiroso.

¿Quién eres?

Dejó el cursor sobre la imagen para ver si Willows lo había etiquetado.

No lo había hecho.

La madre de Willows había culpado a Gardner. *Comprensible.* Por consiguiente, Gardner no había estado en el funeral de Willows.

Si hubiera estado allí, ¿te habría visto?

El padre de Willows había muerto cuando ella era una niña.

¿Quizá eres un tío? ¿Un amigo de la familia?

Hizo una captura de pantalla y cogió el móvil para volver a llamar a Marsh.

31

Kiera McLeod negó con la cabeza, incrédula, mientras observaba a Sebastian Harrington pasar al trote al lado de Harry, un niño de diez años, con el balón pegado a los pies. Se rio para sus adentros cuando el exdiputado de más de setenta años coló el balón por delante de Jake hasta el fondo de la red.

Sebastian se alejó para celebrarlo, señalándose la cabeza para indicar que todo era mental, una celebración que había hecho famosa un futbolista de la Premier League.

A los críos les pareció desternillante.

Adoraban a Sebastian, y Kiera se alegraba.

Jake y Harry eran ejemplos de dos chicos que acudían al centro juvenil de Stockwell y que no habían tenido el mejor comienzo en la vida. Ambos con madres solteras que se mataban a trabajar. Ni rastro de los padres. Vivían en el umbral de la pobreza mientras que muchos de sus compañeros de colegio vivían a cuerpo de rey.

Nunca había conocido a un político como Sebastian; sentía una motivación indescriptible por pasar tiempo con niños a los que les había tocado la peor parte.

El día en que se ofreció como voluntario, siete meses atrás, había sido un momento trascendental para este centro juvenil. Un modelo masculino de setenta y tantos años que era tan generoso con su tiempo, su sabiduría y su dinero no tenía precio.

A Kiera le parecía realmente increíble que hubiera gente en esa ciudad que escupiría al suelo con la sola mención de su nombre.

Claro que ella no era de Yorkshire originariamente y se había mudado desde Escocia hacía solo cinco años con su marido, así que no podía sentar cátedra sobre las opiniones de quienes habían vivido allí toda su vida.

Aun así... ¿*En serio*?

¿Cómo podía este hombre ser de verdad el monstruo que algunos pensaban que era?

Después, Kiera y Sebastian sorbieron su té mientras los chicos socializaban en el salón de actos. Algunos jugaban al pimpón, mientras que otros bailaban al ritmo de unos bailarines CGI con los mandos de la Nintendo Switch en la mano.

Kiera se dio cuenta de que estaba más callado de lo habitual. —¿Te ha dejado agotado marcar goles, Seb?

Él se rio. —Ya no soy el jugador que era, he de admitirlo. En otros tiempos, tenía unos gemelos como los de Jack Grealish.

—La verdad es que te defendías bastante bien ahí fuera.

Él sonrió y se giró. Cuando volvió a mirarla, ella pudo ver una lágrima en sus ojos.

—Seb, ¿estás bien?

Él asintió. —¿Te has enterado de lo que pasó anoche en el cementerio?

—Sí. —¿Cómo no iba a saberlo? No se hablaba de otra cosa. Aunque los nombres de las víctimas aún no se habían hecho públicos.

—Uno de ellos era mi sobrino —dijo Sebastian.

Kiera se llevó la mano a la boca.

—Me he llevado algunos sustos en la vida, pero este..., bueno..., creo que ha sido el mayor de todos.

Kiera apartó la mano de la boca y la posó en el brazo de Sebastian. —Lo siento muchísimo. Es horrible. —Intentó reprimir las

lágrimas, pero, inevitablemente, algunas se le escaparon y le corrieron por la cara—. Y guardándote todo esto mientras estás aquí... Tienes que estar con tu familia.

Sebastian soltó una carcajada. —¿Mi familia? A los que quedan no les caigo demasiado bien. Y para serte totalmente franco, ellos tampoco son muy agradables. Mi presencia empeoraría la situación. —Suspiró—. Si es que eso es posible.

Kiera le apretó el brazo. —Siento mucho todo esto. No me imagino por lo que estás pasando.

—Gracias, pero estaré bien. No estaba muy unido a Ralphie. Sus padres se aseguraron de ello.

—Pero seguro que te importaba.

Asintió. —Lo intenté. —Miró al vacío—. Era un buen trasto, ese.

—¡Tú eres la leche lidiando con los trastos! —dijo Kiera, señalando con la cabeza a Harry y Jake, que ahora se medían en el *Mario Kart*—. Has hecho sonreír a un montón de gente.

—Con Ralphie no fue lo mismo. Nunca conseguí llegar a él. Ese joven tuvo todo lo que quiso. A veces, cuando nunca les falta de nada, es muy difícil hacerles entrar en razón. Quizá debería haberme esforzado más.

—Seguro que te esforzaste todo lo que pudiste.

Sebastian suspiró.

Kiera le preparó otra taza de té y se la llevó. Sentía curiosidad por saber qué había pasado con su sobrino, pero sabía que una pregunta así sería insensible, así que se limitó a tranquilizarlo. —Encontrarán a quienquiera que hiciera esto.

—Saben que tiene algo que ver con drogas, pero eso es todo lo que sé. Supongo que volveré a tener noticias suyas pronto.

Kiera sonrió. —Si alguna vez necesitas a alguien con quien hablar...

Sebastian le devolvió la sonrisa. —Aparte de estos críos, tú eres la única persona con la que hablo. Y no lo querría de otra manera.

32

Sentado junto a la cama del hospital, Riddick bajó la vista hacia el pecho vendado de Arthur, imaginando lo que habría ocurrido si su joven y vulnerable amigo hubiera tenido un cuchillo en lugar de solo unas uñas afiladas.

Hizo una mueca y negó con la cabeza.

Comprensiblemente, la madre de Arthur, Roni, estaba hecha polvo. Hacía cinco minutos, había ido en busca de un café y algo dulce y todavía no había vuelto.

Dejándose caer en la silla, Riddick pensó en el lote «unicornio» que había mandado al hospital a unos nueve adolescentes solo en el último mes. Una bolsita del cual ahora reposaba en el bolsillo de sus vaqueros.

La droga era potente y era solo cuestión de tiempo que alguien muriera.

Sería una ilusión pensar que la muerte de Nathan Cummings frenaría la expansión cancerígena por Yorkshire. Ahora estaba en manos de muchas bandas. Los propios Ravens habían trapicheado con el mismo producto antes de que los Mansters los desmantelaran.

Riddick cogió la mano de Arthur, y el joven abrió los ojos. —¿Paul?

—Sí..., soy yo, amigo. —Le pasó la otra mano por el pelo a Arthur —. *Gracias a Dios que estás bien.*

—¿Dónde estoy? Mamá..., ¿dónde está mamá? —Los ojos de Arthur recorrieron la habitación. A Riddick le alivió ver que sus pupilas ya no eran dos pozos negros, anchos y sin fondo.

—En el hospital. Tu madre vendrá enseguida. Estás bien, colega..., te lo prometo.

—Siento la cabeza como un balón. Como si lo hubieran pateado hasta dejarlo sin aire.

Riddick sonrió. Puede que no siempre fuera intencionado, pero Arthur siempre conseguía sacar una sonrisa a la gente. —Es por tanta pelea con supervillanos.

—¿De verdad?

Riddick volvió a sonreír ante lo convencido que parecía Arthur.

—¡No es verdad! —se dio cuenta Arthur.

Riddick le dio una palmada en la mano que sostenía. —Es por algo que te has tragado, amigo... Algo que seguro que te haría sentir la cabeza como un balón desinflado. ¿Recuerdas haber tomado algo?

—Solo una medicina.

—Bueno, esto desde luego no era una medicina, porque esta cosa no te hace ningún bien. ¿De dónde la sacaste?

Arthur miró al techo, pensativo. —A veces siento como si tuviera cosas saltando arriba y abajo en mi cabeza. Y no paran. —Se tocó el centro de la cabeza con la mano que Riddick no sujetaba—. Aquí es donde más duele *cuando* duele. Y duele como un hijo de puta.

Riddick sonrió de nuevo por el vocabulario que había asimilado de las películas americanas.

—Así que tenías un fuerte dolor de cabeza, ¿no?

—Sí, y me tomé una medicina.

—Que no era una medicina...

Arthur entornó los ojos. Pareció confundido por un momento, pero luego pareció entender. —Sí... creo... que pensé que eran... ¿cómo se llaman?

—¿Paracetamol?

—Esos mismos —dijo Arthur.

—Necesito saber de dónde los sacaste.

Arthur se frotó la nariz. Volvió a entornar los ojos. —Del bolsillo de mi cazadora. De la de cuero.

—¿Siempre llevas paracetamol en el bolsillo de la cazadora, Arthur?

—No. Pensé que era una suerte. Pero dicen que no hay dos sin tres. Y yo ya llevaba dos hoy.

—¿Y cuáles eran?

—Mamá ha ganado cinco libras en un rasca.

Técnicamente, la suerte ha sido suya. —¿Y la otra?

—John, el de al lado, me ha dejado acariciar a su perro. Normalmente no me deja. Pero hoy llevaba bozal.

Riddick asintió, sonriendo una vez más. —¿Cómo crees que llegaron las pastillas al bolsillo de tu cazadora?

—No lo sé. No lo pensé —dijo Arthur—. Debería haberlo hecho, lo siento.

—¿Dónde ha estado tu cazadora?

—*¡Por todas partes!* —dijo Arthur, momentáneamente emocionado—. ¡Me encanta el tacto que tiene!... pero... no la he tenido durante un tiempo.

—¿Qué quieres decir?

—Mucho tiempo, pero solo empecé a ponérmela otra vez el otro día.

—¿Y eso?

—Me había olvidado de ella, pero estaba en una de las cajas que mamá trajo de Manningham. Me gustaba el tacto que tenía. La sacó la semana pasada.

¿Era posible que uno de los Ravens de Manningham hubiera usado la cazadora de Nathan mientras le ocupaban la casa y hubiera dejado unas pastillas en el bolsillo?

La explicación tenía más sentido que el que Arthur hubiera recibido las pastillas como regalo de su padre. Keith era muchas cosas, pero darle a su hijo vulnerable éxtasis para que jugara con él parecía un poco descabellado.

—¿Alguien más usó tu cazadora, Arthur? ¿Mientras estabas en Manningham?

—Puede ser. —Arthur cerró los ojos—. No me acuerdo..., pero me está doliendo mucho la cabeza otra vez.

—Le pediremos algo al médico. Una medicina de verdad. No deberías haberte tomado esas pastillas, Arthur, sin saber lo que eran. ¿Me prometes que no volverás a hacer algo así?

—¿Me voy a morir?

—Qué va. Nadie por aquí va a permitir eso. Especialmente, tu madre y yo. La Parca no se te va a acercar ni de lejos, chaval.

—¿La Parca quién?

Riddick asintió. —Olvídalo. Pero estarás bien.

—Bien. Porque mamá se pondría triste si me muriera.

Sí que lo estaría, sí, pensó Riddick, asintiendo de nuevo. *Y qué altruista por tu parte.* —¿Y a ti, Arthur? Seguro que tampoco querrías eso.

—¡No, Paul, para nada! No me gusta la oscuridad, no me gusta nada. Y creo que va a estar oscuro cuando te mueras.

Riddick le apretó la mano de nuevo. —¿Y qué te ha provocado ese dolor de cabeza hoy? ¿Recuerdas algo más aparte del rasca y de que John te dejara acariciar a su perro?

Arthur pareció pensárselo. —No. Está borroso. *Muy* borroso. Como cuando estás viendo la tele y se pone rara y tiembla.

—¿Interferencias?

—Sí. Me bailaban cosas en la cabeza. Ha sido así desde que me he despertado esta mañana. Pero, cuando se ha puesto demasiado mal, me he tomado la medicina… la *mala* medicina.

Riddick asintió. —Una última cosa. ¿Cuándo fue la última vez que viste a tu padre?

—Hace mucho tiempo.

—¿Me dices la verdad?

—Sí. Me da miedo verle. Es malo. La última vez me insultó, ¿sabes?

—Sí, lo sé —dijo Riddick. También había llamado a Arthur imbécil.

Esto había sido hacía más de dos meses. Parecía que Keith estaba libre de sospecha.

—¿Crees que se disculpará? —Arthur miró a Riddick con desesperación.

—Algún día, estoy seguro. —Riddick asintió, aunque esperaba que no; la idea de que Arthur se mantuviera alejado de Keith para siempre era muy atractiva.

Justo antes de terminar, a Riddick se le ocurrió otra cosa. —¿Qué hiciste ayer, Arthur…?

—¡De compras! La compra. —Se relamió los labios—. Una empanada de Greggs. Luego, la tele… y luego… más espasmos… perdón, *fallos*. —Se dio unos golpecitos en la frente con los nudillos —. Ojalá esto funcionara mejor aquí dentro. Siempre lo he deseado.

A Arthur le costaba un mundo su memoria a corto plazo. Aun así, a menudo conseguía sorprender a la gente con cosas que había guardado en su memoria a largo plazo. Todavía recordaba lo que había comido en su quinto cumpleaños, y le encantaba recordárselo a todo el mundo. —¡Gelatina y patatas fritas… en el mismo plato! — Pero si luego le preguntabas qué había comido el día anterior, se quedaba en blanco.

Roni volvió a entrar en la habitación. Vio que su hijo estaba despierto y corrió hacia él. Le acarició la cara, le besó en la frente. —Ay, mi niño.

Después, cuando Arthur se quedó dormido otra vez para recuperar energías tras la experiencia, Riddick se dirigió a Roni fuera y le preguntó:

—¿Qué hicisteis ayer?

—Fuimos de compras, nada especial. Vimos una película, nos acostamos pronto. Todo muy normal.

—¿Cuándo empezó a ponerse otra vez la chupa de cuero?

—Hace un par de días. La saqué de las cajas con sus pertenencias que nos trajimos de Manningham.

—Sí, eso es lo que él ha dicho.

—¿Por qué?

Riddick suspiró, pensando en la bolsa de píldoras de unicornio que tenía en su propio bolsillo. —Parece que se trajo un recuerdo de aquellos días oscuros en Manningham.

33

Gardner se unió a la reunión informativa por internet con unos auriculares puestos.

Era difícil interactuar con una sala llena de gente desde su cocina, así que, tras una breve introducción, le cedió las riendas a Rice.

Este hizo un trabajo excelente. Probablemente porque pensaba que Gardner lo estaba escrutando con lupa. No era así; ella tenía la cabeza en otra parte.

Marsh no estaba en esta reunión, por lo que Gardner no dejaba de mirar su teléfono, desesperada por que su superior se pusiera en contacto.

No había esperado que tardaran mucho en identificar al hombre. La imagen había sido nítida. Cualquiera con los cojones de entrar en casa de alguien y meterle el miedo en el cuerpo a una persona, por narices tenía que estar en el sistema en alguna parte.

Sus auriculares no podían aislar el sonido de sus hijos pequeños correteando por la casa. Subió el volumen e intentó concentrarse.

Barnett estaba repasando en ese momento la lista de todos los invitados a la fiesta en casa de Ethan Williams con los que había hablado. —Grace Grosvenor tuvo que salir de la habitación tres veces para vomitar mientras la interrogaba.

Hubo chasquidos de lengua y quejidos de muchos. Varios miembros del equipo de Gardner tenían hijos adolescentes, y estaba

segura de que la idea de que consumieran pastillas de éxtasis con unicornios grabados estaba muy presente en sus mentes.

—La historia era bastante consistente entre los invitados —dijo Barnett—. Incluido el hecho de que Ralphie y Vivianne estaban allí y disfrutaban de su mutua compañía. La mayoría de estos chicos niegan haber tomado nada, a pesar de tener un aspecto bastante perjudicado y de que sus recuerdos son muy vagos. Hubo unos pocos que admitieron abiertamente haber tomado la droga y luego pasar la noche como en una nebulosa. Nadie pareció decirme adónde fueron las víctimas después, aunque un chaval llamado Toby Brundle ofreció una interesante inconsistencia. Al parecer, Vivianne y Ralphie tuvieron una discusión.

Gardner activó el micrófono. —¿No se suponía que estaban disfrutando de su mutua compañía? —volvió a pulsar el botón para silenciarlo y evitar interferencias.

—Eso fue dentro de la casa —continuó Barnett—. Tras el incidente en el que Charlotte y Adam se desmayaron en el sofá, los invitados se marcharon. Sobre las 23:40. Todos se fueron a casa en varias direcciones. Toby caminó hacia el cementerio, así que le pregunté con quién iba. Dijo que iba solo. Cuando le pregunté por Vivianne y Ralphie, dijo que se quedó atrás y los dejó adelantarse porque estaban discutiendo y sería violento caminar con ellos.

Gardner activó el micrófono de nuevo. —¿Y sobre qué era la discusión?

—No fue específico. Afirma que no pudo oír sobre qué discutían.

—¿Le pareció que ocultaba algo? —dijo Gardner al micrófono.

—Bueno, para ser justos, oculta *menos* que los otros chicos con los que he hablado. Pero sí, aparte de la discusión, la historia parece demasiado inconsistente y vaga…

—¿Fabricada?

—Posiblemente. Aunque, la mayoría estaban probablemente tan idos que puede que no recuerden mucho de lo que pasó… de ahí la vaguedad.

Usando un gran mapa en la pantalla, Barnett destacó varias rutas que los estudiantes tomaron para llegar a casa. También destacó varias rutas hacia el cementerio.

Gardner habló. —Un montón de calles y un montón de puertas, ¿a cuántas hemos llamado?

—No a las suficientes —dijo Rice—. Me encargo de ello.

En ese momento, Ana entró en la habitación y corrió hacia Gardner. Gardner comprobó que tenía el micrófono silenciado y apagó la cámara. Se quitó los auriculares.

—¿Estás bien, cariño?

—Mami, ¿pasa algo?

—¿Por qué lo dices, cielo?

—Moni, parece triste. La he visto llorar en su habitación.

A Gardner no le gustó que Monika se hubiera derrumbado en presencia de sus hijas, pero no iba a ponerse hecha una fiera por ello. Había tenido un día de perros y, a diferencia de Gardner, no se había quedado insensibilizada hasta convertirse en una roca tras décadas en el cuerpo.

—No se ha encontrado bien, Ana. ¿Te puedo pedir un favor?

Ana asintió.

—Es un favor de niña mayor, ¿estás de acuerdo?

Ana se puso tiesa.

—¿Podrías llevar a Rose a tu cuarto y jugar con esa autocaravana LOL nueva hasta que termine esta reunión, y luego os preparo la cena?

—Sí —dijo Ana, que parecía abrumada por la emoción.

Una vez que Ana se fue para cumplir con sus deberes de 'niña mayor', Gardner se volvió a la pantalla, pulsó el botón del micrófono y encendió la cámara.

Rice estaba repasando en ese momento el informe del médico legista, que Gardner ya había visto. Ambas víctimas tenían altos niveles de MDMA en su organismo y, en efecto, habían muerto por un traumatismo por objeto contundente. La roca. Aún era demasiado pronto para obtener resultados de ADN significativos.

Fue en ese momento cuando Marsh entró en la sala. —Acabo de colgar el teléfono con la Brigada de Investigación Criminal. Las pastillas de unicornio recuperadas de la casa de Vivianne Gill han sido relacionadas con una banda del condado con sede en Bradford llamada los Mansters. —Marsh miró a su alrededor—. Mañana

enviarán a un oficial para informarnos. El líder de este grupo acaba de ser encontrado asesinado en Manningham, así que parece que tenemos mucho que aprender.

Gardner suspiró. *¿La Brigada de Investigación Criminal? ¿Mañana?* Debería haber sido ella quien informara a su equipo de esto después de haber sido informada por Marsh. En cambio, estaba atrapada aquí, detrás de la pantalla de un ordenador, presa del pánico.

Y, de todos modos, ¿por qué entraba en pánico? Todavía no tenía ni idea.

¿James Wright?

¿Quién coño te crees que eres?

Justo después de la reunión, O'Brien llamó a Gardner.

—¿Lucy?

—He hablado con mi hermana, Cathy. Le parece bien quedarse con Ana, Rose y Monika.

Gardner se levantó. —Ya le dije que...

—Escuche, *jefa*… por favor. A Tilly y a Poppy les va a encantar. Tienen la misma edad.

Instintivamente, Gardner quiso cortar ese plan de raíz. Odiaba por completo la idea de aprovecharse de alguien. Especialmente de alguien que mostraba un interés en ella que sobrepasaba lo profesional. ¿Cómo podría interpretarse esto en el futuro? ¿Sugeriría alguien que estaba usando a O'Brien? ¿Explotándola?

Respiró hondo y reflexionó un momento.

En el fondo, Gardner sabía que esta era su mejor, y única, opción.

¿De qué otro modo iba a salir de casa y a volver al caso?

—Vale...

—Gracias, jefa.

—¿Por qué me das las gracias a *mí*?

—Por no dejarnos a merced de Phil. Perdona... ¿de verdad acabo de decir eso?

Gardner se rio. —No he oído nada. Gracias, Lucy. Pero le voy a pagar a Cathy.

—Puedes intentarlo; no lo aceptará.

—Es la ley —dijo Gardner.

—Bueno, esa es tu especialidad. Espera a ver el tamaño de la casa. Jude siempre está fuera por trabajo y Cathy siempre está con los niños. A ella le encantan los niños. Créeme, le estás haciendo un favor. —Gardner pensó en cómo se le habían iluminado los ojos a O'Brien al aceptar ella el plan.

—¿Le has dado a Cathy todos los detalles de por qué necesito su ayuda?

—Sí. No le importa. Están forrados y su sistema de seguridad es como Fort Knox. Además..., yo también me quedaré allí.

—Joder, es que me siento...

—Jefa, no pasa nada. ¿Quieres que os recoja a todas?

—No, ya las llevo yo, pero tendré que volverme enseguida. ¡Voy con retraso en mi propia investigación!

—Perdona, jefa, ¿pensaba que tú también te quedabas?

—No. De verdad que no puedo, Lucy.

—No creo que sea buena idea. ¿Y si vuelve? ¿Por la noche? Cuando estés sola.

Cuento con ello. Así podré averiguar quién es realmente este gilipollas. —No pasará nada.

34

A pesar de haberle advertido antes a Kiera en el centro juvenil de Stockwell que su presencia solo empeoraría la situación, Sebastian cedió al impulso de darle el pésame a su hermana.

Se quedó un rato mirando la puerta de entrada antes de reunir el valor para llamar.

Esperaba encontrarla desaliñada y destrozada, por lo que le sorprendió ver que iba elegantemente vestida, con el pelo y el maquillaje perfectos. Contuvo la sorpresa, consciente de que cada persona reacciona de una manera distinta ante una pérdida importante. Tras dedicarle una mirada triste, dijo:

—Evie. Lo siento muchísimo.

Evie lo miró de arriba abajo, con una ligera mueca de desdén en el labio superior.

—¿Qué quieres?

Su reacción no le sorprendió. Su relación no era la mejor antes de la muerte de Ralphie. Ella estaría encantada de responsabilizar de algún modo al hermano que detestaba.

Aun así, lo intentó:

—¿Hay algo…, *cualquier cosa*…, que pueda hacer?

—¿Dónde estuviste ayer? ¿Toda la noche?

—Lo siento. Tenía el móvil apagado —dio un paso hacia delante —. Pero puedo ayudar ahora.

—¿Ayudar cómo? Está muerto. —Los ojos se le llenaron de lágrimas. Se las secó, corriéndose el rímel por la cara—. Ralphie está muerto. Así que, ¿para qué sirves ahora?

Sebastian respiró hondo. Ahí estaba... la culpa. Pero ¿de verdad había contribuido a su muerte la negativa de Sebastian a retirar los cargos por robo en la universidad de Ralphie? Lo dudaba. Dudaba que tuviera nada que ver.

Exhaló.

—Por favor…, Evie, si hay algo...

Max apareció a su lado. También él iba elegantemente vestido y parecía recién afeitado.

—¡Ja! ¿Tú?

—Max, yo...

—Lárgate —dijo Max, y le cerró la puerta en las narices a Sebastian.

Suspiró.

Sí, habían sufrido un trauma, pero sus brutales palabras no eran en absoluto impropias de ellos. Podían estar del mejor humor del mundo y, aun así, le caería la del pulpo.

Se dio la vuelta y volvió a suspirar.

¿Quizá aquello era el fin de la relación con su hermana?

Al fin y al cabo, con Ralphie muerto, se había quedado sin forma de recuperarla.

Sebastian se bebió otra taza de té e intentó con todas sus fuerzas leer un libro, pero era incapaz de concentrarse.

Consideró hacer algo de ejercicio ligero en su gimnasio personal, pero lo descartó; decidió que sería forzar la máquina después de sus hazañas goleadoras de hacía un rato.

Finalmente, se decantó por ver la televisión. Vio parte de un episodio clásico de *Bergerac* antes de quedarse dormido.

Se despertó de repente con un impulso. Y, cada vez que lo asaltaba ese impulso, necesitaba satisfacerlo de inmediato.

Sintió las piernas pesadas mientras subía la escalera de caracol hasta el tercer piso; su decisión de jugar al fútbol con los chicos en el parque de Stockwell Road amenazaba con pasarle factura. Se preguntó si por la mañana tendría que guardar cama.

En su despacho, se dirigió a la estantería y pasó el dedo por los lomos de sus muchos álbumes de fotos, la mayoría en juegos, antes de sacar uno azul y raído que no pertenecía a ninguna colección. Antes de sentarse, acarició de nuevo los otros álbumes, pensando en todas aquellas gloriosas imágenes de su difunta esposa que contenían.

Suspiró, se sentó y abrió el álbum de fotos por la primera página.

Las fotos eran de personas que no eran parientes suyos, pero que significaban mucho para él. Le hicieron llorar, y lloró hasta bien entrada la noche.

35

Riddick acarició los lados fríos de su jarra de cerveza, mojándose las yemas de los dedos con la condensación.

Aunque tenía la vista clavada en el líquido ambarino, su mente seguía atrapada en aquella imagen de Arthur en su propia cama.

Cubierto de sangre. Gimiendo. Sus ojos, pozos negros y profundos.

Apartó la vista de la bebida que tanto ansiaba y echó un vistazo al Black Bull, abarrotado por el ajetreo de primera hora de la tarde con gente sonriente.

Riddick se llevó la jarra a los labios.

—Por una noche sin tener que acostar a los putos críos —dijo un hombre en la barra, medio piripi, alzando su botellín, subiendo el volumen un poco y declarando a todos. Levantó la vista—. Gracias, Señor.

Daría cualquier cosa por volver a vivir eso con Molly y Lucy.

Cualquier cosa.

Dio un trago largo de cerveza, la paladeó, disfrutó del sabor y luego tragó. Suspiró después de que el líquido amargo y helado se deslizara por su garganta.

—¡Para!

Riddick abrió los ojos. Daz estaba de pie junto a la mesa con una mueca de disgusto. —Llego demasiado tarde, *joder*.

Riddick dejó la jarra.

Daz parecía a punto de lanzarle un puñetazo a Riddick. —Daz…

—¿No podías esperar, joder? —Plantó las palmas de las manos en la mesa y, de repente, se desinfló, encorvándose.

—Es Birra Moretti Zero —dijo Riddick.

Daz levantó ligeramente la cabeza, con una ceja arqueada. —¿Zero?

—Sí, sin alcohol.

—Aun así…

—Lo sé. Antes de que empieces, sé que aun así no es suficiente.

—Es un detonante —dijo Daz—. El sabor.

Riddick no podía negarlo… *Mierda*, ¡qué buena había estado! —Lo sé. Es lo que acabo de decir.

—Y no hay mayor detonante que estar en este puto sitio. Y que te jodan por ponerme en esta situación. No eres el único puto alcohólico por aquí. Si fueras cualquier otro, no habría venido.

—No apadrinas a nadie más.

—¿Te sorprende? Apadrinarte a ti es como apadrinar a diez tíos, todos con un resquemor de veinte toneladas a la espalda —Daz se había vuelto a envalentonar y su tono de voz había subido—. Tenemos que largarnos de aquí cagando leches, Paul.

Riddick bajó la mirada, triste. —Nada de lo que hay aquí le llega ni a la suela del zapato a las cosas que de verdad me están afectando. —Riddick levantó la mano. Le temblaba—. Mira en qué estado estoy. *Antes* de entrar aquí, cabe añadir —la dejó caer de nuevo sobre la mesa junto a su agua con sabor a cerveza.

—Los temblores son buenos. —Daz se dio un golpecito en la sien —. ¡Los temblores te recuerdan que empieces a pensar!

—A la mierda pensar. Pensar lo empeora todo para mí.

—Bueno, supongo que depende de hacia dónde dirijas ese pensamiento. —Señaló la jarra—. Tienes que pensar en el daño que *eso* causa. Y no venir a un sitio que acabará contigo… con *nosotros*.

Riddick asintió. —Estoy de acuerdo. Por eso te he llamado.

Daz se inclinó y agarró el dorso de la mano de Riddick. —Bien. Ahora lo veo. —Se había calmado—. Así que larguémonos de aquí y hablemos en otro sitio. Preferiblemente en un lugar que el diablo no haya disfrazado de paraíso.

Fuera, charlaron en el coche de Daz. —Huelo esa puta cerveza.

—Lo siento —dijo Riddick.

—Pues habla conmigo. ¿Qué te ha afectado?

Riddick empezó describiendo el enfrentamiento con Nathan Cummings la noche anterior, seguido de la revelación de esa mañana de que el camello de mierda había sido asesinado y Riddick se enfrentaba a un interrogatorio.

—¿Y te piraste sin más? —dijo Daz, con los ojos como platos.

Riddick asintió y pasó a describir su enfrentamiento con Keith Fields. Luego, pasó al incidente más dramático: ver a Arthur cubierto de sangre. —Fue como si hubiera retrocedido en el tiempo. Como si estuviera reviviendo toda aquella noche espantosa otra vez. Pensé que lo perdía *de nuevo*.

—Qué espanto —dijo Daz.

Riddick contuvo las lágrimas y luego explicó que Arthur había tomado pastillas de éxtasis con unicornios.

Después, Daz le dio una palmada en la pierna a Riddick. —¿Sabes lo que pienso?

—Por eso estás aquí, ¿no?

—Exacto. Tú, colega, necesitas un cambio de carrera.

Riddick sonrió. —Se me ha pasado por la cabeza.

Pero ¿realmente cambiaría algo?

Con placa o sin ella, si percibiera una injusticia, ¿de verdad se quedaría al margen? ¿Cómo se saca eso de la sangre?

—En serio, bien hecho, colega. Por haberte contenido. —Señaló el Black Bull con la cabeza a través del parabrisas—. Más o menos… Muchos han recaído por mucho, muchísimo menos de lo que has pasado hoy. Hiciste bien en llamarme.

—Joder, ¡graba esto! ¡Un halago!

—Sí, y un halago bien merecido… pero aún no he terminado, así que no te hagas demasiadas ilusiones.

—Mierda, ya viene.

Daz suspiró y negó con la cabeza. —¿Huir de tus superiores, Paul? Joder, eso es otro nivel. Y ahora me he quedado sin palabras.

—Qué raro.

—Exacto.

—Puede que me dejen en la estacada.

—Tú no lo mataste… —Daz lo miró fijamente—. No lo hiciste, ¿verdad?

Riddick resopló. —Venga, hombre. Era un cabrón sádico y despiadado, pero no, no lo maté. Era un civil, y no debería haberme enfrentado a él en el coche.

—Parece que te comportaste con más calma que yo ayer cuando un agente de la O.R.A. me multó porque menos de tres centímetros de mi rueda izquierda tocaba una línea amarilla doble. Pero claro, supongo que no soy policía… *por suerte*. —Daz suspiró—. Joder. Huir del Cuartel General. ¿Crees que ahora mismo tienen una foto tuya en su tablón con un gran círculo rojo alrededor?

—Sabrán que no maté a Nathan. No solo habrán comprobado el ANPR para estas horas y visto que me fui a casa anoche antes de que lo mataran, sino que probablemente también habrán contactado con Claire para conseguir una coartada. No me coge las llamadas para confirmarlo. Aun así, Kerry, mi superior, estará cabreada. Junto con los que intentan llegar al fondo del asesinato de Cummings. Han intentado llamar… un montón de veces.

—¿Y no has contestado?

—He estado bastante ocupado.

—Entonces, ¿crees que te quedarás sin trabajo?

Riddick se encogió de hombros.

—Vale —dijo Daz, respirando hondo—. ¿Algún bombazo más antes de que intentemos resolver esta situación?

Riddick levantó un dedo. —¿Perdona...

—¿Qué pasa?

Riddick sacó la bolsa de plástico llena de pastillas de éxtasis y la puso junto al freno de mano de Daz.

Daz se quedó con la boca abierta.

—Eso —dijo Riddick.

—¿Tú crees? Joder, Paul... casi me matas del susto esta noche. —Se tocó el pecho—. Sí..., lo tengo desbocado.

—No podía dejar que toda la atención recayera sobre Arthur. Una bolsita de droga es lo que tiene. El chaval ya es bastante frágil de por sí.

—¿Y en lugar de eso, nos para la policía y vamos a la cárcel?

—Iba a tirarlas por el váter en el Black Bull, pero me distraje.

—Sí, ya me he dado cuenta. Bueno, pues no vas a volver a entrar. Busquemos un McDonald's. —Daz arrancó el motor.

Tras deshacerse de las drogas en el baño del McDonald's, Riddick y Daz comieron hamburguesas mientras charlaban en el aparcamiento.

Riddick se estaba calmando. Daz siempre conseguía serenarlo. Una combinación de calidez y buen humor. Había muy poca gente que lograra eso. De hecho, en ese momento solo podía recordar a una persona.

Recordó a la animada inspectora jefa del sur, con su impermeable amarillo chillón, de pie, incómoda, sobre el cuerpo sin vida de un adolescente detrás de la torre del homenaje del castillo de Knaresborough. Un pez fuera del agua, pero una detective brillante.

Aquella había sido la primera vez que conoció a la inspectora jefa Emma Gardner, la amiga más compasiva que había tenido jamás.

Y la había traicionado con sus mentiras y su comportamiento.

Dejó caer la cabeza.

—Venga, ¿listo? ¿Volvemos al Cuartel General? —preguntó Daz, arrugando la cajita de cartón que había contenido su Big Mac y tirándola en el bolsillo de la puerta.

Riddick asintió. *Hora de afrontar las consecuencias.*

36

Después de mandar a los niños a vivir «una aventura», Gardner recibió una llamada de Marsh.

—Hemos identificado a la persona de la foto de Facebook que me enviaste.

Gardner respiró hondo.

—Neville Fairweather —continuó Marsh—. ¿Te suena de algo?

Gardner exhaló. —No..., pero al menos confirma que el nombre de James Wright es una patraña.

—Sí, desde luego..., pero... —Marsh suspiró.

No era propio de ella quedarse sin palabras. Algo pasaba.

—¿Inspectora?

—Emma, ¿hasta qué punto estamos seguras de que es él? ¿Tu au pair está completamente convencida?

Gardner apretó en un puño la mano que no sostenía el teléfono. —Casi se le cae la mandíbula sobre la mesa de la cocina cuando vio su foto... Además, yo vi a ese hombre en mi urbanización, hace cosa de un año. No estará poniendo en duda también mi memoria, ¿o sí?

Marsh resopló. —Vale, Emma. Ha sido un día de mierda, lo sé, pero tranquilízate, guapa.

¿Guapa? Vaya pedazo de... Gardner golpeó el respaldo del sofá con el puño.

—No puede ser Neville Fairweather quien ha ido hoy a su casa —dijo Marsh—. ¡No a menos que pueda teletransportarse! Está en

Turquía en una especie de viaje de negocios. Se fue hace dos días. No puede haber ningún error. Es imposible que sea él. Sí, es de su zona. En eso tenía usted razón, pero es totalmente seguro que hoy no ha visitado su casa. Su au pair tiene que haberse equivocado.

Gardner sintió de repente como si todos los nervios de su cuerpo hubieran estallado en llamas y se puso en pie. —¿Es un error. ¿Puede comprobarlo de nuevo, inspectora?

—No hay error. Lo he confirmado tanto con el UKVI como con la Fuerza de Fronteras. ¿Quiere la documentación? ¿Es que mi palabra no le basta?

Gardner se mordió la lengua para no soltarle algún veneno. Aunque Marsh fuera un soberano coñazo, estaba de su lado. Tendría paciencia, pero solo hasta cierto punto. —No, inspectora. Lo entiendo. —Hizo una pausa—. ¿Puede al menos decirme lo que sabe sobre este Neville Fairweather?

—No mucho, a pesar de que hay bastante que saber. Mantiene un perfil bajo. Es un hombre poderoso, forrado hasta las cejas, un pez gordo de la construcción, empresario, filántropo, les mete un chute intravenoso a las organizaciones benéficas... lo que se le ocurra... ahí está él. Es como el hombre al que no se reconoce en ninguna de las fotos de los grandes y poderosos, el que tiene las cartas, el que mueve los hilos...

El que falsifica sus propios movimientos internacionales...

—Pero Neville Fairweather no es su hombre. Lo siento, Emma. Dios, ojalá lo fuera.

—Aun así, parece poderoso...

—También lo es nuestro Ministerio del Interior. A ellos no los ha engañado.

—Eso no significa que no esté moviendo los hilos..., como acaba de decir usted misma.

—Mira, de todos modos Neville no es una amenaza para ti. Viendo su perfil, es más probable que te pague un piso franco y un guarda armado a que te acose. Según la prensa, el hombre es un santo. También dona al Partido Laborista y es lo más socialista que te puedas echar a la cara, por lo visto. Aunque siempre me he

preguntado cómo gente tan rica puede ser socialista, pero bueno, eso es otra historia.

—Entonces, ¿cuál es su conexión con Collette Willows?

—Aún no he encontrado ninguna.

Gardner suspiró.

—Emma, tienes que mantenerte alerta. Al menos sabemos que tu acosador se parece a Neville. Descubriremos quién es en realidad muy pronto.

No, no lo descubriréis, porque era Neville Fairweather.

Se acercó a su ordenador y lo buscó en Google.

La primera imagen era de él bebiendo champán con Elon Musk.

Joder.

El vivo retrato del hombre que había evitado que Rose saliera corriendo a la carretera...

Y el vivo retrato del hombre que rodeaba con el brazo a Willows en su foto de Facebook; la que había puesto a Monika en un sinvivir...

¿Quién era este hombre, que podía fingir su ausencia de un país?

Debía de ser poderoso.

Y cuando el poder estaba involucrado, los riesgos y los peligros se intensificaban.

Por muy aterrorizada que estuviera, tenía que aguantarse. Tenía dos hijos pequeños de los que preocuparse. Neville Fairweather se había equivocado de objetivo.

—Explícame las precauciones que has tomado, Emma. —La voz de Marsh interrumpió su búsqueda.

Le explicó que los niños se habían ido a quedar con O'Brien y su hermana.

—¿Por qué no te vas a un hotel?

—No, pondré a mis hijos fuera de peligro, pero él no va a hacer que yo huya —dijo Gardner—. Además, sea quien sea, lleva un año observándome. Si hubiera querido hacerme daño, ya lo habría hecho.

—¿Quiere tomarse unos días libres?

—No.

—¿Está segura?

—¡Sí!

—Tenía la esperanza de que dijera eso. Pero si va a estar en la reunión informativa mañana a primera hora, hay algo para lo que debe estar preparada. Otra sorpresa...

—Después de lo de hoy, ¿cree que puede sorprenderme, inspectora?

—Sí, lo creo.

Tenía razón.

37

Riddick no podía creerse que Daz siguiera en el aparcamiento de la comisaría. Subió al asiento del copiloto.

—¡Han pasado más de tres horas, tío! Te dije que cogería un taxi para ir a casa.

Daz levantó un maltrecho libro de bolsillo de Dean Koontz.

—He estado la mar de bien. Y también quería asegurarme de que tú lo estuvieras. Sabía que las posibilidades de que me llamaras luego eran escasas.

—Yo creo que lo que te preocupa es volver a dejarme suelto.

—¡Suelto! ¡Quién pudiera! Me preocupa más que te quites de una vez el maldito bozal.

Riddick resopló.

Daz lo miró de reojo.

—Venga, desembucha. ¿Qué ha pasado?

—Algo totalmente inesperado, la verdad.

—¿Qué? *¿Inesperado?* En la vida de Paul Riddick… ¡No me lo puedo creer!

Riddick negó con la cabeza.

—Y por esto mismo no te habría llamado.

Daz hizo el gesto de cerrarse la cremallera de la boca.

—Bien —dijo Riddick, y luego le explicó que le habían leído la cartilla, y con severidad, por su conducta con Nathan Cummings, pero que estaba libre de sospecha en el asesinato. Como había

supuesto, el ANPR, combinado con la coartada de Claire, había sido suficiente. Un pequeño equipo de homicidios estaba trabajando en una lista de sospechosos en la que, gracias a Dios, Riddick no figuraba—. Así que no hay ninguna gran línea roja alrededor de mi nombre en la pizarra, como pensabas.

Daz se rio.

—Culpa mía. ¿Cómo he podido pensar que algo así era posible tratándose de alguien tan limpio como una patena?

—Me han dado un toque de atención por mi conducta, pero nada más. Se tragaron la excusa de que dejé el Cuartel General esta mañana porque estaba muy angustiado. —Inspiró hondo—. Sabían lo mucho que me ha afectado el incidente de Arthur Fields; el sentimiento de culpa y todo eso. Comprendieron que la muerte de Cummings podría haberlo traído todo de vuelta. Mientras vuelva a ver al psicólogo, lo mantendrán en secreto.

—Joder, ¿desde cuándo se han vuelto los jefes tan comprensivos?

Riddick asintió.

—Hoy en día es un mundo diferente. En lo que respecta a la salud mental, *nadie* quiere acabar siendo el malo de la película. Te da cierto margen de maniobra.

—¿Así que eso era lo inesperado?

—No…, pero lo que te voy a contar es confidencial…

Daz arrojó su libro al asiento trasero, riendo.

—¡Jesús! ¡Esto es surrealista! ¡Acabo de llevarte al McDonald's para que tiraras por el váter un lote de pastillas de éxtasis y ahora te preocupa la confianza!

—¡Baja la voz!

—Venga, al grano, tío.

Riddick le habló de la investigación en curso sobre la red de narcotráfico de Bradford y el lote de pastillas de éxtasis del unicornio.

—¿La mierda que metiste en mi coche?

Riddick asintió.

—Esa mierda era jodidamente fuerte. Mandó a un buen número de críos al hospital…, incluido Arthur. Y ahora ha acabado en el puto Knaresborough. Otros dos chavales fueron hospitalizados anoche.

—¿La incipiente cultura de la droga de Knaresborough? No sé yo si lo veo.

—Pues deberías. Donde hay dinero, *siempre* hay negocios y corrupción. —Suspiró—. Estoy hecho polvo. Me deprime tener esa basura en mi terreno. La cosa es que me han pedido que vaya allí mañana por la mañana. De vuelta al lugar y con la gente con la que solía trabajar. Tuve problemas allí…, muchos problemas…

Riddick se frotó las sienes, recordando la expresión en el rostro de Gardner aquel fatídico día en que descubrió que él había pagado para que asesinaran a Ronnie Haller.

Había visto una gran decepción en sus ojos. Y pérdida.

Su amistad, hecha cenizas…

Pero ¿había sido solo amistad? Había habido momentos en que él había sospechado que era algo más.

¿Se vería obligado a ver de nuevo su decepción y a enfrentarse a esa pérdida?

—Tus problemas van contigo, Paul, no con el lugar ni con la gente —dijo Daz, interrumpiendo sus reflexiones.

—Las cosas claras.

Daz se encogió de hombros.

—¿Qué sentido tiene si no lo hago?

Riddick también se encogió de hombros.

—Sí. Pero aunque probablemente tengas razón, el recibimiento será gélido. No soy especialmente querido.

—Seguro que apreciarán tu experiencia.

—Están en medio de una investigación de asesinato. Dudo que aprecien gran cosa.

—¿Asesinato?

—Sí. Dos chavales de diecinueve años asesinados a golpes con una roca en un cementerio. Ambos con esta droga en el cuerpo. Una de ellos, la chica, Vivianne Gill, tenía en su casa una bolsa de lona llena de las putas pastillas con el unicornio.

—Mierda.

—Y que lo digas.

—Alguien debe tenerte en muy alta estima si creen que puedes atar cabos.

—Créeme, nadie me tiene en alta estima.

—No me lo creo.

—Pues deberías. Hay alguien allí que sí solía cubrirme las espaldas. Pero lo convertí en un puto desastre, como de costumbre.

—¿Quién?

—¡No pongas esa cara de sorpresa! —Riddick sonrió y le dio un apretón en el muslo a Daz—. Sí, antes que tú, ricura, hubo alguien más…

Daz le apartó la mano de un manotazo, riendo.

Así que Riddick le contó a Daz todo sobre la Inspectora Jefa Emma Gardner.

Y su padrino pareció cautivado.

Pero ¿quién no lo estaría cuando el narrador hablaba con tanta pasión?

De vuelta a casa, Riddick intentó llamar a Claire por décima vez en el día.

Y, por décima vez, ella no contestó.

Negó con la cabeza. Embarazada y teniendo que proporcionarle una coartada. Ya estaba cabreada con él; se imaginaba que ahora estaría que trinaba.

Eso era lo que pasaba si te liabas con esa bola de demolición humana.

Tras dar las gracias a Daz y prometerle que lo llamaría al día siguiente, se acercó a la entrada de su casa, protegiéndose los ojos de la llovizna.

El coche de Claire no estaba.

Mientras abría la puerta, la congoja le oprimía el pecho.

La había cagado, ¿verdad?

Mientras deambulaba por las habitaciones oscuras y vacías, la congoja se convirtió rápidamente en un familiar sentimiento de resignación.

Sí. La cagaste en Knaresborough y ahora la has cagado aquí también.

Cuando comprobó que no estaba y vio que faltaban algunas de sus maletas y ropa del armario, volvió a la cocina y encontró una nota junto a la tostadora.

Lo primero en lo que se fijó fue en los besos y el apelativo cariñoso del final: *Te quiero, C xx*

¿Esperanza?

Leyó la carta.

Sí… algo de esperanza.

Se estaba quedando con su hermana para aclarar sus ideas. Pidió privacidad y le hizo saber que sería ella quien se pondría en contacto.

Él prometió respetar su petición.

Luego repasó sus últimas palabras con el dedo. *Te quiero, C. Besos.*

Riddick abrió la boca para corresponder a la muestra de cariño, pero no pudo.

Cerró la boca, sin saber muy bien por qué.

38

Durante la mayor parte de la noche, Gardner le dio vueltas a dos hombres que le estaban causando una gran ansiedad; su mente saltaba de uno a otro por igual.

Cuando llegó a Knaresborough, había sido como un pez fuera del agua, vulnerable tras la muerte de su colega y compañero, Willows, y con la tarea de domar una sala llena de policías de Yorkshire de mediana edad. Era inevitable que recurriera a alguien.

Su error había sido elegir al inspector Paul Riddick, un alcohólico destrozado y consumido por el dolor.

Aun así, era un error fácil de cometer cuando el alcohólico era también el hombre más atento y compasivo que había conocido jamás.

Pero su compasión era su maldición. Lo lejos que era capaz de llegar por la verdad podía ser aterrador. Y en aquellas ocasiones en las que se había llevado a sí mismo al borde de la locura, el suelo se desmoronaba y quienes lo rodeaban también caían en la oscuridad…

Y, sin embargo, podría habérselo perdonado todo. Podría haber estado a su lado en cualquier momento en que la hubiera necesitado. Su comportamiento casi suicida, su incesante impulso de defender a los vulnerables de quienes pretendían aprovecharse de ellos, sin importar el precio.

Podría haberlo soportado todo.

Hasta la última gota amarga…

Excepto por *aquella* sola cosa.

Porque tenía que haber un límite, ¿no? Simplemente, tenía que haberlo. Y si convertirte en lo que siempre habías despreciado no era un límite, ¿entonces qué lo era?

Riddick había pagado por el asesinato del asesino de su familia y, para eso, no podía haber redención.

Y me perdiste, Paul, en el momento en que me mentiste. Nuestro reencuentro es profesional. Necesito saber la conexión de Ralphie y Vivianne con esta red de narcotráfico y eso es todo.

Miró la hora y gimió. Mañana sería otro día agotador.

Pero eso no impidió que sus dedos volaran sobre el teclado mientras investigaba sin descanso a Neville Fairweather, buscando la verdad detrás del hombre que acababa de ponerle la vida patas arriba.

Era exactamente como había dicho Marsh. El hombre era especial. O, al menos, así lo consideraba la prensa, que elogiaba su naturaleza caritativa y su inversión en la sociedad. Abundaban las fotos suyas dándole la mano a gente como Bill Gates, Barack Obama y muchos otros.

Neville había estado hoy en su casa. De eso no cabía duda. Monika se había asustado, pero no señalaría a este hombre a menos que fuera él, ¿verdad? Además, Gardner *aún* podía verlo, con total claridad, rescatando a su hija al borde de esta urbanización.

Varias veces bajó a comprobar todas las puertas, a mirar por la ventana en busca de cualquier señal de actividad y a servirse una copa de vino. Y cada vez, su mente volvía a divagar hacia Riddick.

Recordó estar de pie frente a la casa de Riddick, meses después de su traición, justo antes de su traslado a Bradford.

Su único momento de debilidad.

Había visto que el hombre que lo había perdido todo —incluido a sí mismo— había encontrado algo de nuevo.

Una mujer.

Había sentido celos. Sí. No lo negaría. Pero había sido lo mejor. Él había conseguido empezar de nuevo y ahora ella tendría su oportunidad.

Así que, cuando él intentó ponerse en contacto con ella, y lo intentó muchas veces, ella lo ignoró.

Volvió al portátil y se frotó las sienes, dándose cuenta de que ya había dado buena cuenta de la botella.

Mantengámoslo en el plano profesional mañana, Paul. Lleguemos a la verdad, rápido y fácil. Tú vuelves a tu segunda oportunidad, y yo volveré a este enigma… Neville Fairweather.

Ojeó una multitud de fotografías en las que aparecía Neville cumpliendo con sus deberes como miembro de la alta sociedad.

¿Quién demonios eres?

Se detuvo en seco.

Era una foto de Neville cortando una cinta, inaugurando un nuevo parque en Harrogate de hacía muchos años.

El hombre que estaba a su lado era Sebastian Harrington.

39

1981

Dean entró tambaleándose en el polígono industrial abandonado.

Cerró los ojos antes de llegar al antiguo taller de Howie.

Fuuu...

El sonido de la ejecución de Neil Clark estaba tan nítido en su memoria como lo había estado aquella noche. Había pasado un año, pero la quema de aquel hombre aún ardía con ferocidad en su recuerdo.

Abrió los ojos y siguió tambaleándose. Diez pintas de Timothy Taylor's le hacían eso a uno. Pero, incluso en su estado de embriaguez, se dio cuenta de que nada había cambiado.

El lugar seguía desolado y el resplandor de unas farolas lejanas aún era débil. Seguían siendo tiempos difíciles. Nadie podía permitirse el alquiler de aquellas naves y venderlas era una quimera. En aquel momento, con la situación en la que se encontraba el país, sobre todo el norte, ni siquiera podían permitirse demolerlas.

La Gran Bretaña de Thatcher. Los del norte, abandonados a su suerte.

Tropezó con unas persianas metálicas. Se rio. No había de qué preocuparse, allí no había nadie.

Cuando su risa de borracho se apagó, un pensamiento le asaltó la mente: *¿Por qué estás aquí, Dean?*

Era el pensamiento más lúcido que había tenido en horas, y la claridad lo pilló por sorpresa.

Sin embargo, su incapacidad para responder no fue una sorpresa, y sus pensamientos volvieron a dar vueltas sin control.

Lo único que sabía era que el lugar era un símbolo de la oscuridad de su pasado. Y aquella noche, era como un imán que tiraba de él.

Fuuu...

Neil Clark.

Puede que solo fuera un año mayor que Penny, pero él conducía aquel coche y había huido como un cobarde.

Cierto, Dean, pero ¿merecía arder atrapado dentro de un neumático de goma derretido?

—No respondas —dijo en voz alta, arrastrando las palabras.

El último resquicio de tu cordura puede que dependa de ello.

Al acercarse al Taller de Howie, miró el nombre desconchado sobre las persianas metálicas.

A pesar de los tiempos que corrían, a Howard le había ido bien con su nuevo local en Aspin.

Aunque el hombre era un perro con las tías. De eso no había duda. Recordó una vez que lo había pillado coqueteando con Estelle. Dean apretó los puños.

Aunque ya no importaba mucho. La relación de Dean con Estelle se había acabado de todas formas.

A medida que se acercaba, Dean se dio cuenta de que las persianas de la nave estaban levantadas como un metro. Un fino charco de luz se derramaba por debajo. Algo de lo que no se había percatado antes por las farolas de alrededor y su tajada. En lugar de preocupación, le invadió la curiosidad.

Sonrió con suficiencia. *Está claro, voy borracho como una cuba.*

Aún más cerca, oyó unas voces tenues que provenían del interior.

Esa es la señal para largarte...

Solo que la fuerza de la Timothy Taylor’s realmente corría por sus venas.

Además, ¿cómo solía llamarlo siempre Estelle antes de hacer las maletas y marcharse?

¿Falto de agallas?

Vale, Stell, ahora verás si tengo agallas.

Se agachó bajo la persiana metálica y entró en el taller. ¡Estaba exactamente como lo recordaba!

Piezas de motor esparcidas, ese mismo olor a aceite de motor quemado... excepto que esta vez, había dos figuras recortadas al fondo del taller.

Otra señal para largarte...

En lugar de eso, se agachó, cogió un trozo de metal y se lo acercó a la cara. Una llave inglesa.

La adrenalina burbujeaba bajo su confianza inducida por el alcohol.

Recordó su última discusión con Estelle, cuando ella le confesó su aventura: «Te dejo por alguien que tenga agallas».

¿Así que quieres agallas?

Se puso en marcha, tambaleándose entre los escombros, a punto de caerse dos o tres veces. Teniendo en cuenta lo inestable que estaba, consiguió acercarse sin delatar su presencia de forma admirable. Lo bastante cerca, en cualquier caso, para reconocer al hombre elegante con nariz de puñal.

Keith Fields.

Al otro hombre, sin embargo, lo envolvía el humo del cigarrillo de Keith.

Dean se lanzó la llave inglesa de una mano a otra mientras continuaba acercándose.

Cuando la llave inglesa no aterrizó en la otra mano, bajó la vista justo a tiempo para verla repiquetear en el suelo.

Mierda.

Cuando volvió a levantar la vista, Keith salía rápidamente del humo y las sombras.

—¿Dean?

Dean se tambaleó, sonriendo.

—Mi viejo amigo.

Keith tiró el cigarrillo a un lado.

—¿Qué haces aquí?

—¡Buena pregunta!

Keith avanzó un poco, cerrando los puños.

—Una que necesita respuesta... *ahora*.

Dean levantó un dedo.

—Espera..., solo déjame... —Volvió a mirar hacia abajo y, a pesar de la visión borrosa, localizó la llave inglesa. Se arrodilló y la recogió. Al incorporarse, tropezó y cayó de rodillas. El porrazo sonó peor de lo que fue—. Esto se está volviendo bastante indigno. —Alzó la vista hacia Keith y le apuntó con la llave inglesa—. ¿A quién has venido a matar esta noche?

Los ojos de Keith se abrieron como platos. Apretó los puños.

—No le pegarías a un hombre caído, ¿verdad? —dijo Dean.

Keith se había girado para mirar al otro hombre entre las sombras humeantes.

—Dame un momento. Yo me encargo de esto. —Luego se volvió de nuevo hacia él.

—¿A que no sabes qué? Hoy me han llegado los papeles del divorcio —dijo Dean—. Mi vida es un desastre.

Keith resopló y dijo:

—Yo no lo vería así. Probablemente estás mejor sin ella. De hecho, creo que te has dado cuenta y has salido a celebrarlo.

Dean lo fulminó con la mirada.

—Sabía que lo verías así. ¿Cómo la llamabas siempre?

—Todo un personaje. —Keith señaló con la cabeza la llave inglesa en la mano de Dean—. Vale, esto se está volviendo bochornoso. ¿Qué pretendes hacer, Dean?

—Depende.

—¿De qué?

—¿De si alguien está en peligro?

Keith sonrió.

—Bueno, nadie estaba en peligro hasta que has aparecido tú...

—Ja, ja, muy gracioso. Quiero que te disculpes, Keith.

—¡Ja! ¿En serio? ¿Y por qué?

—Por el hecho de que mi hija está muerta por tu culpa.

—Está muerta por culpa de Neil Clark.

—Que trabajaba para ti.

—No se nos puede responsabilizar de todo lo que hacen nuestros empleados.

—Estaba por ahí trapicheando con tu droga..., puesto de tu mierda..., eso...

Keith se arrodilló y se llevó un dedo a los labios. —Cállate, Dean. Nos ocupamos del problema internamente. Por ti. Te pagamos bien, y te ofrecí a la escoria que atropelló a Penny, y puede que lo rechazaras, pero aun así estuviste allí. Seguías siendo cómplice. —Dean apretó los dientes al recordar el silbido, seguido de los gritos de agonía. Sintió que la ira y el arrepentimiento lo desgarraban a partes iguales. Sacudió la cabeza, relajó la mandíbula y murmuró—: No..., no...

—Yo creo que la ley diría que sí lo eras.

Dean fulminó a Keith con la mirada. —¿La policía estuvo encantada de dejar de investigar, verdad? ¿A ellos también los sobornaste?

—Creo que lo mejor es que lo dejes por esta noche.

—¿Y si monto un escándalo? ¿Y si los obligo a investigar de nuevo? Te salpicará.

—¿Y a ti? Irás a la cárcel por lo de Neil Clark.

—¿Y crees que de verdad me importa?

Keith asintió y pensó por un momento. —No estoy seguro de que te importe..., no..., lo cual me preocupa. Y debería preocuparte a ti también.

Dean se rio. —¿Crees que algo me preocupa después de lo que he pasado? ¡De lo que me has hecho pasar!

Keith suspiró y se puso de pie de nuevo. —Vale. Voy a suponer que esta noche es la bebida la que habla por ti. Si te vas a casa ahora y duermes la mona, esto no tiene por qué acabar mal. Luego, por la mañana, volveremos a hablar sobre la importancia de la discreción. Creo que lo verás de otra manera con la luz del día. Tienes que volver al buen camino cuanto antes, o te destruirá...

Dean vomitó.

Le salpicó la ropa y los zapatos de Keith.

Keith retrocedió unos pasos de un salto.

Dean levantó una mano para dar a entender que ya había acabado, pero entonces tuvo otra arcada. Cuatro en total. Había mucho vómito. El hedor a cerveza era penetrante.

—¡Joder! ¡Qué asco! ¡Piérdete! —Keith se dio la vuelta.

Dean dejó que el resto del vómito goteara de su boca, antes de escupir los trozos que le quedaban.

Se puso en pie, observando a aquel cabrón alejarse, de vuelta a las sombras. Luego miró la llave inglesa que aún sostenía en la mano.

Cargó contra él, repentinamente decidido a abrirle la cabeza a ese cabrón; sin embargo, su propio vómito lo hizo patinar. A pesar de perder el equilibrio, consiguió asestar un golpe, alcanzándolo en la espalda.

Keith gritó de dolor, mientras Dean volvía a caer de rodillas sobre el hormigón. La llave inglesa se deslizó lejos de él.

Dean observó a Keith apoyarse en una pieza vertical de un equipo de reparación de coches mientras gemía y, más allá, el hombre misterioso se movía entre las sombras.

Keith avanzó tambaleándose, con los ojos entornados. Señaló la cicatriz que Estelle le había hecho en la mejilla con el cigarrillo. —Primero, esto, ¿y ahora intentas abrirme la cabeza? Tú, amigo mío, te has quedado sin vidas. —Se arrodilló y recogió la llave inglesa que Dean había soltado estúpidamente.

Keith levantó el arma y Dean, por primera vez desde que había llegado al polígono industrial, sintió miedo. Las intenciones de Keith eran claras.

Aun así, ¿cambiaría Dean algo de este enfrentamiento?

¡Ni hablar!

Le sonrió a Keith, que estaba en tensión y listo para golpear. *Hacerte frente fue una de las mejores cosas que he hecho en mi vida.*

La llave inglesa destelló y el mundo se volvió de un blanco incandescente. El dolor en la parte superior izquierda de su cara era atroz.

El segundo golpe lo hizo caer de costado, y sintió su propio vómito contra la mejilla.

Entonces, los destellos se sucedieron rápidamente.

Uno..., dos..., tres...

—*¡Para!* —gritó alguien.

Cuatro...

—¡Keith, para! ¡Ya basta! Maldita sea. Le has sacado el ojo de la cuenca, joder…

Dean reconoció la voz.

Increíble.

¿Qué hacía *él* aquí?

Fue su último pensamiento antes de que todo se volviera negro.

40

2024

La fotografía de Sebastian Harrington y Neville Fairweather juntos había desconcertado a Gardner. Había pasado la mayor parte de la noche en internet buscando alguna otra conexión entre los dos más sólida que aquella solitaria imagen, pero no había encontrado nada.

Se suponía que Neville era una especie de socialista más papista que el papa, así que era seguro que no hacía donaciones a los tories... Al menos, ninguna de la que quedara constancia.

¿Quizá su aparición juntos en la inauguración de un parque en Harrogate no fuera más que una simple coincidencia? Pero ¿acaso Neville no era de Wiltshire? Lo que significaba que pintaba muy poco por aquí asistiendo a inauguraciones...

Justo antes de salir para la reunión de la mañana, Gardner llamó a un viejo amigo.

El inspector jefe Michael Yorke sonaba como si le faltara el aliento.

—Es un poco tarde para salir a correr —dijo Gardner—. Las salas de incidentes no se preparan solas.

—Estoy de semana libre. Me he estado levantando tarde.

Eran las cinco de la mañana.

—¿Cómo están Pat y los niños?

—Genial. ¿Y Rose y Ana?

—Igual. Siento interrumpirte la carrera, señor.

—Joder.

—Perdona, *Mike*.

—Ya te he dicho que algún día me mirarás por encima del hombro desde una torre de marfil.

—¡Ja! He oído que el SEROCU te anda rondando.

El SEROCU era la Unidad Regional contra el Crimen Organizado del Sudeste, y corrían rumores de que su comisario jefe Riley Robinson, la cara visible y el dinosaurio de la unidad, estaba a punto de jubilarse.

—Pueden rondar todo lo que quieran —dijo Yorke—. Me estoy rociando con Brut a propósito para despistarlos. Y no te preocupes por interrumpirme la carrera. Ahora Rosie corre conmigo. —Rosie era la cockapoo de Yorke—. Y se había parado para..., bueno, responder a la llamada de la naturaleza. Aunque eso tiene de todo menos de natural...

—¿Nos dejamos de formalidades, entonces?

Él se rio. —¿Por qué no? Es lo que solemos hacer.

—Necesito tu ayuda, Mike.

SINTIÉNDOSE algo más tranquila al saber que Yorke iba a investigar a Neville Fairweather a pesar de estar de vacaciones, Gardner volvió a concentrarse de camino al Cuartel General.

Durante el trayecto, contactó con Rice para repasar algunas novedades de la Operación Cascada Roja hasta el momento, que eran escasas. También le pidió que siguiera adelante con la asignación de tareas. Llamar a las puertas de *más* casas que jalonaban la ruta entre la casa de la fiesta y el cementerio era la tarea más urgente.

Había mantenido a Riddick deliberadamente en un segundo plano en su mente aquella mañana, pero, al hacerlo, el pensamiento sobre él resurgió con la fuerza de un camión de diez toneladas. Así que,

cuando llegó al aparcamiento del Cuartel General, buscó su coche con la mirada, antes de darse cuenta de que no tenía ni idea de qué conducía actualmente.

Con el pecho oprimido por la expectación de verlo, entró en el Cuartel General con su tarjeta y optó por las escaleras. Cada vez que doblaba una esquina, o alguien delante de ella se cruzaba en su camino, se le cortaba la respiración.

Cuando llegó a su despacho, todavía no había visto a su antiguo colega.

Suspiró, pero luego puso los ojos en blanco ante aquella expresión de alivio. Tarde o temprano tendría que verlo.

Llamaron a la puerta.

Más bien temprano.

Se enderezó en la silla, tragó saliva y dijo:

—¡Adelante!

Rice asomó la cabeza por la puerta.

Joder.

Respiró hondo.

—Solo venía a ver qué tal, jefa. ¿Está lista para la reunión?

Ella asintió.

—Está aquí, ¿sabe?

Se puso en pie.

—¿Paul?

—Sí, claro... ¿quién si no, jefa? ¿Está bien?

El hecho de que esté pensando en salir corriendo por la puerta de atrás sugiere que no.

—¿Has hablado con él?

—No. Está esperando en la sala de incidentes. Pero lo he visto entrar...

—Vale.

—Sigue pareciendo un gilipollas pomposo y arrogante...

—Phil, por favor. —Se frotó las sienes.

—Bueno, ya sabe lo que pienso y...

—Sí —dijo Gardner—. *Sé* lo que piensas de él. De hecho, todo el departamento *sabe* lo que piensas de él. Mierda, todo North

Yorkshire *sabe* lo que piensas de él. Lo dices como si fuera un secreto de estado. En fin, ¿adónde quieres llegar?

Rice pareció sorprendido. Se dio cuenta de que quizá se había pasado de dura.

Ah, bueno. A algunas personas les venía bien. Rice era una de ellas.

—A lo que quiero llegar es...

Parecía que no se había tomado su pregunta como retórica.

—... ¡a que creo que lo mejor es que averigüemos todo lo que necesitemos sobre Mansters y las pastillas de unicornio y luego lo mandemos a paseo!

—Gracias por tu opinión sobre el asunto.

—Bueno, es solo una opinión.

Cerró los ojos. —Bueno, pues gracias por *solo* opinar. —Suspiró y volvió a abrir los ojos—. Ahora lárgate y ofrécele una taza de café. No consiento groserías bajo mi mando. Y como lo provoques, Phil, que Dios me ayude...

La puerta se cerró. Se había ido.

Gilipollas maleducado.

41

Riddick estaba respondiendo otro correo inútil del Cuartel General en el móvil cuando sintió que alguien se cernía sobre él.

No necesitó levantar la vista. Podía adivinar de quién se trataba por el olor a colonia barata.

—Phil —dijo, mientras seguía tecleando el correo—. ¿Qué tal?

—Bien. ¿Me das un segundo, por favor?

Riddick dejó de teclear y levantó la vista del móvil, sonriendo. —Claro.

Era evidente que a Rice no le hacía ninguna gracia la actitud despreocupada de Riddick; la verdad es que nunca se le veía muy contento. Su expresión habitual era una especie de desprecio furibundo.

—¿Quieres un café? —La sangre se le subió a las mejillas a Rice, y de repente pareció que se estaba atragantando con algo.

¿En serio? —¿Me estás tomando el pelo?

—Solo intento ser hospitalario, joder. Tú y ese puñetero resentimiento que te traes. Yo...

Riddick no pudo evitar reírse.

—¿Por qué te ríes?

—¿Puedes culparme? Es que... vamos, *tú*... ¿hospitalario? Alguien tiene que haberte incitado a hacerlo. ¿Ha sido Marsh?

—Nadie...

—Gilipolleces. ¿Es así como te has aferrado a ese puesto de ayudante del director de investigación a pesar de que es imposible trabajar contigo?

—Me viene a la mente el cuento del roto y el descosido. Vale, si esa es tu actitud, métete el café por...

—He sido yo —dijo Gardner, apareciendo detrás de Rice—. Le he dicho que te ofreciera un café. Parece que el tiempo no os ha ayudado a ninguno de los dos a superar vuestra competición de a ver quién la tiene más larga. Debería haberlo supuesto.

Se colocó junto a Rice y miró a ambos hombres con las manos en las caderas. Intentaba parecer autoritaria. Riddick se preguntó si sería una actuación. Si ella sentía lo mismo que él al verla, por dentro estaría hecha un manojo de nervios.

Abrió la boca para hablar, pero se limitó a quedarse mirando, completamente sin palabras. Durante mucho tiempo, había estado desesperado por verla, pero ahora que la estaba mirando, sentía como si el tiempo no hubiera pasado en absoluto.

Gardner miró a Rice. —¿Le pones un café a nuestro invitado, por favor, Phil? Con dos de azúcar.

Rice suspiró y se dio la vuelta.

—En realidad, con solo uno de azúcar ahora, Phil. Le he ido quitando —dijo Riddick.

Rice le hizo una peineta por encima del hombro.

Afortunadamente, Gardner no lo vio. Tenía los ojos fijos en Riddick.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Gardner, señalando con la cabeza la silla que había a su lado.

Riddick se encogió de hombros. —Es su Sala de Incidentes. —Sonrió con torpeza, intentando ocultar los nervios—. Lo acaba de dejar meridianamente claro. Apostaría a que Phil le está echando arsénico a mi café ahora mismo.

Gardner se sentó. —A lo mejor te lo mereces.

Riddick se rio. —Creo que todos sabemos que probablemente me lo merezca. —Miró a Gardner de perfil y sintió una creciente calidez en su interior. Vio una delicadeza familiar escondida tras esa expresión severa. Una ternura.

—Te he echado de menos —dijo.

Eso no la ablandó. Si acaso, su expresión se volvió más afilada y rígida. —No es verdad.

Él puso los ojos en blanco. —Entonces estoy mintiendo.

Ella lo miró. No necesitó verbalizar su respuesta. La vio en sus ojos: «*Bueno, no sería la primera vez que mientes, ¿verdad?*».

Era justo. Reprimió una oleada de irritación. Aun así, iba a defender su postura. —¿Miras tus mensajes? Si lo hicieras, habrías visto que he intentado... montones... y montones... de veces ponerme en contacto contigo.

—Lo vi. —Gardner suspiró—. Pero ¿fue porque me echabas de menos o porque me necesitabas?

Riddick bajó la cabeza. Otro argumento justo. —No... Te *echaba* de menos, jefa. Por eso seguí intentándolo.

—Incluso si ese fuera el caso... no era una buena idea. Y lo sabes.

—¿Ah, sí?

Ella apartó de nuevo la mirada. —¿Has olvidado por completo nuestra última semana juntos?

—Claro que no, pero también recuerdo que éramos amigos.

—Sí. *Éramos.*

—Somos —insistió él.

—¡Venga ya! —resopló ella—. Los amigos no se traicionan como tú me traicionaste a mí.

—Lo que hice... —se contuvo antes de decir el nombre de Ronnie —, no tuvo nada que ver contigo.

—¡Y una mierda! Soy tu compañera... tu superior. Me comprometiste. No se trata solo de ti. Las consecuencias de tus actos afectan a otros, y por eso es imposible que seas mi amigo.

Riddick negó con la cabeza. Ella llevaba un rato sin mirarlo. Eso lo estaba destrozando. —Por favor... jefa... mírame.

Lo hizo, aunque con una ceja arqueada y una expresión de escepticismo.

—Cuando te he visto entrar en esta sala hace un momento, he sentido como si nunca nos hubiéramos separado. Y ahora que volvemos a hablar, estoy absolutamente convencido de ello.

—¿A esto lo llamas hablar?

—Sí. Esto es normal. Siempre has sido una cabezota de narices.

Al principio, pareció atónita, luego, por un momento, aterrorizada, antes de que su rostro se transformara de repente en una expresión de incredulidad. Negó con la cabeza. —¿No puedes estar hablando en serio...? Dios, lo dices en serio, ¿verdad? ¡Que yo soy cabezota! —Se señaló a sí misma—. ¿Yo? Por favor, dime que es una broma. Eres la persona más cabezota que he conocido en mi vida.

—No fui yo quien decidió que nuestra amistad era nula y sin efecto.

Gardner se giró, negó con la cabeza y suspiró. —Dame paciencia. —Se levantó, hizo ademán de marcharse, pero luego se volvió—. De todas formas, ¿por qué te importa tanto esta amistad? Has pasado página. Eres feliz.

—¿Pasado página? ¿Feliz? ¿Por qué dices eso?

—Has conocido a otra persona.

—No sabía que lo supieras.

La cara de Gardner enrojeció. —Pues ahora ya lo sabes. Así que deberías ser feliz.

—Probablemente debería. —Recordó la nota de Claire de la noche anterior. *En lugar de esforzarte siempre tanto en fastidiar las cosas.*

—¡Y no estar siempre anclado en el pasado!

Es más fácil decirlo que hacerlo. —¿Te molesta el hecho de que esté con Claire?

—¡Qué ridiculez! —Gardner le hizo un gesto despectivo con la mano y se alejó. A dos metros de él, se giró bruscamente—. ¡Claro que no me molesta! Me alegro por ti.

—Estabas casada, ¿recuerdas? Cuando yo estaba aquí...

—Joder… ¿Y eso qué tiene que ver?

—No lo sé —dijo Riddick, y se encogió de hombros, confuso. Porque aquella conversación lo confundía de verdad. No estaba seguro de adónde iba a parar—. Voy a mantenerme en mis trece, jefa. Te he echado de menos. Sigo considerándote una amiga. Nos parecemos bastante...

Ella dio un paso hacia él, señalándolo. —No nos parecemos. *En absoluto*.

Él suspiró. Estaba demasiado decepcionada con él. Avergonzada de él. El tiempo no había suavizado su postura. Ni la había curado.

Rice entró, con una taza de café en la mano, y los sacó a ambos de su miseria. Le dio el café a Riddick. —*Dos* de azúcar, como pediste.

Capullo.

Riddick se levantó y los miró a ambos. —¿Tenemos veinte minutos antes de la reunión informativa?

—Sí —dijo Gardner—. Sin problema.

—Genial. —Intentó sonar entusiasta, decidido a parecer profesional e impasible ante el reencuentro con Gardner—. Me preguntaba si podríais ponerme al día sobre cómo va la Operación Cascada Roja. Un toque personal ayudaría. Así podré pulir mi intervención para vuestros agentes sobre los Manster y Bradford.

Mientras lo ponían al corriente, Riddick se dio cuenta de que se estaba mintiendo a sí mismo.

Estaba completamente afectado por el reencuentro.

Retomar esa conversación más tarde parecía tan inevitable como el amanecer.

42

Durante la sesión informativa, a Gardner le costó concentrarse; su conversación con Riddick la había descolocado.

¿Acababa de hacer el ridículo?

Has conocido a otra persona.

¿Te molesta que esté con Claire?

Gimió para sus adentros. *Debo de haber sonado como una adolescente celosa y colgada.*

¡Y no era eso lo que quería decir en absoluto!

¿O sí?

También la había distraído la reacción de la sala ante el regreso de Riddick.

¡Había sido de todo menos unánime, por decirlo suavemente!

Antes de la llegada de Gardner, uno de los casos de Riddick había implicado el suicidio de un adolescente. Su gestión de la investigación había sido sometida a un intenso escrutinio, y un mordaz reportaje de la implacable periodista *freelance* Marianne Perse había sido la puntilla. La reputación del inspector había quedado hecha jirones, tanto dentro como fuera del Cuartel General.

Algunos de sus antiguos compañeros vieron más allá de la cortina de humo al hombre que era en realidad y, hoy, le habían dado la bienvenida con firmes apretones de manos y alguna que otra palmada en la espalda, mientras que aquellos que siempre lo

habían considerado un verso suelto, y que se habían alegrado de perderlo de vista hacía casi un año, mantuvieron las distancias.

Aun así, independientemente de la opinión que la gente tuviera de Riddick, incluida la suya propia, allí estaba, dando resultados, como tantas otras veces en el pasado.

Riddick reveló que la víctima, Ralphie Parks, había estado, en efecto, en nómina de los Manster durante el último mes. Le enseñó al equipo fotografías de Ralphie reuniéndose con miembros de los Manster, incluido el ahora fallecido Nathan Cummings. También había una imagen de Ralphie sosteniendo la bolsa de lona que se parecía notablemente a la recuperada en la habitación de su difunta novia. El entusiasta del teclado Matt Blanks metió esto en el HOLMES 2 con su habitual tecleo sonoro y extravagante.

—Tiene sentido —dijo Rice—. Hace más de un mes que no se veía a Ralphie por su residencia de estudiantes ni en ninguna clase. Parece que había dejado la universidad sin decírselo a nadie, ni siquiera a sus padres. Si nos creemos lo que dicen. Se ve que ha estado ocupado el chico.

¿Lo sabía Vivianne?

¿Habría sido esa, quizás, la causa de la discusión que relató Toby Brundle, el adolescente que decidió no caminar junto a la pareja asesinada de camino al cementerio?

Barnett tenía la mano levantada. —¿Quizá Ralphie les robó a los Manster? ¿Se quedó con parte de los beneficios? *Sabemos* que consumía droga, a nivel personal. ¿Pagaba por ella?

—Claro, es posible —dijo Riddick—. Aunque, por nuestra parte, no hay indicios de que Ralphie se fuera por libre con la droga. E incluso si se hubiera estado quedando con parte de los beneficios de los Manster, matarlos a él y a su novia sería un poco extremo hasta para ellos. No es que debáis descartarlo.

Cuando Riddick entró en más detalles sobre quiénes eran estos Manster, Gardner reconoció algo en los ojos y en el tono de voz de Riddick. Si no conocieras a Riddick como ella, probablemente lo considerarías pasión.

Pero ella sabía que era otra cosa.

Reconoció su obsesión de inmediato.

A Gardner no le hizo falta oír mucho más de aquel relato para saber que la existencia de Nathan Cummings y de los Manster había consumido a Riddick durante el último año.

Igual que tantos otros antes que él lo habían consumido.

Cuando se trataba de quienes eran una lacra para los vulnerables, allí estaba Riddick. En cuerpo y alma. Hay que admitir que era un rasgo admirable en un agente de la ley, salvo, quizá, cuando no se tienen límites.

Pensó en la destrucción que la implacabilidad de Riddick le había causado a él mismo y a sus seres queridos. Todo en nombre de lo que era justo.

¿En qué momento se desdibujaban las líneas?

Cuando Riddick mostró una fotografía de las incisiones en el pecho de Arthur Fields, ella no estaba mirando lo grotesco de la imagen, sino las lágrimas en sus ojos, y lo rápido que se giró para secárselas antes de que nadie se diera cuenta.

Ay, Riddick…

Bajó la cabeza. *Ni se te ocurra, Emma. No te atrevas.*

Riddick les habló a continuación de Keith Fields, el equivalente en Yorkshire a uno de los gemelos Kray durante los años setenta y ochenta. —O eso es lo que os haría creer —había añadido Riddick con desdén—. Y no me trago que esté exiliado del hampa. Creo que esta vida de pobreza es una fachada. Está metido en todo esto de alguna manera. Estoy seguro.

Ya recuperada de su embarazosa conversación con Riddick, Gardner tomó la palabra e hizo sugerencias sobre cómo se podían conectar esos puntos.

—Creo que ahora sería una sorpresa mayúscula si estos asesinatos no resultaran estar relacionados con las drogas —apuntó a una fotografía de Ralphie en la pizarra—. Una de nuestras víctimas dejó la universidad para trabajar para una red de narcotráfico. Guardaba una bolsa grande de pastillas unicornio en casa de Vivianne. También se las vendía a los jóvenes de Knaresborough y de más lejos, en Harrogate y Boroughbridge, imagino. No me creo que Vivianne no supiera nada de los chanchullos de su novio. Muy buenas referencias, sí, pero el amor le hace hacer tonterías a la

gente. Además, se sospecha que la maltrataba psicológicamente. Mary Gill dijo que había criticado su peso. Bien, pensemos… la noche de su muerte, les mintieron a sus padres y se dirigieron a la fiesta de Ethan Williams, aquí, sobre las 19:15 —señaló la ubicación de la fiesta en el mapa.

—Quince fiesteros en total. Todos disfrutando de parte del producto de Ralphie procedente de Bradford —señaló la lista de nombres—. Las versiones son coherentes pero vagas. Posiblemente porque iban puestos hasta las cejas o porque ocultan algo. Una cosa que todos recalcaron, de forma sospechosa, añadiría, es que Vivianne y Ralphie se llevaban a las mil maravillas.

Miró a los rostros de su equipo. —A las 23:35 se llama a una ambulancia para Charlotte Hughes y Adam Briggs, y todo el mundo se marchó. Los informes entonces se vuelven aún más rematadamente confusos. Parece que la mayoría de nuestros adolescentes afirmaron haber ido en una dirección diferente a la de Vivianne y Ralphie. Excepto Toby Brundle. Toby fue a contracorriente al indicar que la pareja no se estaba llevando bien. ¿Estaba Vivianne cabreada por la doble vida de su novio como traficante? Era un paseo de quince minutos hasta el cementerio. Toby los perdió de vista porque caminó deliberadamente despacio por lo incómodo de la situación. Presumiblemente, ellos, Vivianne y Ralphie, fueron directos al cementerio y fueron asesinados entre las doce de la noche y las dos de la madrugada…

Señaló la lista de los quince estudiantes que estuvieron en la fiesta. —No me gusta esto. No me gusta la imprecisión. La ambigüedad. El énfasis en que nuestras víctimas estaban tan acarameladas en la casa. Suena a montaje. Alguien oculta algo. ¿Qué se le ha escapado a Toby aquí? Tenemos que interrogar a los estudiantes una y otra vez; obligarlos a hacer declaraciones largas y detalladas hasta que alguien cante. Sacadlo todo. ¿Qué canciones bailaron? ¿Con quién hablaron? ¿Cada cuánto fueron al baño? Tenemos que convertirlo en un trabajo de clase. Volverlos locos si es necesario. Alguien tiene que saber algo. Y… —Señaló todas las carreteras entre la casa de Ethan y el cementerio. —Como ya

recalqué ayer, vamos a aporrear estas puertas hasta que se salgan de sus goznes.

Miró a Riddick. —¿Y si los Manster estuvieron implicados...? ¿Siguieron a nuestras víctimas? ¿Vio Toby a alguien que los siguiera? ¿Quizá, Paul, hay otra banda implicada? ¿A lo mejor se encontraron con Ralphie en el cementerio y los Manster irrumpieron en ese encuentro clandestino? Ya nos has informado de lo violentos y explosivos que pueden ser los enfrentamientos entre bandas rivales.

Riddick asintió. —Es posible.

—¿Podrían nuestro asesino y el de Nathan ser la misma persona?

Riddick no parecía convencido.

—Las tareas están en la pizarra. Voy a trabajar con Paul en el asunto de los Manster. —Acababa de decidirlo sobre la marcha. Parecía sensato. Se cruzó con la mirada del inspector Rice. Parecía de muy mal humor.

Sí. Eso podría ser un problema. Había que darle un poco de coba.

—Mantengo al inspector Rice en el centro de esto. Si estos chicos saben algo, si las familias saben algo, si el puñetero Sebastian Harrington sabe algo, el inspector Rice se enterará. —Le dedicó un guiño. Ya no parecía tan enfadado. *Bien.*

La idea de Sebastian le provocó un escalofrío. ¿Debería mencionar su conexión con el extraño hombre, Neville Fairweather, que podría haber ido o no a su casa ayer? Decidió que no. Todo aquello seguía pareciendo *demasiado personal*.

—Y, por último, cada vez es más evidente que el asesinato de Howard Walters y la exhumación del cuerpo de Penny Maiden no están relacionados con la Operación Cascada Roja. Solo una horrible coincidencia. El éxtasis se usaba de forma recreativa en los setenta, pero su uso no se generalizó hasta los ochenta, después de la muerte de Penny. Creo que el tema de la droga distingue claramente los dos casos ahora. Así que, por desgracia, esta mañana perderemos al sargento detective Barnett, que vuelve a la investigación de Howard Walters.

—Genial —dijo Barnett con un suspiro.

Ella asintió con comprensión. —Le echaremos de menos.

Luego volvió a mirar a Riddick y suspiró para sus adentros. *Otra vez trabajando juntos.*

Y, si era como la última vez, saltarían chispas.

Muchas.

43

Hablando de días para el recuerdo..., bueno, este desde luego prometía ser uno de ellos.

Antes, la conversación entre Riddick y Gardner había sido espontánea y apasionada; ahora, su interacción resultaba forzada y fría.

—¿Cómo están Rose y Ana? —preguntó Riddick.

—Bien.

—¿Adaptadas?

—Sí, supongo.

—¿Y tú?

Puso el intermitente para salir por la izquierda en una rotonda. —¿Que si yo qué, perdona?

—Adaptada.

—Estoy bien.

—Me alegro.

Vio por el rabillo del ojo cómo Riddick asentía. Seguramente estaría pensando que se estaba portando como una auténtica borde.

¿Lo soy?

Probablemente.

¿Debería importarme?

Suspiró para sus adentros mientras se incorporaba a la autopista. —¿Y cómo está Claire?

—¿Sabes cómo se llama?

—Lo has mencionado antes.

—Ah, sí, recuerdo. —Volvió a asentir y luego se pasó una mano por el pelo—. La verdad es que… no está muy bien.

Gardner le lanzó una mirada arqueando una ceja. —¿Ah, sí? ¿Por qué?

—No está contenta. Acaba de dejarme.

—Lo siento. —Puso una expresión de condolencia forzada.

—Necesita tiempo para pensar.

—No tienes por qué contarme nada. —Gardner indicó para cambiar de carril.

Pero si quieres dar más detalles..., adelante..., soy todo oídos.

—Has preguntado tú.

—Por cortesía. No necesito detalles. *Me gustaría saberlos, sí, pero no te mereces saber que estoy interesada.*

—Vale, pues sin detalles.

Mierda. Gardner cambió de carril. Permanecieron en un silencio incómodo durante un minuto.

¡Al diablo! —Entonces, ¿crees que volveréis?

Riddick le sonrió. Ella admitió su derrota y se encogió de hombros. —Éramos amigos… en otro tiempo.

—Lo éramos… Mira, en lo que respecta a Claire, no lo sé.

—¿Por qué rompisteis? —insistió Gardner.

—Lo de siempre. Necesito volver a ponerme en forma, otra vez.

¿Descentrado, eh? Lo miró. *La historia de tu vida, ¿no?*

Gardner puso el intermitente para salir de la autopista.

—Y bueno, ¿hay alguien en tu vida? —preguntó Riddick.

Ella resopló. —¡Qué directo! —Pero justo es decirlo. No es que ella se hubiera cortado un pelo.

—Por cortesía —dijo Riddick, haciéndose eco de la excusa de ella.

—Sí…, salvo que no podrías sonar menos interesado.

—Joder, jefa. Vale, estoy *interesado* en saber si tienes pareja.

—¡Ahora suenas empalagoso!

Riddick gimió. —¿Sabes qué? Déjalo ya. Has sido tú la que ha sacado a colación nuestra amistad.

Se hizo otro silencio incómodo durante un minuto. Riddick tamborileaba con los dedos en la puerta y miraba por la ventanilla.

Irritante.

¡Al diablo otra vez!

—No estoy saliendo con nadie. ¿Vale? ¿Contento?

Él se giró desde la ventanilla, con aire muy confuso. —¿Por qué iba a contentarme eso?

—No…, no me refería a contento de que esté sola, ¡sino contento de que te haya respondido! —Sintió que la sangre le subía a las mejillas.

—Bueno, sí, me gusta hablar con…

—Para que conste, no me siento sola.

Riddick enarcó las cejas. —En ningún momento he dicho que lo estuvieras.

Ahora las mejillas le ardían. —Música. —Se inclinó hacia delante y encendió la radio. El sonido de un clásico de Take That llenó el coche—. Probablemente sea lo mejor hasta que lleguemos a Bradford.

Riddick suspiró. —Estoy de acuerdo. Pero antes de Bradford, quiero enseñarte algo para ponerte en situación, ¿vale?

—Vale…, supongo que para eso estás aquí. ¿Adónde exactamente? —preguntó ella, deseando que se abriera la tierra y se la tragara.

44

Gardner se mantuvo al margen en la habitación del hospital y observó cómo Riddick agarraba la mano del vulnerable joven y le apartaba el pelo lacio y grasiento de los ojos.

Al principio, le sorprendió ver a Riddick ser tan afectuoso con un hombre que rozaba la veintena, pero enseguida se dio cuenta de que en realidad solo era un adulto físicamente. Tenía un vocabulario limitado y era infantil en sus expresiones faciales y en su tono de voz.

Por la sesión informativa previa, Gardner ya sabía que este era el joven al que los Manster habían herido de gravedad, lo que había llenado de culpa a Riddick. También sabía lo del padre del muchacho, Keith Fields: el gemelo Kray de Yorkshire.

Ver a Riddick tan encariñado con este joven vulnerable era a la vez conmovedor y aterrador.

Su mente regresó a sus preocupaciones anteriores en la Sala de Incidentes. Era el Riddick de siempre. Estaba demasiado implicado emocionalmente.

—¿Y a qué viene este cambio de planes? —dijo Riddick, riendo—. ¿No se supone que eres Antman? ¡Antman no es el compinche de nadie!

—Por favor… tú eres mejor en esto. Puedo aprender… de ti.

—No, amigo, no vas a ser mi compinche. Tú eres el superhéroe, y ambos sabemos que yo *no* soy ningún superhéroe.

—Me salvaste ayer.

—Creo que más bien fue el sanitario. Si te soy sincero, ellos son los verdaderos superhéroes de la ciudad. Lo siento, amigo. —Le alborotó el pelo, pero, después de hacerlo, tuvo que volver a apartárselo de los ojos—. Tú eres el principal. Antman.

—A mí no me importa ser la compinche. ¿Podría ser Avispa? —dijo Gardner, dando un paso al frente.

Riddick le sonrió.

Ella asintió hacia él. —¿Sabe? He visto unas cuantas de sus películas.

—No lo dudaba —dijo Riddick, todavía sonriendo—. Ciertamente, veo la avispa que hay en usted.

—Me lo tomaré como un cumplido, dado que es una estrella de cine rica, famosa y atractiva.

Gardner se acercó hasta quedar de pie junto a Riddick. —¿Cómo está, Arthur? —le preguntó.

Él sonrió de oreja a oreja. —Siempre estoy contento cuando Paul está aquí.

Gardner enarcó una ceja. —No será por los chistes.

—En eso tiene razón, jefa —dijo Riddick—. Arthur es el genio cómico de por aquí.

Arthur se rio y luego hizo una mueca de dolor, llevándose una mano de un respingo a los vendajes del pecho. —Me duele.

Gardner intercambió una mirada con Riddick. La tristeza en sus ojos era evidente. A ella misma se le encogió el corazón.

Riddick volvió a agarrar la mano de Arthur. —Tranquilo, campeón. Ya sabes que se pasará. Como la otra vez.

Arthur asintió. Las lágrimas por el dolor asomaron por el rabillo de sus ojos. Miró a Gardner. —¿Eres la novia de Paul?

Gardner se sonrojó.

Por el rabillo del ojo, vio a Riddick taparse los ojos con la mano y negar con la cabeza. —Ay, Arthur, nunca paras, ¿eh? Es mi jefa, ya te lo dije antes.

Arthur se rio y volvió a hacer una mueca. No estaba claro si lo había dicho en broma o si simplemente se le había olvidado lo que Riddick le había contado antes.

—Sí, me acuerdo —dijo Arthur—. Espera… espera… la inspectora jefa Emma Garden.

—Casi —dijo Gardner, y se rio—. ¡Pero llámame Emma!

Hablaron un rato más antes de que Riddick anunciara que «el deber llamaba».

—Ha sido un placer conocerle, Arthur —dijo Gardner.

—¡Adiós, Emma! —Le levantó el pulgar. Había visto a Riddick hacerlo varias veces y se preguntó si lo estaba imitando—. ¡Que disfrute del jardín! —Se rio de su propio chiste—. ¡*Garden*!

Ellos también se rieron. Era difícil no hacerlo, el chico era tan infantil y dulce.

Ella le guiñó un ojo. —¡Ya le diré algo sobre lo de ser su compinche!

—¡Gracias! —dijo Arthur, y sonrió de oreja a oreja.

Esperó fuera mientras Riddick se despedía. Lo observó a través del cristal de la ventana mientras besaba a Arthur en la frente como si fuera su propio hijo.

FUERA, de vuelta en el coche, se quedaron sentados en silencio un instante.

Varias veces miró de reojo a Riddick y vio esa tristeza en sus ojos. Esa tristeza *familiar* que había visto tantas veces antes.

Sintió el impulso de acercarse a él y apretarle el brazo, pero lo reprimió. *Ni de broma voy a dejar que vuelvas a entrar.*

Arrancó el motor, negando con la cabeza. *¿Por qué, Paul? ¿Por qué te haces esto a ti mismo?*

—Quería que viera a lo que se enfrenta —dijo Riddick—. Quiero que sea consciente de lo que hicieron Nathan y esos otros monstruos.

—¿Cree que no soy consciente de a lo que nos enfrentamos?

Riddick asintió y miró por la ventanilla del copiloto. —A veces lo olvidamos. A veces no hay tiempo para la humanidad…

—¿No cree que es suficiente para mí *saber* que esos cabrones, esos Manster, acuchillaron a un hombre vulnerable?

—Es como un niño.

—Soy consciente, y…

—Nathan… su gente… *torturaron* a un niño.

Gardner suspiró, miró por el retrovisor y dio marcha atrás para salir de la plaza de aparcamiento. —Bueno, lo entiendo… no necesita mostrarme más ejemplos de su trabajo sucio. Si este caso ayuda a pararles los pies, adelante. ¡Como si alguna vez me hubiera interpuesto en su camino!

Condujo hacia la barrera del aparcamiento. Riddick todavía no había respondido. Lo miró con nerviosismo. Le temblaban los hombros… ¿estaba llorando?

Se detuvo justo antes de la barrera. Incapaz de contenerse más, se inclinó y le apretó la parte superior del brazo. Dejó la mano allí. —Es muy amable por su parte, Paul. Muy amable por su parte ofrecerle su amistad.

Él se giró y miró a Gardner. Tenía los ojos húmedos. —No, jefa. Fue él. Fue él quien me ofreció su amistad.

45

Tras la visita del médico, Dean Maiden se sentía mejor que nunca.

Algo bastante peculiar, si se tenía en cuenta el pronóstico del médico. Su corazón estaba en las últimas. Un par de meses como mucho.

Ya era maldita hora. Se rio. *Han pasado más de cuarenta años desde que perdí todo lo que me importaba un p...*

De repente, su risa se convirtió en tos. Como siempre. Se apretó la mascarilla contra la boca y respiró un par de bocanadas de oxígeno. Una vez que la tos remitió, salió de la cama, se acercó a la ventana y contempló los campos verdes y desiertos.

Un par de meses, ¿eh?

Pues que sepa que no pienso tomármelo con calma hasta llegar a la meta.

Un par de paseos por ahí fuera, con el sol en la cara y el pelo al viento. Absolutamente imprescindible.

Que le den a mi respiración y que le den a los dolores de pecho.

Miró a su alrededor en la habitación. *Prefiero palmarla mañana y morir en la hierba que consumirme dos meses más en esta habitación estéril.*

Dean fue hacia su tocador, se sentó y se miró en el espejo. —Hola, viejo.

Se abrochó el botón superior del pijama de rayas para parecer más elegante, enderezó la espalda —todo lo que se puede enderezar

una columna artrítica con forma de rosquilla— y se sonrió a sí mismo.

Nunca había sido guapo, pero hubo un tiempo en que no era *mal* parecido.

Su afección cardíaca le había quitado el color de la piel y lo había envejecido prematuramente.

Estoy hecho un cromo.

A eso había que añadirle la cuenca vacía del ojo izquierdo, que hacía que el párpado se le cayera.

No, señor, el conjunto no compone una imagen muy bonita.

Alargó la mano hacia la mesa y se colocó el ojo de cristal.

Mejor, pero no vas a salir en la portada de Men's Health*.*

Bajó la vista hacia una fotografía enmarcada de los tres juntos alrededor de una tarta de cumpleaños en un restaurante. Penny llevaba un vestido de flores amarillo. Había sido un regalo de cumpleaños de su parte y de Estelle por su decimoséptimo cumpleaños. Nunca llegó a cumplir los dieciocho.

Recorrió con el dedo el rostro de su hija y sonrió.

Qué injusto, hija mía. *Merecías vivir tu vida.*

Se abrazó el marco contra el pecho y cerró los ojos. Escucha eso, hija mía, escucha cómo se apaga el corazón de tu viejo. Podría estar contigo muy pronto.

Suspiró... Tan, tan injusto...

Si no hubiera sido por Neil Clark, ¿cómo habrían salido las cosas, eh?

Si no hubiera sido por Neil Clark...

Y entonces volvió a aquella noche, corriendo carretera arriba, en paro, medio bebido, deprimido, un idiota por haberse olvidado de recoger a su hija de la iglesia y...

Mike Crawley... Harry Rhodes... buenos hombres... buenos policías... incapaces de mirarlo a los ojos, y esa camilla... *oh, Dios, esa camilla*... esa lona de plástico... esa súplica para que no mirara...

La sangre diluida por la lluvia torrencial...

Arrastrada colina abajo.

Penny.

Su hija.

Arrastrada.

Abrió los ojos, volvió a colocar el marco sobre el escritorio y recorrió de nuevo el rostro de ella con el dedo.

Lo siento.

Podía sentir los ojos de su hija sobre él. Una pizca de condena en ellos.

—Lo siento de verdad. Yo era un desastre. Te fallé, Penny, y si pudiera volver atrás, estaría en la puerta de la iglesia, justo a tiempo.

Frotándose las sienes, cerró los ojos una vez más. Dolores de cabeza. Otra de las lacras de su vida. Normalmente, cuando descuidaba el oxígeno. A menudo intentaba aguantar para ver si podía adaptarse. Imposible. ¿Cómo te adaptas a un corazón que falla? No lo haces. Siempre volvía a la mascarilla y a la bombona, y su sueño de independencia se hacía añicos de nuevo.

Abrió los ojos y miró la bombona. *Que te den. De todas formas, en dos meses estoy muerto.* Volvió a mirar a su hija.

Y no hay nada por lo que quedarse. No parece que tengan ni idea de quién te sacó de tu sitio, Penny, y dejó a ese viejo sabueso en tu lugar.

Ya sabía quién había matado a su hija. *Neil Clark*. El desenterramiento de Penny y el asesinato de Howard Walters eran un misterio con el que podía morir. Después de todo por lo que había pasado, podía soportarlo. Además, Penny ya descansaba en paz, ahora con su madre... y lo de Howard no le quitaba el sueño, la verdad. Aquel hombre no había sido realmente un buen amigo.

Se frotó las sienes con más fuerza; el dolor de cabeza empeoraba.

Y no te preocupes, Penny. Toda la verdad saldrá a la luz cuando yo me haya ido.

Ya había escrito una nota, escondida entre sus pertenencias. Revelaba los hechos detrás de la muerte de Penny... la intimidación de Keith... el brutal asesinato de Neil.

Keith, te enfrentarás a la justicia. Pero, por ahora, te dejaré que te consumas en el agujero infernal que te has cavado.

Porque él lo sabía todo sobre ese tema. Dean se había pasado la mayor parte de su vida vigilando a Keith Fields. Si no hubiera caído ya en la pobreza y la desgracia, lo habría delatado a la policía antes. Pero su sufrimiento era evidente para todos. ¿Y que Dean, como cómplice suyo, muriera en la cama de una prisión en lugar de pasear por aquellos campos verdes? Bueno, si no era necesario, no era necesario. De todos modos, el miserable final de Keith era una certeza tras su fallecimiento.

Con el dolor de cabeza amenazando ahora con partirle el cráneo en dos, Dean se levantó y se dirigió de nuevo a la cama y a la bombona de oxígeno que le ofrecería alivio.

Tras volver a tumbarse, cerró los ojos y buscó la mascarilla. Se encontró hundiéndose en una dolorosa negrura antes de poder llevársela a la cara.

Una llave inglesa brilló en el aire.

—¡Keith, para! ¡Ya basta! Maldita sea. Le has sacado el maldito ojo de la cabeza...

Dean reconoció la voz.

Increíble.

¿Qué hacía él aquí?

Los ojos de Dean se abrieron de golpe en el aquí y ahora. Se apretó la mascarilla contra la cara e inspiró el oxígeno con todas sus fuerzas. El pecho le ardía, y se lo agarró con la mano que tenía libre.

No me falles ahora..., maldita sea..., no después de lo que acabo de ver..., de lo que he recordado.

Ese momento de inconsciencia, de sueño, o lo que fuera, le había revelado un recuerdo.

No había sido un mero sueño dudoso. Había sido una verdad. Una verdad enterrada bajo los violentos golpes de Keith hacía más de cuarenta años.

El dolor empezó a remitir. *Gracias a Dios..., gracias a Dios...*

Pero *este* recuerdo..., *este* fragmento..., ¿qué sentido tenía siquiera?

Si se lo contaba a alguien, le asegurarían que no era más que el cerebro de un moribundo jugándole una mala pasada.

¡Pero no lo es! ¡Joder que si ocurrió!

—¡Keith, para! Ya basta. Maldita sea. Le has sacado el maldito ojo de la cuenca...

Su diputado. Sebastian Harrington.

Dean se incorporó con esfuerzo hasta quedar sentado y se quedó mirando la foto de él y su familia.

Qué fácil se había cerrado aquella investigación sobre Penny. Y qué rápido.

El día que Neil Clark había desaparecido de la faz de la tierra...

Pero la policía nunca había sabido lo de Neil Clark. Para ellos, el caso no estaba resuelto. Entonces, ¿por qué la investigación sobre Penny se había cerrado de forma tan repentina?

¿Por qué tipos como Mike Crawley y Harry Rhodes no siguieron removiendo Roma con Santiago? ¿Al menos durante unos meses más? ¿Buscando al cabrón que atropelló a una joven inocente?

A no ser que...

¿Los hubiera presionado alguien?

Un político. Uno de los políticos más poderosos de aquella época. *Sebastian Harrington.*

¿Y por qué lo hizo?

Para proteger a Keith.

A no ser que...

Y esto sí que llenó a Dean de pavor: ¿a no ser que Keith hubiera estado protegiendo a Sebastian?

¿De qué?

Estabilizó la respiración y luego se levantó de la cama.

Era hora de marcharse de la residencia.

Este era un misterio que no podía esperar a después de su muerte.

46

Después de pasar la mayor parte de una ardua mañana recuperando pruebas del almacén, el sargento detective Ray Barnett suspiró sobre las cajas que contenían las pertenencias de Howard Walters.

Barnett no las tenía todas consigo, pero ¿quién las tenía durante la revisión de pruebas? Al fin y al cabo, ya se habían examinado hasta el más mínimo detalle y los resultados se habían introducido en el HOLMES 2, lo que significaba que, de todos modos, se podían consultar con solo pulsar un botón.

Aun así, Barnett creía que no había nada como palpar las pruebas en bruto. Con el paso del tiempo y el engrosamiento de la red de una investigación, una prueba olvidada o que se hubiera podido pasar por alto podía convertirse de repente en el eslabón que completaba la cadena. Y, después de que la Operación Red Cascade hubiera hecho acto de presencia en el mismo cementerio, no había mejor momento para darle un buen repaso.

Se sumergió en el mundo de Howard. Las fotografías de él con muchas mujeres. Un mujeriego, según Dean Maiden. Aquellas instantáneas no sugerían lo contrario. También había muchas fotografías de coches, y parecía que había pasado mucho tiempo en ferias y convenciones. Había entradas antiguas de conciertos, y Barnett disfrutó tocándolas; especialmente, la matriz de una entrada para una convención de Floyd y otra de Bowie. Pasaportes viejos, permisos de conducir. Joyas.

Nada le llamó la atención.

Gruñó cuando pasó a los registros del negocio; abrumadores, aburridos y muy lejos de los recuerdos musicales.

Separó los registros: recibos de productos, declaraciones de impuestos escritas a mano, solicitudes de IVA, etc. Todo el tiempo teniendo dolorosos recuerdos de la última vez que hizo esto...

¡Seguía siendo como buscar una aguja en un pajar!

Las horas pasaban lentamente.

¿Qué demonios estoy haciendo?

Finalmente, pasó al libro de registro del negocio de Howard. Se centró principalmente en el periodo de 1978 a 1981, abarcando el año anterior, el de la muerte de Penny y el posterior.

Por suerte, Howard tenía una caligrafía pulcra. Barnett recorrió las reservas con el dedo.

Cerró los ojos. Volvió a gruñir y se tomó cinco minutos para un café cargado. Pareció que lo reanimaba.

Repasó la lista y se detuvo en una reserva: 21 de junio de 1978. SAH.

Howard rara vez usaba iniciales para sus clientes.

Entonces, ¿por qué no lo marqué la última vez?

No se habría parado a tomar un café. Nunca subestimes el poder de la cafeína.

Anotó SAH en su cuaderno y continuó rápidamente por la lista, buscando otra reserva hecha para las iniciales SAH. 20 de junio de 1979. Tenía sentido. Una revisión anual.

Saltó a junio de 1980. Ahí estaba de nuevo, el 22 de junio.

Avanzó hasta junio de 1981, pero no encontró ningún registro de esta persona.

¿Encontró un mecánico nuevo, SAH?

Bueno, al menos lo hizo durante tres años seguidos…

Barnett buscó en sus notas la fecha de la muerte de Penny Maiden.

El 24 de junio de 1980.

Volvió a las iniciales del 22 de junio de 1980.

SAH había llevado su coche dos días antes de la muerte de Penny...

Continuó recorriendo la página con el dedo hasta que se detuvo en el 25 de junio de 1980.

SAH…

Y había llevado su coche *de nuevo* al día siguiente de la muerte de Penny.

Muy improbable que le hicieran dos revisiones con tres días de diferencia.

¿Qué significaba esto? ¿Quién demonios era SAH?

¿Por qué protege su identidad?

Barnett supuso que el cliente debió de pedirle a Howard que lo hiciera.

¿Quién querría ser tan reservado? Alguien famoso... de alto perfil... preocupado por que su nombre se viera en un libro a la vista de todos...

¿S?

Se le ocurrió una idea. Barnett buscó en Google.

Mierda.

Sebastian Aaron Harrington.

Lleno de adrenalina, Barnett cogió la chaqueta de su traje y salió disparado de la oficina.

47

El timbre despertó a Sebastian.

Levantó la cabeza del escritorio y bajó la mirada hacia el álbum de fotos que tenía delante. Estaba abierto por su página habitual.

Una foto de ella comiendo un helado a hombros de su padre.

Él tenía una casi igual en *su propia* colección de fotos. Solo que, en su versión, su hija le había estado chorreando el helado en el pelo.

El timbre volvió a sonar.

Cerró el álbum de fotos y, con un quejido, se puso en pie.

Agarrotado por las hazañas goleadoras del día anterior en el centro juvenil, salió a trompicones del despacho y llegó a la escalera de caracol. Intentando cargar el máximo peso posible en la serpenteante barandilla, Sebastian bajó las escaleras.

El timbre sonó por tercera vez. *Vale..., vale..., un poco de calma...*

Aceleró el paso, resoplando y quejándose, mientras negaba con la cabeza ante sus intentos de jugar al fútbol a sus setenta y tantos años.

Respirando hondo, llegó al último escalón y fue cojeando hasta donde estaba el monitor en la pared. *¡Joder!* Sentía que le ardían las piernas.

Se quedó mirando el monitor.

Con la respiración entrecortada, dio un largo paso hacia atrás.

¡No puede ser!

Se frotó los ojos. ¿Sería el aturdimiento, seguramente?

No podía ser...

Respiró hondo, volvió a mirar el monitor y, conteniendo una creciente oleada de náuseas, recibió a un invitado de lo más inesperado con solo pulsar un botón.

48

Manningham.

Gardner miraba por la ventanilla del coche tres casas adosadas en ruinas, encajonadas entre dos tiendas abandonadas.

Una de las tiendas había sido un salón de manicura y, a pesar de los escaparates destrozados y la basura esparcida por todas partes, alguien con ganas podría volver a ponerlo en marcha. El cartel, *Nailed On*, seguía estando justo eso: clavado, y además lo habían pintado hacía poco.

Por desgracia, la otra tienda no corría la misma suerte: le habían prendido fuego a la fachada y, con ella, a cualquier pista sobre lo que se vendía allí.

—¿Qué demonios le ha pasado a esa tienda? —preguntó Gardner.

—Era una casa de empeños. Alguien se ofendió por lo poco que le ofrecieron por el anillo de boda de su madre.

—Vender una joya de la familia. Supongo que eran tiempos desesperados.

—Desde luego, muy desesperados. Sobre todo porque la madre y el padre seguían vivos y casados.

—Joder.

—Sí… digamos que todavía no le han visitado en la cárcel.

—Menudo cambio para ti, ¿eh? Knaresborough por esto. ¿Pasáis mucho tiempo por aquí Devon y tú?

—Demasiado.

—Tú y ella… ¿os lleváis bien?

—No lo sé. Creo que la saco de quicio.

—¡*No* me lo creo!

—Anda a la mierda —sonrió—. Bueno, nos sentamos en sitios como este con regularidad. Pero hay muchos sitios así… y la mayor parte del tiempo, es *jodidamente* lento. Rara vez meten la pata. Y cuando la meten, tiene que ser algo monumental; de lo contrario, estás perdiendo el tiempo interrumpiendo la vigilancia. Tiene que valer para una condena.

—Suena divertidísimo.

—Fue una oportunidad.

Gardner asintió. —¿Echas de menos tu casa?

Riddick la miró de reojo. —¿Estás sugiriendo que vuelva?

No. Cambió de tema rápidamente. —Qué tranquilo está todo.

Riddick le había prometido llevar a Gardner con los Manster. —*Siempre* está tranquilo. Perfil bajo. Se sabe que las dos manos derechas de Nathan ocupan esa de ahí —señaló la casa del centro de las tres encajonadas entre las tiendas abandonadas.

—¿Y esa es en la que viste entrar y salir a Ralphie Parks?

—Sí.

—¿Cómo sabemos que están dentro?

Riddick señaló unos vehículos. —La Kawasaki Ninja es de Geo Bennett y el Audi A3 tuneado es de Harris Mitchell.

—¿Geo?

—Diminutivo de George… bueno, más o menos. Supongo que no se parece en nada. Le debe de haber cogido el gusto a Neo en *The Matrix*. Siempre podemos preguntárselo.

—Eso te lo dejo a ti… siendo tu territorio.

—Buena idea. Pueden ser bastante ariscos con la gente que no conocen.

—No parece muy seguro.

Riddick abrió un poco la puerta. —No lo es. Si prefieres quedarte aquí, lo entendería.

Ella abrió su puerta. —¿Estás intentando disuadirme, Paul?

—No. —Riddick se inclinó y sonrió—. Quiero que vengas… será como en los viejos tiempos.

¿Los que estaban llenos de fuegos artificiales? Sí… eso es lo que me da miedo.

49

Rice detuvo su coche detrás del de Barnett. —¿Qué demonios haces, tío?

Barnett estaba junto a la entrada vallada de la propiedad de Sebastian Harrington. La verja estaba abierta.

—¡Entra de una vez! —dijo Rice, deseando que Barnett pudiera oírlo.

Pasaron varios minutos. Frustrado, Rice salió de su vehículo y corrió hasta situarse junto al de Barnett. Golpeó la ventanilla y Barnett la bajó.

—¿A qué esperas?

—La verja ya estaba abierta.

—Genial. ¡Pues entra de una vez!

—Creo que deberíamos esperar a que lleguen más refuerzos.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué?

—¿Por qué iba a dejar la verja abierta? No tiene sentido tener seguridad si no la vas a usar. Y, para ser justos, este hombre tiene bastante gente a la que no le cae bien. Aquí pasa algo raro. Ya he avisado.

Rice puso los ojos en blanco. —Escucha, colega…, la gente que sufrió con Thatcher y que odiaba al esbirro de Maggie hasta el punto de querer matarlo ya debe de peinar canas como para suponer un peligro. Estás exagerando. Venga, entra, o si de verdad estás preocupado, quítate de en medio para que pueda entrar yo.

Sabiendo que Barnett obedecería —al fin y al cabo, era su superior—, Rice regresó a su coche. Estaba seguro de haber oído a Barnett mascullar una obscenidad. Dirigida a él, sin duda.

Como quien oye llover.

Rice no acababa de descubrir que no era popular. Lo había sabido durante la mayor parte de su carrera. Y no parecía haberlo perjudicado. Lo habían ascendido a Inspector menos de un año atrás. Además, ser un cabrón testarudo y mordaz apenas había afectado la carrera de su padre; había llegado a lo más alto.

—Así me gusta, chico —dijo, sonriendo con aire de suficiencia, mientras seguía a Barnett por el largo camino de gravilla.

Barnett esperó a que Rice saliera de su coche y luego subieron juntos los escalones hasta la puerta. El silencio de Barnett lo decía todo. Un pequeño gesto con la cabeza hacia la puerta sugirió que no le importaba que Rice llamara.

Después de cuatro golpes y algunos silencios prolongados más, Barnett se dio la vuelta y bajó los escalones.

—Probablemente haya salido y se haya dejado la verja abierta —dijo Rice—. Por cierto, ¿cuánto tardan los refuerzos?

—Cuatro minutos.

—Vale. —Rice bajó los escalones, metiéndose la mano en el bolsillo para coger el móvil—. Avisaré a la jefa.

Como Barnett no respondía, Rice miró por encima del hombro y vio al sargento detective mirando por la ventana del salón.

Tú mismo, pensó Rice, volviendo a su móvil y buscando el número de Gardner.

—¡Mierda! — dijo Barnett.

Rice se giró a tiempo para ver a Barnett pasar rápidamente a su lado y volver a los escalones. —Necesitamos una ambulancia. Está en el suelo.

Rice hizo la llamada mientras Barnett probaba el pomo. —¡Está abierta!

Con el teléfono pegado a la oreja, Rice siguió a Barnett al interior. El hombre era rápido, pero le siguió el ritmo.

Rice pidió la ambulancia, mientras Barnett se arrodillaba junto a Sebastian, que estaba boca abajo.

Barnett le tomó el pulso y negó con la cabeza. —¡Mierda! —Le dio la vuelta al hombre.

Rice sintió que se le helaba la sangre.

Sebastian tenía el rostro pálido y vómito alrededor de la boca.

Barnett comenzó la RCP.

50

Al principio, los jóvenes Manster, Geo y Harris, no querían dejar entrar a los dos detectives, pero Riddick actuó con su encanto y sutileza habituales. —A ver..., si lo he entendido bien, Harris y Neo... perdón, Geo..., en lugar de responder a unas cuantas preguntas en la comodidad de su salón, prefieren que solicite una orden judicial y traiga a media policía de North Yorkshire a su establecimiento. Vaya par de gilipollas. —Sacó el móvil del bolsillo de un tirón—. Por mí, perfecto.

Harris dijo:

—No puede hablarnos así...

Riddick levantó una mano para indicar que ahora estaba al teléfono. —Sí. Le habla el Inspector Riddick. Necesito solicitar una orden judicial.

Menudo farol, por supuesto.

—Vale, como sea —dijo Geo, cogiendo a Harris por el hombro y haciéndolo girar—. ¡Entren si quieren!

—Dejaré lo de la orden para otro momento..., por ahora —dijo Riddick al teléfono mientras ambos seguían a los Manster al interior.

Riddick se guardó el móvil en el bolsillo y sonrió a Gardner.

—Había olvidado lo sutil que eras —le susurró ella.

—¿Crees que estas amebas tienen inteligencia suficiente para la sutileza?

Gardner suspiró para sus adentros. Si cerraba los ojos, bien podría estar con Rice en ese mismo instante.

Aun así, había una gran diferencia. Riddick se comportaba así movido por la compasión y la justicia. Rice se comportaba así porque era un macho alfa cabreado, criado y a menudo ignorado por otro macho alfa cabreado.

Aunque eso convertía a Riddick en el más entrañable de los dos, también lo convertía en el más peligroso de largo.

Podría haberle parado los pies el día que descubrió lo de Ronnie Haller.

¿Llegaría a arrepentirse de haber decidido no hacerlo?

Mientras se acercaban al salón, Gardner vio a una joven asiática atractiva que bajaba las escaleras, vestida con leggings y una blusa ajustada. La chica se detuvo a medio camino, los miró fijamente y luego se dio la vuelta para volver a subir. Gardner miró a Riddick. —¿Has visto eso?

—Sí. La he reconocido.

—¿De dónde?

Él negó con la cabeza. —No estoy seguro. Quizá la vi entrar y salir de este sitio en uno de mis turnos de noche.

—¿Vamos a hablar con ella?

Riddick lo sopesó. —Primero, ocupémonos de este par de zopencos.

En el salón, Geo y Harris ya estaban en el sofá, jugando al *FIFA* en una gran pantalla de alta definición que ocupaba casi una pared entera.

Gardner recordó el acalorado debate que habían tenido fuera mientras se acercaban a la casa:

—Son un par de mierdas —le había advertido Riddick.

—Son jóvenes a los que la sociedad les ha fallado —había replicado ella.

En ese momento, al verlos ignorar a dos agentes de la ley por el *FIFA*, Riddick se convertía en el gran maestro de los debates.

—¿Así es como lloran la pérdida de su querido amigo? —preguntó Riddick.

Geo y Harris se inclinaron hacia delante, apretando los dientes, dándole a los mandos.

—¿Hola? —dijo Riddick—. Nathan. ¿Su jefe? ¿Tan fuerte les ha afectado que no recuerdan quién es?

Sin mirar a Riddick, Geo dijo: —Este era su juego favorito.

—Sí —dijo Harris—. Es un homenaje, o algo así.

Riddick se acercó al gran televisor y le dio unos golpecitos en la parte de arriba. —Buena tele. Tardaría casi un año en ahorrar para esto. ¿A qué se dedican, decían?

—Finanzas —soltó Geo, sin apartar los ojos de la pantalla.

—Inversión online —dijo Harris.

Riddick y Gardner intercambiaron una sonrisa.

No eran tan amebas.

—Lo admito —dijo Riddick en voz alta—. Tienen más ingenio del que les atribuía.

Harris, que se estaba dejando una especie de barba con cuatro pelos mal puestos, vitoreó: —¡Uno a cero!

Geo respondió con un repertorio de improperios.

—Al grano, chicos —dijo Riddick—. Ralphie Parks.

Gardner observó a los jóvenes en busca de una reacción. No la hubo. Sus ojos permanecieron fijos en la pantalla.

—¿Conocían a Ralphie Parks? —dijo Gardner, hablando por primera vez, y con la voz ligeramente alzada.

—No he oído hablar de él en mi vida —dijo Geo—. Mierda... —Se levantó del sofá, dándole al mando, con los dientes apretados—. Ni se te ocurra..., no te atrevas..., ¡ja, ja! ¡Que te jodan, payaso!

—Sigue siendo uno a cero, gilipollas —resopló Harris.

Riddick y Gardner intercambiaron una mirada.

Riddick suspiró y negó con la cabeza. —Cosas de críos, ¿eh? —Tiró del enchufe de la pared.

Geo fulminó a Riddick con la mirada. —¿Pero qué co-?

—Escuchen, *chicos* —dijo Riddick—. No tengo hijos adolescentes, pero imagino que a veces la cosa funciona así. O se portan bien, o no juegan.

Geo tiró el mando sobre el sofá. —¿Qué quiere, cerdo?

Riddick sonrió a Gardner. Ella no le devolvió la sonrisa. Asqueada por el tono agresivo de la interacción, sintió el impulso de cortarla de raíz. Detener a los jóvenes si era necesario. Pero, en ese momento, sentía que estaba en el terreno de Riddick. Seguiría respetando su liderazgo con la esperanza de que supiera lo que hacía.

Por ahora, al menos.

—Vamos, vamos, hombrecito —dijo Riddick, dando un paso al frente—. Las rabietas no van conmigo.

—No conozco a ningún Ralphie Parks —dijo Geo—. ¡Así que lárguese de una puta vez!

Riddick agitó el dedo. —Eso me sigue sonando a rabieta. Y, por desgracia para ustedes, al no tener hijos, no he desarrollado paciencia alguna para los jovencitos.

Gardner se estremeció al oír la frase «al no tener hijos». No siempre había sido así para Riddick. Pero esos jóvenes no lo sabían. Sin embargo, oírselo decir a él le resultó muy trágico.

—¿Por qué íbamos a hablar con la pasma? —dijo Harris—. Si tuvieran algo, nos detendrían.

—De hecho —dijo Riddick—, podría ilustrarle sobre esto. Estaré encantado de llevarlos a comisaría y hacerles perder el tiempo.

—Y usted también estaría perdiendo el suyo —siseó Harris.

—Indiscutiblemente —dijo Riddick, asintiendo—. Tendrá un trajeado a su lado animándole a no responder ni una sola pregunta. Lo pillo. Pero soy paciente, al igual que la inspectora jefa Gardner, así que nos quedaremos con todo su día. Luego, tras una jornada de «sin comentarios», encontraré un motivo para volver y llevármelo detenido otro día… y otro… y otro… Una pérdida de tiempo para todos. La diferencia es —se señaló el pecho— que nosotros seguiremos ganando nuestro sueldo mientras ustedes tendrán que depender de otros… y ya sabe lo que dicen… cuando el rey se va, los sirvientes salen a jugar…

Gardner estaba segura de que se acababa de inventar esa expresión. Sin embargo, parecía surtir algún efecto. De repente, Geo y Harris parecían mucho más serios.

Riddick se acercó a la mesa de centro y se sacó del bolsillo una fotografía de Ralphie entrando en esta misma casa. —Les guste o

no, ustedes dos son personas de interés… —Tiró la foto junto a unas cajas de pizza vacías—. Nathan está muerto. Y Ralphie Parks también. Y la cosa es, *chavales*, que Ralphie no era de los vuestros… en realidad no. Pijo y privilegiado. ¡Sabrán que su tío es un exdiputado conservador! —Se encogió de hombros—. Ya lo sé, ya lo sé, lo odio tanto como cualquiera… pero estas son las cartas que nos han tocado. Si quiero amargarles la vida durante la próxima semana por la muerte del sobrino de un exdiputado conservador, ¿creen que no voy a conseguir el respaldo? —Riddick resopló, miró a Gardner y luego de nuevo a los chicos—. Así que, ustedes deciden… chicos… el numerito… sin tiempo para trabajar… sin tiempo para impedir que esos subordinados conspiren contra ustedes —señaló el televisor con la cabeza—, sin tiempo para pagar la financiación de este juguetito o… me dan diez minutos de su tiempo, ahora mismo… y luego, *Geo*, le daré una oportunidad de empatar en su partida.

Los chicos se miraron.

Gardner ya sabía que Riddick los tenía en el bote.

Tenía un talento para tomar el control…, sin duda. Aunque le pareciera completamente inapropiado.

—No matamos a ese pijo gilipollas y arrogante —dijo Geo—. Y no matamos a Nathan… —Miró a Harris, sopesando claramente cuánto podía decir—. Eso es todo lo que tenemos.

Riddick se acercó a Gardner. Ella pudo ver la frustración en su rostro. Susurró para que Geo y Harris no lo oyeran. —¿Quieres esperar fuera?

Ella entornó los ojos. *¿Para qué? ¿Para no tener que presenciar más de este comportamiento inaceptable?* Sacudió la cabeza. *No, haz lo que tengas que hacer*, *Riddick. Este es tu terreno. Aceptaré que las reglas aquí son simplemente diferentes… al menos por hoy, de todos modos…*

Riddick se volvió. —Solo me interesa Ralphie Parks, chavales, nada más. Sé lo que hacen aquí, pero eso es irrelevante para mí en este preciso momento. Lo que me digan es extraoficial. Una última oportunidad… Hablen conmigo y les dejaré seguir con la partida.

51

Mientras Barnett intentaba una y otra vez ponerse en contacto con Gardner, Rice permanecía junto al cordón que bloqueaba la verja de entrada de la casa de Sebastian.

En su fuero interno, Rice reconoció que Barnett había tenido razón sobre la verja abierta: que, en efecto, algo turbio había ocurrido. Aun así, Rice no era de los que admitían sus errores ni pedían disculpas, así que Barnett ya se podía ir a paseo.

El frasco de somníferos vacío sobre la mesa, junto al sofá de Sebastian, sugería un suicidio, pero la verja abierta le reconcomía. Sebastian había desactivado la opción automática de la verja, por lo que tenía que abrirse y cerrarse pulsando un botón. Eso implicaba que alguien había estado allí antes de su muerte. Cabía la posibilidad de que Sebastian se hubiera olvidado de cerrar la verja después de que se marcharan —*poco probable*—, o de que ya estuviera muerto y, por tanto, no hubiera podido pulsar el botón después de que el asesino se fuera...

Rice dejó que los oficiales de la escena del crimen hicieran su trabajo mientras él le daba vueltas. Vio a alguien conocido acercarse a pie, junto a la fila de vehículos. *Lo que nos faltaba, joder.*

Marianne Perse y su cámara se detuvieron al otro lado del cordón.

—¡Joder, qué rápidos! —*¡Mierda!*—. Miró el objetivo que le apuntaba. *Menos tacos, Phil.*

Marianne señaló la fila de vehículos junto a la que acababa de pasar. —¿Qué quiere que le diga? ¡Llaman mucho la atención!

Rice sonrió y enarcó una ceja. —¿Está encendida esa cámara?

Ella le devolvió la sonrisa. —¿Está bien Sebastian Harrington?

—Alguien vendrá a hablar con usted a su debido tiempo.

—¿Tiene esto algo que ver con el asesinato *aún* sin resolver de Howard Walters?

¡De verdad que era una cabrona de la más alta categoría! Rice miró fijamente a la cámara que le apuntaba y volvió a sonreír. —Alguien vendrá a su debido tiempo. Si pudiera retroceder y alejarse del cordón, por favor…

Marianne le dio una palmada en el hombro a su cámara, que bajó el aparato. —¿Extraoficialmente?

—No. Es usted demasiado negativa… con nosotros.

—Con razón.

—En serio… ¿cómo se ha enterado tan rápido? ¿Un escáner de la policía? ¿Alguien de nuestro departamento le pasa información?

Marianne sonrió. —Qué acusador, inspector jefe Rice. ¿Sabe qué? —le dio una palmada al cámara, que volvió a levantar el aparato—. Dejémoslo todo oficial.

Rice sintió que le hervía la sangre. El objetivo se acercó más a él, *por encima* del cordón.

—Voy a pedirle por segunda vez que retroceda, señora, que se aleje del cordón. —Señaló un vehículo—. Ahí bastará.

—¿Está Sebastian Harrington en casa? —preguntó Marianne.

—Señora, lamento si no está claro, pero, si tengo que pedírselo una tercera vez, tendré que hacer una llamada. Está usted interfiriendo en un asunto policial —dijo Rice.

Marianne le sonrió de nuevo. Le dio una palmada al cámara, que volvió a bajar el aparato.

—Como usted quiera, inspector jefe. Quizá podríamos vernos *a solas* más tarde… extraoficialmente.

Rice enarcó una ceja. Aquella no era una oferta que recibieras todos los días. Se preguntó brevemente cómo sería salir con Marianne. La idea no le resultaba del todo desagradable. Desde luego, era atractiva y mucho más glamurosa que cualquiera con

quien hubiera salido antes. Completamente fuera de su alcance, bromearían sus compañeros. Tal vez eso era lo que la hacía tan atractiva.

Aun así, tenía otros asuntos más urgentes entre manos. —Gracias, señora.

Esperó a que Marianne se hubiera alejado varios metros antes de darse la vuelta y caminar hacia Barnett. —¿Ha resultado herido el exdiputado? —gritó Marianne desde la distancia.

Llegó junto a Barnett, que paseaba de un lado a otro con frustración. —No consigo localizar a la jefa.

—Está con *él*, ¿qué esperas?

Barnett negó con la cabeza. —¿Qué significa eso?

—¿Nunca te has dado cuenta de cómo se pierden en la mirada del otro? —dijo Rice con una sonrisa.

—La verdad es que no… —dijo Barnett.

—Pues a lo mejor deberías abrir los putos ojos —dijo Rice.

Rice se fijó en lo ansioso que parecía Barnett y sintió un inusual momento de culpabilidad. —Ve a intentarlo ahí dentro —dijo—. Por cierto, con el esbirro de Maggie, no podrías haber hecho otra cosa…

—¿Podrías no llamarlo así?

Rice se encogió de hombros. Oía a Marianne montar un escándalo todavía y señaló con el pulgar por encima del hombro hacia la irritante, pero atractiva, periodista. —Vaya pieza, ¿eh?

Barnett asintió. —Por cierto, ¿cómo ha llegado tan rápido?

—Ya ves… Es para preguntárselo… —Rice enarcó una ceja y bajó la vista hacia el móvil en la mano de Barnett—. Para preguntárselo, desde luego.

—¿Qué estás insinuando?

Rice se encogió de hombros. —Tranquilo. Nada. Ya se pondrá en contacto. Voy a ver si hemos progresado en algo. —Se dio la vuelta y vio que Marianne había regresado al cordón. Suspiró.

Maldita mujer. Se preguntó si le gustaría la pizza. Había un italiano nuevo en la calle principal.

—¡Phil!

Rice se giró y vio a Fiona Lane que venía a toda prisa desde la parte delantera de la casa.

—Hemos conseguido acceder a…

Rice la interrumpió llevándose un dedo a los labios, y luego señaló con la cabeza en dirección a Marianne. Se inclinó hacia ella—. Por la boca muere el pez.

La expresión de Lane pasó rápidamente de la emoción a la irritación.

¿De verdad provoco este efecto en todo el mundo? —Adelante, Fiona.

—Las cámaras. Tenemos acceso a todas las de la propiedad. Podemos ver quién ha entrado y salido.

52

Dean Maiden entró en el ascensor, dejó la bolsa reutilizable en el suelo, pulsó el botón del quinto piso y, mientras las puertas se cerraban, boqueó en busca de aire. Se golpeó el centro del pecho con el puño. *Vamos... no me falles... ya falta poco...*

Había sobrevivido al viaje en taxi hasta Bradford y —echó un vistazo a la bolsa reutilizable— incluso había sobrevivido a la parada técnica para lo indispensable.

Morir ahora sería un duro golpe.

Mientras el ascensor subía, apoyó la cabeza palpitante contra la pared, cerrando los ojos, intentando desesperadamente recuperar el control de su respiración...

El taller de Howie.

Lo veía con una claridad meridiana.

Aceite de motor quemado.

El olor era insoportable.

Gritos.

El ruido de la muerte de un joven.

Un chaval.

No mayor de lo que había sido Penny.

¿Había sido inocente?

¿Me quedé de brazos cruzados escuchando cómo se quemaba un chaval inocente?

La puerta del ascensor se abrió.

—¡Keith, para! Ya basta. Joder. Le has sacado el puto ojo de la cuenca...

Dean abrió los ojos y despegó la cabeza de la pared. Cogió su bolsa reutilizable.

Una joven pareja asiática estaba allí de pie; apenas tendrían veinte años.

¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que había salido de la residencia?

Años.

Ya no sabía cómo dirigirse a nadie. —¿Cómo le va?

—¿Se encuentra bien? —preguntó el muchacho.

—Sí, hijo..., gracias.

Mientras salía tambaleándose del ascensor, la chica le puso una mano en el brazo. —¿Necesita ayuda para llegar a su piso?

Él negó con la cabeza. —Estoy bien. Solo necesito sentarme. Cosa de la edad, querida.

Dean les dio las gracias antes de alejarse. Recorrió el pasillo, deteniéndose de vez en cuando para apoyarse en la pared y recuperar el aliento.

Ya no falta mucho...

Cuando llegó a la puerta correcta, volvió a golpearse el pecho. *Sé fuerte, Dean. Sé fuerte una última vez...*

¿Qué decías, Stell...? ¿Que no tengo agallas?

Ya te lo demostraré. Más vale tarde que nunca.

Llamó a la puerta y colocó la bolsa reutilizable en el suelo, justo detrás de él. No quería que Keith viera su contenido. Le estropearía la sorpresa.

La puerta se abrió.

Keith estaba demacrado; también tenía la espalda muy encorvada.

—Los años no han sido amables con nosotros, Keith. —Tosió.

Keith lo miró de arriba abajo, esforzándose por reconocerlo.

—¿De verdad? —preguntó Dean entre toses.

Keith se encogió de hombros. —¿Sabes? Tengo memoria de pez. —Empezó a toser él también.

—¿Y esto ayuda? —dijo Dean, señalando su ojo de cristal—. ¿O esto? —Dirigió el dedo hacia la cicatriz en la mejilla de Keith—. Todavía recuerdo el sonido que hizo. Y el olor a quemado. —Tomó una bocanada de aire—. Pienso en ello a menudo... No debería darme placer..., pero me lo da.

A Keith se le abrieron los ojos como platos y sonrió. —¡Hombre, mira quién se ha dignado a aparecer! Dean Maiden. ¡La de tiempo que ha pasado! Joder..., la vejez no te sienta bien.

—No soy el único. —Dean se apoyó en el marco de la puerta y respiró hondo varias veces.

Keith rio, tosió y escupió en un pañuelo que tenía en la mano. —No, no lo eres. Aunque, al menos, yo todavía puedo respirar, una vez que limpio los sacos. —Se dio unas palmaditas en el pecho—. En cambio, tú, amigo, parece que estás en los últimos minutos de tu cuenta atrás.

—No necesito mucho. Solo cinco minutos.

—¿Cómo me has encontrado?

—Me aseguré de saber siempre dónde estabas y qué hacías... Fue agradable saber que habías caído en la miseria. Ha merecido la pena el esfuerzo.

Keith sonrió de nuevo. —¿Todos estos años, eh? Siguiéndome. Joder, no he pensado en ti... desde... —Señaló el ojo de cristal de Dean—. Bueno, desde que te reventé ese trasto.

—He recordado algo. Quiero saber qué significa...

—Ahora sí que tienes mi atención. ¿Qué has recordado?

—Recuerdo que alguien te detuvo. Me estabas pegando... y alguien te detuvo. Hoy he recordado quién fue.

Keith asintió, sonriendo. —¡Vaya! ¿De verdad que lo habías olvidado hasta ahora? Joder, ¿quién lo iba a decir? Estaba preparado para que volvieras a aparecer, para que causaras algún problema, y cuando no lo hiciste, simplemente pensé que habías entrado en razón. Supuse que te habías dado cuenta de que jugabas en otra liga.

Dean tosió y tomó varias bocanadas de aire. —Ese cabrón, la marioneta de Thatcher y su maravilloso nuevo mundo. ¿Qué tenía que ver él con todo aquello?

—¿Aparte de salvarte el otro ojo? ¿Y la vida?

—No me lo creo... Ese hombre era un monstruo... todo el mundo sabe...

—No te creas todo lo que lees. Te lo digo yo, él te *salvó* la vida. Si no llega a ser por él, yo habría tomado la opción más sensata.

—Entonces, ¿por qué me salvó?

Keith enarcó una ceja.

—Necesito saberlo —insistió Dean.

—¿De verdad?

—Sí. Me estoy muriendo.

—No me jodas. Me sorprende que hayas aguantado tanto en la conversación. Suenas como Darth Vader.

—Habla conmigo, Keith.

—No te va a gustar. Sería mejor para ti morir en la ignorancia.

—No lo sería. Morí hace mucho tiempo. La noche que murió Penny. Solo quiero cerrar este capítulo.

Keith asintió. —Una vez intenté darte la oportunidad de cerrar ese capítulo. ¿Te acuerdas?

—¿Neil Clark? Tu oportunidad era una mentira, ¿verdad?

—¿Por qué no fuiste a ver a Sebastian y se lo preguntaste? Parece más lógico.

—Porque solo me quedan fuerzas para un viaje. Y esto va de ti. Siempre ha ido de ti.

Keith se giró y dio un paso. —Pues entra, Dean... pero te aviso... —miró hacia atrás por encima del hombro—. Sigo fumando... mucho... así que, si te mata, no me haré responsable.

53

—Bueno, menuda vuelta al pasado. Aunque no recuerdo que llegara a ser tan chungo como esto —dijo Gardner, subiendo al asiento del conductor y cerrando la puerta del coche.

Riddick se encogió de hombros mientras se metía en su lado. —¿Quieres mi ayuda o no?

—Bueno, intimidar a testigos no es algo para lo que me apuntara.

Riddick bufó y cerró la puerta. —¡Intimidación! Venga ya… ¡Geo y Harris solo querían quitarnos de en medio para poder terminar su partida de *FIFA*! ¿En qué momento exacto crees que se han sentido intimidados?

—Eres mucho más imponente de lo que te crees, y son prácticamente unos críos. Has ido a peor, Paul.

Riddick entrecerró los ojos y se volvió hacia Gardner. —¿Críos? No me fastidies. ¿Qué hacemos, hablamos con sus padres y les sugerimos que les quiten la paga?

—Hay una forma correcta y una incorrecta de hacer las cosas. Y ya eres perro viejo para saber cuál es la mejor opción.

—¡Mira las calles! —Riddick señaló por la ventanilla las tiendas abandonadas—. ¡Noticia de última hora: esto no es Knaresborough! ¿Crees de verdad que aquí hay más de una opción?

—¿Crees que no he trabajado en zonas como esta antes?

—Quizá se te ha olvidado. Piensa en tu investigación hasta ahora… ¡has interrogado a los Park, a los Gill y al puto Sebastian Harrington! ¡El colmo del privilegio! Es solo cuestión de saber a quién te diriges. Eres tú la que está perdiendo facultades, no yo.

—Incluso cuando estabas en Knaresborough, eras demasiado expeditivo.

—Lo que tú digas.

—Y aquello no acabó bien.

Riddick la fulminó con la mirada. —Ya empezamos.

—Déjalo.

—No…, venga…, las puertas están cerradas…, no nos oye nadie. Desahógate.

Gardner arrancó el coche.

—Venga, jefa, por favor, soy todo oídos.

Gardner negó con la cabeza.

—Maté a un hombre —dijo Riddick.

Gardner suspiró, cerró los ojos y negó con la cabeza. —No…, pagaste por ello.

—¿Hay alguna diferencia?

No. —Sí.

—¿En serio?

Golpeó el volante y lo miró. —Ahora mismo esa no es la prioridad. ¿Qué hemos sacado en claro ahí dentro?

Riddick suspiró. —Casi nada…, pero creo que decían la verdad. Ralphie Parks estaba haciendo un buen trabajo para ellos. ¿Qué motivo tenían para matarlo?

—¿Te crees que no saben quién fue?

—Sí. ¿Crees que si estuvieran en guerra, estarían sentados jugando al *FIFA* y abriéndole la puerta a la pasma? Creo que están tan perplejos como nosotros. Aunque han echado las redes. Volveremos cada día hasta que sepan algo más.

Su teléfono pitó. Se lo sacó del bolsillo y vio que tenía varios mensajes en el buzón de voz. Debía de haberse quedado sin cobertura en algún momento en casa de los Manster. Se disponía a ponerse al día cuando vio, por el rabillo del ojo, que se abría la

puerta principal de la casa. La joven asiática que se había dado la vuelta antes en las escaleras salió tranquilamente.

—Mira…, es la chica que te sonaba de algo —dijo Gardner.

Gardner dejó caer el móvil en el bolsillo de la puerta.

Cuando la joven llegó a la verja, levantó la vista. Abrió los ojos como platos. Había visto que Riddick y Gardner estaban aparcados en el lado opuesto de la calle.

—Mierda… —dijo Riddick—. Ya me acuerdo de ella.

La chica se dio la vuelta y echó a correr.

—¿Quién es? —preguntó Gardner.

Pero Riddick ya estaba saliendo disparado del vehículo. —Síguenos. —Cerró la puerta del coche de un portazo a sus espaldas.

Gardner hizo lo que pudo por seguir a Riddick mientras corría a toda velocidad; por suerte, en ese momento no venía ningún otro coche de ninguna de las dos direcciones.

Riddick todavía era razonablemente rápido, pero se notaba que no se había estado cuidando y que había cogido algo de peso. La joven a la que perseguía era alta, delgada y le sacaba unos veinte años a su perseguidor. La distancia entre ellos aumentaba demasiado rápido para el gusto de Gardner.

De repente, la joven se metió por un callejón a la derecha.

Mierda…

Levantó la vista hacia la carretera principal en la que tendría que girar para acceder a la calle paralela. Había vehículos en esa carretera, pero no parecía excesivamente transitada.

Aceleró, puso el intermitente para girar a la derecha y, por el rabillo del ojo, divisó a Riddick, que se dirigía hacia el mismo callejón.

De repente, una pequeña fila de coches ocupaba el carril izquierdo en la carretera principal a la que se dirigía. Pisó el freno. —¡Mierda!

Tamborileó en el volante. —Vamos… vamos… —¡Dios, cómo deseaba tener la sirena y los rotativos!

Por fin, gracias a Dios, un hueco…

Sacó el vehículo y le dio un acelerón.

Su teléfono móvil sonó.

Volvió a poner el intermitente a la derecha y se desvió hacia la calle paralela a la que acababa de dejar. Golpeó el salpicadero para responder a la llamada con el manos libres.

-Sí…

—¿Inspectora jefa Gardner?

—Sí…, ¿quién es? —Ni rastro de Riddick en la calle de enfrente, y ni rastro de otro callejón frente al que tenían. *¿Dónde coño te has metido?*

—Soy el doctor Rodgerson, de la residencia Rosecamp.

¿El doctor Rodgerson? Rosecamp… *Me suena…*

Detuvo el coche al final del callejón por el que Riddick y la joven habían entrado por el otro lado. —Disculpe…, yo… —dijo Gardner, sintiendo que se le revolvía el estómago—. *Paul, ¿sigues ahí dentro?* —¿Puedo llamarle más tarde…?

—Claro. Es que había una nota en el expediente de Dean Maiden… eso era todo.

Dean Maiden. Mierda. Claro. La residencia Rosecamp.

Había hecho adjuntar esa nota ocho meses antes, después de interrogarlo, pidiendo que la contactaran en caso de que ocurriera algo significativo.

Pero Paul. El corazón le martilleaba en el pecho ahora, y apenas se había movido. —¿Qué le ha pasado a Dean?

—Se fue de la residencia hace una hora. Nadie lo vio salir. Nadie vio adónde fue.

Sin duda era relevante, pero en ese momento, tenía visiones de Riddick de rodillas, agarrándose el estómago, y de aquella joven, empuñando algún tipo de arma. —Ya le llamaré.

Saltó del coche y corrió hacia el callejón.

La rama de un árbol y su follaje caían sobre la entrada, así que era difícil ver a medida que se acercaba. Sin embargo, podía oír algo.

Cuanto más se acercaba, más reconocible se volvía el sonido.

Gemidos de dolor.

54

Lucy O'Brien se comió su barrita de cereales. Al recordar el momento en que los dedos de Gardner le habían rozado los suyos al cogerle aquella barrita de cereales ayer en la Sala de Incidentes, sonrió.

¿Habrá sido accidental o intencionado, Emma?

Con Gardner en mente, O'Brien decidió llamar para ver cómo estaba su hermana. Todos, incluidos los hijos de Gardner, estaban perfectamente.

A continuación, salió de su coche y se dirigió a la casa de los Brundle.

Rice la había llamado para encargarle este asunto después de que tanto él como Barnett se vieran absorbidos por el suicidio de Sebastian.

Toby Brundle.

El único invitado de la fiesta de Ethan Williams que había informado de una riña entre Vivianne y Ralphie.

Y el único invitado, *al parecer*, que había caminado en la misma dirección que la pareja asesinada, aunque a una distancia prudencial debido a lo incómodo de la situación.

Rice ya lo había intentado por la mañana, pero Toby había salido a pasear al perro.

—Lo hace casi todos los días: coge un libro, saca al perro y se va a leer a alguna parte —había dicho su madre—. Debería estar de

vuelta a primera hora de la tarde.

O’Brien llamó y la madre de Toby abrió la puerta. —Hola, señora. Soy la agente detective Lucy O’Brien. Mi compañero estuvo aquí antes. Quería saber si Toby ha regresado.

La señora Brundle palideció, retrocedió varios pasos y se apoyó en un radiador del pasillo para mantener el equilibrio.

—Señora Brundle, ¿se encuentra bien? —dijo O’Brien, siguiéndola al interior de la casa. De repente oyó los ladridos agudos de un perro pequeño en algún lugar del fondo de la casa.

—No… —dijo la madre de Toby. Sus ojos se movían de un lado a otro con ansiedad—. Hace diez minutos, Amy, nuestra perra, ha vuelto…

Se interrumpió y se tapó la boca con la mano.

—Entonces, ¿dónde está Toby, señora?

—No lo sé… Amy ha vuelto a casa… *sola*.

55

Con el corazón desbocado, Gardner esquivó la rama caída y se metió en el callejón.

Vio que Riddick avanzaba hacia ella. La joven le rodeaba el cuello con el brazo y cojeaba.

Suspirando aliviada, Gardner retrocedió para dejarles salir, apartando la rama que colgaba.

—Creo que ya puedo apañármelas —dijo la joven, retirando el brazo del hombro de Riddick—. Simplemente no apoyaré el pie.

Riddick vio el coche de Gardner junto al bordillo y corrió a abrirle la puerta. La mujer entró cojeando y Riddick la cerró.

Hablaron fuera del coche.

—¿Quién es? —preguntó Gardner.

—No es una de los Manster, de eso no hay duda.

—La acabo de ver salir de su casa y luego echar a correr...

—Créeme —dijo Riddick—. En *realidad* no es una de ellos. Por lo que he podido deducir entre su pánico y su dolor en el callejón, les ha estado engañando y se ha infiltrado en sus vidas. Así que, por razones obvias, no quería que la vieran hablando con dos polis.

—¿Está infiltrada?

—No de manera oficial —dijo Riddick y suspiró—. Es una civil.

—Jesús... ¿qué demonios está haciendo?

Riddick se inclinó más hacia Gardner, hasta susurrarle:

—No te conté toda la historia de aquella noche..., la noche en que le hicieron la cicatriz a Arthur.

—Vaya, ¿y por qué no me sorprende?

—Joder, jefa. Ya vale. ¿Quieres saberlo o no?

Gardner asintió, conteniendo la frustración entre los dientes apretados.

—Rafiq Khan, el tendero al que atacaron para distraernos a Devon y a mí, tiene daños cerebrales. Sigue hospitalizado. —Riddick señaló con la cabeza la ventanilla trasera del coche—. Y esa es su hija.

—Madre mía.

—Samantha Khan. La reconozco de verla junto a la cama de su padre. No hablamos mucho, por eso he tardado un poco en darme cuenta de quién era.

—¿Y se ha metido en esa narcoguarrida para espiar a esos cabrones?

Riddick sonrió.

—Estoy seguro de que esa palabra es mía.

—Lo es, pero cada vez me caen peor. —Gardner miró a la chica a través de la ventanilla trasera—. Pobre chica. ¿En qué demonios estaba pensando?

Riddick suspiró.

—En intentar conseguir pruebas. Para que paguen en nombre de su padre. Aún no sé los detalles de cómo se las ha apañado ni lo que sabe. Así que, ¿hablamos con ella? —Riddick señaló el coche con la cabeza.

Gardner recordó la llamada del doctor Rodgerson de la residencia Rosecamp. *Dean se fue del centro hace una hora.*

¿Era importante?

Desde luego, sería importante para Barnett, que había sido devuelto de lleno al caso del asesinato de Howard Walters, pero ¿era relevante para la Operación Cascada Roja? Aún no habían encontrado ninguna conexión entre las dos investigaciones...

Aunque eso no evitaba que pareciera jodidamente relevante.

—Tengo que hacer una llamada primero. Empieza a hablar tú con Samantha.

Al recordar que se había dejado el móvil en el coche, abrió la puerta del conductor y lo sacó del bolsillo. Se encontró con la mirada de la joven.

—Hola, Samantha. Soy la Inspectora Jefa Emma Gardner. Ya está a salvo.

—Sam, por favor. —Se secó las lágrimas.

—Siento lo que le ocurrió a su padre.

Ella bajó la vista.

—¿Está mejorando?

—Un poco —dijo Sam—. A veces ya se acuerda de mí. Aunque es poco probable que vuelva a hablar.

—Lo siento *de verdad*, Sam. —Levantó el móvil—. Voy a hacer una llamada mientras Paul habla con usted. Luego, la llevaremos al hospital...

—Es solo un esguince... —Levantó la vista—. Estoy segura de que no será necesario... ¿Quizá podría irme a casa?

Ya veremos, pensó Gardner, sonriendo y saliendo del vehículo. Cerró la puerta del coche mientras Riddick abría la del copiloto y entraba.

Estaba a punto de devolverle la llamada a Rodgerson cuando vio las notificaciones de llamadas perdidas en la pantalla.

¡Claro! Justo antes de que viéramos salir a Samantha de la casa. Los mensajes de voz...

Escuchó el primer mensaje, de Barnett.

Barnett había descubierto las iniciales de Sebastian Harrington en la agenda de citas de Howard Walters.

¿Ninguna conexión, Emma? Piénsalo otra vez. ¡Allá vamos!

Howard había trabajado en el coche de Sebastian y las fechas correspondían con la semana de la muerte de Penny Maiden.

Contuvo la respiración mientras intentaba procesarlo.

¿Conducía Sebastian el coche que mató a Penny?

¿Y luego se lo llevó a Howard Walters para que lo arreglara después del atropello y fuga?

—Joder —dijo, soltando el aire.

¿Tiene esto algo que ver con que el padre de Penny, Dean, se haya ido de repente de Rosecamp? ¿Acababa de enterarse él

también? Pero ¿cómo?

Recordó la filtración de su comisaría que había afectado a varios de sus otros casos.

¿Alguien se lo había hecho saber a Dean?

No puede ser. Es demasiado repentino, demasiado rápido... tenía que ser una coincidencia...

En cualquier caso, las verdades estaban saliendo a la luz y Dean andaba por ahí, haciendo Dios sabe qué...

Sacudió la cabeza. *Compórtate, Emma. Dean es un moribundo y no está en condiciones de hacer nada.*

El mensaje de voz la había dejado aturdida, pero el siguiente la dejó completamente hecha polvo.

¿Sebastian muerto? ¿Suicidio sospechoso?

Jesús, tal vez Dean Maiden sea capaz de algo, después de todo. El último vals de un moribundo...

Pero Dean no era responsable del asesinato de Howard. Había sido absuelto, ya que esa noche estaba en la residencia Rosecamp. Lo habían visto varias enfermeras y cuidadores.

¿Quizá Sebastian había matado a Howard por haber trabajado en su coche en 1980? ¿Por saber la verdad? Pero si ese era el caso, ¿por qué había esperado Sebastian cuarenta y tres años? A menos que Howard acabara de aparecer de la nada para chantajearlo, ¿quizá?

Pero Howard tenía una buena posición económica antes de su muerte. ¿Por qué molestarse en meterse en una situación tan desesperada?

Su teléfono empezó a sonar. Era Marsh. —¿Sí, jefa?

—Emma..., tenemos que hablar.

—Lo sé, he escuchado los mensajes. Sebastian llevó el coche al taller de Howard la semana que murió Penny. Y ahora Sebastian se ha suicidado...

—Hay más.

El corazón se le aceleró. ¿Habría acertado? —¿Ha sido Dean Maiden?

—¿Qué te hace decir eso?

—Se ha marchado de la residencia Rosecamp...

—¿Qué? ¡Mierda! No..., no ha sido él. Pero alguien estuvo con él antes de su muerte...

—¿Quién?

Silencio.

—¿*Quién*?

—Escucha, Emma, antes de decírtelo, quiero que me prometas que no vas a entrar en pánico. Las cámaras muestran que Sebastian recibió a su invitado como a un viejo amigo. No se sospecha que haya habido un acto criminal. Se ve claramente cómo Sebastian acompaña a su invitado hasta la puerta, por lo que no sospecho que acabaran de obligarlo a tomarse las pastillas. Y puede que todo sea una coincidencia...

Gardner lo supo.

Si Marsh estaba preocupada por ella, solo podía significar una cosa.

El corazón de Gardner se desbocó aún más.

—El invitado era...

—Neville Fairweather —dijo Gardner.

—Lo siento, Emma.

56

Dean dejó la bolsa reutilizable en el suelo, a su lado, mientras Keith se arrellanaba en su La-Z-Boy con un gemido y, a continuación, ajustaba el sillón para reclinarse hasta quedar en posición horizontal.

—Te ofrecería asiento —dijo Keith, sonriendo—. Si tuviera otro.

Dean examinó la habitación llena de humo. Las paredes estaban amarillentas y desconchadas. El cenicero que había junto al La-Z-Boy rebosaba de colillas.

Inmundicia.

Bien.

Era justo lo que el viejo cabrón se merecía.

Keith gimió al estirar el brazo hacia la mesa que tenía al lado para coger un cigarro y un mechero.

—¿Cómo es que sigues vivo? —preguntó Dean.

«¡Ja! ¿Lo dices por preocupación o porque lo lamentas?». Encendió el cigarrillo y le dio unas cuantas caladas ansiosas. «El médico intentó que lo dejara. Un esfuerzo inútil. Aunque, he de reconocer que me convenció para usar filtros. Así que se podría atribuir mi longevidad a él, supongo». Se rio. «Y que sepas que ese gilipollas se murió de un ictus a los cincuenta y tres ¡y no había fumado en su vida!». La risa de Keith sonó cavernosa y le irritó el pecho congestionado. Tosió violentamente durante unos veinte segundos antes de inclinarse y escupir en el cenicero.

—Eres asqueroso —dijo Dean, preguntándose si su propio corazón aguantaría un ataque de tos tan violento.

«Ja…, lo dice el del ojo». Le dio otra calada. «¿No puedes ponerte un parche o algo?». Soltó una nube de humo. «¿Y qué hay en esa bolsa? ¿Una pistola? ¿Piensas matarme, colega?».

—No es una pistola.

Keith resopló. —No me extraña. El Dean que yo recuerdo… vaya…, ese hombre no mataría ni a una mosca.

Dean retrocedió un paso para evitar las nubes de humo que se arremolinaban en su punto más concentrado. Dudaba que sirviera de mucho; últimamente apenas podía respirar. —Quizá no te acuerdas. Cuando fui a verte aquella noche… —Forzó la entrada de aire—. Si no hubiera estado borracho y desorientado, te habría ganado la partida.

—Paparruchas. —Keith lo apartó con un gesto de la mano—. Estabas de rodillas, lloriqueando, como siempre. Eras patético y débil. —Dio una calada, retuvo el humo un minuto, inclinó la cabeza hacia atrás y lo expulsó en un chorro—. ¡Ja! ¡Se te salía el ojo de la puta cara, joder!

Mantén la adrenalina a raya, viejo.

Si Dean perdía el control de su genio, perdería el control de su respiración y, después, de su corazón. Tenía que permanecer tranquilo. Estoico. Cumplir con sus obligaciones, *sus obligaciones como padre*, antes de morir.

—Ahora las cosas son diferentes —dijo Dean—. Cuando un hombre lo pierde todo, como yo, se adapta…

—Ah, sí…, es verdad… Ella también murió, ¿no? *Stell.* —Keith dio otra calada y soltó un anillo de humo. Lo señaló—. ¡Mira eso! Todavía me sale bien.

La ira en el interior de Dean era como una serpiente enroscada.

Keith lo hacía a propósito. Se había pasado la vida entera provocando a los demás y ahora, con el estado en que se encontraba, era su modo por defecto, lo único que sabía hacer.

La idea del deterioro de Keith le ofreció cierto consuelo y le ayudó a mantener la calma de la serpiente.

—No podía soportar seguir viviendo —dijo Dean.

Keith fumaba con avidez. —La muerte de un hijo te hace eso. O eso me han dicho.

—He oído que tuviste un hijo.

Keith se rio. —Bueno… medio hijo… —Se dio unos golpecitos en la cabeza—. No está del todo bien, si me entiendes. Pero, aun así, un hombre tiene responsabilidades, ¿sabes a lo que me refiero? De todas formas, está con su madre. ¡Menuda zorra, si es que alguna vez la hubo! ¡Una auténtica zorra! —Apagó el cigarro de un golpe y cogió otro—. Dios, siempre ha sido un ancla atada a mi cuello. —Encendió el cigarro—. Parece que tuviste suerte al escaquearte…

—*Basta* —dijo Dean. La serpiente enroscada se crispó. Sintió un dolor en el pecho. Forzó la entrada de aire, deseando tener una bombona de oxígeno con él. Lo justo para seguir adelante… hasta que…—. Necesito saberlo. Neil Clark… el hombre al que *tú* quemaste… ¿mató él a mi hija?

—*Al que quemamos* —dijo Keith, fumando.

—¿Fue él?

Keith sonrió y tosió. Esta vez no fue un ataque de tos, pero aun así escupió algo en el cenicero. Después de hacerlo, levantó la vista hacia Dean. —Creo que ya sabes la respuesta a esa pregunta. Si no, ¿para qué molestarte en venir?

La cola de la serpiente se agitó.

—¿Mataste a un hombre inocente?

—*Matamos.* ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Y no, Neil Clark no era inocente, no te preocupes por eso. Violó a una chica, ¿sabes? Katy Jones, de dieciséis años. *Le hicimos* un favor al mundo. A ese chaval había que sacrificarlo.

Dean sintió una sucesión de agudas punzadas en el pecho mientras la serpiente abría los ojos. —¿Penny… mató Neil a Penny?

Keith cerró un ojo y apuntó a Dean con el cigarrillo. —Ay, esa Stell. Sabes, a veces todavía pienso en ella. Era todo un personaje, ¿verdad? Si hubiera aguantado, si hubiera superado esa depresión, habría atado todos los cabos mucho antes que tú, viejo…

La serpiente alzó la cabeza. —¿Mató *Neil* a mi hija?

—Stell era una auténtica zorrita en sus tiempos. Pero supongo que eso ya lo sabrás, Dean, ¿eh?

—¿O fue Sebastian Harrington? —Dean se agarró el pecho y boqueó en busca de aire.

—Tranquilo, tigre, no te me mueras…

Haciendo una mueca de dolor, Dean luchó contra el dolor en el pecho y la falta de oxígeno para meter la mano en la bolsa reutilizable.

—Joder, ¿en serio? —dijo Keith, riéndose de lo que apareció—. Esto tengo que verlo.

En lugar de responder, Dean inspiró un poco de aire, apartó la mano del pecho y desenroscó el tapón de la garrafa de gasolina de cinco litros.

La mano de Keith se dirigió a los mandos de su La-Z-Boy.

—Ni se te ocurra… —Dean se inclinó sobre Keith con la garrafa ligeramente levantada—. Tienes un cigarro encendido en la mano.

Keith retiró la mano. —Intenté darte un poco de paz, Dean. Neil fue una oportunidad para…

La serpiente estaba ya bien despierta. Observando. Reptando. Buscando.

Dean tosió. El dolor se intensificaba. —¿Tranquilidad? —*Sangre en la carretera..., el agua se la llevó.*—. ¿Qué tranquilidad puede haber? Solo hay vacío. —La serpiente volvió a alzar la cabeza—. ¿Sebastian Harrington?

—Rico. Ya sabes cómo funciona esto, Dean. Tú *conocías* el mundo en el que vivíamos.

—Le ayudaste..., le protegiste... —Dean sintió un latigazo de dolor. Se tambaleó ligeramente hacia atrás. *Todavía no. ¡Maldita sea! Todavía no.* Respiró hondo y recuperó el equilibrio, justo a tiempo para que Keith se lo pensara dos veces antes de echar mano a los mandos—. ¿A que sí?

—Me aseguré de que el currante se llevara su parte.

La serpiente enseñó los colmillos. —¡Una mierda! ¡Te ayudó a construir un puto imperio!

Keith señaló la habitación con la mirada. —¡Menudo imperio! —Levantó el cigarrillo; tenía un largo cilindro de ceniza—. Necesito sacudirla.

Dean sintió otra oleada de dolor y, esta vez, un vahído. Ni siquiera se dio cuenta de que se había vuelto a tambalear. Pero, al percatarse, dijo: —Mueve los dedos un centímetro más, Keith, y te quemarás...

Keith retiró la mano.

—Parece que me equivoqué contigo después de todo este tiempo, ¿eh? No era Stell el que se las traía...

La serpiente movió la cabeza. Dean sabía que su cuerpo estaba a punto de rendirse.

Keith señaló sus pies elevados al final de su La-Z-Boy. —Supongo que estoy a tu merced. ¿Así es como acaba?

Dean asintió.

—Vaya... ¡Y todo porque Howard, ese capullo borracho, hizo una puta mierda de trabajo con los frenos de Sebastian!

Howard... ¿fue por eso que lo mataron? ¿Se había vengado Sebastian por fin?

Dean estaba desesperado por hacer más preguntas, pero su dolor, su respiración, su coordinación... le estaban fallando. Era ahora o nunca...

—Ya sabes que nada de esto fue intencionado, ¿no? Y ahora, ¿qué? Pago yo el pato por ese par de gilipollas...

Dean volvió a asentir. —Tú *sabías* la verdad.

Keith apagó rápidamente el cigarrillo y cogió el mechero. Lo arrojó al otro lado de la habitación. —Me levantaré de este sillón y me echaré sobre ti, viejo, antes de que llegues a él. Esas respiraciones tuyas son cada vez más fatigosas. Yo que tú llamaría a una ambulancia antes de que fuera demasiado tarde.

De su bolsillo, Dean sacó un viejo mechero Ronson Varaflame.

—Mierda... No sabía que todavía los fabricaban así.

—No los... fabrican. Me lo diste... tú.

—Joder. ¿De aquella noche? ¿De la noche que ese bocazas estaba de rodillas?

Dean usó sus últimas briznas de energía para volcar el bidón de gasolina. El combustible cayó a chorros sobre Keith.

Un vahído...

Entonces, Dean cayó de rodillas junto al La-Z-Boy.

Oyó el motor activarse; Keith había agarrado la palanca.

Dean miró el aparatoso mechero de plata que tenía en la mano y lo pulsó una vez.

Dos.

A la tercera va la vencida.

57

Mientras Riddick hablaba con Sam Khan, observaba a su antigua jefa pasear de un lado a otro por la acera. Parecía como si hubiera visto un fantasma.

Riddick estaba molesto con Sam por haberse puesto en una situación tan precaria, pero ella estaba triste y desesperada, así que se esforzó por reprimir cualquier atisbo de cierto tono en su voz.

—No podía esperar más. No habíais hecho ni un solo arresto —dijo ella.

Riddick suspiró para sus adentros. Sam tenía razón, por supuesto.

Todavía estaban muy lejos de encontrar a la persona que había atropellado a su padre y a Devon. Y ocho meses era mucho tiempo de espera. Los recursos se habían destinado a otros asuntos.

El propio Riddick había estado demasiado distraído con su vendetta contra Nathan Cummings y su preocupación por Arthur Fields.

Miró a la joven desvalida por el espejo retrovisor y sintió que la culpa lo abrasaba.

¿Quién podía culparla?

Enfadarse con ella sería de hipócritas. Si se hubieran invertido los papeles, ¡como si Riddick no hubiera tomado cartas en el asunto!

Riddick se giró en el asiento y la miró. —Tienes razón, no es suficiente. El problema es que la persona que atacó a tu padre era

solo un crío. Los de arriba no quieren perseguir a críos. Nunca se consigue nada. No es una excusa, solo una triste realidad. Chicos como ese son manipulados por gente como Cummings... y esa es una defensa muy sólida. Entonces, se convierte en la palabra de los críos contra la del manipulador, así que ni siquiera podemos encerrar al cabronazo del titiritero. —Sacudió la cabeza—. ¿Qué estoy diciendo? Todo esto son excusas. *Yo* debería haber hecho más, Sam. Siento mucho que te hayas hecho pasar... por... *eso*.

«Eso» era una relación con Harris.

La sola idea repugnaba a Riddick, y la culpa ardió con más intensidad.

Ella apartó la mirada. Estaba claramente asqueada consigo misma.

Riddick empatizó con ella. Él también había cometido actos repulsivos por un sentimiento de necesidad.

—Ni siquiera he llegado a la verdad. —Se secó una lágrima—. Sigo sin saber qué crío me arruinó la vida. Nuestras vidas... Mi madre es un alma en pena... apenas come... duerme... y, después de todo, he fracasado. Desde el momento en que me acerqué a Harris en aquel bar, no he sido capaz de mirarme al espejo. No paraba de imaginar que le estaba pasando a otra persona. Y aun así, después de todo, el capullo ni siquiera me dio lo que buscaba.

—Fue Nathan Cummings. Él lo organizó todo. Él es el verdadero culpable. Y está muerto.

—Sí, pero...

—Lo siento. —Le tocó la rodilla. Ella lo miró—. Fue él, *Nathan*, y está muerto. —Retiró la mano.

—*Aun así*, quiero saberlo.

—No puedes volver con esos hombres. Y no se hable más.

Ella entrecerró los ojos. Claramente, no le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer. Pero, en ese momento, no le había dado otra opción. —¿Lo entiendes?

Ella suspiró y asintió. —Ahora no me queda más remedio, ¿verdad? Puede que te hayan visto perseguirme. Puede que sospechen.

—Exacto. Tienes que volver con tu familia. —Se le ocurrió una cosa—. No saben dónde vives, ¿verdad?

—No... mi padre ganó lo suficiente para que nos fuéramos de Manningham hace años. Mantuvo nuestra tienda aquí, pero no nos dejaba tener nada que ver con este sitio. Alquilé una habitación barata a la vuelta de la esquina, para que Harris pensara que acababa de mudarme a la zona. Es asqueroso... *yo soy* asquerosa... Y ahora ni siquiera tengo al cabrón responsable.

Riddick volvió a girarse hacia delante en el asiento, mirando por la ventanilla a Gardner. *Seguía* enfrascada en la conversación, *seguía* paseando, *seguía* con cara de haber visto un fantasma.

Hacemos buena pareja, ¿eh, Emma?

A veces, parecía que se hacían bien el uno al otro; otras, que eran la combinación más explosiva desde Bonnie y Clyde...

No parecía haber término medio.

—Esos *malditos* gusanos —dijo Sam—. He sufrido para nada. Cerdos sudorosos y drogados. Nathan Cummings era un monstruo, pero ni siquiera pudieron serle leales. Escoria, pura escoria...

Riddick giró la cabeza tan rápido que le crujió el cuello. —¿Cómo dices? ¿A qué te refieres con la lealtad?

—Pues que no tenían ninguna. Tuve que escucharles bromear sobre quién asumiría el papel de Nathan. Dales tiempo suficiente y este tipo de animales siempre se atacan entre ellos... se nota.

—¿Crees que tuvieron algo que ver con lo que le pasó a Nathan?

—Definitivamente, *sabían* que iba a pasar.

Riddick inspiró hondo y el corazón le dio un vuelco. —¿Qué te hace pensar eso?

—Estábamos todos en el club la noche en que Nathan se lió con aquel tipo en la barra. Después de la pelea, nos quedamos en el club mientras él estaba fuera con la policía, y luego volvimos todos a la casa sin Nathan, así que no pudieron ser ellos..., pero...

Riddick se inclinó hacia ella. —Sigue.

—Pero, cuando volvimos, fue cuando empezaron a bromear sobre quién sería mejor líder. Aunque en ese momento no mencionaron que fueran a matar a Nathan, debían de sospechar que algo iba a pasar; si no, ¿por qué sacar el tema? O lo sabían o lo

organizaron. Eso es todo lo que sé. Estaré encantada; de hecho, *más que encantadísima*, de prestar declaración. Cuantos más de estos puedas encerrar, mejor. No me sorprendería que Pasture estuviera detrás de la muerte de Nathan.

¿Pasture?

—¿Quién demonios es Pasture?

Sam lo miró como si fuera idiota. Enarcó una ceja. —¿Su jefe?

La cabeza de Riddick daba vueltas. De repente, se sintió como se veía Gardner fuera, paseando de un lado a otro con el móvil. —¡Nathan era su jefe! Nunca he oído hablar de *Pasture*. Suena a un maldito nombre en clave. Quizá sea un apellido... ¿Harris o Geo mencionaron algún nombre de pila? ¿Lo llamaron señor Pasture alguna vez por casualidad?

—No... solo Pasture, que yo recuerde...

—¡Tiene que haber algo más, Sam!

De repente, el coche quedó en silencio, y a Riddick le preocupó haberse pasado de intenso. —Lo siento, yo...

—No..., no pasa nada..., estoy pensando... Era difícil hacer preguntas. —Hizo una pausa para pensar—. En mi cabeza, me imaginaba a Pasture como un anciano.

—¿Un anciano? ¿Harris o Geo dijeron que era mayor?

—No exactamente. No recuerdo que usaran esa palabra. Pero sí que hablaron de su experiencia, de la fe que le tenían. Eso es, ya me acuerdo. Harris le dijo a Geo que podían confiar en Pasture porque era perro viejo y sabía lo que se hacía. Y esto fue cuando Nathan no estaba con ellos.

—¿Perro viejo?

—¡Sí! ¿De verdad que nunca has oído hablar de él?

—Pues no —dijo Riddick suspirando—. Sigue pensando, Sam, por favor. Pasture. Posiblemente mayor. Definitivamente con experiencia… ¿hay algo más?

Ella se quedó pensando. —Hablaban mucho de él. Geo y Harris. Pasture quiere esto…, quiere aquello…, ya sabes, ese tipo de cosas. Parecía que lo veneraban o que le tenían pánico. Probablemente ambas cosas. Solo oí a Harris mencionar a Pasture una vez en presencia de Nathan. Hace meses. Harris comentó que Pasture por

fin había puesto a los Manster en el mapa «como Dios manda». A Nathan no le gustó. Se puso como un loco y le gritó a Harris, diciendo que Pasture no duraría para siempre.

—Seguro que a Nathan le molestaba. Era un arrogante. La verdad, esta es la primera noticia que tengo de que recibiera órdenes de alguien. Seguro que eso se lo comía por dentro.

—Entonces, ¿quizá fue este Pasture quien mató a Nathan al final?

Tiene sentido. Si el jefe en la sombra sabía que Nathan iba a por él, probablemente por Harris y Geo, entonces ese desenlace parecía inevitable. —¿Es posible...? ¿Estás segura de que nunca lo viste? —preguntó Riddick—. ¿Un hombre mayor, tal vez, entrando por esa puerta?

Sam negó con la cabeza. —He visto a un montón de idiotas despreciables entrar por esa puerta, pero eran sobre todo jóvenes, hasta arriba de testosterona, agresivos, bombas de relojería.

Pasture.

Posiblemente mayor.

Con experiencia.

Pasture... Pasture...

Riddick sentía que la verdad se abría paso, pero le parecía increíble… ¿o era simplemente inaceptable?

Sacó el móvil y entró en Google. Tecleó «sinónimos de pasture».

Pasto, prado, dehesa, campo, pradera...

Se le cortó la respiración cuando su temor se vio confirmado.

Campo.

Los ojos de Riddick se abrieron de par en par. En el fondo, lo había sabido todo el tiempo.

El viejo cabrón nunca se había retirado para morir de cáncer de pulmón en un maldito La-Z-Boy.

Keith Fields seguía moviendo los putos hilos.

58

Tras dejar a Samantha con su madre, Gardner se detuvo en una calle tranquila para que Riddick pudiera explicárselo todo.

Gardner intentó concentrarse en lo que él le decía, pero su mente seguía absorta en la otra serie de revelaciones que implicaban al misterioso Neville Fairweather. Aunque lograba dar sentido a las palabras del que había sido su director de investigación adjunto, sus noticias parecían suceder en otra realidad, como si las estuviera viendo en una pantalla de televisión.

Se sentía completamente desconectada del mundo.

Mientras iban en coche al piso de Keith Fields, Riddick la interrogó sobre las llamadas que había hecho fuera del vehículo. Ella intentó restarle importancia; sencillamente, no estaba preparada para hacerle partícipe de ese extraño bucle.

—Parecía que habías visto un fantasma —insistió Riddick.

—Hablemos primero con Keith —dijo Gardner—. Y luego te lo explico.

¿Pero explicarle qué? En su propia cabeza, sonaba demasiado increíble para ser verdad.

Neville Fairweather —el hombre que había ido a su casa el día anterior con una foto de Willows y que se *suponía* que estaba fuera del país—, ¿de repente estaba relacionado con la operación Cascada Roja? Y, peor aún, ¿podría incluso ser el responsable de la muerte de Sebastian Harrington?

¿Qué demonios significaba todo aquello?

En cierto modo, agradecería conocer la opinión de Riddick. Pero no se hacía ilusiones de que le diera una explicación. En serio, ¿cómo se podía esperar que alguien atara todos esos cabos?

Le había mandado un SMS a la hermana de O'Brien antes para preguntarle si todo iba bien. Recibió una respuesta inmediata. Sus hijos se lo estaban pasando en grande en una cama elástica en el jardín.

Gardner había suspirado, prometiéndose comprarles a sus hijos su propia cama elástica cuando todo este puto circo terminara por fin.

Gardner aparcó frente al bloque de pisos y Riddick abrió la puerta del coche.

—¿Cómo de convencido estás de que es Keith? —preguntó Gardner.

Riddick se volvió para mirarla. —Es Keith, no hay duda. En el fondo, probablemente lo he sabido todo el tiempo. Un cabrón como ese no se rinde hasta que lo obligan.

—Vale, no lo discuto…, pero ¿no lo convierte eso en alguien peligroso?

Riddick lo sopesó. —No corremos peligro. Mantiene este perfil bajo deliberadamente. Un viejo que está en las últimas. Ahora todo lo hace con esto. —Se señaló la boca. Luego se giró y señaló el piso con un gesto—. Ahí es donde lo encontraremos más vulnerable.

—¿Qué vas a hacer? ¿Detenerlo?

Riddick la miró de nuevo y Gardner supo que no había pensado bien en esa parte.

—O sea, que él niega ser Pasture y ¿nos vamos con las manos vacías? —preguntó Gardner.

Riddick no respondió.

Por su mirada, supo que él iba a subir allí a por una confesión, costara lo que costara.

—¿Quieres quedarte en el coche? —le preguntó él.

—¿Y arriesgarme a veros a ti y a un anciano caer por el balcón de un último piso?

—Ya había olvidado lo dramática que puedes llegar a ser —dijo Riddick, saliendo del coche.

Ella salió del coche, negando con la cabeza. *Paul, la palabra «dramático» se te queda corta.*

Lo siguió mientras él se acercaba a la entrada. *Mi vida es mucho más fácil sin ti.*

Él se dio la vuelta y le hizo un gesto para que lo alcanzara.

Entonces, ¿por qué me alegro tanto de verte?

El bloque de pisos era un desastre. Su mente se aceleró, intentando transportarla de vuelta al momento en que vio a Collette Willows yacer al pie de un bloque similar en Wiltshire. Respiró hondo varias veces y se obligó a volver al presente.

Riddick la miraba por encima del hombro, con las cejas arqueadas en señal de expectación.

Levantó la mano para indicarle que estaba bien y se puso a su lado junto a un ascensor horriblemente destartalado. Mientras entraban, dijo: —No recuerdo que los gemelos Kray vivieran en semejantes cuchitriles. —Las puertas del ascensor se cerraron.

—Es una mierda, ¿verdad? Sabía que este sitio era una tapadera. Debería haberlo sacado de su madriguera antes.

Gardner se dio cuenta de que Riddick apretaba los puños.

Ya empezamos.

—¿Qué? —La había pillado mirándolo.

—Nada. —*Salvo que eres un disco rayado. Todo es culpa tuya. ¿Es que algo va a cambiar alguna vez? Pero ¿qué más da ya? Nunca escuchas.*

El ascensor emitió un pitido.

Quinta planta.

La puerta se abrió.

Humo. A quemado. Un hedor como a carne achicharrada.

—¿Por qué coño no suena la maldita alarma? —dijo Gardner mientras corrían por el pasillo.

—¡Y te sorprende!

Un detector de humos averiado no era raro en zonas empobrecidas con un casero de tres al cuarto.

Riddick estrelló el codo contra el cristal de una alarma de incendios y un ulular estridente comenzó a sonar.

Doblaron una esquina.

Allí el humo era más denso y salía de una puerta abierta, retorciéndose en masas más oscuras junto a alguien que estaba sentado contra la pared. Tenía la barbilla apoyada en el pecho.

—¡Es su piso! —gritó Riddick, echando a correr y abriendo distancia entre ellos. Miró al hombre caído—. Este no es él.

Gardner alcanzó a Riddick y observó la figura marchita de Dean Maiden. Tenía los ojos cerrados.

¿Dean Maiden? Más cabos. Extendiéndose unos hacia otros. Intentando conectarse.

Nunca se había sentido tan desorientada en una investigación, pero no era el momento.

Riddick, que se había detenido en seco en la puerta abierta del piso, gritó: —¡Mierda! ¡Necesito una manta! —Y se zambulló dentro.

¡Joder! —¡Espera! —gritó Gardner, dando la espalda a Dean y entrando a la carrera por la puerta abierta del apartamento.

Se le revolvió el estómago. Se tapó la boca.

Había un hombre en llamas.

Y también los reposabrazos del La-Z-Boy en el que estaba recostado.

La víctima estaba inmóvil.

Tosiendo, Riddick salió de una habitación contigua, arrastrando una manta. Gardner se pegó a la pared del pasillo mientras él se abalanzaba hacia el salón, levantando la manta. Arrojó la tela, y a sí mismo, sobre el hombre en llamas y el sillón.

Riddick golpeó frenéticamente la manta y rodó su peso sobre ella. Gardner, que ahora también tosía, se adelantó para ayudar, pero, al ver que Riddick había extinguido las llamas, se contuvo.

Cuando Riddick retiró la manta, maldijo y volcó de una patada un bidón de gasolina que había en el suelo.

Ella ya había sabido al ver el estado de Fields que no tenía salvación. Era una imagen que nunca la abandonaría. Otra imagen para unirse a las demás que este maldito trabajo le había arrojado a lo largo de los años.

—Da el aviso. Yo iré a ver al otro.

Volvió al pasillo. Había menos humo allí, así que logró controlar la tos.

Se arrodilló junto a Dean, esperando encontrarlo muerto. Pero, aunque tenía la barbilla pegada al pecho y el rostro pálido, pudo ver cómo su pecho temblaba ligeramente con inhalaciones rápidas y superficiales. Al acercarse más, pudo oír una leve sibilancia.

—¿Dean?

Sus ojos se abrieron con un aleteo. Intentó levantar su único ojo sano para ver a Gardner. Ella se agachó para que pudiera hacerlo. Un fino hilo de saliva colgaba de la comisura de su boca. Intentó sonreír, pero sus labios apenas temblaron. Entonces, empezó a deslizarse hacia un lado, por lo que Gardner se colocó rápidamente a su lado, de modo que la cabeza de él acabó en su regazo.

La miró desde abajo, jadeando.

Estaba desesperada por hacerle preguntas. *¿Por qué matar a Keith Fields? ¿Qué le había hecho a Penny? ¿Estaba también relacionado con Sebastian Harrington? ¿Lo había protegido Fields? Y, de ser así, ¿por qué ir a por él ahora? ¿Hoy? ¿En los últimos segundos de tu vida?*

Tantas preguntas.

Pero, al mirarlo, supo que no tenía sentido. Dean estaba demasiado débil para conversar. Oía a Riddick al teléfono con los servicios de emergencia.

Cuando llegaran, habría dos cadáveres.

Murmuró algo. Ella se inclinó más para oír sus palabras. Eran débiles, arrastradas y se perdían entre el sonido de los jadeos. Se inclinó aún más, con la espalda ardiéndole.

—Penny… —consiguió sonreír por fin mientras miraba a Gardner —. Mi niña… —Su ojo sano se puso en blanco. Sus párpados temblaron—. Lo supe… siempre… lo supe… —Jadeó—. Todo… todo…

lo que siempre quisiste. —Ella tuvo que inclinarse todavía más. Su espalda, ya no tan joven, se quejó a gritos.

Abrió la boca para interrogarlo. Sería lo mejor, sin duda. Saber la verdad antes de que muriera.

Y entonces reconoció algo en su rostro. Algo que había visto en los ojos de sus propios padres el día que empezó su carrera. Un milagro tras una crianza turbulenta junto a un hermano sociópata.

Orgullo.

En sus últimos momentos, creía estar mirando el rostro de su hija. Hecha una mujer y con éxito.

¿Podía ella arrebatarle eso?

No, no podía.

La verdad de todo podía esperar. Allí había un hombre que había vivido con una experiencia impensable durante la mayor parte de su vida.

Sí, la maldita verdad podía esperar.

Le acarició el pelo a Dean.

—Lo… siento… —logró decir Dean.

Ella cerró sus propios ojos y pensó, por un instante, en Willows, sonriendo, en aquel último día justo antes de que visitaran aquel piso en Tidworth. —Yo también lo siento.

Cuando abrió los ojos, una lágrima le recorrió la mejilla y vio que los ojos de él se habían cerrado. Dando por hecho que había fallecido, estiró la espalda, pero entonces se dio cuenta de que los ojos de Dean volvían a abrirse con un parpadeo y sus labios temblaban. Se inclinó de nuevo, haciendo una mueca de dolor, para oír si tenía algo más que decir antes de marcharse.

Escuchó.

Pudo haber sido un último aliento entrecortado, o pudo haber sido también: «Te quiero, Penny».

No podía estar segura, pero le gustaría pensar que había sido lo segundo.

Así que eso fue lo que pensó.

59

En compañía de dos cadáveres, Gardner y Riddick intentaban desesperadamente procesar la experiencia.

Se contaron todo lo que sabían, ansiosos por rellenar las lagunas del otro y atar cabos.

¿Se le podía encontrar algún sentido a todo este caos?

Tras deliberar un rato, y sin llegar a ninguna conclusión en firme, llegaron los servicios de emergencia y el mundo a su alrededor estalló en un frenesí de actividad.

De vuelta en el coche, Gardner notó que Riddick le estaba dando muchas vueltas a algo. No era de extrañar. Supuso que era por no haber llegado a tiempo. Pero no era eso.

—Deberías habérmelo dicho antes, lo de este Neville Fairweather.

—¿Por qué? No sabía que estuviera conectado.

Él negó con la cabeza. —No, no por la investigación..., sino porque... —La miró. Ella vio la preocupación en su rostro—. Porque sí.

Le sonó el móvil. Número desconocido. —¿Inspectora Jefa Gardner?

Se oían sollozos.

—Perdone, ¿quién es?

—Kiera McLeod.

La joven que trabajaba con Sebastian en el centro juvenil.

—¿Se encuentra bien?

—No sé... —Hizo una pausa y sorbió por la nariz—. Sé lo que le pasó a Sebastian. Lo sé *todo*.

60

Todas las miradas se volvieron hacia la pantalla cuando el proyector cobró vida y la Sala de Incidentes 2 se sumió en un silencio sepulcral.

La Operación Cascada Roja había sido de lo más peculiar hasta la fecha, pero nada había preparado a nadie para el giro que habían dado los acontecimientos aquel día.

Gardner se perdonó a sí misma por no haberse esforzado más en conectar la Operación Cascada Roja con el asesinato de Howard Walters. No solo Marsh se había mostrado reacio a la idea, sino que ambas investigaciones tenían contextos completamente diferentes. Una se remontaba a una tragedia de 1980 y a un grupo de ancianos ahora hastiados, mientras que la otra involucraba redes de narcotráfico comarcales y a un grupo de adolescentes hedonistas de clase media. ¡Ambas tenían un elenco de personajes muy distinto!

Tenían.

Ya no.

Sebastian Harrington, el diputado conservador de 1980, era el tío fallecido del asesinado Ralphie Parks. Barnett había descubierto su vínculo con el asesinado Howard Walters a través de los libros de registro del mecánico.

Dean Maiden había asesinado a Keith Fields, alias Pasture, el líder en la sombra de los Mansters.

La víctima, Ralphie Parks, había estado trabajando para los Mansters.

Y, para colmo, estaba Neville Fairweather, un hombre rico y poderoso que había estado relacionado con Collette Willows… y un hombre que se había interesado mucho por Gardner…

A Gardner le costaba conectar todos estos ámbitos. Le costaba encontrar las palabras.

Afortunadamente, Sebastian Harrington *sí* había tenido algunas palabras que ofrecer.

Palabras que había grabado en vídeo antes de su suicidio y que luego le había enviado a Kiera McLeod.

En la pantalla, Sebastian parecía enérgico y tranquilo, lo cual era extraño considerando lo que estaba a punto de hacer.

Pero ¿no era esa la marca de un político hábil?

Una puesta en escena que no reflejaba del todo la agitación interior. Y, a veces, especialmente en este caso, el cenagal interior de engaño y corrupción.

—Kiera…, siento enviarle esto. Es usted la única persona que conozco hoy en día en quien de verdad puedo confiar. Es usted amable y rebosa integridad. ¡Cualidades que yo ansiaba, pero de las que me quedé muy lejos! Sé que usará estas últimas palabras con responsabilidad y que enmendará algunos entuertos con estas verdades que le entrego.

»Echando la vista atrás, mi vida me parece breve. Es extraño, considerando que mis errores podrían llenar mil vidas. Con todo, intentaré que estas últimas palabras sean escuetas… No niego que un catálogo de desastres y errores podría ser interesante de escuchar y hacer salivar a algunos de mis críticos más voraces, pero, si le ofrezco una autobiografía completa, me temo que parecerá egocentrismo y luego autocompasión. Esa no es mi intención. Soy un don nadie y merezco morir como tal. Así que, aunque los medios se regodearán con otro político caído en desgracia, con todo su derecho, debo añadir, espero que el mensaje genuino de esto se entienda. Porque aquí hay algo mucho más importante que otro mentiroso engreído.

Por primera vez, el barniz de Sebastian amenazó con resquebrajarse. Le tembló el labio superior. Tras coger un vaso de agua, se apartó un momento de la cámara web para beber un sorbo. Luego, dejó el vaso, se volvió y la Sala de Incidentes 2 volvió a sentirse paralizada bajo la mirada de un hombre muerto.

—Quiero hablarle de Penny Maiden. Una jovencita. Como usted, era de buen corazón… en la flor de la vida… dispuesta a devolverle algo al mundo que la había traído a la existencia. Una vida importante. —Se llevó un puño a la boca y apretó los ojos con fuerza. Debió de estar a punto de derrumbarse y empezar de nuevo.

Quién sabe —pensó Gardner—*, a lo mejor esta era la ducentésima versión que grababa.*

Abrió los ojos. —Le quité la vida en una lluviosa tarde de junio de 1980. Puede que no fuera intencionado, pero se la quité igualmente. Y no puede haber, no debería haber, excusas para eso. Pero yo me las puse a mí mismo y me abstuve de asumir mi responsabilidad. He sido un cobarde. Y sigo siendo un cobarde. Ahora que mi sobrino ha muerto y que la investigación del asesinato de Howard Walters vuelve a estar en el punto de mira, sospecho que solo será cuestión de tiempo…

No fue la muerte de tu sobrino la que atrajo los focos, Sebastian. Fue Ray, que revisó diligentemente las pruebas antiguas. Si no fuera por sus focos, todo este lamentable asunto seguiría languideciendo en la oscuridad. El propio Dean abandonó este mundo sin dejarnos nada. Así que algo ha debido de asustarte para que hicieras esta confesión, Sebastian. Para que te suicidaras.

¿Neville Fairweather?

¿Te presionó? ¿Por qué?

—No hay defensa posible. Ninguna. Solo puede haber una disculpa sincera por lo que he hecho. A la familia. A mis antiguos electores. A usted, Kiera. Al mundo entero. Pero, por favor, no la acepten. Ninguno de ustedes. Es apropiado como último castigo que no lo hagan. Soy una deshonra. Deseo morir en la deshonra y ser recordado siempre como tal, hasta que el último recuerdo de mí se marchite.

»Durante años, la excusa que me ponía era Howard Walters. Lo culpaba de su incompetencia, del pésimo mantenimiento de los frenos. Más tarde me enteré de que fue su alcoholismo lo que lo llevó a hacer un trabajo tan chapucero. Su negligencia se estaba convirtiendo en algo más que un rumor. ¡Y yo lo había descubierto de primera mano! Sí, en los años posteriores al incidente, Howard consiguió enderezar su vida. Volvió al buen camino, se forjó una reputación excelente con los años, pero para entonces ya era demasiado tarde, ¿no? Al menos para Penny. Así que para mí fue más fácil usar a ese cabrón como excusa.

»Y eso me consumía… por dentro… como un cáncer. Aun así, me esforcé por creer en mi arrogancia… que era importante para mi comunidad… que podía redimirme sirviendo a mis electores. ¡Creyendo que podía pagar mi penitencia mejorando las vidas de los demás! Otra excusa de cobarde. Además, todos sabemos cómo resultaron mis intentos, ¿verdad? Parecía no importar a cuántas personas ayudara, pues parecía fallarle a muchas más. Y ahora, echando la vista atrás, ¿aquellos a los que ayudé me necesitaban de verdad? ¿Lo hacían? La gente a la que ayudé siempre cae de pie de todos modos. En cuanto a los que fracasan, bueno, ahora me doy cuenta, demasiado tarde, de que el final de sus historias suele ser muy diferente.

Se apartó para beber otro sorbo de agua. Gardner se preguntó si un rápido gesto de la mano derecha de Sebastian había sido para secarse una lágrima. Volvió a girarse.

—Hubo gente que fue testigo de lo que pasó esa noche. ¿Te lo puedes creer? Tres personas. ¡El BMW del diputado Harrington en Bond End! Nadie más habría tenido una oportunidad. Pero utilicé mi poder e influencia, y el poder y la influencia de otro, para enterrar la verdad. Keith Fields. Un hombre con muchísimo control. Un hombre como yo, supongo; solo que en otro escalafón social. Él ayudó a arreglar la situación. Yo puse el dinero para comprar el silencio de los testigos y él aportó el miedo necesario para mantenerlo. Keith también tenía contactos dentro de la policía, así que el caso se archivó, y Keith calmó a Dean y Estelle Maiden con un cabeza de

turco. ¡Uno de sus hombres que murió accidentalmente haciendo sabe Dios qué! No hice demasiadas preguntas. No me hizo falta.

Así que por eso Dean no se había pasado la vida entera persiguiendo al asesino de su hija. Debía de creer que Keith había impartido esa justicia...

Sin los padres atosigando a la policía, la investigación se habría enfriado rápidamente.

En algún momento, Dean debió de descubrir la verdad, pero ¿por qué esperar a hoy para atacar?

Un escalofrío le recorrió el cuerpo al pensar que había algunas preguntas que nunca tendrían respuesta.

Sebastian continuó: —En 1980, pensaba que Keith era una costra para la humanidad. Un gusano. Pero… ahora sé que él y yo no éramos diferentes… en realidad, no. Los dos somos costras. —Cogió un frasco de pastillas y lo agitó—. Listas para ser arrancadas. Supongo que un día a él le ocurrirá lo mismo.

Antes de lo que pensabas, de hecho. Pensó en él, churruscándose en el La-Z-Boy. *Y con dolor, además.*

Sebastian abrió el frasco y se echó las pastillas a la boca. Bebió un gran sorbo de agua y tragó. Gardner hizo una mueca, sintiendo el impulso de llamar a una ambulancia. *¡Qué ridículo!* Sebastian ya estaba helado en el depósito.

—Siento que hayas tenido que verme hacer esto, Kiera, pero necesito que sepas, que *todo el mundo* sepa, que me he hecho esto a mí mismo. Esta es *mi* decisión.

¿Lo fue?, pensó Gardner. *¿O te coaccionaron? ¿Quizá Neville Fairweather amenazó a tu familia?*

Él sonrió. —Kiera… esos niños del centro donde trabajamos… en cada uno de ellos veo… no sé cómo expresarlo, veo tal esperanza, *potencial*… sí, eso es… *potencial*. Durante mucho tiempo, creí en el privilegio y en los derechos divinos. No es una excusa, pero recuerdo a esos cabrones metiéndonoslo en la cabeza en el colegio todos los días. Nuestro potencial estaba justificado, hiciéramos lo que hiciéramos; los demás tenían que ganárselo. ¡Teníamos que condenar a otros por no tener aspiraciones, cuando nosotros tampoco las teníamos! No de verdad. ¡No las necesitábamos! Nos

daban todo lo que queríamos. Era todo una sarta de mentiras. Miro a esos críos ahora, contigo, Kiera, y lo sé. Lo entiendo todo. *De verdad.* Es que entonces no podía verlo. —Se apartó de la cámara y esta vez usó un pañuelo para secarse los ojos.

Se inclinó hacia el suelo y, al incorporarse, sostenía un álbum de fotos. —Esto era potencial. —Lo alzó y señaló a una sonriente Penny Maiden, de pie junto a su padre trajeado.

¿Cómo demonios había conseguido eso?

¿Había estado en la casa familiar, mientras Dean y Estelle estaban fuera, y se había ido con un recuerdo?

Otras malditas preguntas que quizá quedarían sin respuesta para siempre.

—Está celebrando sus notas de fin de secundaria —continuó Sebastian—. Mira qué orgulloso está. Se puso traje para los resultados de su hija. —Tras dejar el álbum de nuevo en el suelo, respiró hondo—. No solo apagué su potencial, Kiera. Apagué el potencial de miles de personas todos esos años atrás. Por favor, no veas nada bueno en mí después de ver esto… por favor, no justifiques nada de lo que pasó. Durante mucho tiempo, no fui ese hombre que conoces del centro juvenil. Escúchame bien. Te conozco, Kiera. Sé que estarás en mi funeral, pero intenta no llorar, intenta no decir nada sobre mí. De hecho, te prohíbo que hables. Soy una costra, siempre lo fui. Me han arrancado… y eso es motivo de celebración… no de tristeza.

Bebió otro sorbo de agua.

Él enarcó una ceja. —Puedo oírte, Kiera. ¡Todavía puedo oírte intentando justificarme! Querida, tienes un alma tan bondadosa, Kiera… una bendición en este mundo. Aun así, la historia no acaba aquí… así que prepárate. Creo que me queda lo justo para despejar cualquier duda que te quede.

Respuestas… por favor, Sebastian, dame respuestas…

—Durante años y años, la culpa me carcomió hasta que me sentí hueco y, cuando se hizo evidente que no estaba sanando el mundo, que mi potencial, mi existencia justificada, había sido una mentira fabricada por nuestras instituciones, desaparecí de la vida pública. Fue en ese momento cuando debería haberme tomado estas

malditas pastillas. En lugar de vivir mi jubilación, un fantasma lleno de autocompasión y culpa… —Negó con la cabeza—. Y entonces, hace menos de un año, empecé a soñar con la expiación. Antes de darme cuenta, el sueño se había convertido en un compromiso. Y me determiné a conseguirla. ¡Qué ridículo me parece ahora! Creer que tenía el derecho. Como si de algún modo pudiera expiar mis culpas impartiendo justicia por Penny a otros. ¿Qué clase de hipocresía arrogante y estrecha de miras es esa?

—Pero eso fue lo que pasó. Pensé que podría volver a sentirme lleno. Tampoco fue difícil de organizar, conociendo a la gente que he conocido durante tanto tiempo. Keith nunca fue el peor de ellos, y eso ya es decir. Gasté mucho dinero para que sacaran a Howard Walters de este mundo, y gasté mucho más para que lo enterraran donde esa pobre chica, Penny, había sido sepultada. ¡Pedí que su cuerpo fuera colocado junto al de su madre! Solo con decirlo ahora… ¡es surrealista! No estaba bien de la cabeza. Para nada. Quizá pienses que por tomarme las pastillas ahora, sigo sin estarlo, pero, sinceramente, ¡esta sobredosis es probablemente lo más racional que he hecho en toda mi puñetera vida!

—¿Darles a Penny y a Estelle algo de justicia mientras yo sigo campando a mis anchas? Ridículo, ¿eh? Puede que Howard fuera culpable, pero yo también lo era. ¡Yo conducía el coche, por el amor de Dios! Y, sin embargo, aquí estoy, haciéndome el justiciero. La gente a la que pagué es irrelevante. Serán unos parásitos, pero ahora los dejaré en manos de la justicia natural y no te daré sus nombres. He aprendido la lección a ese respecto. ¿Cómo me atrevo a hacer de juez y jurado?

—Me sienta bien confesar todas estas cosas, Kiera, sobre todo a ti. Eres la única persona que quizá vio un atisbo de lo que yo podría haber sido. Después de la muerte de Howard, fui feliz de verdad durante un tiempo. No sé si fue por lo que hice o, más bien, porque participé en la ayuda a aquellos niños. Y, aun así, ¿no es esto más que otra prueba de mi naturaleza egoísta? ¿La falsa creencia de que mi supervivencia y libertad están justificadas si puedo ayudar a los demás?

—En fin, he vuelto a la tierra de golpe por otro de mis fracasos. Ralphie. Sí. Dios mío..., ¡Ralphie! Ese chico se merecía algo mejor. Se merecía algo mejor que nacer en esta maldita familia y tenerme a mí como su puñetero tío. Es evidente que murió porque se juntó con la gente equivocada. Debería haberlo ayudado más, en lugar de limitarme a usar mi influencia. Podría haberlo tomado bajo mi protección. Haberlo guiado. Pero no lo hice. Ni siquiera pude salvarlo... —

Ocultó el rostro entre las manos y guardó silencio un rato. Gardner se preguntó si los somníferos habrían hecho efecto. Sin duda, él había querido enviar aquello antes de quedarse dormido y, por supuesto, lo había hecho, pero supuso que no tenía por qué haberse preocupado demasiado. La Científica habría recuperado el vídeo de todos modos.

Al final, volvió a mirar a la cámara, con los ojos más adormilados.

Sí, están haciendo efecto.

—Ya no me queda nada que decir, salvo pedir perdón. Perdón a la familia Maiden y perdón a toda esa gente a la que he fallado durante tanto tiempo. Nadie llorará mi muerte, y nadie debería hacerlo. No cometas ese error, Kiera. Te lo dejo todo a ti. Necesito que uses ese dinero para hacer lo que mejor se te da... ayudar a la gente. Ha sido un placer conocerte. Es el único placer que he conocido de verdad. —Hizo el gesto de quitarse un sombrero y la pantalla se quedó en negro.

61

La identificación de los sicarios de Howard sería prácticamente imposible. Serían profesionales bien pagados, sacados de las sombras de la red oscura. Y se habrían escabullido de vuelta allí segundos después de terminar el trabajo. Así que, a excepción de esta frustración, la larga e irresoluble investigación sobre Howard había llegado a algún tipo de conclusión.

Sin embargo, el ambiente en la sala seguía siendo lúgubre. No solo por la trágica historia de egoísmo y codicia de Sebastian, sino porque una sola victoria no era motivo de celebración. Seguían sin estar más cerca de la verdad sobre Ralphie y Vivianne.

O'Brien, que relató su experiencia del día con Toby Brundle, uno de los asistentes a la fiesta, contribuyó a despertar al dócil público.

Toby, que había contado una historia interesante sobre la noche de los asesinatos, había sacado a pasear a su perra, Amy, esta mañana. Amy había vuelto, pero Toby no. No contestaba al teléfono móvil.

Era demasiado pronto para que cundiera el pánico y resultaba más frustrante que otra cosa, pero Gardner sintió que era el momento de empezar a buscarlo.

Tras la reunión informativa, Rice se acercó con una expresión compasiva que no era propia de él. Tenía un aspecto patético.

—Debe de haber sido duro... que Maiden muriera así...

—¿En mis brazos?

Él se encogió.

—Sí..., eso.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Déjalo, ¿vale?

La falsa expresión de Rice se transformó en una de asombro que parecía muy real.

Ella suspiró.

—Lo siento..., ha estado fuera de lugar..., es que estoy de los nervios.

Rice se quedó mirándola un momento. Por suerte, esta vez no recurrió a la exagerada muestra de compasión.

—Dean era un asesino. No murió siendo inocente. ¿Sabes?

Ahora me siento de maravilla, gracias, Phil. Se dio la vuelta y se dirigió hacia la salida, donde Riddick ya estaba esperando.

Sintió una oleada de irritación. Se preguntó cuánto más podría soportar ese día.

—En mi despacho en quince minutos, por favor.

Él asintió.

Al pasar a su lado, se volvió y siseó:

—Hemos estado en tu territorio, Paul, casi todo el día, así que te he dejado llevar la voz cantante. Ahora has vuelto al mío, así que haces lo que yo diga. ¿Entendido?

Riddick asintió.

—Quince minutos. No llegues tarde o puedes volverte a Bradford.

De vuelta en su despacho, el teléfono sonó de inmediato.

Número desconocido.

Contestó.

—Hola, inspectora jefa…

—Hola, inspectora jefa Gardner. —La voz era familiar y tan irritante como siempre—. ¿Le gustaría hacer algún comentario sobre las muertes de Sebastian Harrington, Dean Maiden y Keith...?

—Por el amor de Dios, ahora no —la interrumpió Gardner.

—¿Es ese su comentario?

—*No.* ¿Cómo ha conseguido este número? Mire, Marianne, el agente Bridge hablará con usted sobre Harrington y el incidente de Bradford. No hay nada que yo vaya a añadir a eso.

—Esperaba que pudiera decirme algo sobre su *conducta*.

—¡Mi conducta! ¿Pero qué demonios...?

—Eche un vistazo a mi blog.

La llamada se cortó.

LA INSPECTORA JEFA exiliada y sentenciosa ataca de nuevo...

Gardner suspiró mientras empezaba el artículo.

Como a muchos, mi reacción por defecto siempre ha sido simpatizar con un pez fuera del agua. Incluso con uno exiliado de su propio terreno allá en Wiltshire. Como muchos, quería creer en las segundas oportunidades y esperaba que el pez que boqueaba demostrara a sus detractores del sur que estaban equivocados. Esperando, rezando, de hecho, para que ofreciera algo a una comunidad que ha sufrido bajo falsas promesas de justicia y seguridad durante casi una década.

Sin embargo, sentí que estaba cantado tras el desastre de la investigación de Howard Walters y ahora, por desgracia, se ha demostrado que tenía razón. Como cualquiera, siempre estoy dispuesta a ayudar a alguien a entender la comunidad desconocida en la que se encuentra y a apoyarlo en todo momento por el bien común, pero cuando alguien se acerca a nuestro delicado y único mundo con tal ignorancia y arrogancia, ¿cuánta paciencia se espera que tengamos? La inspectora jefa Emma Gardner...

Gardner suspiró de nuevo. *¡Que te jodan, Marianne! ¡Eres tan jodidamente predecible!*

Marianne Perse había forjado una exitosa carrera a base de asesinar reputaciones y necesitaba un nuevo objetivo, ya que Riddick no estaba disponible. Gardner siguió leyendo el blog, suspirando, manteniendo sus reacciones despreocupadas y acordes

con la sarta de chorradas. Sin embargo, sus ojos no tardaron en abrirse como platos.

¡Marianne había entrevistado a Max y Evie Parks! A petición de ellos. *Imposible, tiene que ser una trola.* La carroñera probablemente había ido a husmear por su puerta.

Seguramente era una de sus putas invitadas a una fiesta sexual...

—Manda huevos —dijo Gardner, usando una de las expresiones favoritas de Rice.

Max y Evie Parks habían elegido adjetivos contundentes para clavar bien el puñal.

Poco empática.

Sentenciosa.

Excesivamente suspicaz.

Al parecer, Gardner había entrado *con aires de superioridad* la noche que Ralphie murió, mientras ellos tenían invitados en casa.

¿Invitados en casa? ¡Había sido una puta orgía!

Una cita directa de Evie:

Nos miraba por encima del hombro por nuestra riqueza y nuestro estatus. ¡Pero si hemos trabajado por todo lo que tenemos!

Y de Max:

Una chica de clase trabajadora del sur con un gran resentimiento. Si se hubiera molestado en mirar, habría visto que donamos generosamente a obras de caridad.

Eran sandeces, por supuesto, así que a Gardner no le quedaba más remedio que ignorarlo. Aunque podría ser un problema. Marianne tenía un amplio número de lectores y aquello podría agriar aún más las relaciones con la comunidad.

La verdad es que debería haberlo zanjado de raíz en ese mismo instante, pero la curiosidad era una fuerza muy poderosa...

Gardner leyó los numerosos comentarios publicados por los lectores y se quedó anonadada y descorazonada por la enorme cantidad. La mayoría eran anécdotas de lugareños descontentos que explicaban cómo la policía estaba fallando a la comunidad. Perros ladrando sin control, basura en el parque, niños robando chuches en la tienda del barrio.

—Esto es una zona de guerra —dijo Gardner, negando con la cabeza.

Más pertinentemente, algunos lectores habían aportado sus opiniones sobre los asesinatos, que era el tema central del blog. Aun así, los comentarios seguían sin ser de ayuda. La policía, con pocos recursos e incapaz de resolver asesinatos —aparentemente—, y la labor policial moderna, más centrada en recaudar dinero a través de multas.

Gardner no dejaba de repetirse que aquello era solo una instantánea de un *cierto* sector demográfico y que no representaba a la mayoría. ¡Al menos, esperaba que no fuera así!

Los comentarios parecían volverse más mordaces. Había mucha agresividad en el debate sobre cómo la policía trataba a los Parks. Hablaban de sus vitales contribuciones a la sociedad y de cómo Ralphie había sido un ejemplo de futuro, un chaval con talento y mucho que ofrecer.

Las pruebas sugerían lo contrario.

Le sonó el teléfono. *Otra vez, número desconocido.* Descolgó. —Inspectora Jefa…

—¿Y bien?

—¿Puedo ayudarle?

—¿Unas declaraciones?

—Creo que se ha equivocado de número.

—Arrogante. Lo publicaré como ejemplo.

Colgó.

Adelante. En serio, esto es telebasura, una mierda para recabar opiniones. Tengo otras cosas en las que pensar.

Sus ojos se posaron en otro comentario que destacaba sobre el resto, y se enderezó en la silla. *Mierda…*

Riddick se acercó a la puerta y asomó la cabeza. —¿Va mejor la cosa?

—No. —No lo miró; estaba demasiado ocupada releyendo el comentario—. Necesito quince minutos más.

—Jefa, yo…

—Cierra la puerta, Paul.

Releyó el comentario por tercera vez.

Ralphie Parks era un pequeño cabrón asqueroso. Acosaba a otros niños en el instituto. Le hizo la vida imposible a mi hijo. ¿Comunidad? ¡Él no formaba parte de ninguna comunidad decente! Recibió su merecido.

El comentario se había publicado de forma anónima.

Parecía que Ralphie había hecho carrera acosando a sus compañeros en el instituto.

La directora, Paula Bradford, insistió en que habían procedido de la manera correcta. Habían investigado todos los incidentes y rellenado informes. Estuvo a punto de ser expulsado en Year 10, pero, en el último momento, consiguió enmendarse. Gardner le preguntó cuántos chavales tuvieron que pasar por un infierno antes de que expulsaran a alguien. A Paula no le sentó muy bien la insinuación de que la influencia de Sebastian Harrington había evitado que lo expulsaran.

—Seguimos todos los protocolos. Ofsted nos calificó con un sobresaliente en protección del menor.

Pues aquí tiene otro protocolo que seguir, pensó Gardner*.* —¿Podría enviarme por correo electrónico los documentos de cada incidente, por favor?

Luego se puso en contacto con el departamento de informática para ver si podían rastrear a la persona que había escrito en el blog. Podían, siempre y cuando el guerrero del teclado no hubiera utilizado un servidor proxy.

Después se sentó a esperar, tamborileando con los dedos sobre la mesa, y despachó a Riddick durante otros quince minutos. Esta vez, él le armó un escándalo y le dijo que se largaba.

Ella no quería que se fuera, pero no estaba de humor para discutir. Y no pensaba moverse del despacho; no hasta que descubriera quién pensaba que Ralphie Parks se lo tenía merecido.

Cuando llegó la lista, era larga y, de nuevo, Gardner se preguntó cómo había sobrevivido Ralphie tanto tiempo en su carrera educativa. También se preguntó si Ofsted había visto esta lista antes de otorgar una calificación de sobresaliente.

Costaba creerlo. Ralphie Parks había intentado destrozar más de una infancia. Debería haber sido expulsado de ese instituto mucho antes de Year 10.

Lo interesante eran algunos de los otros nombres implicados en el acoso escolar.

¡Había un número considerable! Intuyó que se avecinaba mucho trabajo de campo.

Casi al final de la lista, vio un nombre conocido.

Toby Brundle.

El invitado de la fiesta que no había vuelto a casa con su perro.

Al parecer, había estado involucrado en un incidente de lanzamiento de piedras, así como en otros tres. No aparecía con tanta frecuencia como Ralphie, ni de lejos, pero había contribuido al reinado de terror de este.

Cogió su bloc de notas y salió a ver quién estaba disponible.

De repente, encontrar a Toby parecía la prioridad número uno.

62

—Deberías haberme llamado cuando ocurrió —dijo Riddick.

—No me dio tiempo ni a pensar —dijo Roni—. Y una vez que sedaron a Arthur, bueno, no quería hacerte venir corriendo al hospital… y entonces me enteré de lo de Keith y, no sé, me despisté.

—¿Seguro que *sigue* tranquilo? —dijo Riddick, con el teléfono pegado a la oreja mientras tamborileaba con los dedos en el techo del coche.

—Pues sí —dijo Roni—. No se ha despertado desde que le pusieron el sedante.

Riddick suspiró. —¿Qué decía Arthur durante el ataque?

—Cosas incomprensibles. Se iba directo al pecho…, como la otra vez. Consiguió arrancarse algunos vendajes, pero yo estaba allí. —Rompió a llorar.

Riddick cerró los ojos con fuerza. *Maldita sea…*

—Las enfermeras ayudaron —continuó Roni—. Y evitamos que se hiciera más daño.

—¿No pueden ponerle manoplas o algo? —preguntó Riddick.

—Puedo preguntarlo.

Riddick dejó de tamborilear en el techo del coche para frotarse las sienes.

Maldito Nathan Cummings. *Desde luego, dejaste tu huella en Arthur, ¿eh? Puede que estés muerto, pero vas a seguir atormentando a este pobre chaval para siempre.*

—Cuando se despierte, Roni, por favor, no le digas nada de su padre. Llámame de inmediato. ¿Vale?

—De todas formas, esperaba que se lo dijeras tú.

—Claro. —Aunque de claro no tenía nada. ¿Cómo reaccionaría el pobre chico?

—Y sobre Keith, Roni…, ¿cómo te encuentras *tú*?

Roni resopló. —Mejor de lo que esperaba. Pero es que llevo odiando a ese hombre mucho tiempo. Era una sanguijuela, y de las peores. No se contentaba con chupar hasta saciarse; te dejaba completamente seco, como un vampiro de mierda. Arthur está mejor sin él en su vida. Y Arthur es lo único que importa.

—De acuerdo… Recuerda mantenerme al corriente —dijo Riddick —. Yo…

—Lo siento, Paul, es la enfermera… quiere que vuelva a entrar.

Riddick intentó escuchar la conversación, pero estaba demasiado amortiguada como para distinguir algo.

Por el rabillo del ojo, vio a Gardner acercándose a paso ligero.

Dudaba que viniera a echarle la bronca, ya que para eso se limitaría a llamarlo. La forma en que caminaba sugería algo importante.

A medida que se acercaba, reparó en la expresión seria de su rostro.

Algo se avecina…

—¿Roni? —dijo al teléfono.

—Tengo que colgar —siseó Roni.

Gardner estaba a apenas un metro de distancia. —Tenemos que irnos ya, Paul —dijo.

—¿Roni? —repitió Riddick—. ¿Va todo bien?

La llamada ya se había cortado.

Bajó el teléfono, confundido por el final tan brusco de la conversación. —¿Qué está pasando? —preguntó Riddick.

—Hemos encontrado a Toby Brundle. Conduzca usted.

63

Riddick le aconsejó a Gardner que aparcara en Henshaws, ya que sería más rápido llegar a Horseshoe Field, detrás de Conyngham Hall.

Toby había usado el móvil para llamar a su madre. Había querido decirle que la quería y que no había dejado que Amy volviera sola a casa, como parecía en un principio. Había regresado y la había dejado en el jardín delantero cuando nadie miraba.

La madre de Toby estaba, como es natural, fuera de sí. ¿Qué significaba aquello? ¿Corría algún peligro su hijo? ¿Estaba, Dios no lo quisiera, pensando en suicidarse?

Por suerte, la triangulación de la señal del móvil había acudido en su ayuda y señalado su ubicación aproximada. Cuando Gardner le había dado esta ubicación a su madre por teléfono, ella había sugerido que probablemente se trataba de Horseshoe Field, uno de los lugares favoritos de Toby.

—Le gustan especialmente los bancos de arena junto al Nidd. Es una gozada ver a Amy chapoteando en el Nidd. A él siempre le ha gustado la paz y la tranquilidad, además…

Bancos de arena… pasear al perro… paz y tranquilidad. No encajaba en el perfil habitual de un matón de colegio al que le gustaban las *raves* y las pastillas de éxtasis, pero, claro, la gente era capaz de muchas cosas bajo manipulación; y parecía que Ralphie Parks había sido un gran manipulador.

Tras aparcar, Riddick y Gardner corrieron hacia Horseshoe Field. Entre los paseadores de perros y los matorrales de ortigas, tuvieron que andarse con ojo.

A pesar de la peculiar naturaleza de la devolución del perro y la melancólica llamada posterior, Riddick y Gardner no habían hablado sobre la posibilidad de que Toby tuviera riesgo de suicidio.

Rice, de haber estado allí, se habría apresurado a mencionarlo…, aludiendo a casos en los que el teléfono móvil se encontraba abandonado en la orilla de un río mientras la víctima flotaba corriente abajo.

Pero Rice era de los que disfrutaban aderezando las conversaciones con pesimismo y fatalidad. Gardner y Riddick preferían guardarse las peores posibilidades, dejándolas macerar en su interior, hasta que se convertían en realidad o quedaban felizmente descartadas.

Corrieron por el borde del campo, echando un vistazo a algunos bancos de arena. Había algunos perros nadando y algunos dueños mayores relajándose.

Llegaron al último banco de arena, que estaba vacío, y Gardner sintió la fría punzada de la duda en el pecho, no muy lejos de donde la habían apuñalado en Wiltshire muchos años antes.

¿Hemos llegado demasiado tarde?

Coronaron un pequeño montículo y descendieron hacia la pedregosa orilla del Nidd. Gardner escudriñó el suelo en busca de un teléfono móvil, oyendo la irritante voz de Rice en su cabeza. *Te lo dije…*

El Nidd fluía con suavidad y no era muy profundo en las orillas en esa época del año. No podía imaginarse a nadie teniendo un percance en las frías aguas.

Miró a la izquierda.

Un joven, apenas salido de la adolescencia, estaba sentado encorvado frente a un árbol en la ribera.

—¿Toby?

Le vio la sangre en el antebrazo.

64

Toby gimió.

Al acercarse, Gardner vio que se había arremangado una manga y se estaba cortando con una piedra afilada.

Ya más cerca, suspiró para sus adentros con alivio al darse cuenta de que Toby no se estaba seccionando una arteria. Eso les daba algo de tiempo.

Gardner levantó la palma de la mano, indicándole a Riddick que se quedara atrás. Con suerte, su mirada transmitiría el mensaje: *Ahora me encargo yo, ¿recuerdas?*

Él asintió rápidamente para mostrar que obedecía.

No era que temiera la interacción de Riddick con Toby. Sabía que su excolega podía ser sensible con los más jóvenes; al fin y al cabo, lo había visto en acción con Arthur hacía poco. Simplemente, sentía que la presencia repentina de dos adultos sería demasiado abrumadora para un joven que estaba en proceso de autolesionarse.

—¿Toby?

No respondió, así que ella se acercó hasta quedar a un metro de él.

Estaba temblando y tenía la cara roja y húmeda por las lágrimas. Tan de cerca, pudo ver que las líneas sangrientas que se estaba dibujando en los brazos no eran las primeras; también había cicatrices antiguas.

—Me llamo Emma. Soy de la policía.

¿Sabría su madre de esto? Improbable. Seguro que habría dicho algo cuando habían hablado por teléfono justo antes.

A su lado, se puso en cuclillas.

La punta de la piedra afilada estaba en ese momento penetrando la piel; la sangre burbujeaba en la herida.

Ella hizo una mueca y lo miró; él tenía la cara contraída y los dientes apretados.

—Toby, te voy a quitar esa piedra.

Apoyó firmemente la mano en el dorso de la de él, deteniendo el movimiento. Luego le levantó la mano, deslizó la palma por debajo y le quitó la piedra. La arrojó a su espalda.

Volvió a mirarle la cara, que ya no estaba contraída. Él se observaba el antebrazo ensangrentado, llorando.

Tras comprobar por segunda vez que no se había seccionado ninguna arteria y que la hemorragia no empeoraba, Gardner le concedió un momento para que se recompusiera, mientras seguía sujetándole la mano.

Al final, él habló.

—¿Está bien mamá?

—Está bien. Solo preocupada por ti.

—Le dije que no se preocupara.

Gardner le soltó la mano y, en su lugar, le sujetó el hombro con delicadeza.

—Es tu madre, Toby.

Toby asintió lentamente mientras las lágrimas le corrían por la mejilla.

—¿Quieres ir a casa a verla?

Toby negó con la cabeza.

—No…, todavía no. ¿Podemos quedarnos aquí un rato?

—Claro. También podríamos ir a tomar algo en algún momento, si quieres. —*Al hospital*, pensó ella, volviendo a mirar sus heridas.

Le retiró la mano del hombro y le dio un poco más de espacio. Finalmente, él asintió, mirando hacia su brazo.

—A veces… bueno, a veces… se me va de las manos.

—No pasa nada —dijo Gardner.

—Pero no merezco tu ayuda. No merezco la ayuda de nadie. —Fijó sus ojos en los de Gardner por primera vez.

Gardner podía oír a Riddick acercándose a ellos. Quería decirle que se mantuviera a distancia, pero no quería romper la conexión que estaba estableciendo con Toby.

—¿Por qué lo dices?

Toby volvió a bajar la mirada a su brazo.

Mierda.

Se bajó la manga y la sangre empapó la tela azul claro.

¿Había matado Toby a Vivianne y a Ralphie?

Según él mismo había admitido, era el único que iba en la misma dirección que ellos después de la fiesta… También había afirmado haberlos oído discutir, contradiciendo la versión de los demás.

¿Era todo esto una llamada de auxilio?

¿Lo había coaccionado Ralphie para algo en sus años mozos?

¿Había manipulado al chico al que no le gustaba nada más que pasear a su perro y sentarse en paz y silencio junto al Nidd?

Levantó la vista hacia Riddick, a su izquierda, que ahora estaba a su lado.

Parecía impaciente, así que ella entornó los ojos, advirtiéndole que se mantuviera al margen.

Gardner volvió a ponerle la mano en el hombro a Toby.

—¿Hay algo que quieras contarme? ¿Algo que quieras decir?

Él no respondió, simplemente se abrochó el botón de la manga.

—Le dijiste al sargento detective Barnett que todo el mundo salió de la fiesta a las 23:40, ¿verdad?

Toby asintió.

—Aparte de Charlotte y Adam, claro, que se fueron en la ambulancia.

Otro asentimiento.

—¿Dijiste que Vivianne y Ralphie estaban discutiendo mientras se alejaban?

Esta vez no asintió.

—Caminaste en la misma dirección que ellos, hacia el cementerio de Knaresborough. Pero no quisiste acercarte demasiado porque estaban discutiendo y era una situación incómoda. ¿Es correcto?

Nada.

—¿No te das cuenta de cómo te deja eso?

Él negó suavemente con la cabeza.

—¿Tuviste algo que ver con sus muertes?

—No —dijo él.

—¿Sobre qué discutían, Toby?

Ahora negó con la cabeza más enérgicamente.

Gardner miró a Riddick de reojo. Él se señaló a sí mismo para sugerir que podía intentarlo. Ella negó con la cabeza.

—Discutieron… y tú eras la única persona allí. Tienes que darme algo más.

—¡No…, no! —La miró—. ¡No sé sobre qué discutían!

Gardner tragó saliva y respiró hondo.

—No te creo.

Abrió la boca y volvió a cerrarla. Un momento después, dijo:

—No puedo… Es que no puedo… Traicionaría a todo el mundo. A todos mis amigos. Todos acordamos no hablar nunca de ello.

—¿Hablar de qué? —preguntó Riddick.

Gardner lo fulminó con la mirada, pero la atención de él estaba firmemente puesta en Toby.

—De lo que discutían. De lo que *todos* hicimos en la fiesta —dijo Toby.

Los ojos de Gardner volvieron a posarse en los de Toby mientras su corazón se aceleraba.

Toby se llevó las manos a la cara y volvió a negar con la cabeza.

—Ya es hora, Toby —dijo Gardner—. Creo que ahora lo sabes.

Dejó caer las manos y miró de nuevo a Gardner, con los ojos llenos de lágrimas.

—Le hicimos daño. Le hicimos *mucho* daño.

—¿A quién? —El móvil de Gardner empezó a sonar.

¡Maldita sea!

Buscó a tientas el móvil en el bolsillo y vio que era del departamento de informática. Lo puso en silencio.

—¿A quién?

Él negó con la cabeza. —*Yo* le hice daño. *Yo*.

—¿A quién le hiciste daño?

—Él *me obligó* a hacerlo. Igual que *siempre*…

—¿Ralphie?

—Sí. Me alegro de que esté muerto. Siempre me obligaba a hacer estas cosas… Se lo hace a todo el mundo. La gente siempre lo ha seguido como malditos borregos.

—¿Qué te obligó a hacer?

Él negó con la cabeza, llorando ahora con más fuerza.

—Dime, ¿*qué* te obligó a hacer, Toby?

—Podéis verlo. —Se metió la mano en el bolsillo para coger el móvil, lo sacó y trasteó con la pantalla.

El móvil de Gardner se iluminó en su mano. Informática, otra vez. *Deben de tener a la persona que comentó en el blog.*

Mierda…

—Tengo que cogerlo. —Se levantó y miró a Riddick. *No la vayas a cagar.* Contestó—. ¿Diga?

—Jefa, tenemos un nombre para la dirección IP.

—Vale, suelta —dijo Gardner, alejándose unos pasos y girándose a tiempo de ver a Riddick arrodillado, mirando la pantalla de Toby.

Cuando Gardner oyó el nombre de la persona que había comentado, el mundo se tambaleó y tuvo que cerrar los ojos, temiendo que pudiera salirse de su eje. —No —dijo—. No puede ser.

—Lo siento, jefa, pero le aseguro que sí.

Dejó caer el móvil a un lado. *Oh, Dios… Paul…* Abrió los ojos.

Riddick ya estaba de pie. Le quitó el móvil a Toby y paseaba de un lado a otro con un profundo ceño fruncido que casi le cubría los ojos con las cejas.

Se guardó su propio móvil en el bolsillo y avanzó.

Oía risas y vítores procedentes del móvil que Riddick tenía en la mano.

—Paul —gritó.

Él la ignoró y siguió mirando.

—Paul, dame el móvil.

Riddick se giró hacia ella. Estaba pálido. Su mano cayó a un lado y el móvil se le escurrió de los dedos y cayó al suelo.

Ella se arrodilló para recogerlo, mientras el nombre de la persona que había comentado en el blog resonaba en su cabeza.

Roni Fields.

—¿Qué has visto, Paul? —preguntó ella, con la mano sobre el móvil—. ¿Paul?

Cuando levantó la vista, Riddick ya se había movido.

Ah, mierda…

Se levantó y se abalanzó, pero ya era demasiado tarde.

Riddick tenía a Toby inmovilizado contra el árbol, agarrándolo por el cuello.

65

Riddick oía los gritos de Gardner y las súplicas de Toby.

Pero ni lo uno ni lo otro lo calmaba.

La imagen de Toby metiéndole una pastilla de éxtasis con forma de unicornio en la boca a Arthur se repetía en su mente.

Riddick le hundió el puño en el estómago a Toby.

Cerró los ojos y, en la penumbra, vio la cara de Arthur. Larga..., pálida..., demacrada. Y esos ojos..., esas cuencas negras e hinchadas.

Riddick abrió los ojos de golpe. Agarró al chico sin aliento por el cuello de la camisa y giró bruscamente sobre sí mismo.

Las súplicas y los gritos continuaron, pero lo que había visto en la pantalla de ese móvil le martilleaba la mente.

La fiesta. El sofá. Toby inclinándole la cabeza a Arthur hacia atrás sujetándolo por la barbilla, apretándole una cerveza contra los labios, obligándolo a tragarse la pastilla de éxtasis...

Y otra...

Mientras tanto, los cánticos de «traga..., traga..., traga...» provenían de los otros adolescentes colocados.

Soltó a Toby. Se oyó una salpicadura.

Riddick se llevó las manos a la cara.

—No... ¿cómo *pudiste*?

Más imágenes de ese vídeo lo acribillaban:

Toby quitándole la camisa a Arthur para que todo el mundo pudiera leer la cicatriz de su pecho.

Mansters.

Arthur intentando hablar, pero solo babeaba y balbuceaba de forma incomprensible.

Una adolescente, casi desnuda, besando a Arthur en la mejilla, antes de mirar a la cámara y acariciarle la cicatriz.

—¿Puedo unirme a tu banda?

Riddick bajó las manos y volvió a enfocar la vista en Gardner, que ayudaba a Toby a salir del Nidd. Toby, empapado, se apoyaba en Gardner, murmurando:

—Lo siento...

Riddick fue a por él de nuevo. Gardner lo interceptó.

La miró a los ojos entornados.

—Emma, apártate. No puedo ser...

—Contrólate. Con-tró-la-te. *Ahora*.

Riddick negó con la cabeza.

—¡Es que no lo entiendes! —Alargó la mano por encima del hombro de Gardner para coger a Toby, pero el chico eludió su alcance.

Gardner le acercó más la cara y siseó:

—Maldita sea. *Contrólate* o tendré que pedir refuerzos*.*

Mierda. Riddick se dio la vuelta, apretó los ojos con fuerza y soltó una sarta de obscenidades a gritos. Luego se inclinó, agarrándose las rodillas y respirando hondo varias veces antes de volverse.

—¡Déjame oír lo que tiene que decir en su defensa!

—¿Con esta agresividad, Paul? ¿Cómo puedo arriesgarme?

—¡Pero es que no has visto el puñetero vídeo! ¡No has visto lo que ha hecho ese cabrón! Ha obligado a Arthur a tomar drogas. *Se* rieron de él. Se burlaron de él. Lo *humillaron*. —Riddick volvió a fulminar a Toby con la mirada—. ¿Y esperas que la gente sienta pena por ti después de eso? Patético. No me hagas reír. Al día siguiente de que drogaras a mi amigo —se puso la mano en su propio pecho—, Arthur volvió a hacerse tiras el pecho. Está en el hospital por tu culpa.

—No lo sabía —dijo Toby—. Yo no...

—¿Y qué? ¿Qué tiene que ver eso? Lo hiciste... y como le hayas hecho algún daño, te juro que...

—Riddick, deja de amenazarlo —dijo Gardner.

Vio la frustración en los ojos de ella, pero no era nada comparado con el fuego líquido que corría por sus propias venas en ese momento.

Riddick negó con la cabeza y bajó la vista, sabiendo que debía contenerse, pero, del mismo modo que a veces la bebida tomaba el control total y dominaba todos sus pensamientos, era demasiado difícil recuperar el control de sus emociones.

Respiró hondo varias veces.

Pensando que podría estar ayudando, se arriesgó a levantar la vista de nuevo, pero la visión de esa comadreja le hizo estallar otra vez.

Se dio la vuelta para intentar eliminar la tentación de cargar contra él. Consiguió dar unos pasos, pero fue incapaz de guardarse sus pensamientos. Eso era pedir demasiado. Salieron a un volumen muy alto.

—Lo tratasteis como a un animal de circo. ¿En qué puñetero año vivís vosotros? Tenéis estudios..., *todos* tenéis estudios. ¿A qué coño estabais jugando? Podríais haberlo matado.

—Nadie tenía el control —dijo Toby, alzando la voz ahora—. Nadie quería hacerle daño. Era como una celebridad local. Por lo que pasó con los Mansters.

—Lo *marcaron*. ¿Te gustaría que te marcaran a ti?

—Eso es horrible..., sí..., pero en ese momento, con nosotros, parecía disfrutar de la atención.

—¿A eso le llamas atención? A mí me pareció que estaba en otro planeta.

—Ese era el problema... Creo que todos lo estábamos.

Riddick se apoyó en un árbol, negando con la cabeza. Al menos Gardner le estaba dando algo de margen por ahora y le permitía hablar. Sin duda, al igual que él, ella podía sentir que la verdad estaba saliendo a la superficie. Solo tenía que mantener la calma el tiempo suficiente hasta conseguirla.

De espaldas a ambos, forzó a bajar el volumen de su voz y habló por encima del hombro.

—No..., no..., no te vas a escabullir de esta. No vas a poder hacerlo. Lo trajiste para exhibirlo como un bicho raro. ¿Fuiste tú? ¿Fuiste tú en coche a recogerlo?

—No. Ralphie y yo lo vimos antes en el pueblo. Ralphie lo convenció para que viniera a la fiesta. Joder. ¡No me creí ni por un segundo que fuera a aparecer!

Riddick se secó unas lágrimas antes de apartarse del árbol y girarse de nuevo en dirección a Toby.

—Es vulnerable. *Vulnerable.* ¿Necesitas que te lo explique? Invitas a una fiesta a alguien que está desesperado por gustar, desesperado por tener amigos... ¿qué pensabas que haría? ¿Quedarse en casa? —Volvió a negar con la cabeza—. Os aprovechasteis. —*Pequeño mierda malnacido.* Contuvo el aliento. Hizo todo lo que pudo para guardarse los comentarios que más irritarían a Gardner.

—Dios, lo he visto mil veces —dijo Toby—. ¡Mil veces! Es que no me puedo creer que yo haga eso. Estaba totalmente ido. Es decir, lo estábamos todos. *Completamente.* No se parecía a nada que hayas probado antes. Esos unicornios. Súper fuertes. A todo el mundo se le fue la puta olla. —Bajó la cabeza—. Y cuando Ralphie dice algo, la gente escucha. Yo escucho. Todo el mundo hace siempre lo que él dice.

Riddick gruñó.

—¿Y si te dijera que te tiraras al fuego?

—Tenía un modo... Ojalá no lo hubiera conocido nunca.

Riddick sintió que la adrenalina se le disparaba de nuevo.

—Así que esto vuelve a ir de ti, ¿no? Pobrecito Toby con sus brazos llenos de cicatrices.

—Vale, se acabó por ahora —dijo Gardner—. Vuelve al coche. Le diré a Ray que nos recoja.

Levantó la palma de la mano hacia ella.

—No hace falta. Yo...

—Ralphie también me acosaba, ¿sabes? —dijo Toby—. Nunca me dejaba en paz.

El sonido de la voz de Toby provocó otro estallido. Riddick volvió a avanzar un poco. —¿Tú y tu educación privilegiada? ¿Qué clase de vida crees que ha tenido Arthur, eh? Sabes lo de su padre, ¿verdad? Las cosas por las que ha pasado. ¿Y crees que tus problemas se pueden siquiera comparar?

—Todos tenemos problemas —siseó Toby.

Riddick dio un paso más. —Te voy a dar un *jodido* problema.

Riddick sintió la palma de Gardner posarse con firmeza en su pecho.

Entrecerró los ojos mientras la miraba fijamente. —¿Quieres la verdad? Por lo menos él está escupiendo la verdad, no como sus amigos sin agallas. —Resopló y volvió a mirar a Toby por encima del hombro de Gardner—. Cuando conspirabais para mantener en secreto el trato que le dabais a Arthur, ¿no pensasteis que el vídeo de ese móvil podría suponer un problema?

—Lo guardé a propósito… —Toby bajó la cabeza—. Lo guardé porque Ralphie me dijo que lo borrara. Dijo que podría traer problemas. Afectar a su trabajo. El trapicheo y eso. Quise guardarlo. Para destruirlo. Lo *odiaba* en ese momento. Creo que siempre lo he odiado, pero no sé…, siempre he querido gustarle… gustarle más de lo que nunca le gusté…

—¿Es algo sexual?

—No —Gardner empezó a empujarlo hacia atrás, siseando—: Paul, es prácticamente un crío.

—¿Más crío que Arthur? —siseó Riddick a su vez—. Creo que sabemos perfectamente de qué lado está el poder aquí. ¿No has estado escuchando lo que sale de su boca?

—Sí. Y entiendo tu dolor. Pero tu juicio está nublado.

—Mi juicio es claro.

—Si fuera claro, te darías la vuelta y te marcharías.

Por dentro, Riddick sentía la rabia bullir en su interior. *¿Cómo? ¿Cómo voy a hacer eso?*

Se encontró con la mirada de Gardner y se miraron durante un rato. No vio la decepción que había visto antes y que tanto temía. Su frustración también había desaparecido. Ahora, veía compasión. Empatía. Un deseo de ayudarlo.

Fue reconfortante.

Y entonces, ella le puso una mano en la mejilla.

Una sensación indescriptible lo recorrió. Cerró los ojos. —Para…, por favor…

No lo hizo.

Sabía que debía apartarse, pero la presión de la mano de ella era firme, y no quería que terminara.

Oyó a Gardner susurrarle al oído. —Paul, escucha…, por favor. Esto tiene que parar.

Las lágrimas de antes volvieron a asomar a las comisuras de sus ojos.

Asintió suavemente, disfrutando enormemente del calor de la palma de ella en su mejilla.

—Tienes todo el derecho del mundo a estar enfadado. Estás implicado emocionalmente. Ve y quédate con Arthur. Yo me encargo de esto. ¿Confías en mí?

Suspiró.

—¿Confías?

—Sí.

—Nadie se va a salir con la suya.

—Pero duele tanto… —murmuró Riddick—. No sé por qué. Arthur no es mi hijo. Solo lo conozco desde hace poco, pero me siento destrozado…

—Lo arreglaremos, te lo prometo, pero primero dame un poco de espacio. Por favor.

Riddick suspiró de nuevo. Aliviado por el tacto de su mano, se imaginó a Arthur. En la cama del hospital.

Iría allí. Le cogería la mano. Estaría a su lado para cuando supiera la verdad sobre la muerte de su padre.

Lo ayudaría a recuperarse de todo esto. La posibilidad de hacerlo le gustó.

Miró a Gardner, que tenía los ojos clavados en los suyos, y de repente sintió que el calor de la palma de ella le recorría todo el cuerpo. —Yo… yo…

—Ve, Paul. Coge tu coche. Le diré a Ray que venga a recogernos.

Riddick asintió y se dio la vuelta.

Tenía razón.

Y, para ser sincero, no podía soportar volver a mirar a esa sabandija.

66

Tras aparcar en el hospital, Riddick no corrió, pero fue a un ritmo tan rápido que se quedó sin aliento para cuando llegó a la planta de Arthur.

Ahora que sabía los verdaderos motivos del deterioro mental de Arthur de los últimos días, estaba desesperado por llegar hasta él, por tranquilizarlo, por ayudarlo.

Al menos, de la mejor manera que pudiera.

La recepcionista de la planta estaba ocupada, así que la pasó de largo enseñando su placa. Seguramente lo reconocería de sus visitas anteriores. Y, si no, que llamaran a seguridad. Ya se preocuparía de eso cuando llegara el momento.

Abrió los ojos de par en par al mirar dentro de la habitación de Arthur.

Vacía.

Se apoyó en el marco de la puerta para recuperar el aliento y vio el bolso de Roni en la silla junto a la cama deshecha.

¿Un paseo, quizá? ¿Una visita al baño, tal vez?

Volvió a recepción. La recepcionista ya estaba libre y miraba a Riddick con el rostro pálido y atónito. Él la reconoció y, sin duda, ella a él, pero el terror no abandonaba su cara.

Algo no iba bien.

Giró la cabeza hacia el sonido de un alboroto en uno de los pasillos principales del hospital, a su izquierda.

Parte del personal del hospital corría por el pasillo.
Volvió a mirar a la recepcionista.
Y lo supo...

67

Toby, empapado por el Nidd, tiritaba mientras se dirigían al aparcamiento donde Barnett ya los estaba esperando.

—Fue el inspector Riddick quien encontró a Arthur, ¿sabe? —dijo Gardner—. Después de que los Manster lo marcaran. *No es una excusa para su comportamiento, pero con suerte servirá para que se lo piense dos veces antes de presentar una queja de inmediato.*

Miró al joven tembloroso, esperando una respuesta. Él parecía sumido en sus pensamientos y hurgaba en su manga manchada de sangre mientras caminaban. —Lo que le hice a Arthur fue asqueroso.

Sí que lo fue.

Se hurgó la manga con más fuerza e hizo una mueca de dolor.

Ella estiró el brazo y le cogió la muñeca con suavidad para apartarle la mano. —Se lo va a empeorar.

Él se le quedó mirando. Su mirada lo decía todo. *Bien. Me lo merezco.*

—No era usted dueño de sí mismo. Las drogas que tomaba eran fuertes.

—Suena a excusa.

Sí. Pero a veces es lo único que tenemos, Toby.

—Quizá el inspector Riddick tenga razón. Debería haber dejado que me ahogara o algo —continuó.

—Al inspector Riddick le importa mucho —dijo Gardner—. La gente. *A veces demasiado como para hacer su trabajo.* —Con el tiempo entenderá su versión de la historia. Ahora mismo solo piensa en Arthur.

—Ojalá yo hubiera pensado en él.

—Entonces, ayúdenos, Toby. Así es como puede compensar a Arthur, de la mejor manera posible. Dígame de qué iba esa discusión entre Vivianne y Ralphie. Sé que lo sabe.

—¿Acaso no es obvio ahora? —dijo Toby y respiró hondo—. Lo que pasó con Arthur horrorizó a Viv. Llamaba a Ralphie asqueroso por estar involucrado. Siempre la ha tratado como una mierda, ¿sabe? Era demasiado buena para él. La manipulaba como manipulaba a todo el mundo.

—¿Le dijo ella alguna vez algo sobre cómo se sentía? Es decir, ¿qué sentía ella al estar con un traficante?

—Viv siempre era muy callada. Siempre que estaba a solas con ella, solo decía cosas positivas sobre él. De hecho, apenas decía nada sobre su relación. Me sorprendió mucho cuando lo confrontó por lo de Arthur. Fue *tan* violento e inusual en ella.

—¿Y por eso se quedó usted rezagado?

—Sí.

—¿Y no los vio entrar en el cementerio?

—No. Como le dije, me desvié antes de que llegáramos al cementerio.

Gardner no quiso sacar su cuaderno mientras caminaban, así que apuntó mentalmente el nombre de la calle que él le dio.

—¿Estaría dispuesto a dar muestras de ADN?

Toby asintió. —Una pérdida de tiempo, porque no fui yo…

—Antes me dijo usted que lo odiaba.

—Sí. —Se detuvo y bajó la mirada—. También lo quería.

Qué curioso que eso ocurra a menudo, pensó Gardner.

Suspiró. —Le daré las muestras de ADN.

Siguieron caminando y, al acercarse al aparcamiento de Henshaws, una pregunta sin respuesta cobró protagonismo en la mente de Gardner. —¿Adónde fue Arthur? *¿Después?* ¿Se fue cuando llegó la ambulancia o antes?

—Se fue cuando se fueron todos los demás.

—¿Y en qué dirección se fue?

—Pues, en la misma que Ralphie, Viv y yo, pero…

Gardner se detuvo esta vez. —Ha dicho usted que solo iban ustedes tres. En esa dirección.

—No, nunca dije eso. ¿O sí? Lo siento. No caminó con ninguno de nosotros. Ralphie y Viv iban por delante, y yo los seguía a distancia. Luego, detrás de mí, también a distancia, me di cuenta de que Arthur venía en la misma dirección. Obviamente, no quise decirlo antes, porque, bueno, ya sabe…

Gardner negó con la cabeza. Tenía el corazón desbocado. *Dios mío.* —¿Adónde iba Arthur?

—No lo sé. ¿A casa, quizá? Supongo que esa dirección lo llevaría a York Road. Podría coger un autobús o un Uber…

—¿Y no se le ocurrió ayudarlo a llegar a casa? *¿Después de torturar al pobrecillo?*

Toby se encogió y desvió la mirada. —Se estaba comportando de forma extraña.

¿Y era de extrañar? Realmente tuvo que contener la oleada de ira. No quería que se cerrara en banda, ni que volviera a autolesionarse. —¿A qué se refiere con extraña?

—Estaba hecho un lío, dándose golpes contra las paredes y eso. Hablando solo.

Probablemente por todas las malditas pastillas que le hiciste tragar.

—Debería haber ido a ayudarlo —continuó—. Pero yo también estaba ido. Y Ralphie y Viv estaban discutiendo y yo solo quería largarme de allí. Me sentía mal. Sentía vergüenza. Así que me desvié por la calle…

—¿Y Arthur?

—Simplemente siguió. Podía oírlo mascullar mientras cruzaba detrás de mí.

Los ojos de Gardner se abrieron como platos. —¿Siguiendo en la misma dirección que Ralphie y Vivianne? ¿En dirección al cementerio?

Toby asintió, pero entonces sus propios ojos se abrieron de par en par, y negó con la cabeza. —Pero eso es ridículo. Si está usted pensando… *no… ni de broma*. Él no es capaz de algo así… ¿o sí? Es demasiado bueno. Simple. Y estaba ido. Completamente.

Gardner sintió una sensación de frío extenderse por todo su cuerpo. —Sin embargo, acaba de decir que se estaba comportando de forma *extraña*. ¿Lo suficiente como para intimidarlo?

—Sí, pero eso es diferente. No me sentí amenazado por él. No físicamente. Es más por la vergüenza y la culpa. Mire, Arthur es incapaz de hacerle daño a nadie. Sigue siendo el mismo crío asustado que conocimos en primero de la ESO.

Al que todos acosabais…

—No pudo matar a dos personas —continuó Toby—. No es capaz.

Todo el mundo es capaz, dadas las circunstancias, pensó Gardner, sacando su teléfono.

Al sacar el teléfono del bolsillo, vio que Rice la estaba llamando.

—¿Phil?

—Jefa… ¿se ha enterado…?

—¿Phil? ¿Enterado de qué?

—Voy de camino al hospital ahora…

Mientras Rice le explicaba, Gardner se apartó de Toby, tragando aire, sintiendo de repente como si alguien le hubiera dado un puñetazo en el estómago.

68

A Riddick le quemaban las piernas. —¡Policía!

Pasó arrasando junto a un pequeño grupo reunido ante una puerta abierta en el pasillo y se metió en el hueco de la escalera. Subió los escalones como una exhalación, abriéndose paso entre la gente y rodeándola, mientras las palabras airadas de estas personas se desvanecían en la propia neblina de adrenalina, confusión y desesperación de Riddick.

Con los pulmones a punto de estallar, llegó al último piso y atravesó la puerta que daba a una azotea.

Había tanta gente... médicos..., enfermeras..., guardias de seguridad...

Se movió entre ellos, desorientado, confuso.

Alguien lo agarró del brazo, deteniéndolo en seco. —Cuidado por dónde pisa.

Riddick miró hacia abajo, a un vacío que caía en picado hasta el corazón del edificio. Una caída ahí habría acabado con él. Había arbustos, un banco, algunos curiosos que miraban hacia arriba y varios ventanales que dividían los distintos pisos.

Boqueó en busca de aire. El sudor le escocía en los ojos. Se apartó del borde, buscando el origen del caos.

Los susurros ansiosos que oía delante de él lo guiaron en esa dirección. Alguien le aferró el brazo. —Quédese atrás..., la policía está de camino.

Antes de que pudiera responder, alcanzó a ver lo que ocurría más adelante.

Entonces, se quedó con la boca abierta, mientras se le helaba la sangre.

Arthur se paseaba por el borde de la azotea.

No, Arthur. Dios, no...

Arthur negaba con la cabeza, mascullando, golpeándose repetidamente el pecho con el puño.

Riddick avanzó unos pasos y alguien lo agarró del brazo.

—Soy policía. Quíteme las manos de encima.

Un hombre corpulento con pijama de quirófano retiró la mano y, tras cruzar una mirada con Riddick, retrocedió con las palmas de las manos levantadas.

Riddick se acercó al borde de la azotea.

A unos cuatro o cinco metros del borde, Roni estaba de rodillas, con la cabeza gacha. Un hombre trajeado estaba arrodillado a su lado con un brazo rodeándole los hombros. Parecía sujetarla con fuerza.

¿La estaban reteniendo?

Una mujer, también con traje, se encontraba un par de metros más cerca de Arthur, intentando a todas luces convencerlo de que bajara.

Si alcanzaba a oírla por encima de los repetidos golpes en su pecho y de sus murmullos, no era evidente.

Arthur se detuvo. Se giró, tembloroso. Inestable...

Con el corazón en un puño, Riddick se colocó junto a Roni y al hombre que la sujetaba. *Por favor..., Arthur...*

Arthur reanudó su paseo en la otra dirección. Riddick suspiró.

Riddick ya podía oír las súplicas de la mujer. —Hable conmigo, Arthur. Estoy aquí para escucharle... Puedo...

De repente, Arthur aumentó la velocidad y la ferocidad de los puñetazos en su pecho. Levantó la vista al cielo. Tropezó.

—¡Arthur, no! —Riddick se abalanzó hacia él.

Arthur recuperó el equilibrio y miró a su derecha, hacia la mujer y Riddick.

Me ha oído.

Riddick se situó al lado de la negociadora. Arthur, quieto ahora, lo miraba directamente. Pero sus ojos seguían muy abiertos y las lágrimas le corrían por la cara. Como un conejo deslumbrado por los faros de un coche.

Riddick se giró, sacó su placa de un tirón y la mostró. —¡Policía! ¡Fuera de la azotea! ¡*Fuera* de aquí ahora mismo!

Los miembros de la multitud que se había congregado intercambiaron miradas.

—¡Ahora!

Los curiosos se apartaron disimuladamente.

Cuando se volvió, vio que los ojos desorbitados de Arthur seguían fijos en su dirección.

—Se están yendo, Arthur. —Miró a la negociadora—. Yo me encargo a partir de ahora.

—Creo que estoy logrando que me escuche —dijo ella.

—No, no lo estaba haciendo. Él me *conoce* a mí.

—Estoy entrenada.

—Yo también —mintió Riddick—. Ahora, apártese.

La mujer miró alternativamente a Arthur, a Riddick y a Roni, antes de suspirar y asentir. Retrocedió.

Riddick vio que parte del miedo desaparecía de los ojos de Arthur. Miró por encima del hombro y comprobó que la multitud se había reducido considerablemente. Solo quedaban unas pocas personas, incluida la mujer, que aún no se habían ido.

Despejar el caos obviamente había ayudado.

Tras comprobar de nuevo que Arthur ya no se paseaba ni se golpeaba, dio un paso atrás para quedar al alcance del oído de Roni y del hombre trajeado.

—Roni —dijo.

Ella no respondió.

Miró en su dirección. Estaba temblando, llorando, y solo tenía ojos para su hijo. Se arrodilló, sin apartar la vista de Arthur, que, *gracias a Dios*, parecía calmarse por segundos. Riddick necesitaba saber qué había provocado aquello antes de actuar.

—Policía. ¿Qué ha pasado?

Habló el hombre trajeado que la sujetaba. —Soy de seguridad. Han activado la alarma de la puerta de la azotea. Lo he visto en las videovigilancia...

—Espere... ¿han?

—Sí..., ella lo ha traído aquí arriba. ¿No es así, señora?

No tenía sentido. —¿Por qué has hecho eso, Roni?

Riddick mantuvo la vista fija en Arthur mientras esperaba una respuesta de Roni. No la hubo.

—Cuando llegué aquí arriba —explicó el guardia—, los dos estaban cerca del borde, pero no justo encima, como está el chaval ahora mismo. Me acerqué... en silencio... No me vieron... La oí asegurándole que estarían juntos...

Roni forcejeó de repente con el guardia. Las venas se le marcaban en la cara como cuerdas.

El guardia apretó los dientes mientras la sujetaba con más firmeza.

—Arthur... vete... antes de que sea demasiado tarde —gritó ella.

Joder. —Roni, ¿qué estás haciendo? —siseó Riddick.

Roni se desplomó en los brazos del guardia de seguridad.

Sin aliento, dijo él: —No hay forma de razonar con ella. ¡*Tuve* que agarrarla antes de que se los llevara a los dos por delante desde la maldita azotea!

—No pueden... —Roni lloraba desconsoladamente—. Deben dejar que se vaya.

Riddick negó con la cabeza. Había perdido la cabeza.

Consideró ir directamente a por Arthur, pero podría acabar mal. Él adoraba a su madre. Sin duda, ella era la mejor opción para poner fin a aquello.

Rodeó al guardia y se colocó delante de Roni. Le cogió una mano lacia. —Roni... *por favor*... escúchame. Necesita nuestra ayuda. ¡Tienes que *decirle* que se baje del borde. Eres su madre, Roni. Y no estás pensando con claridad!

Cerró los ojos con fuerza. —Nunca lo he tenido más claro.

Él intentó contener su frustración, pero sentía que estaba perdiendo el control. —¿Qué pasa entonces? Por el amor de Dios, habla conmigo.

Ella abrió los ojos y le clavó la mirada. —No vas a meter a mi hijo en una jaula... Lo hará pedazos.

—No lo entiendo. —Y de verdad que no lo entendía—. Nunca permitiría que eso pasara. Alguien le dio esas drogas. Lo obligó a tomarlas. No ha hecho nada malo. Tenemos los hechos.

Ella se le quedó mirando e hizo una mueca. —No... no los tienes. No sabes lo que ha hecho. Simplemente no lo sabes...

—No ha hecho *nada*, Roni. Escucha, no ha hecho...

Se interrumpió.

De repente, el mundo pareció girar a su alrededor.

Cerró los ojos para no caerse hacia atrás, pero se le revolvió el estómago... y entonces sintió una sensación familiar.

Una sensación horrible, brutal. Una que ya había sentido muchas veces.

Ardor.

Un infierno abrasador.

Consumiendo y destruyendo todo en su interior.

Al final, quedarse hueco. Vacío. Y sin el dolor físico. Pero no sin la agonía.

La pérdida.

Ahí estaba otra vez.

—Me *contó* lo que pasó —dijo Roni—. Sobre ese cabrón, Ralphie, y su pobre...

—¡No! —dijo Riddick, poniéndose en pie—. ¡No! —La miró desde arriba—. Si no lo convences tú para que baje, lo haré yo.

—Paul... Imagínatelo. Imagínatelo en una jaula.

Riddick miró al guardia. —Tápale la boca con la mano.

—No puedo...

—Hágalo —dijo Riddick—. Es la única manera. Yo me haré responsable.

—Por favor...

—Ahora —dijo Riddick—. O no podré salvarlo.

Riddick se dio la vuelta, temblando, sin esperar a ver si se cumplía su petición.

Arthur seguía en el borde, mirándolo fijamente. Aún parecía más tranquilo que antes.

Riddick extendió la mano y se acercó. —Arthur, ya basta, colega. Ya basta.

—Paul... Paul... —Repitió su nombre varias veces—. Paul...

—Arthur —dijo Riddick con firmeza, tratando de sacar a su amigo de su ensimismamiento—. ¿Eres mi compañero?

—Dijiste que no podía serlo...

—Olvida que dije eso. ¿Quieres el puesto o no?

—No lo sé.

Mierda. Eso no era bueno. Riddick se detuvo a un metro de Arthur con el brazo extendido. —¿Mi compañero? Seguro que no vas a rechazarlo.

—Confié en ti antes... *Sigo* confiando en ti... Y todo sigue saliendo mal.

A Riddick le dolió. El grabado en el pecho del pobre chico, el abuso que recibió de esos ridículos niñatos de diecinueve años en la fiesta.

—No más errores, Arthur. Te lo prometo. No más errores. —Se acercó más y le ofreció la mano.

A sus espaldas, oyó un sonido ahogado. El guardia debía de haber cumplido su petición.

Arthur sonrió. —Supongo que a los superhéroes hay que permitirles cometer algunos errores...

Riddick le devolvió la sonrisa. —¡Sí! Y también a los mejores compañeros. Así podemos aprender de ellos...

—No estoy seguro... —Arthur se frotó el pecho. Hizo una mueca de dolor—. Me duele todo. Siento que tengo todo roto.

—Todo se puede arreglar, amigo. *Todo.* Da un paso, coge mi mano y yo lo arreglaré todo.

—Pero este sueño, Paul. —De repente se golpeó el pecho dos veces—. ¿Por qué los superhéroes tendrían sueños como ese? Creo que ya no puedo ser un compañero.

—Los sueños nos engañan. Es lo que hacen. —Riddick se señaló a sí mismo con la mano que no le ofrecía—. Cree en lo que puedes ver ahora mismo.

—Pero no me lo puedo quitar de la cabeza. Parece real. —Se golpeó el pecho—. Real. —Arthur abrió las manos y se las miró—.

Estaba enfadado... No paraba de golpearlos, una y otra vez.

Riddick luchó con todas sus fuerzas contra el ardor. El infierno. Más tarde, también tendría que luchar contra el vacío. Pero, por ahora, necesitaba evitar que esto fuera a más.

Inspiró hondo.

—Te dieron drogas... te *obligaron*. Créeme, no estabas en condiciones de hacer nada. Las sustancias químicas están jugando con tu mente.

Arthur sonrió. —Se les veía muy guapos juntos... antes. Después... los senté juntos... intenté que volvieran a estar guapos.

En efecto, los cuerpos habían sido encontrados de esa manera. Erguidos. Como dos amantes en un banco.

Riddick apretó los dientes.

Dios, era verdad.

Lo impensable era verdad.

Lucha contra la desesperación, Paul. Por el amor de Dios, lucha contra la desesperación.

—Arthur, coge mi mano.

—Solo quería caerles bien —dijo Arthur.

Riddick sintió otra punzada. —Lo sé, Arthur.

—Pero eran como todos los demás. Ojalá yo le cayera *bien* a la gente como se caen bien entre ellos.

—Tú me caes bien a mí —dijo Riddick, conteniendo las lágrimas, desesperado por mantener la ilusión de control para su amigo.

—Por favor... Arthur... —gritó Roni—. Antes de que sea demasiado tarde. La jaula. Recuerda la jaula. Yo te seguiré...

De nuevo, un sonido ahogado. Seguro que el guardia estaba recuperando el control.

Riddick señaló con la cabeza su palma extendida a menos de un metro de su joven amigo. —Ven a coger mi mano, compañero. Estoy aquí para ti.

—No quiero que me metan en una jaula.

—No lo harán.

Y si alguien intenta meterte en una, hijo, lo haré pedazos.

—¿Lo prometes?

—Esta es una promesa con la que no te fallaré.

Arthur alargó la mano hacia la de Riddick.

Riddick se acercó más para cogerle la mano, sintiendo que el alivio se extendía por su cuerpo.

—¿Paul?

La voz le resultaba familiar, pero Riddick la ignoró, la maravilla de sus yemas rozando las de Arthur lo superaba todo.

—Paul... *escucha*...

Phil Rice.

Joder, Phil, ahora no.

—¡Escúchame, Paul! —Su voz subía de volumen. Debía de estar cruzando el tejado rápidamente hacia ellos.

—¿Quién es? —preguntó Arthur, retirando ligeramente la mano.

—No importa —dijo Riddick, avanzando un poco para que sus yemas volvieran a tocarse...

—Paul, escúcheme. Aléjese. —Rice ya estaba cerca. Su voz sonaba aún más fuerte que la de Roni.

Phil, ¿qué está haciendo? Riddick cerró las manos, atrapando las yemas de los dedos de Arthur en la palma. *Bien.* —Acércate, Arthur.

—¡No se acerque demasiado! —gritó Rice.

—Ahora no… —dijo Riddick—. Ahora no, Phil.

—¡Pero es que no lo entiende! ¡El chico es peligroso! —exclamó Rice.

—¿Peligroso? —dijo Arthur—. No soy peligroso.

Se soltó la mano de un tirón y cayó de espaldas desde el tejado.

69

Mientras Gardner y Barnett corrían a toda prisa por el hospital, ella llamó al móvil de Riddick una y otra vez, pero él no lo cogía.

Barnett insistía con el de Rice, también sin éxito.

—¡Policía! —gritó Gardner.

Un grupo de gente que había en el pasillo se apartó para dejarlos pasar.

Gardner los guio escaleras arriba hasta el último piso y, sin aliento, abrió la puerta.

De inmediato oyó los gritos y las voces de la gente que estaba abajo, lo que le recordó el aciago día en que Collette Willows había muerto al caer.

Hemos llegado demasiado tarde.

Salió a la azotea y miró a la izquierda, hacia el borde.

¡Joder! *Paul, ¿qué coño estás haciendo?*

—¡Ray, rápido!

Riddick estaba a horcajadas sobre una figura inmóvil, lanzando puñetazos hacia abajo.

Gardner se abalanzó sobre él y gritó:

—*Paul*, ¡quítate de encima de una puta vez…!

Pero él no se detuvo.

A pocos metros de Riddick, identificó al hombre que estaba recibiendo la paliza: era Rice.

No tenía ni idea de si al principio se habría defendido, pero desde luego ahora no lo hacía.

Agarró a Riddick por el hombro izquierdo e intentó apartarlo, pero estaba anclado al suelo e inamovible, y su puño derecho seguía destrozándole la cara a su colega.

—¡Vas a matarlo, joder!

Él echó el brazo izquierdo hacia atrás con brusquedad. Ella retrocedió, agarrándose el estómago. Volvió a intentar sujetar a Riddick, pero se había quedado sin aire y no podía articular palabra.

Vio a un hombre de traje, de pie en el borde. *¿Pero qué…?*

Barnett se lanzó, pasando a su lado como una exhalación, rodeó a Riddick por la cintura y lo derribó al suelo junto a Rice.

Rice gimió, tosió, farfulló y se puso de lado.

Barnett era mucho más corpulento que Riddick y lo tenía inmovilizado en el suelo con su peso.

Riddick no se rendía fácilmente. Se retorcía, gritando a pleno pulmón:

—Se ha ido… Arthur se ha ido… ¡Suéltame…!

Gardner respiró hondo, recuperándose del golpe que la había dejado sin aire, y levantó la vista hacia el hombre de traje que estaba en el borde. Molesta porque se había quedado ahí parado, sin intervenir para evitar que Riddick cometiera un asesinato, se dirigió hacia él con paso decidido.

A su espalda, oía a Riddick gritar:

—Lo tenía… ¿no lo entiendes? Lo *tenía*…

Desde el exterior del hospital, oía los gritos y sollozos de los que estaban abajo, mirando el cuerpo de un chico de diecinueve años.

El hombre de traje observó cómo se acercaba.

—Inspectora jefa Gardner —dijo ella—. ¿Quién es usted?

—Miles Becker. Guardia de seguridad de aquí. —Estaba pálido. Le temblaban los párpados.

—¿Qué hace aquí? ¿En el borde?

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Se me ha escapado.

—¿Quién?

—La madre… —Levantó la mano. Tenía sangre en el dorso—. Me ha mordido y después, bueno, después… simplemente ha saltado.

Dios, no…

Se asomó por el borde, vio los dos cuerpos y a la multitud presa del pánico, y luego volvió a mirar a sus compañeros.

Rice, gracias a Dios, ya estaba sentado.

Riddick seguía inmovilizado bajo Barnett.

Tenía la cabeza levantada y la miraba directamente.

Sopesó la idea de negar con la cabeza para darle la mala noticia.

Pero ¿qué sentido tenía?

Él ya lo sabía.

Apoyó la frente en el suelo y rompió a llorar.

70

Dos semanas después

Había sido sugerencia de Marsh que Gardner se tomase unos días de permiso.

No era propio del comisario jefe mostrarse compasivo, así que Gardner había supuesto sin más que su jefe estaba harto de ver constantemente a su mejor detective con la mirada perdida, además de estar pegada al teléfono para comprobar que sus hijos estaban a salvo.

Aun así, fuera cual fuese el motivo, agradecía el respiro. Y tener la oportunidad de pasar varias horas al día con sus hijos en casa de Cathy O'Brien en cuanto salían del colegio era una gozada.

Durante el permiso, había intentado contactar a diario con Paul Riddick, suspendido de empleo y sueldo tras la acusación de agresión de Rice. La postura de Rice se había suavizado en la última semana, y le había insinuado a Gardner que quizá retiraría los cargos y alegaría que la cosa había sido cosa de dos. Rice incluso le había hecho ver a Gardner que comprendía a Riddick, pero Gardner desconfiaba. Probablemente, a Rice le encantaría tener a Riddick en el bolsillo y la fanfarronería de haberle salvado la carrera.

Las últimas palabras de Riddick a Gardner habían sido: «Estarás mejor sin mí en tu vida».

El muy cabezota se estaba esforzando al máximo por demostrarlo no cogiéndole nunca el teléfono.

¡Para ser sincera, probablemente ella estaba mejor sin él!

¿Probablemente?

¡Sin ninguna duda!

Pero, a pesar de todo, siguió intentándolo.

También había dedicado gran parte de las dos semanas a investigar a Neville Fairweather.

Fairweather era un enigma.

Cada vez que intentaba contactar con él, estaba fuera del país por negocios. El UKVI y la Border Force siempre lo confirmaban.

Sin embargo, estaba claro que no se encontraba oficialmente en el Reino Unido cuando fue a su casa y dejó aquella maldita fotografía. Tampoco estaba fuera del país cuando visitó al exdiputado Sebastian Harrington el día de su suicidio. Aunque entonces, se afirmó más tarde, había regresado la noche anterior en un vuelo improvisado.

También lo habían interrogado y absuelto de cualquier implicación en la muerte de Sebastian. No Gardner, por supuesto. Sino alguien que acechaba en la sombra, muy arriba en la cadena de mando.

El inspector jefe Michael Yorke, su antiguo jefe y ahora confidente, tampoco había sacado nada en claro de sus investigaciones en Wiltshire. Yorke tenía bastante influencia últimamente, tras ser nombrado jefe del SEROCU, así que, si él no había encontrado nada, eso convertía a Fairweather en un enigma aún mayor.

La ansiedad de Gardner aumentaba cada día.

¿Cuál era la conexión de Fairweather con Collette Willows y por qué había sentido la necesidad de hacer notar su presencia de una forma tan siniestra?

Sus hijos no podrían volver a casa hasta que esa pregunta tuviera respuesta. Y era una respuesta que parecía a años luz de distancia.

Un día antes de reincorporarse al trabajo, Gardner estaba cortando el césped del jardín trasero de su casa cuando llamaron a la puerta de atrás. Supuso que alguien había llamado a la puerta principal y no lo había oído. Probablemente una empresa de

mensajería. Se cubrió la cara al acercarse a la puerta por si un repartidor demasiado impaciente lanzaba el paquete por encima.

Abrió la puerta y se encontró con un hombre de aspecto fuerte, de unos treinta y tantos años y con el pelo corto y bien peinado. Llevaba traje y corbata negros.

Solo te faltan el auricular y unas gafas de sol, pensó.

Si Riddick hubiera estado allí, sin duda lo habría dicho en voz alta.

—Inspectora jefa Gardner. ¿Está usted disponible ahora, por favor?

—Depende —dijo Gardner, echando un vistazo a unas tijeras de podar clavadas en la tierra junto al borde del jardín— de quién sea usted y de si es seguro.

—Usted está a salvo. Es usted quien ha insistido en esta reunión. El señor Fairweather está dispuesto a hablar con usted ahora.

—Ah, ¿sí? ¿Está dispuesto? —dijo Gardner, sintiendo una oleada de ira. Se preguntó si debería coger las tijeras de todos modos.

—Sí, señora.

—¿Está en la puerta de mi casa en una limusina con los cristales tintados?

El hombre no pudo reprimir una sonrisa. —¿Señora?

—No le hagamos esperar, ¿eh?

Gardner siguió al hombre trajeado hasta la parte delantera de su casa.

No había ninguna limusina. Solo un Mercedes de aspecto bastante deportivo. Y sin cristales tintados.

Una de las ventanillas estaba bajada y vio a Fairweather de perfil.

—¿Debería avisar a alguien de que voy a subir ahí antes de hacerlo? —dijo Gardner lo bastante alto como para que su visitante la oyera.

—No es necesario —dijo Fairweather, entornando la puerta y saliendo.

Sintió otra oleada de ira. Normal, ¿quién no la sentiría? Aquel hombre había ido a su casa llevando la fotografía de una amiga que había muerto por su negligencia y la había aterrorizado lo suficiente como para llevarse a sus hijos.

—No sabía que estaba usted en el país.

—He llegado a casa hoy mismo. Inspectora jefa Gardner…, Emma…, ¿le gustaría concederme diez minutos de su tiempo?

—¿Que si me gustaría? —resopló—. Bueno, depende de si va a decirme la verdad… Y está usted loco si cree que voy a subirme a su coche.

Cerró la puerta tras de sí, con un atisbo de sonrisa en el rostro. —¿Caminamos, entonces?

Ella se apoyó en la barandilla de la entrada de su casa mientras él intercambiaba unas palabras con el hombre trajeado. Parecía que iban a caminar solos, ya que el conductor, guardaespaldas o lo que fuera, volvió a subir al coche.

Fairweather se adelantó. Miró hacia atrás por encima del hombro. —¿Viene?

Su acento del West Country era fuerte. Le recordó a su hogar.

—Ha estado usted intentando ponerse en contacto conmigo…, ¿no es así? —dijo Fairweather cuando Gardner se puso a su altura.

—Mire —dijo Gardner, deteniéndose en seco—. Déjese de rodeos. Vino a verme dos veces. La primera vez, dijo que estaba buscando casa. ¿Por qué?

Él asintió y sonrió como quien recuerda un grato momento. —Lo recuerdo bien. Rose. Enérgica. Muy enérgica. No muy distinta a usted.

—Dejemos a mi hija al margen de esto.

—¿Querrá decir la hija de Jack? —La miró de reojo con una ceja arqueada.

Sintió un repentino subidón de adrenalina. *¿Jack?*

—Yo nunca le dije su nombre.

—¿Está segura?

—Sí —siseó Gardner—. ¿Quién *es* usted?

El atisbo de sonrisa se convirtió en una sonrisa de oreja a oreja por primera vez. —No soy su enemigo. No tiene por qué temerme. Y desde luego no tiene que mandar a sus hijos a casa de Cathy O'Brien.

Gardner se apoyó en un muro que tenía detrás. —Mierda. ¿Hay algo que no sepa?

—Deténgase, por favor. —Levantó la palma de la mano—. No soy ese tipo de hombre. Esa clase de persona. Si yo supusiera algún peligro para usted…, nunca habríamos llegado a tener esta conversación.

—¿Quién es usted? —preguntó Gardner—. ¿Un espía?

—No.

—Solo un hombre poderoso, ¿eh?

—En cierto modo.

—¡En cierto modo! Parece que controla el Ministerio del Interior.

—No exageremos.

Gardner suspiró. —Ojalá lo hiciera. Debo advertirle de que ya he metido a hombres poderosos entre rejas. El poder solo puede llevarle hasta cierto punto.

—No iré a la cárcel, Emma. Sirvo a un bien mayor. Soy necesario.

—Perdone. Pero esos hombres poderosos de los que acabo de hablarle ofrecieron justificaciones parecidas. Corrupción, abuso, incluso pederastia… Ya lo he oído antes.

Su sonrisa se desvaneció y su expresión se tornó de asco. —Estoy de acuerdo. Hay muchos que se creen con derecho a todo. Y usted, Emma, ha demostrado ser muy hábil deteniendo a gente así. Pero ¿de verdad cree que es una cruzada de una sola persona? ¿De verdad cree que habría tenido éxito sin el apoyo de otros?

—No, por supuesto que no.

—¿Apoyo, quizá, de gente como yo?

—Ah, ya veo. Sebastian Harrington. ¿Tuvo usted algo que ver en eso?

—Sebastian era un viejo amigo. Vine a presentarle mis respetos.

—¿Justo antes de su suicidio?

—Por desgracia, sus actos fueron decisión suya y de nadie más.

—¿Usted lo convenció para que se tomara esas pastillas?

—Eso es absurdo.

—¿Y qué hay de disuadirlo? ¿Lo intentó?

Fairweather se encogió de hombros. —Cada cual tiene que tomar sus propias decisiones. Lo que yo consideraría la elección correcta sería totalmente irrelevante.

—Por curiosidad, ¿cuál habría sido la elección correcta?

—Como acabo de decir, irrelevante. Sebastian había llegado al final de su camino. No quería vivir con la deshonra. Tomó su propia decisión.

Gardner inspiró hondo por la nariz, se apartó de la pared y siguió caminando por la calle. Exhaló mientras negaba con la cabeza.

Pasó un coche y una vecina a la que reconoció la saludó desde la ventanilla. Ella no le devolvió el saludo.

Sintió que Fairweather caminaba de nuevo a su lado.

—¿Qué demonios quiere de mí? —preguntó Gardner.

—Dos cosas. Y las dos me las dará de buen grado.

Ella resopló. —¿De buen grado? Eso es mucho suponer.

—Antes de llegar a esas dos cosas, hay algo que debería saber. O, quizá, unas cuantas cosas que debería saber. Todo el subterfugio que la ha desconcertado…, bueno, lo siento, pero es necesario tomar precauciones, dada la importancia de los asuntos. Y en cuanto al tema de Sebastian, puede estar segura de que no tiene relación con nosotros y es una mera coincidencia.

—Aparece en mi vida, me da un susto de muerte y me deja una foto de Collette. Era una chica maravillosa que perdió la vida trágicamente. Y aun así, me atormenta con mi culpa y mi trauma. Y ahora quiere algo. Bueno, en realidad, quiere dos cosas. —Volvió a resoplar.

—Tiene razón sobre Collette. Era maravillosa… y… —Hizo una pausa—. Era mi hija.

Gardner se detuvo y lo miró. No le sorprendió. —Vi una fotografía de ustedes dos juntos. Pero ella me dijo que su padre estaba muerto.

Fairweather pareció entristecerse. —En realidad, Collette nunca lo supo. —Suspiró—. Fue fruto de mi unión con su madre, justo antes de que ella se uniera al hombre que asumiría el papel de padre de Collette. Yo seguí siendo un amigo de la familia y Collette creía que ese hombre era su verdadero padre. Era lo mejor que podía ofrecer, de todos modos. Una persona como yo no habría tenido tiempo para una responsabilidad tan grande. Me alegraba ser un amigo para ella, pero nunca podría haberla mantenido en el día a día.

—Entonces, ¿por qué dejarme la fotografía? ¿Me culpa de su muerte o algo así?

—No, por supuesto que no. Conozco las circunstancias de lo que ocurrió. Fue un accidente. Una tragedia causada por dos personas entregadas que hacían su trabajo. No. *Simplemente* quería establecer una conexión con usted.

—¿Dándome un susto de muerte?

—Necesitaba su atención. Y ya la tengo. Y ahora estoy aquí para hablarle de las dos cosas que necesito.

Gardner negó con la cabeza. —Todo esto es demasiado peculiar…

—Primero —dijo Fairweather, levantando un dedo—. Quiero que traiga a Rose y a Anabelle de vuelta a su casa y les permita seguir con sus vidas. No corre ningún peligro. Nunca lo ha corrido. Ni lo correrá. De hecho, por el simple hecho de conocerme está mucho más segura de lo que probablemente ha estado en su vida.

No se esperaba eso. —Pero ¿cómo puedo estar realmente…?

—Está *a salvo*, Emma. Y ahora, la segunda cosa también es importante…

Gardner enarcó una ceja. —¿Qué es?

—Puede que un día le pida ayuda. Todavía no puedo decirle por qué, y puede que ni siquiera llegue a ocurrir, pero sea consciente de que podría pasar. Y, si ocurre, debe prestármela sin rechistar. Comprenderá, de todos modos, que es *necesario*. Pero debe ser sin rechistar. Puede que no haya tiempo para preguntas.

—Nunca me aprovecharía de mi posición en el cuerpo. Se ha equivocado de persona…

—No, me malinterpreta, Emma. No quiero que utilice su posición en el cuerpo. No soy un gánster. Además, le pediría que utilizara su posición como familiar.

—Perdone… ¿cómo dice…? ¿Qué? ¿Familiar? ¿De quién?

—De su hermano… Jack.

—¿Jack? ¿Qué tiene que ver él en todo esto?

Fairweather no respondió.

—¿Qué podría querer de mi hermano? Es un sociópata. Un maldito criminal.

—Sí. En parte. Pero tal vez no conozca a Jack tan bien como cree.

—Lo conozco bastante bien. —Señaló la cicatriz de su cabeza—. Después de todo, intentó abrirme la cabeza cuando éramos niños. En fin, ¿qué tiene que ver Jack en esto? No lo entiendo.

—Es demasiado pronto para explicarlo. Usted solo esté preparada. Y sepa que hay más en él de lo que parece a simple vista.

Gardner abrió la boca para negar de nuevo esa afirmación, pero las palabras murieron en sus labios. ¿No le había demostrado Jack que se equivocaba ya una vez? Se había preocupado por Rose; había estado desesperado por que viviera con Gardner, sacrificándose para que ella pudiera tener la vida que él no podía darle.

Pero seguía siendo irrelevante. Todavía no tenía ni idea de lo que quería ese hombre. —No le ayudaré a menos que me cuente más… Además, no quiero tener nada que ver con Jack, de todas formas. Se lo advierto de antemano.

—Tendrá que ayudar, Emma, e, insisto de nuevo…, ayudar sin rechistar.

—¿Y qué hará si no lo hago? —dijo con desdén—. *Exacto.*

—Nada.

—Eso no tiene mucho sentido.

—No, tiene todo el sentido del mundo. Porque si no me ayuda sin rechistar, entonces, por desgracia, su hermano, Jack, morirá.

71

Tras pasar un rato en la Sala de Incidentes, Gardner se dejó caer en la silla de su despacho.

Solo llevaba una semana de vuelta en el trabajo, pero ya se sentía completamente hecha polvo.

Sería fácil culpar a la muerte sospechosa de Boroughbridge, que los tenía a ella y a su equipo yendo de cabeza, pero, desde luego, esa no era la verdad del asunto.

La verdad era que todo se debía a esa extraña visita del padre biológico de Willows, Neville Fairweather, y a sus referencias a su hermano, Jack.

Era eso lo que la mantenía en vilo hasta altas horas de la madrugada todos los días y, si tenía la suerte de dormir más de cuatro horas, tenía pesadillas que pondrían a prueba al más curtido de los adictos al cine de terror.

Suspiró, miró el reloj y decidió que probablemente ya era hora de su llamada diaria a Paul Riddick. Le habría encantado decir que era una llamada para ver cómo estaba, pero para que pudiera considerarse como tal, él *tendría* que coger el teléfono...

Tras llamarlo y dejarle un mensaje —¿cuántos iban ya?, ¿*treinta*? —, suspiró, colgó el teléfono, se recostó en la silla y se frotó las sienes.

Cerró los ojos y respiró hondo tres veces.

A la mierda.

Cogió el móvil y se levantó.

Sí, Paul, puede que tengas razón. Puede que mi vida sea mejor sin ti.

Pero esa es una decisión que me corresponde a mí, ¿no crees?

Salió del despacho.

CONDUJO hasta la casa de alquiler de Riddick, a las afueras de Bradford.

Después de aporrear la puerta durante una eternidad, tuvo que aceptar que no estaba o que, simplemente, no estaba dispuesto a hablar con ella.

Se arrodilló, abrió la trampilla del buzón y gritó hacia dentro:

—¿No crees que ya va siendo hora de que hablemos?

Cuando estuvo segura de que no iba a responder, dejó que la trampilla se cerrara con un golpe seco y se levantó, irritada.

Maldito cabezota idiota.

Rodeó la casa y echó un vistazo por un par de ventanas. La casa parecía muerta. Quizá estuviera fuera. *Ojalá.* Mejor eso que estar amargándose en la penumbra haciendo Dios sabe qué. Bebiendo, probablemente.

Regresó a su coche, sabiendo lo que tenía que hacer a continuación.

Iba a ser incómodo.

Pero ¿qué otra opción tenía? Empezaba a estar preocupada.

GARDNER SE QUEDÓ sentada en el coche frente a la casa de Riddick mientras llamaba a Claire Hornsby.

No apartó la vista de la casa de Riddick mientras hablaban, recordando la noche en que había venido a ver a Riddick y los

encontró a él y a Claire besándose en el umbral, antes de marcharse a toda prisa.

Por consiguiente, esperaba que la conversación fuera incómoda. No lo fue. Solo fue muy triste.

Gardner empezó por disculparse por haber conseguido su número de teléfono sin su permiso, antes de ofrecer sus excusas:

—Estoy preocupada por él.

—Eso es lo que hacemos mucho, ¿no? La gente de su alrededor. Preocuparnos por él. Muchísimo.

Ha pasado por un infierno.

Claire era terapeuta de duelo, y lo sabría mejor que nadie; era obvio que se sentía muy resentida. No hizo falta que dijera que ya no eran pareja. Quedó meridianamente claro.

—No me coge el teléfono —dijo Gardner—. Hace tres semanas que no lo hace.

Claire suspiró.

—Me resulta extraño. Le tiene aprecio. Hablaba de usted a menudo. Decía que era la mejor agente que había conocido, que siempre lo escuchaba.

Gardner respiró hondo, conteniendo la emoción. No iba a perder los estribos en ese momento.

—Él siempre se machaca por no saber escuchar —dijo Claire.

—No es para tanto —dijo Gardner—. Cuando no está distraído.

—¿Y cuándo es eso?

Gardner sonrió.

—Buen apunte.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea. Era evidente que ambas estaban reflexionando sobre sus vínculos personales con Riddick.

Venga, Emma, al grano. Estaba a punto de armarse de valor para preguntar cuándo lo había visto por última vez, cuando ella se le adelantó:

—No lo he visto, sabe... No sé si se lo dijo antes de la muerte de Arthur... Bueno, yo ya había hecho las maletas y me había ido.

—No, no me lo dijo… —dijo Gardner—. Siento oír eso...

—No lo sienta. Fui *yo* la que se fue.

Aun así, a veces no nos queda otra, ¿verdad? Volvió a mirar la casa de Riddick. *A veces, en realidad, no nos dan esa opción.*

—Aunque he estado en contacto con él por teléfono.

—¿Y se lo coge?

—Normalmente.

Qué suerte la suya.

—¿Y cómo le pareció que estaba?

—Como era de esperar. Distante. Distraído.

Gardner asintió.

—Perdido.

—Sí, pero no quería que fuera a verlo. Se mostró inflexible. Creo que estaba bebiendo. Así que envié a su padrino, Daz Horne.

—¿Podría darme su número?

—Por supuesto.

Gardner lo apuntó.

—¿Y qué le dijo Daz?

—No gran cosa. Sí que me dijo que me mantuviera alejada por el momento, lo que me hace pensar que *sí*, que estaba bebiendo otra vez. Esto fue hace más de una semana. Solo he hablado con él una vez desde entonces... hace unos cinco días... y, bueno, de algún modo decidí que sería la última vez.

—Ya veo. ¿Le importa que le pregunte por qué?

Silencio. *Era obvio que sí le importaba.*

—Lo siento, quizá no sea asunto mío. Solo estaba preocupada…

—No... tiene razón. Mire, pasó algo... algo desagradable.

Más silencio.

—Entiendo si no es un buen momento... si usted...

—*Estaba* embarazada.

Gardner se llevó una mano a la boca.

Embarazada.

Estaba.

—Perdí el bebé.

—Lo siento… —Gardner se frotó la frente—. De verdad que lo siento. —Luchó por contener la emoción.

—Son cosas que pasan, ¿no? Pero lo necesitaba. Estaba destrozada. Lo llamé, se lo conté, pero fue como si apenas lo

asimilara... como si estuviera anestesiado. —Se le quebró la voz y rompió a llorar.

Tras la llamada, Gardner se quedó sentada mirando la casa, secándose las lágrimas.

Puede que Riddick estuviera sufriendo, pero también lo estaba esa pobre mujer, Claire.

Ese era el problema de sentir tanto dolor. Te volvía egoísta. Te impedía ver el sufrimiento ajeno.

Quiso contactar con Daz Horne, pero se sentía demasiado abrumada para hablar en ese momento, así que se quedó en silencio.

Al final, llamó a Daz Horne, pero él no quiso hablar con ella por teléfono. Quedó en verse con ella en la puerta de la casa de Riddick. —Tengo una llave —dijo—. Nos vemos en diez minutos.

Llegó en ocho minutos.

Gardner le estrechó la mano a aquel hombre corpulento. Tenía el rostro surcado de arrugas y curtido. Ella volvió a presentarse.

—No hace falta que me diga quién es —dijo Daz—. Paul no paraba de hablar de usted. Siento como si ya la conociera.

Claire había dicho algo parecido. *Hablaba de usted a menudo.*

Se estremeció. La culpa que sintió de repente fue abrumadora.

Tres semanas, Emma. Has tardado tres semanas en llegar a su puerta.

Recordó su pensamiento anterior de que el dolor te volvía egoísta e insensible al sufrimiento de los demás. ¿Había estado demasiado preocupada por Neville Fairweather y sus propios problemas como para buscarlo cuando más la necesitaba?

¿Y ahora qué?

Tragó saliva al pensar en las ganas que Daz había tenido de reunirse con ella.

¿Era demasiado tarde?

Él alzó la llave. —Llevo dos días sin hablar con él.

Claire había asegurado que llevaba cinco.

Dos días era mucho tiempo cuando alguien estaba en apuros.

Era una eternidad.

—No he podido evitarlo —dijo Daz, suspirando—. He estado visitando a la familia en el sur durante la última semana. —Se frotó el dorso de la mano como si hiciera frío. No lo hacía—. Mire, lo llamaba todos los días. Parecía un poco mejor, ¿sabe? Recuperándose un poco. Ayer no contestó, así que he vuelto hoy. Llevo en casa menos de una hora.

—¿Quizá debería haber llamado a alguien? —dijo Gardner.

—¿A quién? —Suspiró—. ¿Le queda alguien? Y, si la hubiera llamado a usted, no me habría vuelto a dirigir la palabra.

Gardner negó con la cabeza. Avergonzada de repente, no podía mirarlo a los ojos. —Yo solía estar ahí para él. Estuvimos muy unidos… en otro tiempo.

—Todavía lo están. Creo que esa es la razón por la que no quiere hablar con usted. Ahora cree que es un peligro para todos sus conocidos. Tonterías, por supuesto. Por cómo cuenta su historia, se puede entender por qué lo cree. Una vez casi me convence a mí.

Gardner señaló con la cabeza la puerta que estaba detrás de Daz y se obligó a mirarlo a los ojos. —¿Cree que está bien ahí dentro?

—Sí. No es la primera vez que no me contesta al teléfono. Las otras veces, lo encontré en el fondo de una botella. —Levantó la llave—. Por eso me la dio. Para asearlo cuando fuera necesario. No es culpa mía que esté usted aquí. No puede culparme por eso. Pero le pregunto en serio, ¿quiere entrar? Puede que no le guste lo que vea.

—Abra la puerta, por favor. Necesito ver que está bien.

El lugar no estaba ordenado ni por asomo, pero no estaba tan mal como había sospechado. Para empezar, no había correo acumulado ni botellas y latas de cerveza esparcidas por el pasillo.

Imaginó que Daz había estado ayudando a Riddick a mantenerlo limpio.

Daz ya se había adentrado, recorriendo las habitaciones y llamando a Riddick por su nombre.

Gardner nunca había estado antes en la casa que él había compartido con Claire. Acuarelas de varios lugares del Reino Unido decoraban las paredes, y se quedó mirando un salón bien decorado con un cuadro del Boulevard de los Sueños Rotos colgado sobre la chimenea.

Ciertamente, tenía un aire hogareño.

Hasta ese momento, Riddick seguía sin responder a la llamada de su padrino, y ella detectó la agitación en la voz de Daz.

Hasta ahora, había logrado mantener razonablemente a raya su propia preocupación por la seguridad de Riddick, pero cuando Daz empezó a subir las escaleras a zancadas, gritando: «Paul, ¿dónde demonios te has metido?», sintió que sus niveles de adrenalina se disparaban y su corazón comenzó a martillearle en el pecho.

Tienes que estar bien, Paul, pensó. *¿Me oyes? Tienes que estar bien…*

Entró en la cocina.

—Ay, Paul…

Allí sí había pruebas del declive de Riddick.

Botellas de licor vacías en la encimera, cajas de pizza, platos sin fregar. El lugar parecía más el epicentro de una fiesta casera que el hogar de la desesperación de una sola persona.

Arriba, oía a Daz moverse de un lado a otro, todavía llamando a Riddick.

Al menos aún no había encontrado nada que le hiciera caer de rodillas desesperado.

Con el estómago revuelto y el corazón golpeándole las costillas, dirigió la mirada a la mesa de la cocina. Había una colección de latas de cerveza en la cabecera de la mesa y un par de botellas de whisky en el centro, pero, aparte de eso, parecía ser la parte más limpia de la cocina.

Se lo imaginó, noche tras noche, sentado allí, bebiendo hasta la muerte, comunicándose con los que había perdido.

Ya lo había hecho antes. Imaginárselos allí. Hablar con ellos. Durante horas, días, a veces semanas enteras. Le había contado las historias.

Oyó a Daz bajar corriendo las escaleras. —No está aquí. No está aquí, *joder*.

Gardner se acercó a la mesa de la cocina y puso las manos en la silla en la que creía que Riddick se habría sentado.

Cinco fotografías estaban extendidas por el perímetro de la mesa.

Una para cada sitio de la mesa, colocadas donde se esperaría que estuvieran los cubiertos.

Daz estaba en la puerta. —¿Se ha ido? ¿A dónde demonios se ha ido?

Gardner rodeó la mesa, tocando las fotografías una por una.

Su mujer, Rachel.

Sus hijas, Molly y Lucy.

Su mentor, Anders.

Y, finalmente, su joven amigo.

Arthur.

Un hallazgo espeluznante. Un colega desaparecido. Un caso que le toca muy de cerca…

Con el invierno azotando Yorkshire, la inspectora jefa Emma Gardner espera que el trabajo se calme para todos. Distraída por la inquietante desaparición del inspector Paul Riddick, Emma no consigue volver a centrarse. Pero cuando descubren un cráneo humano en un pub de la zona, Emma sabe que es hora de tomar las riendas.

Sin denuncias de desaparición en la zona y sin un cuerpo que encontrar, el equipo tiene por delante una ardua tarea y ninguna pista evidente que seguir. ¿A quién podría pertenecer el cráneo y qué mensaje intenta dejarles el asesino? Y entonces, encuentran el primer cadáver…

Mientras Emma y el equipo luchan desesperadamente por resolver el caso, los secretos del pasado empiezan a salir a la luz. Un hogar para madres solteras. Bebés que trágicamente no sobrevivieron. Un encubrimiento al más alto nivel.

Y cuando el tiempo se agota, el invierno le reserva a Emma una última y escalofriante revelación sobre su viejo amigo Riddick...



¡Haz clic AQUÍ para leer ahora!